CORNELIO NEPOTE

VIDAS

EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS

CORNELIO NEPOTE

VIDAS

EDITORIAL GREDOS

VIDAS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 79

Asesor para la sección latina: SEBASTIÁN MARINER BIGORRA.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por JUAN HIGUERAS MALDONADO.

Sánchez Pacheco, 81, Madrid. España, 1985.

Depósito Legal: M. 5483-1985.

ISBN 84-249-0984-4.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1985. — 5798.

INTRODUCCIÓN

1. *Reseña biográfica.*

Resulta en cierta medida irónico que, de un hombre que pasó su vida dedicado a escribir biografías de personajes célebres, apenas si tengamos conocimiento sobre su propia personalidad. No es éste, ya se sabe, un hecho aislado en la historia de la Literatura Latina, pues otro tanto ocurre con un gran número de autores; pero en él resulta aún más chocante, ya que fue una persona relacionada con grandes figuras de la Roma de su tiempo: Cicerón, Catulo y Tito Pomponio Ático, con el primero de los cuales mantuvo una apretada correspondencia epistolar.

Según Ausonio[1] había nacido en la Galia Cisalpina, denominada también Gallia Togata, por lo que el propio Ausonio le llama con el apelativo de «Galo». Plinio[2] lo hace «*Padi accola*» (que habitaba cerca del río Po), lo que podría dar pie a pensar que naciera en Pavía, la antigua Ticino, en la región de Insubria, o, como otros han querido, en Mantua. Su nacimiento se suele datar hacia el año 100 a.d.C.

Debió morir hacia el año 30 a.d.C. o tal vez uno o dos años más tarde. Se sabe positivamente que sobre-

---

[1] *Epist.* XXIV.

[2] *Hist. Nat.* III 18.

vivió a su amigo Ático, como puede colegirse del propio testimonio de Nepote, en el capítulo 19 de la *Vida de Ático*, en la que al mismo tiempo encontramos ciertos detalles que pueden iluminarnos, si no sobre la fecha exacta de su muerte, sí con una aproximación de dos o tres años.

Cuando cita en la vida de Ático a Octavio César Augusto le da el título de «Imperator», pero no el de «Augusto». Como quiera que César Octaviano recibió el título de «Imperator» el año 29 a.d.C. y el de «Augusto» el año 27 a.d.C., no sería descabellado deducir que su muerte pudiera haber tenido lugar hacia el 28 a.d.C. Pero esta conclusión sería válida sólo en el supuesto de que la *Vida de Ático* fuera lo último que saliera de la pluma de Cornelio, lo que, por otra parte, parece lo más verosímil.

Nepote debió desenvolverse en un ambiente culto, a juzgar por los personajes que le honraron con su amistad, estando muy vinculado sin duda con los poetas del círculo de Catulo, quien le dedicó su «*nuevo y gracioso librito*»[3].

Respecto a su vida apenas si podemos añadir algún detalle más, si no es el de que debió estar casado, ya que Cicerón[4] dice que había perdido un hijo.

Se mantuvo al margen de cualquier evento político, como lo hiciera su amigo Ático; así se desprende de una carta de Plinio el Joven, en la que expresa categóricamente que Cornelio no ocupó un lugar en el Senado y de la que se puede deducir que no ejerció tal vez magistratura alguna[5].

---

[3] *Carm.* 1, 1: «¿A quién daré mi nuevo y gracioso librito, recién pulido con la áspera piedra pómez? A ti, Cornelio, porque tú solías estimar en algo mis bagatelas».

[4] *Ad Att.* XVI 14, 4.

[5] *Epist.* V 3, 6. Aunque Plinio dice sólo que no fue senador, *non quidem hi senatores*, nuestra deducción de que tal vez no desempeñara magistratura alguna obedece a que lo compara o iguala en este sen-

Basta una mirada a su obra para averiguar las cualidades humanas de este romano adusto, austero y severo, cuya vida fue toda un auténtico dogma de fe en la grandeza de Roma y para el que el honor, la virtud, el desinterés, la religión en su versión más genuina fueron el objeto de la más alta admiración. Así se comprende su veneración sin medida por la persona de Ático.

Si la luz de su intelecto no brilló a la altura de sus contemporáneos, ello no empece en nada sus valores personales. No acudiría a las tertulias literarias en la villa Tanfilia del Quirinal en calidad de personaje ilustre, docto e intelectual, sino más bien un tanto cohibido ante las figuras de Ático, Hortensio, Cicerón y Varrón, y no pasaría de ser entre ellos una mediocridad —el mismo Cicerón en una carta a Ático (XVI, 14, 4) nos lo presenta como poco menos que un cualquiera, alguien totalmente desconocido. Pero ¿era en realidad Nepote un ser mediocremente dotado de inteligencia y cultura?

Esta evidente indiferencia de Cicerón hacia nuestro autor obedecía más a cierta oposición natural de caracteres entre él y Nepote. Nos ha llegado (véase aquí el fragmento quinto) parte de una carta de Cornelio a Cicerón: se encontrará en ella el verdadero motivo de esta conducta de Cicerón hacia Cornelio: el de Arpino era un «teorizante» en posesión de una de las más extensas culturas que un hombre podía poseer, un filósofo moralista, un político, a veces más o menos contemporizador, y, en no escasa medida, un liberal; sin duda todo lo contrario de lo que podríamos afirmar de Cornelio Nepote, por lo que en el fragmento citado no se recata de criticar acerbamente y hasta con expresiones fuertes

---

tido con Virgilio, del que tampoco se sabe que ejercitara ninguna magistratura.

la meticulosidad teorética de los cultivadores de la filosofía y de los dogmáticos teorizantes, inmersos en el mundo de la elocuencia y de la oratoria, lo que, sin duda alguna, no podía ser del agrado de Cicerón.

2. *Producción literaria.*

Aunque la mayoría de las obras de Nepote no han llegado a nosotros, queda constancia por los testimonios de autores latinos de las siguientes:

1.º Una *Crónica*, escrita en tres libros, de cuya existencia da testimonio Catulo[6].

La distribución argumental que de ella hace Vosio[7] carece de todo fundamento y no aporta prueba positiva. En ella sigue Cornelio las crónicas de Apolodoro de Atenas.

2.º Un tratado de *Ejemplos* en cinco libros, escrito tras la muerte de César, a imitación de las célebres colecciones griegas de «*paradoxa*» y que servirían de fuentes a Valerio Máximo, Suetonio, Aulo Gelio y Plinio el Viejo.

Debería tratarse de una exposición en estilo narrativo de una serie de fenómenos extraordinarios, comprendiendo una gran variedad de temas sobre física, historia y geografía.

3.º Una *Vida de Catón*, que se ha perdido, y de la que el propio Nepote nos habla en la vida abreviada del mismo personaje[8].

4.º *Vidas de varones ilustres*, sin duda la principal obra de nuestro autor.

---

[6] *Carm.* 1, 1: «... tú sólo entre los italianos osaste referir todo el pasado en tus libros, doctos, ¡por Júpiter!, y llenos de trabajo».

[7] *De Historicis Latinis* I 14. Vosio cree que la división de la *Crónica* de Nepote en tres libros se corresponde con otras tantas épocas diferentes: la que pudiéramos llamar prehistoria, la época mítica y la puramente histórica.

[8] Cf. *Vida de Catón* 3.

La crítica ha admitido generalmente que esta obra constaba de dieciséis libros, distribuidos en los siguientes títulos:

1. *Sobre los reyes de los pueblos extranjeros.*
2. *Sobre los reyes de los romanos.*
3. *Sobre los generales famosos de las naciones extranjeras.*
4. *Sobre los generales famosos del pueblo romano.*
5. *Sobre los jurisconsultos griegos.*
6. *Sobre los jurisconsultos romanos.*
7. *Sobre los oradores griegos.*
8. *Sobre los oradores romanos.*
9. *Sobre los poetas griegos.*
10. *Sobre los poetas romanos.*
11. *Sobre los filósofos griegos.*
12. *Sobre los filósofos latinos.*
13. *Sobre los historiadores griegos.*
14. *Sobre los historiadores latinos.*
15. *Sobre los gramáticos griegos.*
16. *Sobre los gramáticos latinos.*

De esta prolífera colección de títulos sólo ha llegado hasta nosotros el libro tercero, *Sobre los generales famosos de las naciones extranjeras*, la *Vida abreviada de Catón* y la *Biografía de Ático*, amén de algunos escasos fragmentos de la correspondencia mantenida con Cicerón, de una *Carta de Cornelia*, madre de los Gracos, y del libro catorce *Sobre los historiadores latinos*.

A pesar de la extensa producción literaria, Nepote se ha visto infravalorado y subestimado en el ámbito de la Literatura Latina. Tuvo, sin duda, la mala fortuna de que la parte conservada de su obra no nos pueda permitir formarnos la verdadera imagen de lo que en realidad pudiera haber representado.

Conocemos precisamente aquello de lo que él podía hablar con menos elementos de juicio; aquello en lo que su lucimiento personal podría brillar a menor escala.

Esto ha hecho que Nepote pase a la Historia como una especie de ciudadano de segundo orden y que los elogios que le concedieran Aulo Gelio [9], San Jerónimo [10] y Valerio Catulo [11] no hayan calado muy hondo en el juicio de los críticos. Se le ha considerado como una especie de «mercado distribuidor de mercancías intelectuales de calidad mediana» [12].

Sin embargo la admiración y los elogios vertidos por los autores latinos dan derecho a pensar que el Nepote de *Sobre los generales famosos de las naciones extranjeras* no debió ser sino una fotografía velada del auténtico Nepote, cuando se veía inmerso en los argumentos del pueblo romano. Nada más significativo a este respecto que una sencilla comparación entre la *Vida de Ático* y cualquiera de las vidas de los personajes no romanos por él narrada. Y algo que le ha perjudicado más aún y desvirtuado la que pudiera haber sido su verdadera imagen: el afán de los críticos por establecer una comparación entre él y el gran Plutarco, comparación a todas luces ilegítima y fuera de lugar.

Los límites de la obra nepotina son más restrictivos que los del gran biógrafo griego. No es éste el momento de discutir las grandes diferencias que entre ambos existen; sólo recalcar que la concepción de la obra de Plutarco no tiene parecido con la de Nepote, y mucho menos aún su intencionalidad. Vea el lector el comienzo de la *Vida de Pelópidas* y deduzca por sí mismo a qué grado de ambición y de gloria aspiraba Nepote. Confróntese este pasaje con el pensamiento del prefa-

---

[9] *Noches Áticas* XV 28.

[10] *Crónica a Eusebio:* «Cornelio Nepote, escritor de historias, fue considerado como hombre preclaro».

[11] Catulo, 1, 1.

[12] Karl Büchner, *Historia de la Literatura Latina* (traducción de E. Valentí Fiol y A. Ortega), pág. 221.

cio y el no menos significativo del comienzo de la *Vida de Epaminondas*.

Creo que, si se quiere emitir un juicio desapasionado, imparcial y objetivo sobre nuestro autor, es imprescindible sacar a Nepote del entorno histórico de Roma, que estaba medido por aquel entonces con un patrón que sin duda le tenía que venir demasiado largo: el de César y Cicerón. Hay que evitar cualquier comparación con autores que, debido a la naturaleza intrínseca de sus obras, estaban destinados a ocupar un lugar preponderante en la época en que le tocó vivir.

Juzguemos a Cornelio partiendo de él mismo, procurando no salirnos de su propia personalidad; es así como aparecerán sus virtudes y defectos, su grandeza y su «ignorancia». Él es un romano y escribe para todo romano ávido de instrucción. Su obra es una narración compendiosa de hechos ilustres, de hombres no menos ilustres, de heroicidades, vicios, virtudes y traiciones, encaminados todos ellos a crear en sus lectores como una despensa bien nutrida de reflexiones morales. Ir más lejos en Nepote sería desbordar su propia meta.

Su propósito estaba bien definido: instruir a los romanos, hacerles ver que, como dijera Apio el Ciego, cada cual es el factor de su propia fortuna, avivar en el alma de todo ciudadano romano lo que otrora fuera el símbolo más genuino de la grandeza de Roma: aquellas austeridad y severidad que siempre fueron las ruedas sobre las que girara el carro de la gran historia de Roma.

Este carácter doctrinal de su obra, ese sentido gnómico y moralizante en que trata de bañar todas sus ideas, le llevó, quizá más que la propia ignorancia de los hechos que se le achaca, a incurrir en múltiples errores, lo que por otra parte no le debió preocupar lo más mínimo, y en exageraciones, y, lo que parece

más grave, en cierta parcialidad, que a veces es totalmente manifiesta.

3. *La biografía nepotiana y su valor crítico e histórico.*

Para una buena valoración crítica de la obra de Nepote, empecemos por no esperar de él más de lo que nos puede ofrecer. Tal vez por no tener en cuenta este principio han proliferado las críticas negativas en torno a su persona y obra.

No menos importante para ello es tener presente que Cornelio jamás se propuso escribir historias bajo ninguna de las múltiples proyecciones en que éstas pueden desembocar; él escribió *Vidas*, que no debemos ni tan siquiera identificar con la idea de verdaderas biografías en el estricto sentido de la palabra. Por eso, incluso como biógrafo, deja un tanto que desear.

Su estilo, lejos de ser uniforme, conservando siempre las mismas características literarias, es desigual e inconstante; pero esa misma desigualdad de estilo tiene un punto justificable: la variada naturaleza de los personajes biografiados, a la que hay que añadir la diferencia de conocimiento que sobre cada uno de ellos tenía.

No puede negarse, sin embargo, que esa disparidad en su estilo es no pocas veces producto de una latinidad mediocre. Se aprecia en él una tentativa, que no logra consumar, de exponer en períodos breves una abigarrada gama de pensamientos, que nos recuerda a Tácito, pero sin lograr la perfección de sus períodos gramaticales. Parece una burda imitación del estilo asiático.

En sus narraciones suele unir de manera incongruente lo necesario y conveniente con lo anecdótico y

fútil. Uno de sus principales defectos quizá sea el desorden y anarquía que muestra en la exposición de las ideas. Un gran hecho de capital importancia lo difumina y diluye entre intranscendentes anécdotas, que le hacen perder incluso el valor y el fruto didáctico que de él podría desprenderse.

Si su latinidad no puede compararse con la de César y menos aún con la de Cicerón, esto habría que aplicarlo, por otra parte, a la mayoría de los autores contemporáneos suyos.

Pero hay algo en lo que creo que Nepote se nos muestra digno del mayor elogio: su léxico. El perfecto y adecuado empleo de los términos, las distinciones específicas entre conceptos afines pero diferenciados institucionalmente, distinción y diferenciación que él consigue perfectamente con el uso discriminado de los términos adecuados, nos permiten afirmar que, a pesar de la distancia que le separa de un Cicerón o un César, no se encontraba tan lejos de una latinidad más que aceptable.

Es en la *Vida de Ático*, a quien Nepote conocía perfectamente, donde mejor pueden apreciarse las cualidades literarias de nuestro autor. Es una biografía escrita con afecto y con el más acendrado amor hacia el personaje; está amasada con dos grandes conceptos que sublimizan al biografiado: la *pietas* y la *humanitas*.

La veracidad histórica de su obra está por encima de toda influencia de personalismo afectuoso, aunque, como en él es habitual, tienda, quizá más que en ninguna otra, a la hipérbole.

Escrita sin el menor sentido cronológico de los hechos, cosa esta que jamás preocupó a nuestro hombre, es, sin duda, la muestra más significativa de cuanto Cornelio se propuso conseguir cuando escribía.

El valor histórico de sus *Vidas* es, desde luego, mínimo; pero, supuesta la intencionalidad de su obra, nada

debemos imputarle en este sentido. Prefiere contactos con Teopompo o Timeo y no con Heródoto o Jenofonte. A aquéllos debe sus conocimientos de la historia griega y no a éstos, que se prestan menos al género biográfico.

Las numerosas imprecisiones, confusiones, anacronismos, que se encuentran esparcidos por toda su obra, más que defectos deberían considerarse como algo consustancial a ella, ya que, como se ha dicho repetidas veces, nunca aspiró a ser histórica, sino didáctica y moralizante, por lo que el autor se siente totalmente desligado de esos defectos, que serían graves tratándose de un auténtico historiador.

Los méritos de Cornelio son más de orden doctrinal que literario y es en aquéllos en los que radica la pervivencia de su obra.

4. *La tradición manuscrita del texto* [13].

Malcovati [14], basándose en el estudio crítico realizado por C. L. Roth [15], ha distribuido los manuscritos de Nepote en dos familias: la primera comprende todos los códices perdidos y la segunda los que suponen una tradición directa.

Esta clasificación ha sido corregida por González Rolán [16], al tomar como criterio de clasificación no el hecho de la conservación o pérdida de los códices, sino «la adición u omisión de cierto número de frases o palabras».

---

[13] En los datos recogidos sobre la tradición manuscrita del texto de Nepote soy deudor al artículo del Dr. T. González Rolán, «El inédito Scorialensis 0-I-10 entre los mejores manuscritos de Cornelio Nepote», *Emérita* 41 (1973), 427-436.

[14] *Cornelii Nepotis quae exstant*, Turín, 1944.

[15] *Aemilius Probus de excellentibus ducibus exterarum gentium et Cornelii Nepotis quae supersunt*, Basilea, 1841, pág. 252.

[16] T. González Rolán, «El inédito Scorialensis...», pág. 429.

En la clasificación de los códices realizada por Malcovati aparecen en la primera familia, la de los manuscritos perdidos, los siguientes: *Danielinus seu Gifanianus* (*Dan. seu Gif.*), *Leidensis Boecleri* (*Leid.*), *Parcensis* (*P*), *Batauicus* (*Bat.*), *la edición de Utrecht* (*u*) 1542.

En la segunda familia, es decir, la de los manuscritos de tradición directa, se encuentra en primer lugar y como el más importante el *Guelferbytanus seu Gudianus* 166 (*A*), perteneciente al siglo XIII.

De otra fuente que guarda paralelo con *A* se derivan el resto de los manuscritos, que la autora distribuye en tres apartados:

1.º El *Sangallensis* 315 (*B*), del siglo XIV.
El *Monacensis* 433 (*Q*), del siglo XV.
El *Ambrosianus* T 16 sup. (*Ambr. I*), del año 1456.

2.º El *Codex olim Collegii Romani, nunc Vat. Lat.* 11464 (*R*), del siglo XV.
El *Monacensis* 88 (*M*), del 1482.
El *Claromontanus* 250 (*F*), del siglo XV.
El *Ambrosianus* H 167 (*Ambr. II*), del siglo XV.

3.º El *Strozzianus* 57 (Σ), del siglo XV.
El *Vindobonensis Palatinus* 3155 (*V*), del siglo XV.

Todos los códices del grupo tercero tienen la particularidad de presentar las *Vidas* en un orden diferente del que es habitual.

El *stemma codicum* propuesto por Malcovati está basado en la existencia de un original del que saldrían dos arquetipos o, por mejor decir, un arquetipo con dos copias, de las cuales la más importante sería el *A*.

La colación de un nuevo manuscrito español, el *Scorialensis* 0-1-10 (*Scor.*), ha llevado a González Rolán a establecer las relaciones del códice *A* y del *Scor.* con los manuscritos estudiados por Malcovati, pertenecientes a la primera familia, sobre todo con *Dan.* y *P.*

El antedicho *Scorialensis* es un manuscrito del siglo XV.

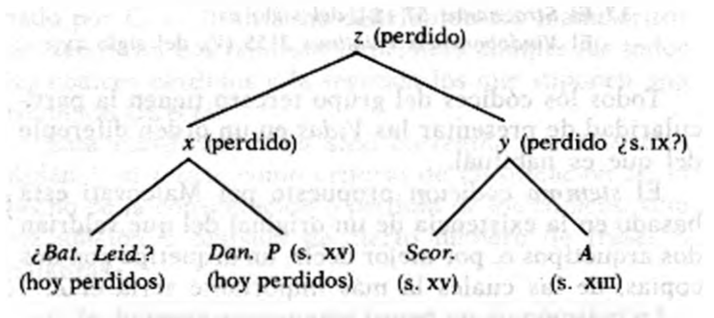
El estudio comparativo llevado a efecto por el profesor González Rolán le ha permitido sacar conclusiones que reforman el *stemma codicum* propuesto por la profesora Malcovati, conclusiones que, para una mejor comprensión de dicho *stemma codicum*, tratamos de sintetizar.

Afirma que tanto el *Scor.* como el *A* proceden de un mismo arquetipo perdido, al que él denomina *y*.

Que el *Scor.* está más cerca de dicho arquetipo que lo está el *A*, por lo que lo considera como una copia fiel del arquetipo *y*.

De la comparación de *Scor.* y *A* con los códices de la primera familia (*x*), propuestos por Malcovati, deduce el autor que tanto unos como otros, es decir *Scor.*, *A* y los demás de la primera familia de los dados por Malcovati son copias de un arquetipo común, que González Rolán llama *z*.

En consonancia con estos hechos, el *stemma codicum* propuesto por el profesor González Rolán queda estructurado del siguiente modo:



5. *Fuentes*.

De los testimonios del propio Nepote se desprende que sentía una gran admiración por Tucídides, a quien en la *Vida de Temístocles*, capítulos nueve y diez, consi-

dera muy superior a los demás historiadores contemporáneos suyos.

En la *Vida de Agesilao* se nos muestra defensor de Jenofonte, al que prefiere como fuente en esta *Vida,* sin duda porque Jenofonte había conocido íntimamente al propio rey Agesilao.

Si tuviéramos que juzgar las preferencias de nuestro autor por lo que él dice de los historiadores griegos, habría que adjudicar a Tucídides el primer puesto; pero ello sería engañoso, ya que en la mayoría de los hechos, sobre todo en los de origen más incierto y de carácter histórico menos serio, en realidad sus fuentes han sido historiadores como Teopompo, Eforo y Timeo, al segundo de los cuales no lo cita nunca; a Timeo tan sólo una vez en la *Vida de Alcibiades,* en el capítulo 11, y a Teopompo en el mismo pasaje anterior y en el capítulo tercero de la *Vida de Ificrates.* Las condiciones de estos historiadores estarían más en consonancia tal vez con el carácter e intencionalidad de las *Vidas.*

Por otra parte no veo nada extraño el desdén y olvido que Nepote tiene de Herodoto, cuya historia de poco podría servirle a nuestro autor para sus fines. La profundidad del pensamiento teológico-religioso de la historiografía herodotea debió parecerle a Cornelio, de tendencia más pragmática y moralizante y, por qué no decirlo, más simplista, una meta inalcanzable, a la que se vería obligado a renunciar «a priori».

Desgraciadamente en este sentido Nepote, a mi juicio, cometió un doble error: acudir a las fuentes de aguas menos purificadas y, lo que fue aún peor, hacer mal uso de éstas.

Su impenitente inclinación a la hipérbole, a deformar los hechos históricos, es en él demasiado frecuente, incluso para un regular biógrafo, por lo que altera no pocas veces el pensamiento de su modelo. Hay hechos incontestables a este respecto: Tucídides cuenta

que, cuando Temístocles quería entrevistarse con el rey persa, trata de aprender la lengua de éste sólo en la medida que le permitiera cumplir con su objetivo. Nepote, sin embargo, exagera diciendo que llegó a hablar tan perfectamente la lengua persa como pocos lo hicieran de entre los mismos persas [17].

Así, también Jenofonte, en su *Elogio de Agesilao,* alaba el escaso boato de la casa real y afirma que era tan sencilla su ornamentación que bien podría pensarse que las puertas de la casa eran las mismas que habían servido en vida de Aristodemo. Nepote lleva esta idea de Jenofonte a sus últimas consecuencias al decir que la mansión de Agesilao era la misma que la que había habitado Eurístenes, el primero de los de la estirpe de Agesilao.

Todas estas deformaciones, a los ojos de un crítico, no son sino auténticas aberraciones inadmisibles en el marco de una verdadera historia; pero yo creo que no lo son enmarcadas en la obra nepotiana. Él ama por encima de las cosas a los hombres, a sus héroes, y de aquí su énfasis, sus exageraciones, sus anacronismos, sus confusiones, sus alteraciones de la realidad histórica, que, como ya he apuntado en otro lugar, no debieron de producir en él desasosiego alguno.

Todo esto en conjunto nos permite ver en él más que a un biógrafo desinteresado e imparcial a un panegirista, al menos con ciertas reservas, lo que de una u otra manera le coloca a una distancia abismal de las características de un auténtico historiador, de donde la inexorable secuela de falta de sentido crítico histórico de que adolece su obra.

---

[17] Para esta observación y la siguiente, cf. A. Monginot, *Cornelius Nepos,* 2.ª ed., París, 1882, págs. XXIV-XXV.

6. *Ediciones y traducciones.*

La «edición princeps» es la de Utrecht del año 1542, basada entre otros en el *Codex Danielinus*, cuya importancia radica en que, además de ser la primera, constituye el único testimonio de pervivencia de uno de los manuscritos más famosos e importantes de la obra de Nepote.

Vosio publica en 1667 en Leipzig su edición, acompañada de abundante comentario, que será reimpresa en el 1675.

Ya en la primera mitad del siglo XVIII aparece la de Van Steveren del 1734, reeditada en 1773.

Es a partir de finales de la primera mitad del siglo XIX cuando se dejan ver las mejores ediciones.

La de C. L. Roth, Basilea, 1841, es de un valor extraordinario por el número de códices colacionados en ella mediante los cuales se establece el códice prototipo. Se trata de una edición un tanto escrupulosa, que registra hasta los más mínimos errores de ortografía.

En 1849 aparece la primera edición de Nipperdey, Leipzig, 1849, que alcanzará hasta la undécima, la Nipperdey-Witte, Berlín, 1913.

En París, A. Monginot publica su segunda edición en el 1882, digna de resaltarse por sus abundantes comentarios a pie de página en los que se incluyen no pocas observaciones de carácter crítico.

En Leipzig, en el 1871, se imprime la famosa edición de C. Halm, que habrá de servir a Guillemin para reproducir en gran parte su aparato crítico.

Ya en el siglo XX, A. M. Guillemin publica en 1923 en París su primera edición, que llegará a la tercera en 1970, con traducción francesa, y que, salvo algunas importantes variantes, nos ha servido de base, junto con la de Malcovati, para nuestra traducción.

Superior a ésta, sobre todo desde el punto de vista crítico, es la de MALCOVATI, Torino 1934 y 1945 (2.ª) que se distingue por la gran cantidad de manuscritos en ella recogidos, la sensatez en la elección de las variantes y respeto a los códices.

Por lo que hace a las ediciones españolas nos limitaremos a reseñarlas y datarlas, ya que los títulos de las mismas son excesivamente prolijos, hasta el límite de que algunos de ellos son de por sí un auténtico juicio de su contenido.

Siguiendo la colación de Menéndez y Pelayo (*Bibliografía Hispano-Latina* VII, Madrid, 1951, págs. 169-173), enumeramos las siguientes:

JUAN DE ANGULO, Alcalá, 1521-1538, en letra gótica.
AUGUSTO ESCUDERO, Villagarcía de Campos, 1764, que el autor dedica al P. Francisco Idiáquez.
ALFONSO GÓMEZ ZAPATA, Madrid, 1788, del cual se hacen grandes elogios en el *Memorial Literario* de enero de 1789.
REAL ACADEMIA LATINA, Madrid, 1806.
FRANCISCO IDIÁQUEZ, Madrid, 1817.
VICENTE SALVA, París, 1838, 1844 (2.ª) y 1857 (3.ª).
ALFONSO GÓMEZ ZAPATA, Madrid, 1847 (7.ª).
JUAN B. GUIM, París, 1857.

Traducciones españolas. — Hay una edición del texto de Nepote y traducción con introducción y notas de D. Agustín MILLARES CARLO, Méjico, 1947, en la «Bibliotheca scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana».

En 1783 Rodrigo DE OVIEDO, catedrático de Buena-Versión en los Reales Estudios de Madrid, publicó su traducción, que sigue una edición de Amsterdam del 1706.

En 1652 Juan MATEO SÁNCHEZ tradujo la *Vida de Epaminodas*, acompañando la traducción con disquisiciones de orden político, rememorando una vez más el *Marco Bruto* de Quevedo.

Jose Nicolás DE AZARA (Madrid, 1804) tradujo la *Vida de Tito Pomponio Ático*, traducción que aparece inserta en la *Vida de Cicerón* de Midleton.

Solamente a título de curiosidad citaremos la traducción de F. de P. SAMARANCH, inserta en *Biógrafos y Panegiristas Latinos*, Madrid, 1969, y hemos dicho a título de curiosidad ya que, más que de una auténtica traducción, se trata de una adaptación española, sacada directamente de la traducción francesa de Guillemin, adaptación que afecta no sólo al texto traducido, sino incluso a las notas a pie de página.

En cuanto a nuestra traducción sólo nos resta decir que hemos procurado, en la medida de lo posible, mantener el paralelismo sintáctico entre ella y el texto latino, cuando las circunstancias eran favorables.

Aunque no se trata evidentemente de una edición crítica, hemos tenido muy presente respetar en el texto las lecciones de los manuscritos que figuran como los mejores, aceptando conjeturas sólo en los casos en que el texto aparecía evidentemente corrupto.

Hemos preferido, si ello no implicaba defecto en la comprensión, evitar una excesiva libertad de traducción, pensando que esto hubiera situado al lector lejos del verdadero estilo de Nepote. No obstante, en los períodos gramaticales en exceso prolíferos en oraciones subordinadas, nos hemos liberado un poco del servilismo sintáctico en aras a una mejor comprensión, exonerando así la traducción de esa fatiga que produce en el lector en tales casos.

BIBLIOGRAFÍA

EDICIONES PRINCIPALES

A. M. GUILLEMIN, *Cornelius Nepos*, 3.ª ed., París, 1970.
C. HALM, *Cornelii Nepotis quae supersunt*, Leipzig, 1871.

H. Malcovati, *Cornelii Nepotis quae exstant*, 2.ª ed., Turín, 1945.
A. Monginot, *Cornelius Nepos*, 2.ª ed., París, 1882.
Nipperdey-Witte, *Cornelius Nepos*, 11.ª ed., Berlín, 1913.
C. L. Roth, *Aemilius Probus de excellentibus ducibus exterarum gentium et Cornelii Nepotis quae supersunt*, Basilea, 1841.

Fragmentos

H. Peter, *Historicorum Romanorum Reliquiae*, Stuttgart, 1967.

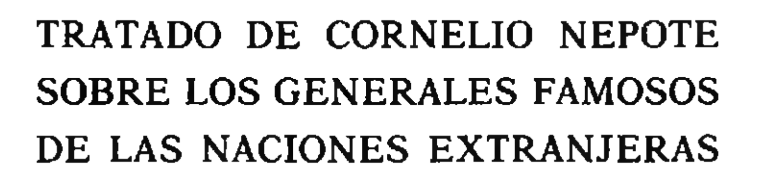
Tratados y monografías

W. A. Baehrens, «Zur Probusfage», *Hermes* (1915), 266 y sig.
E. Bolisani, «Sul luogo natale di Cornelio Nepote», *Atti Acad. Padova (1933-1934)*, 205-223.
L. Castiglioni, «In Senecam Rhetorem, Pomponium Melam, Cornelium Nepotem animaduersiones criticae», *Raccolta di Scritti in onore di Felice Ramorino*, publicaz. dell' Università Catt. del Sacro Cuore, serie IV (*Scienze Philologiche*), Vol. VII, 1927, págs. 101-129.
T. González Rolán, «El inédito Scorialensis 0-1-10 entre los mejores manuscritos de Cornelio Nepote», *Emerita* 41 (1973), 427-536.
G. E. F. Lieberkühn, *De auctore Vitarum quae sub nomine Cornelii Nepotis feruntur quaestiones criticae*, Leipzig, 1837.
H. Malcovati, «Cornelius Nepos civitati Ticinensi vindicatus», *Athenaeum* (1925), Nueva serie, Volumen III, 181-185.

VARIANTES EN LAS QUE DISCREPAMOS DE LA EDICIÓN DE GUILLEMIN

Pasaje	*Guillemin*	*Lectura adoptada*
Prólogo, 4	moeccum	cenam (Malcovati)
Milc. 4	abest	est ab (Malcovati)
Lis. 1	haut latet	latet (Nipperdey)
Alcib. 6	amissum imperium	amissum (Malcovati)

Alcib. 10	societatem	irrita futura (GEMSS)
Trasíb. 1	ad vires casusque	ad vires vimque (Códices)
Dión 1	leniebat	tegebat (MALCOVATI)
Dión 5	tyrannis	tyrannus (Códices)
Dión 5	Dion	Dion ⟨isius⟩ (NIPPERDEY)
Dión 9	est *** quam	est quam (MALCOVATI)
Cabr. 1	fidentem... Agesilaum	fidente... Agesilao (LAMBINO)
Timot. 3	novilis	mobilis (MALCOVATI)
Timot. 3	adversus reos	adversarius (MALCOVATI)
Timot. 3	inimicus domum revocat	in crimen vocabantur (MALCOVATI)
Epam. 3	Eidem	fide (MALCOVATI)
Ages. 6	eundum	excundum (MALCOVATI)
Eum. 4	munere	funere (MALCOVATI)
Eum. 11	uteretur	deuteretur (MALCOVATI)
Amilc. 1	autem	ante (MALCOVATI)
Amilc. 1	adventu	adventum (MALCOVATI)
Aníb. 8	certamine	*Omite* MALCOVATI
Átic. 9	sensus	sensim (MALCOVATI)
Átic. 9	eius	is (MALCOVATI)
Átic. 9	familiaribus	*Omite* MALCOVATI
Átic. 11	necessarium	necessaria (Códices)



TRATADO DE CORNELIO NEPOTE SOBRE LOS GENERALES FAMOSOS DE LAS NACIONES EXTRANJERAS

PREFACIO

No dudo, Ático[1], que habrá muchos que consideren sin importancia y poco digno del papel representado por varones excelsos este género literario, sobre todo cuando lean que cuento quién enseñó música a Epaminondas[2] y cuando vean que, entre sus cualidades, aludo a su habilidad para la danza y a lo bien que tocaba la flauta. 1

Sin embargo éstos serán por lo común personas que, ignorando los escritos de los griegos, pensarán que nada es bueno si no se aviene a sus propias costumbres. 2

Si consiguiesen aprender que no todos tienen la misma idea de lo que es honesto y vergonzoso y que todo juicio en este sentido se basa en el uso y costumbre de los antepasados, no se extrañarían de que, a la hora de relatar los grandes hechos de los griegos, me decida a seguir sus propias costumbres. 3

---

[1] Tito Pomponio Ático, escritor romano, nacido en 109 a. C. y muerto en 32 a. C., amigo íntimo de Cicerón y a quien Nepote dedica su obra.

[2] General de Beocia, nacido en Tebas hacia el 418 a. C. y muerto en Mantinea en el 362 a. C. Compañero de Pelópidas, jefe del partido popular tebano. Venció a los espartanos en Leuctra (371 a. C.) y obligó a la Grecia Central a una alianza con Beocia. El poderío de Tebas comenzó a decaer con la muerte de Epaminondas.

4 En efecto, no supuso desdoro alguno para Cimón, ciudadano ateniense tan ilustre, el hecho de haber tomado por esposa a su propia hermana [3], nacida del mismo padre, pues sus conciudadanos hacían otro tanto por tratarse de una institución [4] pública; sin embargo entre nosotros esto se considera abominable. Así también en Creta es motivo de honra y honor entre los adolescentes el haber tenido cuantos más amantes [5] mejor. No hubo en Lacedemonia mujer tan noble como para que, tras enviudar, no aceptase ir a una ⟨cena⟩ [6],

---

[3] Cimón mantuvo relaciones incestuosas con su hermana Elpinice. Plutarco *(Vid. Paral. Cimón* I) dice: «no fue a escondidas sino a la vista de todos el trato de Elpinice con Cimón, como si estuviesen casados». Nepote parece hacerse eco aquí del testimonio de la fuente de Plutarco.

[4] He traducido «institución pública» y no «ley», ya que contravenir a la primera no implicaba una transgresión punible, como suponía la violación de una ley; sería en este caso sinónimo de uso o costumbre, cuya transgresión situaba al ciudadano en una postura enojosa y ridícula.

[5] No creo sea necesario usar eufemismo alguno en la traducción de este pasaje, como hace Guillemin *(Cornelius Nepos,* París, 1970, pág. 5, lins. 3.ª y 4.ª). Nepote alude aquí al uso frecuente de la homosexualidad en Grecia, que no sólo no mereció implicar desdoro alguno sino más bien fue motivo de alabanza.

Plutarco *(Vid. Par. Pelópidas-Marcelo* XVIII) pone en boca de Filipo las siguientes palabras pronunciadas después de la batalla de Queronea: «Mal hayan quienes hayan podido pensar que entre semejantes hombres haya podido haber nada reprensible», aludiendo a la cohorte de amadores y amados que, después de la batalla, aparecieron muertos, hacinados todos en un montón. Cf. los testimonios del mismo Plutarco en este sentido en los primeros capítulos de la *Vida de Alcibíades.*

[6] He aceptado en mi traducción la lección más generalizada de los códices, rechazando la conjetura de Havet, que lee *moeccum* en lugar de *cenam.* No se me escapa la aparente contradicción en que se incurre al admitir la traducción «ir a una cena» cuando la realidad es que en Grecia se excluían las mujeres de los banquetes.

¿Se trata pues de un error de Nepote? No lo creo; más bien podíamos estar ante un eufemismo intencionado; la expresión siguiente «movida por una recompensa» implica, a mi entender, el carácter peyorativo de «cena»; sería tanto como decir «ir a una cena» exponiéndose a las posibles contingencias posteriores a ella.

movida por una recompensa. Casi en toda Grecia fue 5
causa de gran honor el haberse proclamado vencedor en una Olimpíada [7], y del mismo modo para nadie fue motivo de vergüenza el haber sido actor de teatro y el haberse exhibido públicamente como espectáculo ante el pueblo; y sin embargo todo esto entre nosotros se considera infamante, humillante y muy lejos del concepto de honorabilidad.

Por el contrario, otras muchas cosas que, a nuestro 6
juicio y según nuestras costumbres, son dignas, entre ellos, en cambio, se reputan como vergonzosas. ¿Qué romano siente vergüenza de llevar a su esposa a un banquete?; o ¿acaso la dueña de la casa no habita el lugar más visible de la misma y se deja ver públicamente? Muy distinto es lo que acaece en Grecia, donde a 7
la mujer no se le admite en un banquete salvo que se celebre entre parientes, y no permanece sino en la

---

Por otra parte no se trata de una mujer en general, sino de una mujer viuda y por tanto no sujeta a los vínculos del matrimonio. El término «viuda» parece abogar por el sentido metafórico de «cena», sentido que, según he dejado dicho con anterioridad, se ve justificado más aún por la expresión *mercede conducta.*

Nada empece por otro lado el que en Esparta se hiciese excepción a esta norma de excluir a las mujeres de los banquetes o que estas acudiesen a los mismos en calidad de cortesanas en busca de un estipendio.

[7] Traduzco «Olimpíada» y no «Olimpia» por deducirse del contexto que tal era la intención de Nepote.

Olimpia fue el centro religioso del Peloponeso; estaba situada en la falda del monte Cronio a la orilla derecha del Alfeo. En ella se encontraba el templo de Zeus Olímpico, en cuyo honor se celebraban los Juegos. Según los griegos, fueron los aqueos los que fundaron dichos juegos para celebrar el triunfo de Pélope (de donde el nombre de Peloponeso] sobre Eunomaos, rey de Élida, a cuyo triunfo debió su casamiento con Hipodamia, hija de dicho rey.

Las Olimpíadas tenían lugar cada cuatro años y fueron la base para el cómputo del tiempo entre los griegos, sistema éste introducido por el historiador Timeo. Las primeras Olimpíadas se celebraron en el año 776 a. C.

parte más íntima de la casa, llamada «gineceo», en el que nadie puede penetrar excepto los parientes consanguíneos más próximos.

8 Pero tanto la dimensión de mi trabajo cuanto la prisa por exponer lo que me he propuesto me impiden alargarme más en estas consideraciones. En consecuencia vayamos al asunto y desarrollemos en este libro la vida de los grandes generales.

I

MILCÍADES

SINOPSIS

1. Ascendencia de Milcíades. Se le encomienda la expedición del Quersoneso. — 2. Conquista el Quersoneso, Lemnos y las Cícladas. — 3. Incursión de Darío en Escitia. — 4. Primera Guerra Médica. Expedición de Datis y Artafernes. — 5. Batalla de Maratón: Victoria ateniense. — 6. Recompensa recibida por Milcíades en virtud de la batalla de Maratón. — 7. La empresa de Paros: el fracaso de Milcíades. Su condena y muerte. — 8. Cualidades de Milcíades. Milcíades es considerado como un tirano, pero un tirano justo. La verdadera causa de su muerte.

Ascendencia de Milcíades. Se le encomienda la expedición del Quersoneso

Milcíades, hijo de Cimón[8], ateniense, tanto por el rancio abolengo de su estirpe y la gloria de sus antepasados cuanto por su propia moderación sobresalía ya muy por encima de todos y, cuando llegó a una edad tal que sus conciudadanos podían no sólo abrigar buenas esperanzas en 1

[8] Cimón el Viejo, hijo de Estaságoras. No debe confundirse con su nieto Cimón, hijo de Milcíades, cuya vida narra Plutarco y el mismo Nepote.

torno a su persona, sino también confiar en que en el futuro habría de seguir siendo tal y cual le habían conocido, ocurrió entonces que los atenienses se pro-
2 pusieron enviar colonos al Quersoneso [9]. Al ser muy grande el número de éstos y deseando muchos alistarse en esta expedición, se eligieron de entre ellos algunos para enviarlos a Delfos [10] a consultar el Oráculo [para consultar el Oráculo de Apolo] sobre qué jefe deberían elegir. En efecto, a la sazón habitaban aquellas regiones los tracios, a quienes habría que disputárselas con
3 las armas. A los que tal consulta hicieron la Pitia [11] les contestó, citándolo por su nombre, que era a Milcíades [12] a quien deberían tomar por caudillo y que, si tal cosa hacían, la empresa resultaría favorable.

4 En cumplimiento de la respuesta del oráculo, Milcíades parte con una flota en dirección al Quersoneso en compañía de una tropa escogida; arribó a Lemnos y, deseando someter al poder de los atenienses a los habitantes de esta isla, les exigió que lo hiciesen sin
5 ofrecer resistencia. Ellos irónicamente respondieron que estaban dispuestos a hacerlo así siempre que él, zarpando con sus naves desde su país con viento *aquilón* [13], consiguiese llegar a Lemnos: tal viento, soplan-

[9] Denominación que daban los griegos a la antigua región de Tracia, que se corresponde hoy con la actual Gallipoli, entre los Dardanelos y el golfo de Saros.

[10] Ciudad famosa de la antigua Grecia, ubicada en la Fócida, en la vertiente del Parnaso. En ella se encontraba el Santuario de Apolo y su célebre Oráculo.

[11] La Pitia, oráculo de Apolo. Reclinada sobre un trípode quedaba en éxtasis mientras los sacerdotes interpretaban sus expresiones.

[12] Imperdonable error de Nepote, que confunde a Milcíades, hijo de Cimón, cuya vida narra, con su tío Milcíades, hijo de Cipselo, a quien corresponde este pasaje. En el libro VI de sus *Historias* cuenta Heródoto cómo había sido enviado Milcíades el de Cipselo al Quersoneso.

[13] Heródoto (VI, 139) narra los acontecimientos de distinta manera: los pelasgos, que habitaban Lemnos, a causa de una peste que había desolado a su país consultaron el oráculo de Delfos para ver

do como sopla del norte, resulta desfavorable para los que, partiendo de Atenas, se dirigen a Lemnos.

Milcíades, que no tenía tiempo que perder, partió 6 hacia su destino sin desviarse y llegó al Quersoneso.

Conquista el Quersoneso, Lemnos y las Cícladas

Una vez allí, tras haber aniquilado 2 en breve tiempo las tropas bárbaras, conquistó todo el país que se había propuesto conquistar, fortificando luego con sólidos reductos los lugares más aptos y estableciendo en los campos a la multitud que había llevado consigo, enriqueciéndola con frecuentes expediciones. Y en esto le ayudó no menos su pru- 2 dencia que su buena suerte. Pues, si bien es verdad que había logrado vencer al ejército enemigo gracias al valor de sus soldados, él trató con suma equidad todos los asuntos e incluso decidió quedarse él mismo allí.

Entre ellos gozaba de un trato propio de un rey [14], 3 aunque no poseía tal título y no lo había conseguido más en virtud de su cargo militar que por su sentido de la justicia. Y no por ello olvidaba sus obligaciones para con los atenienses, de quienes procedía. De este modo acaeció que obtuvo el poder sin limitación de tiempo y ello tanto por consentimiento de los que le habían enviado, cuanto por el de aquellos con quienes había partido de Atenas.

---

el modo de librarse de esa calamidad; el oráculo les respondió que deberían dar completa satisfacción a los atenienses, a quienes enviaron mensajeros para cumplir la respuesta del oráculo. Fue entonces cuando los pelasgos contestaron a la proposición de rendimiento que les hacían los atenienses con la falacia a que aquí se alude (cf. el adverbio «irónicamente»).

[14] Este poder real, no nominal pero sí efectivo, lo atestigua Heródoto (VI 39) cuando dice que Milcíades hizo presos a todos los señores principales del Quersoneso, poniendo a su servicio a quinientos hombres de guardia y casándose después con la princesa Hegesipila, hija de Oloro, rey de los tracios.

4 Organizadas así las cosas en el Quersoneso, retorna a Lemnos y les exige que le entreguen la isla de acuerdo con lo pactado [ellos le habían dicho que se entregarían cuando, saliendo él de su patria y navegando bajo el viento norte [15], consiguiese llegar hasta Lemnos]; alegaba que su patria estaba también ahora en el Quersoneso.

5 Los carios [16], que a la sazón habitaban la isla de Lemnos, aunque todo había sucedido de manera que ellos no podían ni haber imaginado, coaccionados no precisamente por la palabra dada sino por la buena suerte de sus enemigos, no tuvieron valor para resistir y emigraron de la isla [17]. Con igual fortuna sometió al poder de los atenienses el resto de las islas, llamadas Cícladas [18].

Incursión de Darío en Escitia

3 Por aquel tiempo, Darío [19], rey de los persas, una vez que había hecho pasar a su ejército de Asia a Europa, decidió hacer la guerra a los escitas. Hizo construir un puente sobre el río Histro [20] por el que poder pasar sus tropas. Encomendó la custodia de este puente durante el tiempo que de-

[15] Al viento norte los latinos lo llamaban *aquilón* y los griegos *Bóreas*, dios del viento, hijo de Eos (la Aurora) y de Astreo, y hermano de Céfiro y de Noto. Pertenece a la raza de los Titanes, personificación griega de las fuerzas de la Naturaleza.

[16] Según Heródoto (cf. nota 13) eran los pelasgos los que por entonces habitaban Lemnos.

[17] Lemnos tenía dos ciudades importantes: Hefestia y Mirina. Según Heródoto, los de Hefestia se entregaron en principio a Milcíades, pero no así los de Mirina, que se resistieron, alegando que el Quersoneso nada tenía que ver con el Ática.

[18] Conjunto de islas en el mar Egeo, cuyo nombre, según Plinio (*Hist. Nat.* IV 122), proviene del griego *kýklos*, por cuanto forma como un anillo alrededor de Delos. El escoliasta de Virgilio, Servio (*En.* III 126), dice que este nombre se debe a que las naves que se dirigían hacia ellas lo hacían en círculo.

[19] Darío I, padre de Jerjes. Atacó a los escitas como represalia por haber invadido Media.

[20] Hoy Danubio.

biera durar su ausencia, a hombres importantes que se había llevado consigo de Jonia y Eólida, y a cada uno de los cuales había investido de un poder vitalicio sobre sus respectivas ciudades. Pensaba, en efecto, que 2
mantendría más fácilmente bajo su dominio a los habitantes de habla griega que habitaban Asia, si tenía entregada la custodia de aquellas plazas a amigos suyos, a quienes, en caso de que él fuese derrotado, no les quedaría esperanza alguna de salvación.

En el grupo de estos, a quienes se les llegó a en- 3
comendar la custodia del puente, se encontraba Milcíades. Por aquel entonces llegaban frecuentes mensajes de que las cosas marchaban mal, y que Darío se veía en aprieto por parte de los escitas; Milcíades, pues, exhortó a los guardianes del puente a que no dejasen escapar la ocasión, que la suerte les brindaba, de liberar Grecia. Pues, si Darío llegaba a morir junto con las 4
tropas que había llevado consigo, no sólo se sentiría segura Europa, sino que incluso los habitantes de Asia de origen griego se librarían del dominio y amenaza de los persas [21]. Ambas cosas podían conseguirse fácilmente: con el puente cortado, el Rey perecería, bien a manos de los enemigos, bien de hambre, en pocos días.

Aunque muchos [22] estaban de acuerdo con este 5
plan, Histeo de Mileto impidió que se llevara a la práctica alegando que los intereses de ellos, que ostentaban el supremo poder, no coincidían con los del pueblo, ya que su poder tenía como base de sustentación el poder de Darío, y que, una vez muerto éste, queda-

[21] Una vez más el relato de Nepote se aparta del de Heródoto, que afirma (IV 137 y 138) que fueron los propios escitas los que invitaron a los griegos a cortar el puente y a liberarse del dominio persa.

[22] Los más importantes, que siguieron el parecer de Histieo, son citados por Heródoto por sus nombres y lugar de procedencia (Heród., IV 138).

rían privados de ese poder *legal*[23] y sometidos al castigo de sus conciudadanos. Y por ello sentía tan gran animadversión hacia el plan de los demás, pensando que nada era más útil para ellos como que el poder de los persas se consolidase.

6 Milcíades, como quiera que la mayoría siguieran esta opinión, y seguro de que, siendo tan numerosos los que conocían sus planes, éstos acabarían por llegar a oídos del Rey, abandonó el Quersoneso, volviendo de nuevo a Atenas.

Aunque su plan no prevaleció, sin embargo es muy digno de alabarse, por cuanto que favorecía más la libertad de todos que los intereses de su propio poder.

Primera guerra Médica. Expedición de Datis y Artafernes

4 Darío, que había regresado de Europa a Asia, y debido a que sus amigos le instaban a que sometiera a su dominio a Grecia, dispuso una flota[24] de quinientas naves, al frente de la cual puso a Datis y a Artafernes, entregándoles al mismo tiempo doscientos mil infantes[25] y diez mil jinetes, alegando como motivo de su hostilidad hacia los atenienses el hecho de que los jonios habían tomado

---

[23] El término «potestas» implica un poder que se ostenta legalmente, bien en nombre del pueblo bien que sea de origen real, y se opone a «potentia», que supone un dominio ilegal o usurpado.

[24] Nepote ha silenciado la existencia de una primera flota, mandada por Mardonio, en el 492 a. C. Viendo Darío lo poco fructuoso que había sido el mando de Mardonio lo depuso, y nombró como generales a Datis y Artafernes para que atacaran Escitia y Atenas. Es esta la expedición a la que se refiere Nepote. En cuanto al número de navíos, mientras Heródoto cita seiscientos, Platón refiere trescientos, sin contar los de carga, y Nepote quinientos.

[25] Valerio Máximo (V 3) da un número de trescientos mil hombres, Pausanias (IV 25) otros trescientos mil, Lisias quinientos mil y Nepote doscientos mil. De todos modos estas cifras deben estimarse superiores a la realidad.

Sardes gracias a la protección de los atenienses e incluso habían pasado a cuchillo guarniciones suyas.

Tras obligar a la flota a atracar en Eubea, estos ge- 2
nerales del Rey conquistaron rápidamente Eretria, y a todos sus habitantes, tras hacerlos prisioneros, los enviaron al Asia ante el Rey. Desde Eretria alcanzaron el Ática, desembarcando sus tropas en la llanura de Maratón[26], que está[27] de Atenas a unos diez mil pasos.

Los atenienses, aunque aterrados por un ataque tan 3
inminente y de tales proporciones, no pidieron auxilio sino a los lacedemonios, enviando para ello a Lacedemonia a Fidipo[28], corredor de los llamados «corredores de un día», para que les hiciera saber cuán apurada era la ayuda que se necesitaba. Por otro lado, nombran 4
en Atenas diez generales para ponerlos al frente del ejército y entre ellos a Milcíades.

Entre ellos se entabló una gran disputa sobre si era conveniente defenderse encerrados en sus murallas o, por el contrario, salir al encuentro del enemigo y luchar a campo abierto. Sólo[29] Milcíades ponía su obsti- 5
nado empeño porque se emprendiera la campaña cuanto antes, pensando que, si se hacía así, se encenderían los ánimos de los ciudadanos al ver que se tenía total confianza en su valor y por idénticas razones los enemi-

---

[26] La llanura de Maratón había parecido a Hipias, hijo de Pisístrato (cf. Heród. VI, 107), el lugar más adecuado para la facilidad de movimientos de la caballería persa.

[27] Mi traducción «está a» supone no admitir la corrección *abesse ab* frente a la lección generalizada de los manuscritos *est ab*.

[28] Heródoto (VI 105) y Pausanias (I 28) dan el nombre de Fidípides, mientras algunos códices tienen Filipo. Posiblemente su verdadero nombre fuera Filípides. Cf. Plin., *Hist. Nat*, VII, 20.

[29] Si hemos de prestar fe a Heródoto (VI 105), no fue sólo Milcíades el que tenía esta opinión, sino cinco de los diez generales, sin incluir al propio polemarco Calímaco Afidneo, a quien Milcíades convenció con un discurso, deshaciendo de este modo el empate en la votación.

gos se harían más indolentes, al advertir que osaban luchar contra ellos con tan escasas tropas.

Batalla de Maratón.

5 En tales circunstancias no acudió en ayuda de los atenienses ninguna *ciudad estado,* salvo Platea. Ésta envió mil soldados. Así pues, con la llegada de estos soldados se alcanzó el número de diez mil combatientes, que ardían en un de-
2 seo de luchar digno de admiración. De este modo se consiguió que la teoría de Milcíades prevaleciera sobre la de sus colegas. Movidos por su prestigio, los atenienses hicieron salir sus tropas de la ciudad y construyeron su campamento en lugar adecuado.

3 Al día siguiente, formado el ejército en línea en la falda de un monte[30], desde un lugar excesivamente abierto (pues los árboles por muchos lugares eran escasos) entablaron el combate con el propósito de verse protegidos por la altura de la montaña y de que la caballería enemiga se vería obstaculizada por los árboles y de este modo no se sentirían agobiados por la multitud de los enemigos.

4 Datis, aunque veía que el lugar no era favorable para sus tropas, no obstante, confiado en su superioridad numérica, deseaba entrar en combate, máxime porque consideraba ventajoso luchar antes de que llegaran los refuerzos de Lacedemonia. Por ello dispuso en orden de batalla cien mil infantes y diez mil jinetes y comenzó el combate.

5 En este combate los atenienses se mostraron tan superiores en valor, que derrotaron un número de enemigos diez[31] veces superior, produciendo entre ellos tal

---

[30] El monte denominado de Pan.

[31] Heródoto (VI 117) afirma que los bárbaros muertos en Maratón sumaban seis mil cuatrocientos y los atenienses sólo ciento noventa y dos.

pánico, que los persas se precipitaron en dirección no de su campamento, sino de las naves [32].

Nada ha acontecido hasta nuestros días más famoso que este combate, pues jamás un ejército tan exiguo consiguió aniquilar a otro tan numeroso.

Recompensa de Milcíades por la victoria de Maratón

No parece fuera de lugar decir qué 6
premio recibió Milcíades por semejante victoria, con lo que se podrá comprender fácilmente que el comportamiento de todos los pueblos es por naturaleza el mismo. Pues así como en otro tiempo las distinciones 2
honoríficas en nuestro pueblo fueron escasas y sencillas, y por lo mismo acarreaban mayor gloria, mientras que ahora son excesivamente frecuentes y banales, del mismo modo sabemos que otro tanto había ocurrido antiguamente en Atenas. En efecto, a este famoso Mil- 3
cíades, por haber liberado a Atenas y a toda la Grecia entera, se le concedió por todo honor el siguiente: cuando en el pórtico llamado Pecile [33] se representó la batalla de Maratón [34], se pintó su imagen la primera en el grupo de los diez generales, en actitud de arengar a sus soldados y de comenzar la batalla. Aquel mismo 4

[32] Error de interpretación de Cornelio. Heródoto (VI 115) dice que los bárbaros expulsaron de algunas de sus naves a los atenienses, haciendo que los esclavos de Eretria embarcasen en otra nave, y siguieron su rumbo, bordeando a Sunio con la intención de atacar a Atenas. Se dirigieron, pues, a sus naves no por precipitación en la huida, sino con una intencionalidad clara.

[33] Galería existente en Atenas, que estaba decorada con variadas pinturas; de aquí su nombre *Pecile* (cf. el griego *poikílos* = 'vario'). Diógenes Laercio en la *Vida de Zenón* (cap. 1) dice que el nombre de Pecile viene de las tablas pintadas por Polignoto. Plinio *(Hist. Nat.* XXXV 35) afirma que las pinturas de Pecile se debían a Polignoto y Micón.

[34] Plinio *(Hist. Nat.* XXXV 4) estima que el cuadro de la batalla de Maratón fue pintado por un hermano de Fidias, llamado Panemo. En él, además de a Milcíades, podía verse a Calímaco, el polemarco, y a Cinegiro, atenienses, a Datis y a Artafernes, persas.

pueblo, después de haber conseguido un imperio más extenso, se corrompió con la prodigalidad de sus magistrados y así decretó que se erigieran trescientas estatuas a Demetrio Falereo [35].

La empresa de Paros. Condena y muerte de Milcíades

7 Tras este combate, los atenienses confiaron a Milcíades una flota [36] de setenta naves para que luchase contra las islas [37] que habían prestado ayuda a los bárbaros. De acuerdo con las órdenes recibidas obligó a la mayor parte de éstas a que volvieran a la obediencia, mientras que a otras las conquistó por la fuerza.

2 Entre estas últimas se encontraba la isla de Paros, engreída por su poderío; no pudiendo conseguir reducirla [38] a buen camino por medio de la persuasión, desembarcó sus tropas y, cercando la ciudad, la privó de todo medio de avituallamiento: finalmente, tras haber colocado *manteletes* y *tortugas*, se aproximó muy cerca de sus murallas.

3 Cuando estaba ya a punto de apoderarse de la plaza, a cierta distancia, en tierra firme, se incendió, no sé

[35] Amigo íntimo de Teofrasto y administrador de Atenas en los años 318 a 308, durante la dominación macedónica. Fue derrocado por Demetrio Poliorcetes.

[36] La flota fue pedida, según Heródoto, por el propio Milcíades, sin decirles contra quienes pensaba luchar, asegurándoles solamente que les haría ricos si consentían en seguirle.

[37] Las Cícladas, conquistadas por Datis y Artafernes.

[38] Cornelio da aquí una razón bastante trivial y muy distinta de la aducida explícitamente por Heródoto (VII 133) cuando dice que se dirigió Milcíades contra Paros, alegando que iba a castigar a sus habitantes por haber luchado antes al lado de los persas en Maratón; pero que esto era tan sólo un pretexto, ya que la verdadera causa estaba en que Liságoras, hijo de Tisias y natural de Paros, le había acusado y enojado con el persa Hidarnes y de aquí su animadversión contra los de Paros.

por qué motivo, durante la noche un bosque que se divisaba desde la isla. Cuando ciudadanos y sitiadores vieron las llamas, unos y otros creyeron que los marineros del Rey estaban haciendo señales. Debido a esto su- 4
cedió que los de Paros abandonaron la idea de rendirse y Milcíades, temeroso de que de un momento a otro apareciera la flota real, hizo quemar las obras de cerco que había construido, y con el mismo número de naves con las que había partido regresó a Atenas, provocando gran enojo entre sus conciudadanos. Por esto fue acusa- 5
do de traición [39], ya que, pudiendo haberse hecho con la isla de Paros, había abandonado, sin terminarla, la empresa por soborno del Rey. A la sazón Milcíades se encontraba enfermo a causa de las heridas recibidas en el asedio de la ciudad. Y, no pudiendo hablar por sí mismo en su defensa, por este motivo lo hizo su hermano Esteságoras [40].

Instruido el sumario, se le absolvió de la pena de 6
muerte, pero se le impuso una multa en dinero por un importe de cincuenta talentos, cantidad que se estimaba equivalente a lo que se había invertido en armar la flota. Por no haber podido pagar esta suma al contado se le encerró en una prisión pública y en ella murió [41].

---

[39] No parece ser cierto que la acusación lanzada contra Milcíades fuera la de traición, pues, según Heródoto (VI 136), Jantipo, hijo de Arifrón, intentando plantearle ante el pueblo causa capital, le acusaba de haber engañado a los atenienses. Fue, por tanto, de dolo y fraude a Atenas.

[40] Prescindiendo de la diversidad de nombres que nos dan los manuscritos (Tiságoras, Ságoras, Diágoras e Iságoras), lo que parece cierto es que la defensa de Milcíades estuvo a cargo de sus amigos (cf. Heród., VI 136).

[41] La versión sobre los últimos momentos de la vida de Milcíades no concuerda con la dada por Heródoto (VI 136), quien dice que el pueblo le absolvió de la pena capital en virtud de los méritos contraídos por él en Maratón y en la conquista de Lemnos, muriendo,

8 *Cualidades de Milcíades. La verdadera causa de su muerte*

Aunque figuró como causa de la acusación su delito de Paros, muy otro fue sin embargo el verdadero motivo de su condena. En efecto, debido a la tiranía de Pisístrato, que había tenido lugar pocos años antes, los atenienses tenían miedo del poder extralimitado de sus conciudadanos.
2 Milcíades, que había pasado gran parte de su vida investido de las magistraturas tanto militares como civiles, no parecía poder considerarse ahora como un ciudadano cualquiera, ya que la costumbre ⟨de mandar⟩ parecía arrastrarle de una manera inexorable a desear
3 el poder. Pues ya en el Quersoneso, durante todos aquellos años que lo había habitado, ostentó un poder vitalicio y había recibido el apelativo de tirano, pero tirano justo. Y es que el poder lo había conseguido no por la fuerza, sino por deseo de sus conciudadanos, y lo mantenía gracias a su probidad. Pero ya se sabe que se llaman y se les considera tiranos a todos aquellos que obtienen el poder vitalicio en una ciudad que antes ha
4 disfrutado de libertades públicas. Pero en Milcíades se conjugaban una gran benignidad y un extraordinario sentido de la convivencia, hasta el punto de que nadie, por humilde que fuera, al acudir a él encontró las puertas cerradas; gozó de gran predicamento en todas las ciudades griegas; su nombre fue ilustre, recibiendo los más grandes honores por sus campañas militares. En consideración a todo esto el pueblo prefirió que se le castigara, aun inocente, a seguir temiéndole por más tiempo.

---

después del juicio, a causa de la gangrena en el muslo. La multa de cincuenta talentos la haría efectiva su hijo Cimón.

II

TEMÍSTOCLES

SINOPSIS

1. Juventud de Temístocles. Sus comienzos en la vida pública. — 2. Segunda Guerra Médica. Guerra de Corcira. Invasión de Grecia por Jerjes. — 3. Las Termópilas. Batalla de Artemisio. — 4. Jerjes destruye Atenas. Batalla de Salamina. — 5. Estratagema de Temístocles y retirada de Jerjes. — 6. Construcción del puerto del Pireo. Reconstrucción de las murallas de Atenas. — 7. Defensa hecha por Temístocles ante el Senado espartano de los derechos de Atenas. — 8. Destierro de Temístocles. Su estancia en Argos, Corcira y Asia. — 9. Carta que envía Temístocles a Artajerjes. — 10. Sus últimos días en Magnesia. Teorías sobre su muerte.

Juventud de Temístocles. Sus comienzos en la vida pública

1 Temístocles, hijo de Neocles, ateniense. Los vicios de su adolescencia se vieron corregidos [42] con tan grandes virtudes, que difícilmente nadie [43] le pudo aventajar en ellas y pocos fueron los que le igualaron. Pero preciso es comenzar la ⟨historia de Temístocles⟩ desde el principio.

---

[42] Los manuscritos A, B dan *emundata*. Sigo la corrección propuesta por Nipperdey (*In C. N.*, pág. 16), *emendata*, estimando que la primera forma no aparece atestiguada en latín hasta Columela.

[43] Aunque nuestro autor es dado a la hipérbole, en este caso no debe considerarse exageración, pues Tucídides (I 138) se deshace en elogios en la persona de Temístocles.

2 Neocles [44], su padre, era de familia noble y casó con una oriunda de Acarnania que gozaba del derecho de ciudadanía, y de la que nacería Temístocles, quien, reprobado por sus padres por la licenciosa vida que llevaba, malgastando la hacienda familiar, fue desheredado [45] por su padre. Pero esta afrenta no sólo no lo hundió, sino que levantó más aún su ánimo.

3 En efecto, pensando que no podía hacer que tal afrenta quedara en el olvido si no era poniendo en ello todo su esfuerzo, se dedicó por entero a la vida pública, tratando de este modo de adquirir fama y amigos. Por ello solía participar asiduamente en las causas civiles, tomando con frecuencia la palabra en las asambleas del pueblo; sin su consentimiento no solía hacerse nada que fuese de cierta importancia; comprendía casi intuitivamente lo que debía hacerse en cada momento y en sus discursos era [46] de una gran claridad de ideas; a
4 la hora de llevar a efecto algo, mostraba la misma aptitud que cuando lo meditaba, pues, como dice Tucídides, juzgaba con toda exactitud las situaciones del momento y preveía con gran sagacidad el futuro. De este modo se convirtió en poco tiempo en un hombre célebre.

---

[44] Plutarco *(Temístocles,* I) dice que Neocles no era de los distinguidos en Atenas, siendo de Frear, uno de los pueblos de la tribu de Leóncide. Por lo que respecta a la madre de Temístocles, de un poema de Anficatres parece colegirse que su nombre era Abrotono, de origen tracio. Fanias (según Plutarco) afirma que su madre no era tracia sino de Caria y que su nombre era Euterpe. Por su parte Neantes de Cizica le hace descender de la ciudad de Halicarnaso. En lo que parecen estar de acuerdo todos es en afirmar que no era ateniense, si bien, según nuestro autor, gozaba del derecho de ciudadanía ateniense.

[45] Según Plutarco *(Temis.* II) esto es falso: «Todas las demás relaciones, que sobre esto han inventado algunos, como son el que su madre se suicidara por el deshonor de su hijo o que su padre le desheredara, hay que tenerlas como falsas».

[46] La importancia del códice *Danielino* o *Gafaniano* me ha inducido a aceptar el texto *facile eadem oratione explicabat.*

Segunda guerra médica. Guerra de Corcira. Invasión de Grecia por Jerjes

Su primer paso en la carrera polí- 2
tica fue con motivo de la guerra de Corcira [47]: el pueblo le eligió general y le puso al frente de la misma. Y no sólo durante esta guerra, sino en el tiempo posterior a ella hizo de Atenas una ciudad más
belicosa. En efecto, viendo que la recaudación que se 2
obtenía de la explotación de las minas se dilapidaba por la prodigalidad que los magistrados realizaban cada año, convenció al pueblo para que con este dinero
se construyera una flota de cien navíos [48]. Ultimada 3
con toda rapidez esta flota, primeramente derrotó con ella a los de Corcira y luego persiguiendo a los piratas, consiguió la seguridad en el mar. Durante esta guerra enriqueció a los atenienses e hizo de ellos los más avezados en la guerra naval.

Cuán importante fue esto para la seguridad de la 4
Grecia entera se puso bien de manifiesto en la guerra contra los persas. En efecto, Jerjes emprendía la guerra contra toda Europa por mar y por tierra con un ejército tan numeroso cual nadie antes de él ni después tuvo.
Su flota constaba de mil doscientas naves de guerra a 5
las que había que sumar otras doscientas de carga, mientras su ejército de tierra lo formaban setecientos mil infantes y cuatrocientos mil jinetes.

Llegó a Grecia la noticia de su inmediata invasión 6
y se decía que eran sobre todo los atenienses contra quienes se dirigía, por lo de la batalla de Maratón; por lo cual éstos enviaron legados a Delfos para consultar

---

[47] Plutarco *(Temis.* IV) se refiere también a esta guerra, pero no dice que fuera contra Corcira sino contra Egina, que era por entonces la dueña del mar por el número de sus naves. Lo mismo afirma Heródoto (VII 134).

[48] El dinero que los atenienses sacaban de la explotación de las minas de Laurio estaba a punto de ser distribuido a razón de diez minas a cada uno.

acerca de lo que era conveniente hacer. A los que habían ido a consultar la Pitia les respondió que se fortificaran con murallas de madera.

7 Como quiera que nadie [49] entendía el significado de tal respuesta, Temístocles les convenció de que el consejo de Apolo era que se embarcaran junto con sus enseres; que tal era lo que el dios quería decir al hablar
8 del muro de madera. Aceptada esta decisión, añaden a las ya citadas naves otras tantas trirremes, llevando en ellas sus bienes muebles, unos a Salamina y otros a Trecene [50], mientras entregan a los sacerdotes y a un pequeño grupo de ancianos la acrópolis y el cuidado de las ceremonias religiosas, abandonando el resto de la ciudad.

Las Termopilas. Batalla de Artemisio

3 La decisión de Temístocles no era del agrado de la mayor parte de las ciudades, a las que les parecía mejor que se luchara en tierra. Por ello se enviaron, a las órdenes de Leónidas, caudillo de los lacedemonios, tropas escogidas, para que ocuparan las Termópilas, impidiendo así que los bárbaros avanzaran demasiado. Los soldados no pudieron aguantar el impetuoso ataque del enemigo y murieron todos en este lugar [51].

---

[49] Afirmación gratuita por parte de Nepote, ya que Heródoto (VII 142) habla de una doble interpretación dada por el congreso del pueblo a la respuesta del oráculo: la primera la de aquellos que la interpretaron como que la acrópolis quedaría salva, por estar desde antiguo defendida por una estacada, que era el muro al que se refería el oráculo; la segunda la de aquellos que identificaban el muro, citado por el oráculo, con las naves.

[50] Ciudad de la Argólida en la misma entrada del golfo de Salónica. Plutarco (VII 10) dice que los atenienses dejaron a sus padres y mujeres en Trecene, donde fueron honrosamente recibidos.

[51] Heródoto cita los epitafios colocados en honor de los caídos en las Termópilas: «Contra tres millones pelearon solos aquí en este lugar cuatro mil peloponesios». Y el de los espartanos: «Habla a los

La armada confederada griega, compuesta por trescientas naves, de las que doscientas [52] eran atenienses, entabló combate por primera vez con la flota real en Artemisio, entre Eubea y el continente. Temístocles procuraba buscar siempre lugares angostos para no verse rodeado por la multitud de enemigos. Entonces, aunque habían terminado el combate ni victoriosos ni vencidos [53], no se atrevieron a permanecer en este lugar, ya que se corría el riesgo de que, si una parte de la flota enemiga conseguía doblar Eubea, se encontrarían cogidos por un frente doble. Esto fue la causa de que se retiraran de Artemisio y anclasen su flota en Salamina, dando vista a Atenas.

2 La armada confederada griega, compuesta por tres-
3 verse rodeado por la multitud de enemigos. Entonces,
4 rían cogidos por un frente doble. Esto fue la causa de

Destrucción de Atenas por Jerjes. Batalla de Salamina

4 Jerjes, tras apoderarse de las Termópilas, se dirige rápidamente a Atenas y, encontrándola indefensa, mata a los sacerdotes que encuentra en la acrópolis y la incendia. 2 Los soldados de la flota, aterrados por el fuego, no se atrevieron a permanecer en las naves y, siendo la mayoría de la opinión de volver a sus países y defenderse tras sus murallas, sólo Temístocles se resistió a ello, alegando que todos juntos podrían detener al enemigo, jurándoles in-

lacedemonios, amigo, y diles que yacemos aquí obedientes a sus mandatos».

[52] Heródoto (VIII 1) habla de ciento veintisiete naves atenienses, aunque en el capítulo XLIV cita ciento ochenta; Plutarco da también el número de ciento ochenta naves atenienses.

[53] En efecto la batalla de Artemisio no decidió nada ni en favor ni en contra de Atenas, pero los atenienses aprendieron la lección de que en la lucha no vence quien más grita ni más naves posee, sino el que está dotado de coraje y valor. Así Píndaro, refiriéndose a esta batalla, dice:

A la libertad seguro y claro asiento
dieron los hijos de la preclara Atenas.

cluso que, separados, estaban condenados a morir, al mismo tiempo que a Euribíades [54], rey de los lacedemonios [55], a la sazón investido del mando supremo, le aseguraba que tarde o temprano esto tendría que suceder.

3 No pudiendo convencerle hasta el punto que él deseaba, eligió de entre sus esclavos al más fiel [56] que tenía y le envió al Rey para anunciarle en su nombre que sus enemigos se habían dado a la huida, añadiendo
4 que, si llegaban a disgregarse, la guerra le resultaría más laboriosa y larga, al verse obligado a atacar a cada uno por separado, mientras que, si les atacaba al instante, en poco tiempo los vencería a todos. De este modo conseguía obligarles a luchar contra su voluntad.
5 El bárbaro, oído esto, y sin sospechar engaño ninguguno, al día siguiente atacó en un lugar muy desfavorable para él y, al contrario muy favorable para el enemigo, en una zona del mar tan angosta, que apenas si pudo desplegarse su numerosa flota [57]. Así resultó vencido más por la sagacidad de Temístocles que por las armas de Grecia.

---

[54] La entereza de ánimo de Temístocles queda de manifiesto en el diálogo, mantenido con Euribíades, recogido por Plutarco: «Dícele Euribíades: 'Oh Temístocles, en los juegos, a aquellos que se adelantan les dan de bofetadas.' 'Sí', responde Temístocles, 'pero no coronan a los que se quedan atrás'». Al tratar de darle Euribíades un bastonazo, Temístocles le dijo: «Bien, pega, pero escucha».

[55] Según Heródoto (VIII 42) Euribíades era natural de Esparta y no era de familia real.

[56] El nombre de este esclavo era Sicino, persa por nacimiento, pero muy fiel a Temístocles.

[57] Del testimonio indirecto de Plutarco se deduce que el lugar debió ser la zona limitada por el templo de Hércules y Salamina, que es por donde esta dista menos de Atenas.

Estratagema de Temístocles y retirada de Jerjes

Aunque las cosas le habían ido mal, sin embargo contaba aún con tal número de tropas como para poder derrotar a sus enemigos; pero por segunda vez fue apartado de su *posición*[58] por el mismo Temístocles. 5

Temístocles, en efecto, temeroso de que (Jerjes[59]) decidiera continuar la guerra, le hizo saber que en esos momentos se estaba decidiendo en asamblea cortar el puente que él había mandado construir en el Helesponto e impedir de esta manera su regreso a Asia, y consiguió que se lo creyera. Así logró volver a Asia en menos 2
de treinta días, siguiendo el mismo camino por el que antes había invertido seis meses en llegar, pensando que Temístocles no sólo no le había vencido sino que había sido su salvación. De este modo fue como Grecia 3
se vio libre gracias a la habilidad de un solo hombre, y Asia sucumbió a Europa.

Esta es la segunda victoria, que bien podría compararse con la de Maratón, ya que, del mismo modo que en Maratón, en Salamina la flota más grande que se recuerda fue vencida aparatosamente por un insignificante número de naves.

Construcción del puerto del Pireo. Reconstrucción de las murallas de Atenas

Grande fue Temístocles en esta 6
guerra, pero no lo fue menos en la paz. En efecto, los atenienses venían usando el puerto de Falero, demasiado pequeño y poco apto, y he aquí que por decisión suya se acondicionó el triple puerto del Pireo y se amuralló en su alrededor hasta el punto que

---

[58] He respetado la expresión de Cornelio *gradu depulsus est* conservando así la intención del autor, que quiere emplear una metáfora tomada de la lucha entre los gladiadores.

[59] Una de las características más típicas del estilo de Nepote son sus cambios bruscos de sujeto en verbos, que se encuentran en la misma persona gramatical, lo que me obliga y obligará a veces a tener que suplir entre paréntesis el sujeto verbal para evitar confusiones.

llegó a igualar en magnificencia a Atenas, e incluso la superó en eficacia.

2 Él mismo reconstruyó las murallas de Atenas con riesgo de su propia persona[60]. Pues los lacedemonios, que habían encontrado un pretexto suficiente en las invasiones bárbaras para decir que no era conveniente que fuera del Peloponeso existiera ciudad alguna, por si, al convertirse en lugares fortificados, los enemigos acababan apoderándose de ellos, al ver que los atenienses las edificaban, ponían todo su empeño en impedír-
3 selo. Y esto lo deseaban por causas muy distintas de las que querían aparentar. Y es que los atenienses con dos victorias, la de Maratón y la de Salamina, habían conseguido ante todas las naciones tan gran gloria que los lacedemonios sabían que la lucha con los atenienses
4 por la primacía de Grecia era inevitable. Por ello querían que los atenienses se vieran lo más indefensos posible. Cuando se enteraron de que los muros se estaban levantando, enviaron a Atenas mensajeros para intentar impedirlo. Ante la presencia de éstos, desistieron, diciendo que les enviarían legados a Lacedemonia para resolver este asunto.

5 Temístocles asumió la responsabilidad de esta embajada, siendo el primero en marchar; recomendó que los restantes legados salieran de Atenas sólo cuando se estimara que la altura del muro construido era suficiente, aconsejándoles que mientras tanto todos, esclavos y libres, trabajasen y sin respetar lugar alguno, ya sagrado, ya profano, bien privado o público, recogiesen por doquier cuanto estimaran que podría ser material adecuado para la fortificación. Por ello las murallas de

---

[60] Parece deducirse por el ordenamiento de los hechos, narrados por Nepote, que la construcción del puerto del Pireo fuera anterior a la construcción de las murallas de Atenas, lo que está en evidente contradicción con los datos de Plutarco (XIX) y Tucídides (I 93).

Atenas estaban construidas de pequeños santuarios y tumbas.

Fuerte defensa ante el Senado de Esparta de los derechos de Atenas

Temístocles, cuando llegó a Lacedemonia, no quiso presentarse a los *magistrados*[61], sino que, poniendo como pretexto que estaba esperando a sus colegas, procuró darle largas al asunto. Cuando los lacedemonios se estaban quejando de que a pesar de todo las obras continuaban y de que él les estaba engañando, en ese momento se presentaron todos los demás legados. Enterado por éstos de que no quedaba ya mucha obra por hacer, se presentó a los éforos[62] lacedemonios, que ejercían el sumo poder, tratando de demostrarles que cuanto les habían dicho era falso y que en consecuencia creía justo que ellos enviaran a hombres honestos y nobles, dignos de toda confianza, para que investigaran y mientras tanto le tomasen a él como rehén. 7 ... 2

Se le hizo caso y se enviaron a Atenas tres legados, que habían ejercido las más altas magistraturas. Temístocles dispuso que junto con éstos marcharan también sus colegas, aconsejándoles que no dejasen salir (de Atenas) a los legados de los lacedemonios antes de que le dejasen libre a él. Cuando estimó que los legados debían haber llegado a Atenas, se presentó a los magistrados y senado de los lacedemonios haciéndoles con entera libertad la siguiente confesión: que los atenienses por consejo suyo y haciendo uso del derecho común de gentes habían rodeado con murallas a los dioses públicos, a los de su propia patria y a sus Penates[63] para 3 ... 4

---

[61] Magistrados, que gozaban de gran poder en Esparta. Fueron creados, según Plutarco, por Teopompo con la intención de que su poder fuera como un contrapeso del poder real. Se vienen a corresponder en orden a sus poderes con los tribunos de la plebe romanos.

[62] Los *éforos*.

[63] Dioses públicos, es decir, los dioses comunes a toda la Grecia; los privados o particulares de Atenas y los Penates o dioses familiares.

poderlos defender mejor de sus enemigos y que lo ha-
5 bían hecho así en provecho de Grecia. Precisamente porque habían hecho de su ciudad un baluarte contra los bárbaros era por lo que las flotas reales habían fra-
6 casado dos veces en su ataque[64]. Que los lacedemonios habían obrado perversa e injustamente al poner sus miras más en la defensa de su primacía que en los intereses de toda Grecia. Por lo tanto, si querían que los legados, que habían enviado a Atenas, regresaran a Esparta, tendrían que dejarle salir a él, pues de otro modo éstos jamás volverían a sus patria.

Destierro de Temístocles. Su estancia en Argos, Corcira y Asia

8 A pesar de todo esto (Temístocles) no pudo librarse de la envidia de sus propios conciudadanos; en efecto, por los mismos temores por los que Milcíades había sido condenado, lo fue él al destierro[65], retirándose a vivir a Argos.

2 Mientras vivía allí rodeado de grandes honores, ganados por sus muchas virtudes, los lacedemonios enviaron a Atenas legados para que le acusaran durante

---

[64] La expresión de Nepote *fecisse naufragium* bien podría traducirse por «hacer aguas», locución técnica de la marina, no exenta en este caso de una intencionalidad alusiva a las batallas de Maratón y Salamina.

[65] Temístocles fue condenado, como la mayoría de los hombres importantes de Grecia, al ostracismo. Los términos *testarum suffragiis* aluden a la forma como en Grecia se decretaba la condena de ostracismo o condena al destierro durante diez años.

El ostracismo no era una pena impuesta por algún delito público, sino una medida de prevención frente a los máximos poderes de cualquier ciudadano. Cada año se consultaba al pueblo si debía plantearse un voto de ostracismo y en caso afirmativo el pueblo votaba *(suffragium)* en voto secreto, escribiendo en una teja *(testa)* el nombre del que, en virtud de sus grandes poderes, podía representar un peligro para las libertades del pueblo y en consecuencia merecía ser desterrado, dejándosele escoger el lugar de residencia. Temístocles eligió Argos.

su ausencia de haber hecho un pacto con el Rey persa para aplastar a Grecia.

Por esta acusación se le condenó en su ausencia por 3 el delito de traición. Cuando se enteró de esto, al no sentirse suficientemente seguro en Argos, se marchó a Corcira. Al darse allí cuenta de que los ciudadanos más importantes temían que por su causa los lacedemonios y atenienses atacaran a los de Corcira, se refugió en la corte de Admeto, rey de los molosos [66], con quien se consideraba vinculado por lazos de hospitalidad [67].

Llegado aquí y en un momento en que el rey se ha- 4 llaba ausente, para obligarle más aún a recibirle y defenderle, se apoderó de una hija [68] de Admeto de corta edad, refugiándose con ella en el santuario doméstico, lugar que solía venerarse con sumo respeto religioso. No salió de allí hasta que el rey, estrechándole su diestra, le diera garantías de protección.

Las cumplió: aunque los atenienses y lacedemonios 5 reclamaron de manera oficial que se lo entregara, él no sólo no lo traicionó, entregando a su suplicante, sino que le aconsejó que se precaviera, ya que le sería difícil seguir viviendo sin riesgo en un lugar tan cercano (a Grecia). Por ello el rey ordenó que se le condujera a Pidna [69], dándole toda la protección que fue necesaria.

---

66 Habitantes de una zona en la parte central del Epiro.

67 No entiendo las razones que tuviera Nepote para hablar de vínculos de hospitalidad entre Temístocles y Admeto. Tucidides dice que Temístocles se refugió en casa de Admeto, rey de los molosos, el cual le era desafecto. Con mayor precisión se manifiesta Plutarco al decir que Admeto miró siempre con odio a Temístocles, estando siempre dispuesto a vengarse de él, si le tuviese a mano. Justifica al mismo tiempo el que se refugiara en su casa, alegando que para Temístocles era menos peligrosa la ira de Admeto y de su familia que la del pueblo.

68 Al parecer fue la propia esposa de Admeto quien le instó a que hiciese esto, ya que entre los molosos era aquella la forma más sagrada de súplica.

69 Ciudad de Macedonia, del dominio de Alejandro Magno.

6 Embarcó sin ser notado por los marineros. Arrastrada la nave a causa de una gran tempestad a Naxos, donde a la sazón se encontraba el ejército ateniense, Temístocles se dio cuenta de que, desembarcando allí, estaría perdido. Obligado por esto, descubrió al dueño de la nave quién era, prometiéndole muchas cosas si le salva-
7 ba. Aquél, movido a compasión por un hombre tan ilustre, ancló la nave durante un día y una noche [10] lejos de la isla, en alta mar, no permitiendo que nadie abandonara la nave. De allí marchó a Éfeso, en donde dejó a Temístocles, quien más tarde le recompensó por este favor.

Carta enviada por Temístocles a Artajerjes

9 Ya sé que la mayor parte de los historiadores dijeron que Temístocles había pasado a Asia durante el reinado de Jerjes. Pero yo presto mayor confianza a Tucídides, tanto por ser el más próximo en el tiempo (a los hechos narrados) de entre cuantos escribieron la historia de aquellas épocas, cuanto por ser de la misma ciudad. Él dice que era Artajerjes a quien había acudido, previo envío de
2 una carta en los siguientes términos: «Acudo a ti yo, Temístocles, que de entre los griegos he sido el que más daño ha causado a tu casa, al verme obligado a luchar
3 contra tu padre por defender a mi Patria. Pero también yo le hice mucho más bien, cuando yo estaba seguro y él comenzaba a encontrarse en peligro; pues terminada la batalla de Salamina, cuando él quería volver a Asia, se enteró, por carta que yo le escribí, de que se estaba procurando la destrucción del puente que había hecho construir en el Helesponto, y que se hallaba ro-

[10] Monginot (nota al pasaje) señala que la expresión *diem noctemque* «resulta ambigua por cuanto que puede significar tanto 'durante un día y una noche' como 'durante el día y la noche', sea cual sea el número de días y noches de que se trate». Pero esto se dice también *diu noctuque*, por lo que se hace preferible la primera interpretación.

deado por el enemigo; gracias a mi aviso se pudo ver libre de este peligro.

Ahora he huido a tu presencia, hostigado por toda 4
Grecia, en busca de tu amistad; si consigo alcanzarla, me tendrás como un amigo tan bueno cual enemigo valeroso fuí para él. Te suplico, pues, que me concedas el plazo de un año para (tratar) de las cosas que quiero discutir contigo y que, una vez transcurrido este plazo, me permitas ir a tu presencia».

Sus últimos días en Magnesia. Teorías sobre su muerte

Sintiendo gran admiración por 10
una grandeza de alma tal y deseando ganarse para sí a un hombre de tales condiciones, el rey le concedió el permiso. Él durante todo este tiempo se dedicó por entero al estudio de la cultura y de la lengua de los persas; hasta tal punto se impuso en ellas que, según se dice, hablaba ante el Rey con mucha mayor soltura que podían hacerlo los nacidos en Persia[71].

Tras haberle hecho al Rey muchas promesas, entre 2
las cuales la más agradable fue la de que, si estaba dispuesto a seguir sus consejos, conquistaría Grecia, volvió a Asia, cargado de honores por Artajerjes, estableciendo su residencia en Magnesia[72]. El rey le había 3
dado esta ciudad diciéndole que ella le proveería de pan (esta región solía producir de renta cincuenta talentos al año); pudiendo adquirir de Lámpsaco el vino y de Miunte el resto de los víveres.

---

[71] Una vez más surge en nuestro autor la inclinación a la hipérbole; tal vez se trate de una aportación personal un tanto arbitraria. Tucídides sólo dice que se empeñó en el estudio de la lengua persa cuanto mejor pudo.

[72] Colonia tesala de Jonia, que no debe confundirse con Magnesia, ciudad lidia, lugar en el que Cornelio Escipión venció a Antíoco III en el 189 a. d. C.

De él han perdurado íntegros hasta nuestros días dos monumentos: la tumba, cerca de la ciudad[73], en la que estuvo enterrado, y su estatua en el foro de Magnesia.

4 Por lo que hace a su muerte los historiadores han emitido teorías diversas[74]; pero yo me atengo al testimonio de Tucídides por encima de los demás, cuando dice que murió en Magnesia de enfermedad natural, si bien no niega haberse difundido la noticia de que se envenenó por propia voluntad, pues desesperaba de no poder cumplir la promesa que hizo al rey de someter a Grecia.

5 El mismo (Tucídides) ha dejado constancia de que sus amigos dieron sepultura a sus restos en Ática ocultamente, ya que las leyes no lo permitían, por haber sido condenado por traición.

---

[73] Debe tratarse de la tumba mencionada por Pausanias. Tucídides menciona sólo la tumba erigida en la plaza pública de Magnesia. Por su parte Diodoro el Periegeta alude, como mera suposición, a una tumba de Temístocles existente cerca del Pireo, mientras su homónimo de Sicilia sólo cita la levantada en Magnesia. Cf. PLUT., *Temist.* XXXII; PAUSA., *Attica* 2; DIODORO, XI.

[74] Tucídides dice que murió de enfermedad (cf. TUCÍD., *Guerra Pelop.* I 138). Plutarco que bebió sangre de toro o un veneno muy activo: *Vida de Temístocles*, 31.

III

ARÍSTIDES

SINOPSIS

1. Destierro de Arístides. — 2. Vida política y actividad militar. —3. El tesoro de Delos. Muerte de Arístides. Su cualidad más importante, su desinterés.

Destierro de Arístides

Arístides [75], hijo de Lisímaco, ateniense, era casi de la misma edad que Temístocles, por lo que luchó con él por la primacía [76], lo que originó una rivalidad mutua. 1

La historia de éstos da idea de la preeminencia de la elocuencia sobre la virtud. Pues, aunque Arístides sobresalía por su moderación tanto que, según la historia, al menos la que nosotros hemos oído contar, sólo él me- 2

---

[75] Oriundo de la tribu antióquide y miembro de la curia alopecense, en Alopece, ciudad ática, a escasa distancia de Atenas, célebre por ser también la patria de Sócrates.

[76] La enemistad entre ambos, según Aristón de Quios, partió de ciertos amores que ambos tenían con Estesilao, también de Quios, enemistad que en la vida pública se tradujo en competencia política, ya que Arístides era del partido aristocrático y Temístocles demócrata. Cf. Plut., *Arístides* 2.

reció el sobrenombre de Justo [77], sin embargo, desacreditado por Temístocles, fue condenado por obra
3 del *voto popular* al destierro de diez años. Él, al advertir que no era posible reprimir el furor de la multitud, y habiendo notado, al apartarse de la muchedumbre, que alguien escribía [78] (su voto) para que se le desterrara, se dice que le preguntó por qué hacía aquello o qué delito había cometido Arístides para que se le juz-
4 gara merecedor de castigo tan considerable. Aquel sujeto le respondió que no sabía quién era Arístides, pero que, a pesar de ello, le resultaba desagradable el que se hubiese esforzado con tanta avidez porque se le llamara Justo por encima de los demás.

5 Arístides no cumplió en su totalidad la pena de diez años impuesta por la ley, pues cuando Jerjes bajó (para atacar) a Grecia, a poco de cinco años de su destierro, en virtud de un *decreto popular* [79] se le permitió volver a su patria.

Vida política y actividad militar

2 Tomó parte en la batalla naval de Salamina, a pesar de que ésta tuvo lugar antes de que se viera libre del *ostracismo*. También fue general de los atenienses en Platea durante la batalla en la que Mardonio fue vencido y pasado a cuchillo

[77] Según los múltiples testimonios de autores griegos y latinos la justicia de Arístides debió de ser proverbial.

[78] Plutarco (VII) narra la anécdota más pintorescamente y cuenta que un campesino analfabeto entregó la concha o tablilla a Arístides para que le escribiera el nombre del propio Arístides, a quien lógicamente no debería conocer. Arístides, sorprendido, le preguntó si el tal Arístides le había hecho algún agravio. «Ninguno», respondió el analfabeto, «pero estoy harto de oír que le llaman el Justo».

[79] Nepote traduce el término griego *psēphisma* por *populi scito*, versión que parece correcta, aplicando la terminología legal romana. En Roma los decretos eran de tres tipos: los senadoconsultos, promulgados por el senado, los dados por los plebeyos *(plebiscitum)* y los que emanaban del pueblo entero *(populiiussum)*.

el ejército bárbaro. No existe ningún [80] otro hecho relevante en su carrera militar sino el recuerdo de dicho generalato, mas sí muchos (que hablan) de su justicia, equidad e integridad; por encima de todos el hecho de que gracias a su equidad [81], cuando formaba parte de la flota confederada griega junto con Pausanias, durante cuyo caudillaje se había puesto en fuga a Mardonio, consiguió que el dominio del mar pasara de Lacedemonia a Atenas. 2
3 Pues hasta entonces el dominio tanto del mar como de tierra había estado en manos de los espartanos [82], pero, por un lado la intemperancia de Pausanias, y por otro la justicia de Arístides, hizo que casi todas las *ciudades-estado* de Grecia se aliaran con Atenas y eligiesen de entre los atenienses a sus generales (para luchar) contra los bárbaros.

El tesoro de Delos. Muerte de Arístides

3 Para mejor repeler la agresión de los bárbaros en caso de que intentaran renovar la guerra, fue elegido Arístides a fin de que determinara cuánto dinero se requería, y qué ciudad debería darlo, para armar la flota y organizar el ejército y, según su estimación, reuniéronse cada año en Delos cuatrocientos sesenta *talentos* [83]; decidieron que este dinero constituyera el tesoro de la confedera-

[80] Olvida el autor la extraordinaria conducta de Arístides en Maratón, conducta elogiada por Plutarco.

[81] El término usado por Nepote, *innocentia*, equivale a integridad o desinterés. Cf. Salust., *Catil.* 57; Cic., *Verr.* I 4.

[82] La expresión *mari et terra duces erant Lacedemonii* podría igualmente interpretarse, teniendo en cuenta lo que sigue, en el sentido de que los que hasta entonces habían estado al mando de los ejércitos habían sido siempre los espartanos: en efecto, en Salamina lo había sido Euribíades; en Platea, Pausanias, y en Micala, Leotíquides.

[83] Moneda que en Atenas valía 60 minas o veinticuatro mil sestercios en Roma; en pesetas unos 3.000.000 (1978).

ción. Toda esta cantidad fue llevada más tarde a Atenas.

2 No hay prueba más segura de su desinterés que el hecho de que, habiendo estado, como estuvo, al frente de asuntos de tan gran importancia, muriera[84] en medio de una pobreza tan grande que apenas dejó (lo sufi-
3 ciente) para que se le enterrara. Por eso sus hijas vivieron también del dinero del Estado y a la hora de contraer matrimonio sus dotes se sacaron del erario público.

Murió a poco de los cuatro años de haber sido desterrado de Atenas Temístocles.

---

[84] Crátero de Macedonia, historiador del siglo III a. C., refiere que Arístides fue acusado por Diofanto, de la tribu anfitrópide, de haber recibido prebendas de los jonios y, habiendo sido multado con cincuenta talentos, al no poderlos pagar, se retiró a Jonia, donde murió. Pero Plutarco (ARIST. XXVII) habla de su sepulcro en Falero, puerto de Atenas, y que había sido construido por el pueblo por no haber dejado ni siquiera con qué enterrársele.

IV

PAUSANIAS

SINOPSIS

1. Batalla de Platea. El orgullo de Pausanias. — 2. Las ambiciones de Pausanias. Alianza con Jerjes y su traición. — 3. Pausanias adopta los hábitos y costumbres persas. Intento de sublevar a los hilotas. — 4. Los éforos se enteran de las intenciones de Pausanias. — 5. Pausanias se refugia en el templo de Minerva. Su muerte y sepultura.

Batalla de Platea. El orgullo de Pausanias

Pausanias, lacedemonio, fue un gran hombre, pero muy voluble en todas las facetas de su vida, pues así como brilló por sus virtudes, igualmente se vio sumergido en los vicios. 1

Lo más ilustre de su vida fue la batalla de Platea. 2
Siendo él general, Mardonio, sátrapa real, medo de nacimiento y yerno del Rey[85], de mano enérgica y lleno de discreción como el que más entre todos los persas, disponiendo de un ejército de doscientos mil infantes escogidos previamente uno por uno y veinte mil jinetes,

---

[85] Aquí debe referirse el autor a Darío, con cuya hija contrajo matrimonio. Si gener ha de entenderse en la acepción de Justino, como «cuñado», en ese caso el rey sería Jerjes. Cf. JUSTINO, XVIII 4.

fue puesto en fuga por un insignificante puñado de griegos, muriendo el mismo general en esta batalla.
3 Enorgullecido por una victoria tal, comenzó a provocar un sinnúmero de intrigas y a desear inconteniblemente cosas cada vez mayores. El primer motivo de crítica que dio fue por (haber cogido) del botín y haberlo colocado en Delfos un trípode[86] de oro con la inscripción en la que podía leerse lo siguiente: bajo su mando los bárbaros habían sido vencidos en Platea y en acción de gracias por esta victoria hacía ese regalo a Apolo.
4 Los lacedemonios borraron estos versos, limitándose a escribir sólo los nombres de las *ciudades-estado* a cuya colaboración se debió la victoria sobre los persas.

Sus ambiciones. Alianza con Jerjes y su traición

2 Tras esta batalla enviaron al propio Pausanias, al mando de la flota confederada, a Chipre y al Helesponto para que expulsara de estos países a
2 las guarniciones de los bárbaros. Habiendo tenido la misma suerte en esta empresa, comenzó a comportarse con mayor altanería y a tener aspiraciones cada vez más ambiciosas. En efecto, cuando, conquistada Bizancio, hizo prisioneros a muchos nobles persas, encontrándose entre ellos incluso algún que otro pariente del Rey, los envió en secreto a Jerjes, simulando que habían conseguido escapar de la prisión y haciendo que les acompañara Congilo de Eretria, con el encargo de que entregara una carta al Rey en la cual
3 Tucídides dice que podía leerse: «Pausanias, caudillo espartano, que había hecho prisioneros en Bizancio, al enterarse de que eran parientes tuyos, te los remite en calidad de un presente, al mismo tiempo que desea formar parte de tu familia. Por ello, si te parece bien, per-

[86] El trípode es uno de los emblemas de Apolo, en el que la Pitia pronunciaba sus oráculos.

mítele que se case con tu hija. Si así lo hicieres, te pro- 4
mete que con su ayuda has de conquistar no sólo Es-
parta sino toda Grecia. Si estuvieres dispuesto a tratar
sobre esto, envíale un hombre de confianza con el que
entrevistarse».

El Rey, alegrándose sobremanera por la liberación 5
de tantos hombres tan vinculados a él, envió a presen-
cia de Pausanias a Artabazo con una carta en la que
le colmaba de alabanzas y le ⟨ruega⟩ que haga todo lo
posible por llevar a efecto lo que promete; si lo cumple,
él no le negaría nada.

Pausanias, conocidos los deseos del Rey, se dedicó 6
en cuerpo y alma a cumplir lo dicho, cayendo por ello
en sospecha de los lacedemonios. Requerida su presen-
cia en su patria por lo que hizo, y sometido a juicio,
se le absuelve de la pena de muerte, pero se le condena
con todo, a pagar una multa, siendo apartado por este
motivo del mando de la flota.

Pausanias adopta los hábitos y costumbres persas. Intento de sublevar a los hilotas

Pero él, no mucho tiempo después, 3
volvió al ejército por su propia cuenta
y allí, de una manera no sólo falta de
habilidad, sino más aún, demencial,
expuso abiertamente sus intenciones:
no sólo cambió las costumbres de su patria, sino tam-
bién su modo de vivir e incluso su indumentaria. Vivía 2
a la manera de un rey y vestía según la moda persa;
se hacía acompañar por guardias persas y egipcios;
banqueteaba según la costumbre de los persas[87], con
tanta gula que los que estaban presentes no podían to-
lerarlo. A los que le pedían audiencia les cerraba la 3

[87] Téngase en cuenta que el pueblo persa se había distinguido siempre por su sobriedad en el comer y beber, sobriedad que se convirtió en gula e intemperancia cuando el imperio persa se vio engrandecido con la conquista de Media. Horacio (*Od.* I 38) manifiesta su repulsa hacia la magnificencia y lujo persas.

puerta [88]; solía responder con arrogancia y mandaba con dureza.

Se negaba a retornar a Esparta, estableciéndose en Colonas, localidad situada en la campiña de Tróade, donde solía tomar decisiones nocivas tanto para su patria como para sí mismo.

4 Cuando los lacedemonios se enteraron de esto, le enviaron legados provistos de la *clava* [89], en la que, según la costumbre espartana, éstos le habían escrito que si no volvía a su patria le condenarían a muerte.
5 Un tanto asustado por este mensaje y con la esperanza de que con su dinero y su desorbitado poder alejaría el peligro que se le cernía, volvió a su patria. Tan pronto como llegó, los éforos le encarcelaron: las leyes lacedemonias permiten a cada uno de los éforos portarse así con un rey [90]. A pesar de todo, logró librarse, si bien no consiguió verse exento de las sospechas, por cuanto seguía en pie la opinión de que estaba aliado con el Rey.

6 Hay cierta clase de hombres, llamados *hilotas* [91], cuya gran multitud se dedica al cultivo del campo lacedemonio como esclavos. También se creía que trataba

[88] La expresión *non dabat aditum conueniendi* es tan poco feliz que su traducción resulta un tanto forzada. Tal vez el uso de *facultatem* en lugar de *aditum* hubiera solucionado lo irresistible de la construcción.

[89] Los manuscritos discrepan en la elección de este vocablo: el *Danielinus* da *laua, PA* dan *lana,* el codex *Henelianus lana lancea.* Petrus Daniel corrige «claua», lección justificada por Nipperdey por el hecho de que Nepote transcribe los términos griegos valiéndose de los latinos que guardan con los primeros mayor analogía de significado, y nada más semejante al término griego *skitale* que el latino *claua.* Cf. MONGINOT, *Cornelius...,* nota al pasaje.

[90] Evidentemente Pausanias no era rey de Esparta, pero ejercía las funciones de tal como tutor de Plistarco, hijo de Leónidas, tras la muerte de éste en las Termópilas.

[91] Constituían la clase social más humilde y humillada de Esparta: eran auténticos esclavos, maltratados por el resto de la sociedad espartana.

de sublevarlos, prometiéndoles la libertad. Pero sobre 7 estas cosas no existía delito manifiesto del que acusarle y pensaban que, tratándose de un hombre tan ilustre y de tales condiciones, no parecía conveniente que se le juzgara sólo por meras sospechas y que debería esperarse a que las cosas se descubriesen por sí mismas.

Los éforos conocen las intenciones de Pausanias

Entretanto cierto jovencito, natu- 4
ral de Argilos, con quien en su niñez Pausanias había tenido amores, habiendo recibido de éste el encargo de que le llevase una carta a Artabazo, y sospechando que en ella se hacía alguna referencia a él, ya que no había regresado ninguno de los que habían sido enviados allí con tal motivo, rompió el precinto de la carta y, tras arrancar el sello, supo que si
la llevaba a su destino le tocaría morir. En la misma 2
carta había cosas que hacían referencia a los convenios pactados entre el Rey y Pausanias. Así que entregó la carta a los *éforos*.

Necesario es ahora no olvidar la reflexiva sagacidad 3
de que hacen gala los espartanos. Pues ni siquiera por la delación de éste se vieron impelidos a encarcelar a Pausanias, estimando que no debían emplear la fuerza antes de que él se delatara a sí mismo. En consecuencia le indicaron al denunciante lo que querían que se hiciera.

Hay en Tenaro un templo, dedicado a Neptuno, cuya 4
violación la consideran los griegos un sacrilegio: el denunciante se refugió en él, tomando asiento sobre el altar [92]. Junto al altar construyeron un pasadizo subte-

[92] Costumbre habitual de los suplicantes era tomar asiento sobre el altar del dios, con lo cual quedaba por el momento al abrigo de las iras de quien le perseguía. Cf. Virgilio, *En.* II 574, cuando dice que la hija de Tíndaro se había escondido y sentado cabe el altar.

rráneo desde donde podía oírse cualquier conversación mantenida con el joven de Argilos. Allí bajaron algunos de los *éforos*.

5 Pausanias, al enterarse de que el de Argilos se había refugiado en el altar, asustado, acudió allí. Al verlo suplicante y sentado en el altar del dios, le preguntó cuál era la causa de tan repentina determinación. Él le des-
6 cubrió lo que había averiguado por la carta. En ese momento Pausanias, más asustado aún, comenzó a rogarle que no descubriera nada ni le traicionase, precisamente a quien se había portado tan bien con él (añadiendo) que, si atendía a sus ruegos y le prestaba su ayuda, implicado como estaba en dificultades tan grandes, le recompensaría sobremanera.

Pausanias se refugia en el templo de Minerva. Su muerte y sepultura

5 Al enterarse de esto los *éforos* estimaron más conveniente que se le prendiera en Esparta. Habiéndose dirigido (los éforos) hacia allí, y volviendo Pausanias a Esparta, tras haberse granjeado, según él creía, la confianza del de Argilos, durante el camino, cuando ya estaban a punto de prenderle, comprendió, gracias a la expresión de uno de los *éforos*, cuya intención era prevenirle, que algo se estaba
2 tramando contra él insidiosamente. Por ello, (caminando) unos pasos delante de los que le seguían, se refugió en el templo de Minerva, llamado «Casa de Bronce» [93]. Entonces los *éforos*, para que no pudiera salir de él, obstruyeron al instante las puertas del templo, destruyendo después el tejado para que muriera antes (al que-
3 darse) a la intemperie. Se dice que todavía vivía la ma-

[93] No queda claro en Nepote si era el templo el que se llamaba *Calcieco* (casa de bronce) o era éste un sobrenombre de la propia diosa Minerva. Según Tucídides (I 128) era Atenea la que recibía el sobrenombre de «Calcieco», pues tanto su templo como su estatua eran de bronce.

dre de Pausanias y que, ya de avanzada edad, al enterarse del crimen de su hijo, fue de los primeros en aportar a la entrada del templo piedras para impedir la salida de su hijo[94].

De este modo Pausanias manchó su gran gloria, ad- 4
quirida en campañas militares, con una muerte vergonzosa. Cuando se le sacó del templo medio muerto, expiró momentos después[95].

Siendo algunos de la opinión de que era conveniente 5
que su cadáver se llevara allí donde (yacían) los que habían sido ajusticiados[96], la idea no fue del agrado de la mayoría, dándosele, pues, sepultura a cierta distancia del lugar [donde había muerto]. Más tarde fue desenterrado por un oráculo del Délfico y se le volvió a sepultar en el mismo lugar en que había muerto.

---

[94] Tucídides no alude a nada de esto, Diodoro (XI 45) parece admitir esta tradición.

[95] Por el solo hecho de que una persona muriera en un templo éste se consideraba profanado.

[96] Según la tradición los ajusticiados en Esparta solían ser arrojados a la sima Ceadas, que había abierto un terremoto.

V

CIMÓN

SINOPSIS

1. Juventud de Cimón. Matrimonio de Calias con Elpinice. — 2. Vida política de Cimón. Su campaña contra los persas. Conquista de Esciro y de Tasos. — 3. Su destierro y muerte. — 4. Generosidad de Cimón.

Juventud de Cimón. Matrimonio de Calias con Elpinice

1 Cimón, hijo de Milcíades, ateniense, sufrió mucho en los inicios de su juventud; pues no pudiendo su padre abonar la multa impuesta por el pueblo, por lo que fue encarcelado, muriendo en prisión, Cimón fue por ello también encarcelado [97], sin poder salir, según las leyes atenienses [98],

[97] No parece estar de acuerdo Nepote con Plutarco ni con Heródoto, quienes nada dicen sobre la cautividad de Cimón. Diodoro de Sicilia (X, fragm.) habla de esa prisión sufrida por Cimón, pero dando de ella motivo diferente: para que se le entregara el cuerpo de su padre. Según Plutarco, ya desde su niñez Cimón gozó de una grande reputación. Cf. Plut., *Cimón* IV y sigs.

[98] Las leyes de Atenas preceptuaban que, si algún ciudadano moría con deudas al tesoro público, sus hijos estaban obligados a pagarlas bajo pena de perder sus derechos de ciudadano.

hasta tanto pagara la multa con la que había sido condenado su padre.

Había contraído matrimonio con su propia herma- 2
na, hija del mismo padre, llamada Elpinice, movido tanto por el amor hacia ella cuanto por seguir la tradición, pues a los atenienses les está permitido[99] tomar por
esposa a una hermana nacida del mismo padre. Un tal 3
Calias[100], que ansiaba casarse con ella, noble no tanto por su origen cuanto por su dinero, ya que había obtenido pingües ganancias con la explotación de las minas, propuso a Cimón que se la cediera por esposa (diciéndole) que, si se la concedía, pagaría por él la multa. Co- 4
mo Cimón rechazase tal proposición[101], Elpinice dijo que ella no estaba dispuesta a tolerar que un hijo de Milcíades muriese en prisión, estando en sus manos como estaba el impedirlo, y que en consecuencia estaba dispuesta a casarse, siempre que cumpliera lo pactado.

Vida política de Cimón. Su campaña contra los persas. Conquista de Esciro y Tasos

De este modo quedó libre de la pri- 2
sión y ascendió rápidamente a ocupar los principales puestos[102], pues tenía gran elocuencia, prodigalidad en grado sumo, un gran conocimiento teórico y práctico tanto del derecho civil como en asuntos militares, ya que de niño había acompañado a su padre

[99] Plutarco cuenta que una de las hijas de Temístocles, Mnesipolema, nacida de un segundo matrimonio, se casó con su hermano Aqueptolis «por no ser hermanos de madre». Cf. PLUT., *Temístocles* XXXII.

[100] Tal vez se trate del mismo Calias citado por Plutarco (*Arist.* V) como usurpador y ladrón de gran parte del botín de Maratón con el que se enriqueció. Los datos aportados por Nepote no parecen confirmar esto.

[101] No sé en qué puede fundarse Cornelio para afirmar esto, pues Plutarco (*Cimón* IV) no habla de la resistencia de Cimón a este matrimonio.

[102] Sin duda, ayudado por Arístides para evitar la supremacía de Temístocles.

a filas. Por esto tuvo bajo su autoridad al pueblo ateniense y gozó de gran predicamento entre los soldados.
2 Su primera acción como general fue poner en fuga a un gran ejército de tracios [103] a orillas del río Estrimón, fundar la ciudad de Anfípolis y enviar a ella diez mil atenienses para colonizarla. En segundo lugar logró vencer en Micala [104] a la flota chipriota y fenicia, com-
3 puesta de doscientas naves. Y con igual fortuna en el mismo día venció por tierra; pues, una vez tomadas las naves al enemigo, al momento hizo desembarcar de las suyas sus tropas, infligiendo gran derrota en un solo
4 ataque a una gran cantidad de bárbaros. Habiéndose apoderado de extraordinario botín con esta victoria, volvió a su patria y, visto que algunas islas a causa de la dureza del gobierno, se habían sublevado, aseguró más aún la fidelidad de las que habían permanecido adictas, obligando además a las sublevadas a volver a la obediencia.
5 Hizo que los dólopes, que a la sazón habitaban Esciro [105], la evacuaran, por haberse manifestado demasiado rebeldes (al poder ateniense); expulsó a sus antiguos moradores de la ciudad y de la isla, repartiendo sus campos entre los atenienses.

Con su sola presencia redujo a los de Tasos, tan orgullosos por su riquezas. Con el botín, obtenido de estas guerras, fortificó la acrópolis de Atenas, por donde ésta mira al mediodía.

---

[103] Esta expedición fue encaminada a la toma de Eyona, ciudad de Macedonia, a orillas del río Estrimón, coincidente hoy con la población de Contessa.

[104] No fue en Micala donde se produjo la derrota de fenicios y chipriotas como quiere Nepote, sino en el Eurimedonte, río de Pisidia, en Asia Menor, que tiene su desembocadura en el golfo de Panfilia.

[105] Aunque los manuscritos PA, B, RM, dan *Cyprum,* historiadores como Tucídides, Diodoro y Plutarco escriben *Scirum.* Cf. PLUT., *Cimón* VIII.

Su destierro y muerte

Y habiendo conseguido solo él por 3
esto una extraordinaria gloria en Atenas, vino a ser objeto de las mismas envidias que (sufrieran) antes su padre y demás ciudadanos principales de Atenas, siendo condenado por el *voto popular* al destierro por diez años que los atenienses llaman *ostracismo*[106]. Pero fueron los atenienses los que hubieron de 2
sentir tal decisión antes que el propio Cimón. Pues, mientras él se había resignado con fortaleza de ánimo ante la envidia de sus desagradecidos conciudadanos, en cambio, cuando los lacedemonios declararon la guerra a Atenas, inmediatamente se echó de menos su re-
conocido valor. Y así, a los cinco años después de su 3
destierro, fue de nuevo invitado a volver a su patria. Pero él, como sea que disfrutaba de la hospitalidad espartana, estimando que era mejor condescender que luchar, se dirigió a Esparta voluntariamente, restableciendo la concordia entre dos *ciudades-estado* tan poderosas.

No mucho tiempo después se le envió a Chipre como 4
comandante en jefe al frente de doscientas naves y, tras haber logrado reducir completamente a la mayor parte de la isla, enfermó, muriendo en la fortaleza de Citio[107].

Generosidad de Cimón

Los atenienses lo echaron de me- 4
nos durante largo tiempo no sólo durante el período de guerra, sino también durante la paz. Hizo gala de tan gran generosidad que, aunque poseía en muchos lugares fincas rústicas y jardines, nunca colocó en ellos guardianes para que vigilaran los frutos

[106] Cf. nota 65.

[107] Plutarco no dice concretamente que muriera en Citio, sino que murio cuando tenía sitiada a Citio, ciudad de una colonia fenicia en Chipre. Cf. Plut., *Cimón* XIX.

de sus tierras, permitiendo que la (gente) pudiera disfrutar de sus cosas como a cada cual le viniese en ga-
2 na [108]. Se hacía acompañar siempre de esclavos provistos de dinero para, en caso de que alguien necesitara de su ayuda, poder dársela al momento, no fuese que, de aplazarla, pudiera parecer que no se la quería prestar. A menudo, al encontrarse por casualidad [109] con alguien a quien veía mal vestido, le daba su manto.

3 Cada día su cena se cocinaba tan (abundantemente), que invitaba a ella a cuantos veía en el foro sin haber sido invitados (por otros), cosa que no dejaba pasar ni un solo día sin hacer. A nadie le negó su apoyo, ni sus servicios, ni el uso de sus bienes. Suministró bienes en abundancia a muchos; a otros, que habían muerto en la pobreza sin dejar dinero para su entierro, se lo proveyó de su propio peculio.

4 Con tal comportamiento nada tiene de raro que, si su vida discurrió libre de toda inquietud, su muerte fuera muy sentida.

---

[108] La generosidad de Cimón, según Teofrasto (cf. Cic., *De. Off.* II), sólo la ponía en práctica con los individuos de su tribu. Aristóteles dice igualmente que su mesa no estaba dispuesta para todos los atenienses sino sólo para sus compatriotas, los lacíadas. Cf. Plut., *Cimón* X.

[109] Monginot *(Cornelius...,* pág. 73) apoya el traducir la expresión de Nepote *offensum fortuna* por «encontrado por casualidad», basándose en la frase de Plutarco *eí tis syntýchoi* y en la no menos explícita de Teopompo *án tina ídoi,* más paralela aún con la de Cornelio. La única dificultad estriba en la acepción de «fortuna» como adverbio, pero esto no es tan grave como para negar la evidencia de las expresiones griegas en las que sin duda se ha basado Nepote. Por otro lado, en parte se justifica este valor adverbial de «fortuna» con un ejemplo semejante que encontramos en Cicerón *(De natur. deor.* II 37): *aliquo casu atque fortuna.*

VI

LISANDRO

SINOPSIS

1. Finaliza la Guerra del Peloponeso con la victoria de Egospótamos. — 2. Crueldad de Lisandro con los habitantes de Tasos. — 3. Intenta sobornar a los oráculos. Su muerte en Haliarte. — 4. Estratagema de Farnabazo.

Finaliza la guerra del Peloponeso con la victoria de Egospótamos

1 Lisandro, lacedemonio, dejó de sí una gran fama, conseguida más como fruto de su suerte que de sus virtudes. Que venció a los atenienses, que venían haciendo la guerra al Peloponeso durante veintiséis años, es bien sabido. 2 Pero no está claro [110] cómo llegó a conseguirlo; pues no se logró por el valor de su ejército sino por el carácter indisciplinado de sus enemigos [111], quienes, no siendo muy

[110] Todos los manuscritos dan *latet*. Creo innecesaria e inconveniente la corrección de Halm *haut latet*. La idea es tan clara que hace inútil la corrección de los manuscritos: Lisandro finaliza la guerra del Peloponeso, pero, y dice bien Nepote, cómo lo ha conseguido, eso no está tan claro.

[111] Pausanias no coincide con Nepote, pues dice que no fue la indisciplina de los soldados atenienses la causa de su derrota, sino la

dados a la obediencia de sus generales, y desparramados por los campos, vinieron a caer en manos de sus enemigos al haber abandonado sus naves. Por ello los atenienses se entregaron a los lacedemonios.

3 Enorgullecido por esta victoria[112], Lisandro, que ya antes había dado muestras de un natural inquieto y audaz, se permitió tales cosas que por culpa suya hizo desencadenar contra Esparta el odio irrefrenable de to-
4 da Grecia. Pues, siendo así que los lacedemonios solían alegar como causa de la guerra el deseo de romper la despótica tiranía de los atenienses, tras haberse apoderado de la flota enemiga junto a la desembocadura del río Egos, Lisandro no tuvo otras miras que las de someter[113] a su dominio a todos los Estados, fingiendo que
5 lo que hacía lo hacía para el beneficio de Esparta. En efecto, tras expulsar de su patria a cuantos eran adictos a la causa ateniense, eligió en cada una de las *ciudades-estado* a diez, a quienes confió el poder supremo y una omnímoda autoridad. Y no podía ser admitido en el número de estos diez nadie que no estuviese vinculado a él por lazos de hospitalidad, o no se comprometiera bajo juramento a ser cosa suya.

---

traición de dos generales, Timeo y Adimanto, que habían sido sobornados por Lisandro. Cf. Paus., X 9.

[112] La batalla de Egospótamos, que por cierto no fue la primera victoria obtenida por Lisandro, como al parecer se deduce de Nepote.

[113] Parece oportuno recordar aquí la única causa que impidió a Grecia constituirse en un Estado único y omnipotente: las continuas rencillas y luchas mantenidas entre sus múltiples *ciudades-estado*, que no miraban sino su propio interés y el dominio y primacía sobre los demás. Tan sólo se unían en causa común cuando Grecia se veía invadida por un enemigo proveniente del exterior, y aún entonces no olvidaban sus particulares conveniencias.

Crueldad de Lisandro con los habitantes de Tasos

De esta manera quedó establecido 2
en todas las ciudades el poder de los *decemviros*, y todo lo que se hacía, era bajo las órdenes de Lisandro.
Sobre su crueldad[114] y perfidia basta con referir a título de ejemplo uno sólo para no cansar a los lectores con una prolija enumeración de
éstos. Volvía victorioso de Asia y había desviado su ru- 2
ta con intención de dirigirse a Tasos, pues esta ciudad había sido una de las que más fidelidad habian guardado hacia Atenas y, como si no fuese habitual considerar como los más fieles amigos a aquellos, que habian sido (antes) acérrimos enemigos, ardió en deseos de destruir
la ciudad. Pero se dio cuenta de que, si no conseguía 3
mantener oculta esta decisión, los de Tasos se desparramarían cada uno por su lado, procurando de este modo la salvación de sus bienes [..........][115].

Intenta sobornar a los oráculos. Su muerte en Haliarte

Por ello sus conciudadanos supri- 3
mieron el poder de los decemviros, [que él había creado]. Encendido en ira por ello, comenzó a maquinar la abolición del poder real en Esparta. Pero sabía bien que le era imposible llevar a cabo tamaña empresa sin la ayuda de los dioses, pues lo lacedemonios tenían por costumbre consultar a los *oráculos*
todas sus decisiones. Su primera tentativa fue la de so- 2
bornar al de Delfos. Y como fracasó en este intento,

[114] La crueldad de Lisandro llegó a ser proverbial. Plutarco nos cuenta cómo fue muy alabado el lacedemonio Eteocles cuando dijo que Grecia no podía sufrir dos Lisandros. No en vano el mismo autor establece un paralelismo entre las vidas de Lisandro y de Sila. Cf. PLUT., *Lisandro* XIX.

[115] Esta laguna se encuentra en todos los manuscritos. Nepote debería narrar aquí tal vez el fin de Tasos, a cuyos habitantes Lisandro masacró traidoramente.

lo volvió a intentar de nuevo en Dodona. Fracasando de nuevo aquí, dijo que había hecho un voto, que debía cumplir, a Júpiter Amón [116], creyendo que los africa-
3 nos serían más susceptibles de sobornar. Marchó a África con esa esperanza; pero los sacerdotes del templo de Júpiter le decepcionaron, ya que no sólo no se dejaron sobornar, sino que enviaron legados a Lacedemonia para que le acusaran de haber intentado sobornar a los sacerdotes del santuario.

4 Se le acusó por este delito y, tras haber sido absuelto por los jueces, se le envió en auxilio de los de Orcómenes [117], muriendo más tarde a manos de los tebanos cerca de Haliarte [118].

5 Cuán justificado estaba el proceso que se había incoado contra él se comprobó con el discurso que se encontró en su casa después de su muerte, y en el que trataba de persuadir a los lacedemonios para que, abolido el poder real, eligieran de entre todos un jefe para la guerra, consejos (que aparecían escritos) de manera que dieran la sensación de ser congruentes con los de los dioses, con los que, confiado en su dinero, abrigaba la confianza de contar. Se dice que tal discurso se lo había redactado Cleón de Halicarnaso.

4

Estratagema de Farnabazo

Y en este punto no cabe omitir aquí un hecho de Farnabazo, sátrapa del Rey. Habiéndose mostrado Lisandro en la guerra durante el tiempo que estuvo al frente de la flota sobremanera cruel y avaro, y sospechando que sus conciuda-

---

[116] Plutarco dice, que, según algunos, se le había aparecido el dios Amón en sueños, ordenándole que levantara el asedio a Afitis, ciudad tracia situada en la península de Palena. Cf. PLUT., *Lisandro* XV.

[117] Orcómenes fue aliada de Esparta en sus luchas contra Tebas.

[118] El haliarto (natural de Haliarte) que dio muerte a Lisandro se llamaba Neocoro.

danos estaban al corriente de ello, pidió a Farnabazo que testimoniara ante los *éforos* en pro de su honradez durante la guerra que había llevado a cabo y en pro de su buen trato para con los aliados y que (les) diese por escrito testimonio de ello: (sabía) que el gran predicamento de que éste gozaba le sería útil para sus propósitos.

Aquél se comprometió a ello generosamente, y escri- 2
bió un apretado volumen, en el que lo ensalzaba (prodigándole) los más encendidos elogios. Tras haberlo leído y dado su aprobación, al entregarlo para que fuera sellado, hizo que lo sustituyeran por otro ya sellado de igual tamaño y tan semejante que resultaba imposible distinguirlo; en él se le acusaba con gran acopio de detalles de su avaricia y maldad.

Cuando Lisandro volvió a su patria, después de ha- 3
ber hecho una exposición de sus gestiones ante el supremo magistrado como le vino en gana, le entregó, para corroborar la veracidad de lo que decía, el libro que le había entregado Farnabazo. Cuando los *éforos*, tras ordenar a Lisandro que se retirara, lo hubieron leído, se lo entregaron a él en persona para que lo leyera. Fue así como aquél, sin pretenderlo, se convirtió en su propio acusador.

VII

ALCIBÍADES

SINOPSIS

1. Virtudes y vicios de Alcibíades. — 2. Su educación. Relaciones con Sócrates. — 3. La mutilación de los Hermes. Expedición a Sicilia. — 4. Se le acusa de haber violado los sacrificios. Los Eumólpidas le maldicen. Alianza de Esparta con Persia y bloqueo de Atenas. — 5. Alcibíades retorna triunfal a Atenas. Triunvirato, formado por él, Trasíbulo y Teramenes. — 6. Llegada al Pireo. Reconciliación del pueblo ateniense con Alcibíades. — 7. Segundo destierro. — 8. Arenga ante las tropas atenienses. Victoria definitiva de Lisandro. — 9. Alcibíades se retira a la Tracia. — 10. Detalles sobre la muerte de Alcibíades. — 11. Opiniones encontradas de los historiadores sobre Alcibíades.

Virtudes y vicios de Alcibíades

1 Alcibíades, hijo de Clinias [119], ateniense. Parece como si en él la naturaleza hubiera querido probar sus posibilidades. Es opinión común entre todos los que de él han escrito, que se dio en él tanto el vicio como la virtud en su más alto grado.

[119] Clinias luchó bravamente en la batalla de Artemisio, muriendo en la batalla contra los beocios en Coronea.

Nació en un Estado muy poderoso y de estirpe nobilísima[120]; fue con mucho superior a todos los de su edad en belleza corporal, dotado de gran habilidad para todo y muy prudente (ejerció el mando supremo del ejército lo mismo por mar que por tierra); de gran elocuencia, hasta el punto de ser uno de los mejores en este arte, como (lo demuestra) el hecho de que, cuando pronunciaba un discurso, nadie se le resistía ante tan gran facilidad de palabra y claridad de exposición[121]. 2
Era rico, generoso, distinguido tanto en su vida pública como en el hogar[122]; afable, cariñoso, muy hábil para acomodarse a las circunstancias[123]. Cuando éstas lo exigían (se mostraba) trabajador y sufrido, pero cuando su espíritu se relajaba y no había causa suficiente por la que tuviera que soportar esfuerzo alguno, enseguida aparecía su disoluta fastuosidad, su voluptuosidad e intemperancia, tales que la gente se admiraba de que en un mismo hombre se diesen facetas tan diferentes y un natural tan variado. 3 4

[120] La estirpe de Alcibíades se remonta a Eurísaces, hijo de Ayax. Su madre fue Deinómaca, de la estirpe de los Alcmeónidas, e hija de Megacles.

[121] Traduzco la expresión *commendatio oris* por «facilidad de palabra» y no, como quieren algunos, «compostura externa». Del mismo modo el vocablo *oratio* lo interpreto como facilidad y claridad de pensamiento en orden a su exposición.

[122] Apoyado en Monginot, *Cornelius*..., pág. 85, que cita a Cicerón (*De Leg.* III 14 y 25), he interpretado *uita* como vida pública y *uictus* como vida privada, vida de hogar.

[123] Plutarco usa en este sentido una significativa metáfora: dice que Alcibiades solía pasar del bien al mal y del mal al bien con la misma facilidad con que el camaleón cambia de color, con la diferencia de que éste nunca toma el color blanco. Cf. Plut., *Alcibiades* IV y sigs.

Su educación. Relaciones con Sócrates

2 Se crió en casa de Pericles[124] (se decía que era hijastro suyo) y fue discípulo de Sócrates. Su suegro fue Hipónico, el hombre más rico de todos los pueblos de lengua griega, de modo que, aunque hubiese estado dotado de una portentosa capacidad de invención, no hubiera podido imaginar más dones y conseguir mayores beneficios de los que su suerte y la naturaleza le habían concedido.

2 Ya desde los comienzos de su adolescencia fue amado por muchos[125], según era costumbre de los griegos, entre ellos por Sócrates, de lo que hace mención Platón en el *Banquete*. En efecto en él le hace intervenir diciendo que ha pasado la noche con Sócrates y que ha abandonado el lecho cual un hijo habría dejado el de su padre.

3 Después en su madurez siguió teniendo amores con otros muchos, en los que, hasta donde está permitido, realizó con delicadeza y por divertimento muchos actos desagradables; nos detendríamos a contar estos amores si no tuviéramos cosas más importantes (que narrar).

La mutilación de los Hermes. Expedición a Sicilia

3 Por su consejo e influencia moral los atenienses, durante la guerra del Peloponeso, atacaron Siracusa; se le eligió para que personalmente tomase el mando en esta guerra, dándosele además otros dos colegas, Nicias y Lámaco.

---

[124] Al parecer tuvo como nodriza a una espartana de nombre Amiclas y por preceptor a Zopiro, según testimonio de Antístenes y de Platón respectivamente. Del testimonio de Antístenes y de Platón está sacado directamente el de Plutarco *(Vida de Alcibíades* I) cuando dice: «...mientras que de Alcibíades sabemos quién fue su ama de leche que lo fue una lacedemonia llamada Amicleas...».

[125] De todos es conocido el concepto que los griegos tenían sobre la homosexualidad. En cuanto a las relaciones de Alcibíades con Sócrates, vea el lector las noticias de Plutarco. Cf. Plut., *Alcib.* IV y sigs.

Durante la preparación de esta campaña y antes de 2
que la flota se hiciese a la mar, acaeció que en una sola noche todos los Hermes [126] que había en la ciudad [de Atenas] aparecieron mutilados, excepto uno, que se encontraba delante de la puerta de Andócides (desde entonces a aquella estatua se la llamó el *Mercurio de Andócides*) [127]. Siendo evidente que esto no pudo hacerse 3
sin contar con el consenso de un gran número de personas y, pareciendo que iba más en contra del interés del Estado que en contra de los intereses de un particular, se apoderó de la multitud un gran temor de que hiciera su aparición en la ciudad una inopinada violencia, que atentara contra la libertad del pueblo. Todo parecía 4
acusar a Alcibíades más que a nadie, por cuanto se le consideraba demasiado poderoso y más grande de lo que convenía a una persona particular: muchos estaban ligados a él por su prodigalidad y otros muchos se veían sometidos a su persona en virtud de favores que les había prestado en el foro. Con esto lograba atraerse 5
las miradas de todos cuantas veces aparecía en público, y nadie podía medirse con él en Atenas. Así que no sólo tenían depositada en él una gran esperanza, sino también un gran temor, ya que lo mismo podría hacerles bien que mal. Estaba incluso salpicado de infamia, ya 6
que se corría la voz de que celebraba los *misterios* [128]

---

[126] Estatuas del dios Hermes, que se podían encontrar en toda Grecia en los caminos y en las plazas, así como delante de los edificios públicos. Servían para orientar a los caminantes al estar situados en las encrucijadas de los caminos. Estaban muchas veces sin brazos y sin piernas, eran de forma cúbica, y sobre el tronco a veces aparecían dos cabezas. El tipo de Hermes apareció hacia el siglo VI antes de Cristo, tal vez en Delfos y Atenas.

[127] Era el tal Andócides un orador ateniense, enemigo del pueblo y apasionado por la oligarquía.

[128] Los misterios de Eleusis, cuya celebración constituía en Grecia un sacrilegio.

en su propia casa, lo que, según los atenienses, constituía un sacrilegio; y esto se pensaba que no lo hacía por miras religiosas sino con intenciones de complot político [129].

Su acusación de haber violado los sacrificios. Los Eumólpidas le maldicen. Alianza de Esparta con Persia y bloqueo de Atenas

4 Por esto sus enemigos le acusaron en la asamblea del pueblo. Pero el momento de comenzar la guerra era inminente. Él, considerando esto y conocedor (como era) de las costumbres de sus conciudadanos, exigía que, si querían entablar contra él un proceso, se incoara estando él presente y no en su ausencia [130], para evitar una acusación movi-
2 da por la odiosidad. Pero sus enemigos decidieron permanecer inactivos por el momento, porque se daban cuenta de que no podían perjudicarle, y esperar el momento en que él se marchara, para atacarle durante su ausencia; y así lo hicieron.

3 Así que, cuando creyeron que ya había llegado a Sicilia, le acusaron en su ausencia de haber violado los sacrificios. En consecuencia se le envió por parte de los magistrados un mensaje a Sicilia para que volviera a su patria a defenderse de la acusación; y, aunque abrigaba grandes esperanzas de cumplir bien su misión, prefirió obedecer, embarcando en la trirreme que se había enviado para traerlo.

4 En ella llegó a Turios en Italia, y, meditando consigo mismo sobre el desmedido desenfreno de sus conciudadanos y sobre sus vejaciones para con los personajes

---

129 Según Plutarco fue Androcles, un demagogo, el que, acompañado de sus esclavos y colonos, acusó a Alcibíades de haber tomado parte directa en los misterios como hierofante o ministro de los sacrificios. Igualmente Teselo, hijo de Cimón, fue el que le delató como impío contra Ceres y Proserpina.

130 Las leyes atenienses no permitían acusar a nadie en su ausencia.

importantes, y pensando que lo mejor para él era tratar de evitar la tempestad que se le venía encima, se libró, a escondidas, de sus guardianes, consiguiendo llegar desde Turios primero a Élida y luego a Tebas[131].

Cuando se enteró de que, previa confiscación de sus 5
bienes, había sido condenado a muerte, y de que los sacerdotes de Eumolpo[132], lo que por otra parte no era la primera vez que ocurría, habían sido obligados[133] por el pueblo a maldecirle y que un ejemplar de esta imprecación, para que constituyera un testimonio incontestable para la posteridad, había sido esculpido en una columna de piedra y situada en un lugar público, se retiró a vivir a Esparta[134].

Allí entabló la guerra no contra su patria, sino, co- 6
mo él solía decir[135], contra sus enemigos personales, pues, según él, eran también enemigos de la ciudad, ya que, sabiendo como sabían que él podía ser de gran utilidad para su patria, lo habían expulsado de ella, obedeciendo más a su ira contra él que a la utilidad de la patria. Por consejo suyo los lacedemonios se aliaron 7
con el Rey persa, fortificaron después Decelia en el Ática y, colocando allí una guarnición permanente, sitia-

---

[131] No está históricamente demostrado este viaje de Alcibíades a Tebas. Posiblemente se trate de un error o confusión más de nuestro autor.

[132] Hijo de Poseidón y de Quíone. Llegó a ser rey de Tracia. Según la tradición fue el que instituyó los misterios de Eleusis y purificó a Heracles de la matanza de los Centauros. De él desciende la estirpe sacerdotal de los Eumólpidas.

[133] Según Plutarco tan sólo Teano, hija de Menón de Agraulo, se resistió a maldecir a Alcibíades, alegando que ella era sacerdotisa para bendecir y no para maldecir. Cf. PLUT., *Alcibíades* XXII.

[134] Tucídides (VI 88) dice que Alcibíades fue a Esparta por haber sido llamado por los propios espartanos.

[135] Tucídides (VI 89) reproduce un discurso de Alcibíades ante la asamblea del pueblo en el que trata de justificar su conducta, declarando que su familia, los Alcmeónidas, fueron siempre enemigos de la tiranía.

ron a Atenas. Igualmente por obra suya apartaron a Jonia de la alianza ateniense, con lo que comenzaron a ser muy superiores militarmente.

Retorno triunfal a Atenas. Triunvirato, formado por él, Trasíbulo y Terámenes

5 A pesar de todo, estas cosas no contribuyeron a hacerles amigos de Alcibíades, sino a sentirse alejados de él por miedo. Pues, conocedores del extraordinario pulso[136] que aquella enérgica personalidad ponía en todas las cosas, llegaron a temer que algún día, movido por el amor a su patria, los abandonara, volviendo a reconciliarse con los suyos. En consecuencia decidieron buscar el momento oportuno para darle muerte.
2 No se le pudo ocultar esto a Alcibíades durante mucho tiempo; su gran sagacidad impedía que se le pudiera engañar, máxime porque estaba siempre alerta y precavido. Así pues, se acogió a Tisafernes, gobernador del Rey Darío.

3 Habiendo entablado con él una íntima amistad y, viendo que a causa de la mala marcha de los acontecimientos en Sicilia[137] las fuerzas de los atenienses se estaban debilitando progresivamente, mientras que, por el contrario, las de los lacedemonios iban en aumento, se puso en contacto, en principio por medio de intermediarios, con Pisandro, general que tenía su ejército cerca de Samos, y le comunicó sus intenciones de volver (a Atenas). Era (el tal Pisandro) de la misma ideología que Alcibíades, enemigo del partido popular y defensor de la aristocracia[138].

---

[136] Las continuas deserciones de Alcibíades, ora en favor de Esparta, ora en provecho de Atenas, habían provocado con justicia la disconformidad de unos y de otros hacia su persona.

[137] La actuación ateniense en Sicilia desaparece al morir Nicias y Demóstenes.

[138] Contrario a la idea de Cornelio es Tucídides, quien afirma que Alcibíades no era persona apta para una oligarquía. Por su parte Plu-

Abandonado por éste, fue bien acogido por el ejército[139] primeramente gracias a Trasíbulo, hijo de Lico, recibiendo el nombramiento de general en Samos; y después, a propuesta de Teramenes[140], es rehabilitado por un decreto del pueblo, concediéndosele, a pesar de estar ausente, el mando supremo en paridad de condiciones con Trasíbulo y Teramenes. Con el gobierno de 5 los tres se produjo tal cambio, que los lacedemonios, que hasta hacía poco habían sido fuertes y victoriosos, aterrados, pidieron la paz. Y es que ya habían sido vencidos cinco veces por tierra y tres por mar, perdiendo en estas tres últimas batallas doscientas trirremes, que tras haber sido capturadas, se encontraban en poder de los enemigos. 4

Alcibíades, en colaboración con sus colegas, había recuperado Jonia, el Helesponto y por añadidura muchas ciudades griegas situadas en las costas de Asia, de las que varias las habían conquistado con las armas, entre ellas Bizancio, y otras en parecido número las habían conseguido reducir a su amistad mediante habilidad, ya que había empleado el perdón y la clemencia para con los vencidos. De este modo, cargados de botín 7 y con un ejército bien provisto y enriquecido, tornaron a Atenas con un bagaje de hechos ilustres.

tarco (*Alcib.* XXV) pone en boca de un tal Frínico Diradiote, uno de los generales, lo siguiente: «a Alcibíades tanto le importaba la democracia como la oligarquía» (Cf. Tucídides, VIII 63).

139 Fueron los excesos cometidos por los «cuatrocientos» los que hicieron que los de Samos confiaran a Alcibíades el mando del ejército.

140 Según Plutarco fue a propuesta de Nicias y no de Teramenes por lo que el pueblo votó la rehabilitación de Alcibíades.

6 *Llegada al Pireo. Reconciliación del pueblo ateniense con Alcibíades*

Comoquiera que la ciudad entera bajase al puerto del Pireo a recibirlos, fue tan grande el deseo de la multitud de ver a Alcibíades, que el pueblo entero se dirigió solamente hacia la trirreme de Alcibíades, como si fuera él solo el que acaba-
2 ra de llegar. Y es que el pueblo estaba convencido de que tanto las desgracias pasadas como los éxitos del momento le tenían a él como único protagonista. Así se hacían responsables ellos de lo perdido[141] en Sicilia y de las victorias de los lacedemonios, por cuanto habían expulsado de su patria a un hombre tan ilustre. Y esto lo pensaban no sin motivo: pues desde el momento en que él se había puesto al frente del ejército, los enemigos no habían podido enfrentárseles ni por mar ni por tierra.

3 Cuando él desembarcó de la nave, aunque Terámenes y Trasíbulo habían colaborado al frente de los mismos hechos y habían llegado con él al mismo tiempo al Pireo, sin embargo todos le seguían en cortejo solamente a él y, cosa que jamás había ocurrido antes, si no era con los vencedores en las Olimpíadas, el pueblo le arrojaba coronas doradas y de bronce[142]. Él recibía tales muestras de benevolencia de sus conciudadanos con lágrimas en los ojos, pues recordaba las amarguras de tiempos pasados.

---

[141] Aunque algunos manuscritos —como son π, V, Σ—, dan *amissum imperium* los demás dan sólo *amissum*. Monginot piensa, con Bremi, que *imperium* es una simple adición marginal de un copista: *amissum* bien puede entenderse como un participio sustantivado o lo más probable como sustantivo de la cuarta por *amissio*.

[142] Si bien los adjetivos *aureis* y *aeneis* significan «de oro» y de «bronce» respectivamente, es evidente que el pueblo no iba a arrojar a Alcibíades coronas de oro ni de bronce, materias tan preciadas y tan pesadas al mismo tiempo. No por ello hay razón para corregir la lección de los manuscritos. Probablemente se trate de coronas chapadas de oro u otras sustancias que lo imitaran.

Cuando llegó a Atenas, convocada una asamblea, les 4
habló de tal modo, que no hubo nadie, por duro que tuviera el corazón, que no rompiese a llorar por su desgracia y no se manifestase irritado contra los que habían sido la causa de su destierro; como si el pueblo, que ahora estaba allí llorando, no fuese el mismo que
otrora le había condenado por el delito de impiedad. 5
Se le devolvieron, pues, a cargo del erario público sus bienes, y los mismos sacerdotes de Eumolpo, que antes lo habían anatematizado, se vieron obligados a retractarse de su imprecación, y aquellas columnas, en las que habían esculpido la maldición, fueron arrojadas al mar.

Segundo destierro

Pero esta alegría no le había de 7
durar demasiado. Cuando se le habían concedido todos los honores, cuando se le habían entregado todos los asuntos tanto en paz como en guerra para que los llevara a efecto él según su criterio, cuando él mismo había solicitado que se le dieran dos colegas, Trasíbulo y Adimanto, y ni esto se le había negado, marchó con la flota a Asia y al haber fracasado en Cime [143] cayó de nuevo en desgracia [144]: y es que pensaban que no había nada que él no fuera capaz de
lograr. Deducíase de esto que cuando alguna empresa 2
no salía bien, le culpaban del fracaso diciendo que lo había hecho con negligencia o con mala intención, como ocurrió en esta ocasión; pues argüían que, sobornado por el Rey [145], no había querido tomar Cime. Por 3
eso creo que nada le perjudicó tanto como aquella exce-

[143] Ciudad de Asia Menor, cerca de Lesbos; Alcibíades logró saquearla, pero no consiguió apoderarse de ella.

[144] De nuevo Nepote incurre en un error histórico. Confunde los hechos acaecidos en Éfeso, con los sucedidos en Cime.

[145] Ciro, el Joven, que a la sazón gobernaba la mayor parte del Asia Menor.

siva reputación de talento y de valor; se le temía tanto cuanto se le apreciaba, no fuera que, espoleado por su buena suerte y sus grandes riquezas, acabase por sentir deseos de tiranía.

Esto fue la causa de que, aunque estaba aún fue-
ra de su patria, se le quitara el mando, poniendo a
4 otro [146] en su lugar. Cuando se enteró de esto, se negó
a volver a su patria y, quedándose en Pactie, construyó
tres fuertes, Ornos, Bizancio y Neonticos [147], y, habien-
do reunido una cuadrilla, fue el primero [148] de los
griegos que logró adentrarse en el interior de Tracia,
pensando que reportaba más gloria enriquecerse con el
5 botín de los bárbaros que con el de los griegos. Con
esto aumentó tanto su fama como sus riquezas; consi-
guió al mismo tiempo una gran amistad con algunos
reyes tracios.

Discurso ante las tropas atenienses. Victoria definitiva de Lisandro

8 A pesar de todo, no pudo nunca apartar de su corazón el amor a su patria. Por eso cuando Filocles, general ateniense, había anclado su flota junto al río Egos, y, encontrándose no lejos de allí Lisandro, caudillo de los lacedemonios, cuyo objetivo principal era el de prolongar la guerra cuanto más mejor, ya que el Rey les proporcionaba a los suyos dinero mientras que por el contrario a los atenienses, ya exhaustos, apenas si les quedaba otra cosa

---

146 No fue a uno solo, como dice Cornelio, sino a diez a los que se les encomendó el mando en sustitución de Alcibíades.

147 El texto, en el que aparecen estos nombres, está muy alterado en los manuscritos. He aceptado la lección más generalizada en ellos.

148 No existe aquí, a juicio de varios comentaristas, contradicción alguna de Nepote consigo mismo. Sabido es que, tratando de Milcíades, Cornelio dice que había conquistado el Quersoneso, de donde debe inferirse que había entrado en Tracia. Pero el sentido de *primus introiit* es «adentrarse en el interior de la Tracia», lo que no implica contradicción alguna, por cuanto sus predecesores ejercieron su actividad bélica por las costas tracias.

que sus armas y sus naves, Alcibíades fue a donde se 2
encontraba el ejército ateniense y allí en presencia de los soldados comenzó un discurso (diciendo): que si lo deseaban, él estaba dispuesto a obligar a Lisandro a luchar o a pedir la paz [149]; que los lacedemonios no querían luchar con su flota por cuanto sus tropas de a tierra eran más poderosas que su flota; que, sin embargo, 3
a él le resultaba fácil conseguir de Seutes, rey de Tracia, que los arrojara de tierra firme, con lo que se les obligaría o a luchar por mar o a firmar la paz.

Filocles, aunque comprendía que la proposición es- 4
taba en lo cierto, no obstante se negó a ponerla en práctica, pues sabía que, en caso de que Alcibíades fuese bien recibido, él no tendría influjo alguno ante sus soldados, y si por casualidad le acaeciese algo favorable, no se le concedería a él ninguna influencia en ello; pero si por el contrario ocurría algo adverso, sería él el único reo de delito [150].

Al separarse de él, Alcibíades le dijo: «Puesto que 5
veo que te opones a la victoria de nuestra patria, te voy a dar un consejo: coloca muy cerca del enemigo la línea de fortificación de tus naves, pues existe el riesgo de que la falta de disciplina de tus soldados dé a Lisandro la oportunidad de destruir nuestro ejército».

Y aquel temor se cumplió: pues Lisandro, enterado por exploradores de que la masa de atenienses había desembarcado con intención de darse al saqueo y de

---

[149] Todos los manuscritos añaden detrás de *petere* el vocablo *respondit*, que evidentemente parece fuera de lugar y un tanto inexplicable, lo mismo que la conjetura dada par Wiggers *spondet*. De admitir cualquiera de las tres primeras variantes habría que pensar que se trata de alguna glosa marginal; sólo la variante conjeturada por Wiggers podrá aceptarse como elemento verbal introductorio del estilo indirecto que sigue.

[150] Cornelio usa con acierto el término *delicti;* toda batalla perdida implicaba, *a priori*, en Atenas una negligencia o falta del general, de la que en principio debería responder ante sus conciudadanos.

que las naves habían quedado casi vacías, no tardó en entablar combate, haciendo que con su ataque terminara totalmente la guerra.

Retirada de Alcibíades a Tracia

9 Alcibíades, pensando que a causa de la derrota ateniense aquellos lugares resultarían poco seguros para él, se fue a esconder en lo más hondo de Tracia [151], más allá de la Propóntide, con la esperanza de poder ocultar allí más fácilmente
2 su desgracia. Error profundo. Pues los tracios, que sabían que había llegado con gran cantidad de dinero, le tendieron una emboscada; pero, si bien le pudieron robar lo que llevaba, no pudieron cogerle a él.
3 Al darse cuenta de que no existía un lugar seguro para él en toda Grecia a causa del poder de los lacedemonios, pasó a Asia [152], a la corte de Farnabazo, a quien cautivó con su natural agradable, de tal modo que llegó a ser el mejor de sus amigos. Por ello le entregó Grinio, plaza fuerte de la Frigia, de la que venía a
4 sacar cada año cincuenta *talentos* de renta. Pero Alcibíades no parecía contento con tal suerte, pues no podía soportar que Atenas, vencida, fuera esclava de Esparta. Por eso todos sus pensamientos los tenía pues-
5 tos en liberar a su patria. Pero sabía bien que esto no lo podía llevar a buen término sin la colaboración del Rey persa [153], y por ello buscaba con ansiedad su amistad y alianza, y no dudaba en conseguirla con facilidad si se le brindaba la ocasión de poder encontrarse con él. Sabía, en efecto, que su hermano Ciro estaba

---

[151] Jenofonte *(Hell.* III) habla de una población tracia, llamada por él *Bithynía,* y Plutarco se expresa del mismo modo, diciendo que se refugia en Bitinia, donde fue despojado por los tracios de sus riquezas.

[152] Concretamente, a Frigia.

[153] Artajerjes Mnemón, sucesor de su padre Darío.

preparando en secreto, con la ayuda de Esparta [154], una guerra contra él, y se percataba de que, si descubría esto (al rey), obtendría de su parte gran favor.

Detalles sobre la muerte de Alcibíades

Estaba ocupado en esto y pedía a 10
Farnabazo que fuera a él a quien se le enviara a presencia del Rey, cuando Critias [155] y los demás tiranos atenienses habían enviado ya a Asia (a ver) a Lisandro a hombres de su confianza para que le comunicaran que, si no les libraba de Alcibíades, ninguna de las decisiones que había tomado en Atenas podría considerarlas seguras; por lo tanto, si quería mantener firmes sus obras, debería perseguirle.

Impresionado por esto el lacedemonio [156], se deci- 2
dió a tratar con Farnabazo con mayor diligencia. Le hace saber que la alianza establecida entre el Rey y los lacedemonios quedaría rota [157] si no se entregaba a Alcibíades vivo o muerto.

---

[154] Esparta había logrado poner fin a las guerras del Peloponeso con la valiosa ayuda de las tropas persas de Ciro, y es ahora cuando este pasa factura a los espartanos pidiéndoles colaboración en la guerra contra su hermano Artajerjes, guerra que tendría su final con la batalla de Cunaxa, en la que intervinieron las tropas griegas, cuya retirada narra Jenofonte en su *Anábasis*.

[155] Critias, uno de los treinta tiranos, el más relevante de ellos por su crueldad.

[156] Lisandro.

[157] Este pasaje aparece muy controvertido. Las variantes de los manuscritos dependen del valor que se dé al verbo *renuntiat*. Si toma el significado de «declarar nulo», la adición *societatem* de la mayoría de los libros es feliz, siendo entonces la oración de relativo que sigue, *quae regi cum Lacedemoniis essent*, una oración epexegética de *societatem;* si el valor de *renuntiat* es el de «hacer saber», entonces parece que huelga la adición de *societatem* y que tiene mayor sentido la lectura dada por el Monacensis *irrita futura*.

Aunque en mi traducción aparece la palabra «alianza», no debe entenderse como traducción de *societatem*, sino de la expresión de relativo *quae ... essent*, lo que ha de interpretarse como que acepto en *renuntiat* el valor de «hacer saber» y no el de «declarar nulo».

3 El sátrapa no pudo soportar esta idea y prefirió violar las normas de la clemencia a ver menoscabarse el poder del Rey. Así, pues, envió a Susamitres y a Bageo [158] con la orden de matar a Alcibíades, cuando éste se encontraba en Frigia y preparaba su viaje hacia el Rey.

4 Los enviados confían en secreto a la vecindad donde a la sazón moraba Alcibíades el cometido de darle muerte. Ahora bien, los naturales del país, no atreviéndose a atacarle con las armas, amontonaron durante la noche leña alrededor del refugio [159] en el que estaba descansando, incendiándolo, de modo que el fuego acabara con quien no creían poder vencer con sus propias manos.

5 Él, al despertarse por el crepitar del fuego, y ver que le habían quitado la espada, cogió el puñal de un compañero, de esos que suelen llevarse bajo la axila. Estaba con él un natural de Arcadia, amigo suyo, que nunca había consentido abandonarlo. Le ordena que le siga y, cogiendo cuantos vestidos se encuentra a su paso, tras arrojarlos al fuego, logra atravesar la violencia de la llama.

6 Cuando, de lejos, los bárbaros vieron que había logrado escapar del fuego, dispararon contra él sus dardos y consiguieron darle muerte, llevando después su cabeza a Farnabazo. Una mujer [160], que solía vivir con

---

[158] Plutarco le llama Mageo. Cf. PLUT., *Alcibíades* XXXIX.

[159] Todas las lecciones dadas por los códices son improcedentes. El texto aceptado, *casam eam*, es el más lógico como variante textual, pues tiene fácil explicación y no supone apenas conjetura alguna. El copista por un normal lapsus, como podrá apreciarse, debió de suprimir la primera sílaba de la palabra *casam*, que coincide con la última de la palabra anterior *circa*, lo que produjo la incongruente expresión *circa* ... *sam eam*, que ha dado origen a tan descabelladas interpretaciones de los manuscritos.

[160] Según Plutarco, el nombre de tal concubina de Alcibíades era Timandra, madre de Lais, llamada Corintia. Cf. PLUT., *Alcibíades* XXXIX 7.

él, cubrió su cuerpo con su propio vestido femenino y lo incineró muerto, con las mismas llamas del incendio de la casa que se había preparado para quemarle vivo.

Así fue como murió Alcibíades a los cuarenta años de edad aproximadamente.

Opiniones encontradas de los historiadores sobre Alcibíades

Aunque muchos escribieron de él 11
desprestigiándole [161], tres historiadores de gran peso le colmaron de elogios: Tucidides, de la misma edad que él, Teopompo [162], un poco más joven, y Timeo [163]; estos dos, por cierto muy dados a la maledicencia, sólo en alabarle a él, y no sé por qué, estuvieron de acuerdo.

Pues, cuanto he dejado dicho antes, también ellos 2
lo proclamaron de él, e incluso añadieron más: que a pesar de haber nacido en Atenas, ciudad plagada de hombres ilustres, él superó a todos los atenienses en
nobleza y dignidad de vida; cuando, tras su destierro, 3
llegó a Tebas, se adaptó de tal modo a las costumbres de los tebanos que nadie pudo ni siquiera igualarle en el trabajo y en el ejercicio físico (en Beocia sus habitantes cuidan más la fortaleza física que la agudeza de
ingenio); hallándose en Lacedemonia, en donde la mayor 4
de las virtudes consistía en la capacidad de sufrimiento, vivió con tal severidad y frugalidad que llegó a supe-

---

Según algunos ni Lisandro ni Farnabazo fueron culpables de la muerte de Alcibíades sino el propio Alcibíades, pues, se dice, que habiendo seducido a una joven, los hermanos de esta, irritados por la afrenta, incendiaron la casa de Alcibíades, matándole con sus dardos cuando éste intentaba escapar del fuego.

[161] Éupolis y Ferecrates, poetas, el orador Antifón y, sobre todos, Lisias.

[162] Teopompo de Quios.

[163] Timeo de Tauromenio, contemporáneo de Pirro, que mereció entre los griegos el sobrenombre de *Epitimaios* por su tendencia a hablar mal de todo el mundo.

rar a todos los lacedemonios en su sobriedad en el ves-
tir y comer; vino a Tracia, tierra de hombres dados a
la bebida y a la vida libertina, y también los superó
5 en estas cosas; llegó a Persia, donde lo más alabado era
saber cazar y vivir con gran lujo, y consiguió imitar tan
perfectamente este género de vida, que incluso los mis-
6 mos persas le admiraban en este sentido [164]. Y así con-
siguió, dondequiera que viviese, ocupar el primer pues-
to y gozar de la máxima simpatia.

Pero ya hemos hablado bastante de él; tratemos pues ahora de los demás.

---

164 Observe el lector cómo queda patente en estos últimos capítulos de la vida de Alcibíades la tendencia moralizadora de Cornelio.

VIII

TRASÍBULO

SINOPSIS

1. Derrocamiento de los «Treinta tiranos». — 2. Trasíbulo se retira a File. — 3. Decreto de amnistía que no alcanza a los «Treinta tiranos». — 4. Muerte de Trasíbulo en una expedición a Cilicia.

Derrocamiento de los «Treinta tiranos»

Trasíbulo, hijo de Lico, ateniense. 1
Si hemos de alabar la valía por sí misma, independientemente de la suerte, no sé si no situar a éste el primero de todos. De lo que no puedo dudar es de que nadie le superó en fidelidad, en invariabilidad de palabra, en magnanimidad y en amor a la patria.
Pues, mientras fueron muchos los que desearon —y po- 2
cos los que pudieron— librar a su patria de un tirano, sólo a él le cupo librarla de la esclavitud cuando estaba oprimida por treinta tiranos.

Pero —no me explico cómo— si nadie le aventajó en 3
estas virtudes, muchos le aventajaron en celebridad. En primer lugar, durante la guerra del Peloponeso llevó a cabo muchas hazañas sin Alcibíades, mientras que éste no hizo nada sin él y, por una como innata buena suer-

te, todas aquellas cosas revirtieron en provecho de Alcibíades.

4 Sin embargo todos estos éxitos son aplicables tanto a los generales como a los simples soldados e incluso a la propia suerte, ya que en medio de la lucha el éxito pasa de la prudencia a la fuerza y al número [165] de ⟨los combatientes⟩. En consecuencia, el soldado tiene derecho a reclamar para sí de su general alguno de los méritos, mientras la mayor parte de éstos correspondan a la suerte, que con razón bien pudiera decir que en orden a los mismos ella ha tenido más influencia [que la prudencia del general [166]].

5 Por eso aquel hecho grande y glorioso es propio de Trasíbulo. Cuando los treinta tiranos, establecidos por Esparta, tenían a Atenas oprimida y esclava, y habían expulsado de su patria parte de una gran multitud de ciudadanos, a quienes la suerte había respetado en la guerra, y pasado a cuchillo a otros, tras confiscar los bienes de la mayoría, repartiéndoselos entre ellos, (Trasíbulo) fue no sólo el primero sino en un principio el único que les declaró la guerra.

---

[165] He aceptado, con Monginot, la lección dada por *PA*, B, *u*, M *ad uires uimque*, y de acuerdo con el valor que puede tener *uis* (= «número», «cantidad»), así lo he traducido. Cf. Plin., *H. N.* VIII 19.

[166] Por mucho que se haya querido ver en este pasaje un texto corrupto, la verdad es que, a mi juicio, no veo la corrupción textual por ningún lado. Todos los libros dan *quam ducis prudentiam* en la que para un lector medianamente avispado aparecerá *prudentiam* como sujeto segundo del infinitivo *ualuisse* así como lo es «se» en la prótasis de la comparación. Mi traducción, creo, aclara suficientemente lo normal de la construcción.

Trasíbulo se retira a File

Refugiado en File[167], plaza muy 2
bien fortificada, situada en el Ática, tenía consigo solamente a treinta de sus amigos.

Este núcleo fue el comienzo de la salvación de los atenienses y los sólidos cimientos de
la libertad de la muy ilustre Atenas. No obstante, en 2
un principio Trasíbulo no dejó de ser subestimado por los tiranos, lo mismo que sus partidarios, tan escasos. Esto fue la ruina para los que le desdeñaron y la salvación del desdeñado, pues a aquellos los hizo menos rápidos en perseguirle y estos[168] tuvieron más tiempo para afianzar su preparación.

Razón de más, por tanto, para que esté en el ánimo 3
de todos aquel precepto de que «en la guerra no debe subestimarse nada», y no sin razón se dice que *la madre de un prudente no suele llorar.*

Sin embargo las fuerzas de Trasíbulo no alcanzaron 4
la magnitud que él había calculado; pues ya ⟨en aquellos tiempos⟩ los hombres de bien defendían la libertad más en sus discursos que en el campo de batalla[169].

Desde aquí (File) pasó al Pireo y fortificó Muniquia. 5
Los tiranos intentaron por dos veces atacarla, pero, rechazados vergonzosamente, huyeron al momento, refugiándose en Atenas, tras haber abandonado sus armas
y bagajes. Trasíbulo se mostró tan prudente como vale- 6
roso ya que impidió que fueran maltratados los que se retiraban (pensaba que era de justicia que los ciudadanos se respetasen mutuamente), y no se produjeron más heridos que aquellos que habían participado en el comienzo del combate. A ninguno de los que yacían muertos los despojó de sus vestidos, sólo les arrebató

[167] Ciudad de Ática, al sur del monte Parnaso.

[168] Nepote incluye a Trasíbulo y sus compañeros. Se hubiera esperado mejor *hunc* de acuerdo con el *huic* precedente.

[169] La misma idea se encuentra en TITO LIVIO, VIII 22 y XXXI 44.

las armas que necesitaba y cuanto era necesario para la subsistencia.

7 En un segundo ataque cayó Critias [170], el jefe de los tiranos, precisamente cuando estaba luchando valerosamente contra Trasíbulo.

Decreto de amnistía que no alcanza a los Treinta tiranos

3 Muerto éste, acudió en auxilio de Atenas Pausanias [el rey de los lacedemonios]. Éste consiguió que entre Trasíbulo y los que a la sazón gobernaban Atenas se firmara la paz bajo las siguientes condiciones: que, exceptuando los Treinta tiranos y los diez, que después habían sido dotados del mando supremo, puesto que todos habían hecho uso de la misma crueldad, nadie debería ser desterrado ni condenado a que se le confiscaran sus bienes y que se establecería de nuevo la democracia.

2 También fue otro hecho ilustre de Trasíbulo (el siguiente): una vez firmada la paz, y cuando ejercía un gran poder en Atenas, propuso una ley (mediante la cual) se prohibía acusar a nadie de hechos ya pasados ni sancionarle con multa alguna; los atenienses llama-
3 ron a esta ley la ley del «olvido» [171]. Y no se contentó sólo con proponerla sino que procuró que se cumpliera. Cuando algunos de los que habían estado con él en el destierro quisieron matar a quienes se les había concedido amnistía oficialmente, él lo impidió, manteniendo así su palabra.

---

170 Según Jenofonte, además de Critias murió también el tirano Hipómaco. Cf. Jenofonte, *Helénicas* II 4, 8.

171 Esta ley es comentada por Valerio Máximo (IV, 1). Jenofonte dice que a aquellos ciudadanos que tenían pendientes juicios por delitos pasados, se les permitía marcharse a Eleusis. Cf. Jenofonte, *Helénicas* II 4.

Era aún general al finalizar la guerra del Peloponeso, cuando las tropas atenienses fueron totalmente vencidas por Lisandro en Egospótamos. Pero él no se encontraba entonces allí [176], y por eso las cosas fueron tan pésimamente; pues estaba dotado de gran habilidad para la guerra y como general era muy escrupuloso. 2
Por ello nadie dudó en su tiempo que, de haber asistido a aquella batalla, los atenienses no hubieran sido derrotados. 3

Su estancia en Asia

En tal situación de abatimiento, habiendo oído decir que su patria estaba sitiada, buscó un lugar no para poder vivir seguro, sino desde el que pudiera ayudar a sus conciudadanos. Por esto acudió a Farnabazo, sátrapa [177] de Jonia y Lidia y que era también yerno del Rey [178] y consanguíneo suyo, y a base de muchos trabajos y riesgos llegó a tener gran influencia ante él. 2
Pues, siendo así que los lacedemonios, una vez derrotados definitivamente los atenienses, no querían mantener firme la alianza que habían establecido con Artajerjes, y tras haber enviado a Agesilao a Asia para hacer la guerra, incitados sobre todo por Tisafernes [179], quien, de ser uno de los más íntimos amigos del Rey, había desertado de su amistad 2

---

[176] Testimonio no coherente con lo que dicen Plutarco *(Lisandro* XI), Diodoro (XIII 106) y Jenofonte *(Hellen.* II 1, 28). Plutarco dice que Conón fue el primero en divisar la escuadra ateniense y que se hizo al mar con ocho naves, retirándose a Chipre al amparo de Evágoras.

[177] Lidia estaba sometida al sátrapa Tisafernes. Jonia se encontraba por entonces en situación de revuelta y protegida por Esparta con la expedición de Timbrón, Dercilides y Agesilao.

[178] Por su casamiento con Amapa, hija de Artajerjes Mnemón.

[179] Contradicción de Nepote consigo mismo (cf. *Agesilao* II y III) y sobre todo con los testimonios de Justino y Diodoro, quienes exponen la fidelidad de Tisafernes y que la posible causa de su desgracia ante el Rey fueron las calumnias lanzadas contra él. Cf. JENOFONTE, *Helénicas* I.

IX

CONÓN

SINOPSIS

1. Conón no tiene culpa en la derrota de Egospótamos. — 2. Su estancia en Asia. — 3. Su actuación en Persia. Entrevista con Titraustes. — 4. Victoria de Cnido. Reconstrucción de las murallas de Atenas. — 5. Muere a manos de Tiribazo.

Conón no tiene culpa en la derrota de Egospótamos

1 Conón, ateniense, accedió a la vida política durante la guerra del Peloponeso y en esta guerra su concurso fue muy apreciado. Pues, nombrado general, mandó las tropas de tierra y, como comandante de la armada, realizó grandes hazañas por mar. Por estas dos razones se le concedieron honores muy relevantes: pues él solo gobernó [174] todas las islas y durante su gobierno tomó Feres [175], colonia espartana.

[174] No queda claro el sentido que Nepote quiera dar a esta frase, pues ningún historiador dice semejante cosa. Lo más probable es que Cornelio se refiera aquí al mandato de Conón al frente de la flota persa, cuando somete a todas las islas, arrebatándoselas a Esparta.

[175] No se trata de Feres, ciudad de Tesalia, sino de Feres ciudad de Mesenia.

Muerte de Trasíbulo en una expedición a Cilicia

El pueblo le recompensó por tan grandes merecimientos con una corona hecha con dos ramos de olivo. Y puesto que esta corona era el reflejo del amor que sus conciudadanos le tenían, y no era impuesta por la fuerza, no suscitó envidia ninguna, produciéndole por el contrario una gran gloria. 4

Cuán bien habló aquel famoso Pitaco[172], uno de los 2
siete sabios, cuando, queriendo los de Mitilene donarle un terreno de muchos miles de yugadas, él les dijo: «Por favor, os suplico, no me deis nada que pueda despertar la envidia de muchos y que los más puedan codiciar; de cuanto me queréis dar solamente quiero cien yugadas, que deben servir para poner de manifiesto por un lado mi moderación y por otro vuestra buena voluntad hacia mí»[173]. Pues nunca un pequeño regalo dejó de ser duradero mientras que otro espléndido jamás se poseyó con entera seguridad.

Trasíbulo se sintió enteramente satisfecho con aque- 3
lla corona; no quiso nada más, pensando que nadie podría superarle con tal honor.

Andando el tiempo, cuando estaba al frente de la 4
flota en Cilicia, y debido a la negligencia de los vigías en cuidar el campamento, los bárbaros, que habían irrumpido durante la noche desde una plaza fuerte, le dieron muerte en su propia tienda.

---

[172] Pitaco de Mitilene, filósofo. Su vida nos es conocida por Diógenes Laercio. Cf. DIÓGENES LAERCIO, *Vidas de los Filósofos más ilustres: Pitaco* I, 1 y sigs.

[173] El relato de esta anécdota de Cornelio Nepote diverge de lo narrado por Diógenes Laercio (cf. DIÓGENES LAERCIO, *o. c.* I, 1), quien dice que Pitaco había donado para los dioses el terreno que le habían dado sus conciudadanos. Valerio Máximo difiere también, así como el propio Plutarco *(Praecep. ger. reipublic.* XXVII) cuando dice que Pitaco sólo aceptó la parte de tierra que podía ser alcanzada por un dardo lanzado por él.

pactando una alianza con los espartanos, Farnabazo fue nombrado general (en la guerra) contra éste, pero quien verdaderamente mandó el ejército fue Conón y todo lo
3 que se hizo fue bajo su consejo. Fue un obstáculo serio para el jefe supremo Agesilao y a menudo se opuso a sus propósitos, y bien claro estaba que, si él no hubiese estado por medio, Agesilao hubiera arrebatado al Rey el Asia hasta el Tauro.

4 Cuando (Agesilao) volvió a su patria, reclamado por sus conciudadanos porque los beocios y atenienses habían declarado la guerra a Esparta, Conón siguió manteniendo sus relaciones con los gobernadores del Rey, y a todos les fue de la mayor utilidad.

Su actuación en Persia. Entrevista con Titraustes

3 Tisafernes había consumado su traición al Rey y, sin embargo, ni Artajerjes ni los demás lo sabían con certeza [180]; y es que, por los muchos y grandes méritos contraídos ante el Rey aún seguía teniendo preeminencia ante él, incluso después de haberle hecho defección. Y no hay por qué admirarse de que Artajerjes no se viera inclinado a creer (estas acusaciones), ya que tenía presente en su memoria que por obra suya había logrado vencer a su hermano Ciro.

2 Farnabazo envió a Conón hasta el Rey para acusar (a Tisafernes) [181] y, cuando llegó allí lo primero que hizo fue presentarse, según era costumbre entre los persas, al primer ministro [182], que era el que más manda-

[180] Tal vez esto justifica más aún el testimonio de Justino y Diodoro expuesto en la nota anterior.

[181] Plutarco *(Vida de Artajerjes* XVIII) dice que Parisátide, madre del Rey, secundaba las acusaciones lanzadas contra Tisafernes. Por su parte Justino afirma que el que le acusa directamente es el propio Farnabazo.

[182] El quiliarca, según su etimología, era el que mandaba mil hombres. Aquí viene a ser equivalente a «primer ministro», el encargado

ba después del Rey y que se llamaba Titraustes, manifestándole su deseo de conversar con el Rey. En efecto, 3
nadie es admitido ante el Rey sin este requisito.

Titraustes le dijo: «Tú no tienes que esperar, pero piensa antes si prefieres conversar con él personalmente o exponerle por escrito lo que traes entre manos. Pues es inevitable que, una vez llegado ante su presencia, adores al Rey (lo que ellos llaman «postración»). Si ves que esto te puede desagradar, conseguirás lo que deseas por mi mediación con la misma facilidad, una vez que me des tus instrucciones».

Entonces Conón le dijo: «Por lo que a mí respecta 4
no me produce desagrado alguno tener que rendir cualquier honor al Rey, pero me temo que a mi país le sirva de humillación [183] si yo, viniendo de un país acostumbrado a mandar sobre los demás pueblos, prefiero las costumbres de los bárbaros a las suyas». Así que le entregó por escrito lo que quería (tratar).

Victoria de Cnido. Reconstrucción de las murallas de Atenas

Con el conocimiento de estas cosas 4
quedó el Rey tan convencido, gracias a su prestigio, que desde ese momento consideró a Tisafernes como enemigo, encargándole (a Conón) que atacara a Esparta, y permitiéndole elegir a quien le pareciera bien para la administración del dinero (del ejército). Conón dijo que tal decisión no debía ponerse en sus manos, sino más bien en las de él mismo (el Rey), que era el que debía conocer mejor a los suyos, pero que le aconsejaba que confiara este cometido a Farnabazo.

---

de la administración de palacio. En Roma vendría a equivaler a los Prefectos del Pretorio.

183 Tal prosternación era en Grecia humillante. Los atenienses habían condenado a muerte a Timágoras por haberse prosternado ante Darío. Significaba para los atenienses como si la propia Atenas se humillara ante un poder extranjero.

2 Luego, colmado de grandes regalos, se le envió a la costa para exigir de los chipriotas y fenicios y demás países costeros naves de guerra y para que armara una flota con la que en el próximo verano poder asegurar la tranquilidad del mar, dándole como colaborador a
3 Farnabazo tal y como él lo había solicitado. Cuando los lacedemonios se enteraron de esto, se prepararon concienzudamente, ya que pensaban que se les venía encima una guerra más grande que si tuviesen que luchar sólo con los bárbaros. Veían que las tropas del Rey iban a ser mandadas por un caudillo valiente y prudente, dispuesto a luchar contra ellos, a quien no podrían
4 vencer ni en prudencia ni en número de soldados. Teniendo presente esto, forman una gran flota y marchan llevando como caudillo a Pisandro [184]. Conón los ataca cerca de Cnido [185] y, tras un gran combate, los pone en fuga, les captura muchas naves y hunde otras muchas. Con esta victoria no sólo Atenas sino toda la Grecia que había estado sometida al dominio lacedemonio quedó liberada.

5 Conón regresó a su patria con parte de las naves; cuida de que se rehagan las murallas, que habían sido destruidas por Lisandro, tanto las que circundan el puerto del Pireo como las de la ciudad, y entrega a sus conciudadanos los cincuenta *talentos* que le había dado Farnabazo [186].

Muere a manos de Tiribazo

5 Pero le sucedió lo que suele suceder al resto de los mortales: que se mostró menos prudente en la prosperidad que en la adversidad. En efecto, una vez derrotada la flota de los peloponesios, pensando que ya había vengado las injurias

---

[184] Cuñado de Agesilao, a quien Justino (VI 3) colma de elogios.

[185] Ciudad de Caria en la Dórida.

[186] Posiblemente se refiera Nepote al dinero que Farnabazo le había entregado para la restauración de las murallas.

infligidas a su patria, comenzó a sentir deseos de realizar más empresas de las que en realidad podía. Y no 2
es que tales empresas no fuesen justas y dignas de elogio, pues iban encaminadas por su parte a aumentar los efectivos de su patria más que los del Rey.

Habiéndose ganado un gran prestigio por aquella batalla naval que había librado cerca de Cnido, y esto no sólo entre todos los bárbaros sino también entre todos los Estados de Grecia, comenzó a trabajar en secreto para devolver a Atenas Jonia y Eolia. Al no haber 3
conseguido ocultar estos proyectos, Tiribazo, que gobernaba a la sazón Sardes, hizo llamar a Conón pretextando que quería enviarle al Rey para tratar de un asunto de gran importancia. Cuando llegó, obedeciendo este mensaje, se le encarceló, permaneciendo así algún tiempo.

Algunos escribieron que desde allí fue llevado a pre- 4
sencia del Rey, donde murió. En contra de esto el historiador Dinón [187], para nosotros la fuente más fiable sobre los acontecimientos de Persia, dice que logró escapar [188], dudando, no obstante, si esto ocurrió con conocimiento de Tiribazo o sin él saberlo.

---

187 Dinón, autor de una historia de Persia que no ha llegado hasta nosotros.

188 Pausanias afirma que Conón había sido enterrado en el Ática. Cf. PAUSANIAS, *Descripción de Grecia* I 29, 10 y sigs.

X

DIÓN

SINOPSIS

1. Orígenes ilustres de Dión. Sus relaciones con Dionisio el Viejo. — 2. Venida de Platón a Tarento. Muerte de Dionisio el Viejo. — 3. Influencia de Platón sobre Dionisio el Joven. — 4. Destierro de Dión. Se refugia en el Peloponeso. Venganza de Dionisio corrompiendo al hijo de Dión. — 5. Dión se apodera de Sicilia y obliga a Dionisio a firmar una paz condicionada. — 6. Disputas entre Dión y Heráclides. — 7. La aristocracia se le enfrenta. Descontento del pueblo. — 8. Calícrates conspira contra Dión. — 9. Asesinato de Dión. — 10. Tumultos que siguen a su muerte. Duelo y pesar del pueblo.

1 *Orígenes ilustres de Dión. Sus relaciones con Dionisio el Viejo*

Dión, hijo de Hiparino, siracusano, de noble estirpe, se vio implicado en la doble tiranía de los dos Dionisios [189]. Pues el primero de ellos casó con Aristómaca, hermana de Dión, de la que nacieron dos hijos, Hiparino y Niseo, y otras dos hijas, Sofrosine y Areté; de ellas a la primera la dio en

[189] Dionisio I el Viejo, tirano de Siracusa, y Dionisio II el Joven, hijo del primero.

matrimonio a Dionisio el Joven, a quien también dejó el trono, y la segunda, Areté, a Dión [190].

Dión, además de este ilustre parentesco y noble tra- 2
dición, poseía otras muchas buenas condiciones naturales: entre ellas, una gran facilidad para aprender, un carácter agradable [191] y una aptitud para los conocimientos más profundos; tenía una gran prestancia corporal, cualidad ésta que se valora no poco; y además grandes riquezas de la herencia paterna, que él había acrecentado gracias a la prodigalidad del tirano.

Era íntimo de Dionisio el Viejo, no menos por su 3
modo de ser cuanto por su parentesco con él. En efecto, si bien su crueldad le repugnaba, procuraba no obstante conservarse no sólo por los estrechos lazos de parentesco que le unían a Dionisio, sino más aún por el bien de los suyos.

Solía participar en los asuntos de importancia y el tirano se dejaba llevar mucho por sus consejos, salvo en las cosas en las que se interponía algún apasionamiento más intenso en él.

Todos los cometidos que fuesen de especial impor- 4
tancia se llevaban a efecto valiéndose de Dión: él los afrontaba con la mayor diligencia y ponía la máxima fidelidad en su cumplimiento, con lo cual trataba de justificar [192] la crueldad que implicaba el nombre de tirano con su propia amabilidad.

---

190 Areté estuvo primeramente casada con Tearides, hermano de Dionisio el Joven, y a la muerte de aquél fue cuando se casó con Dión.

191 Si hemos de creer a Plutarco *(Dión* VIII), tenía mal genio, severo e incomunicable en el trato y a cuantos acudían a él les hablaba con mucha aspereza.

192 No creo necesaria la corrección *leniebat* en lugar de la lección *tegebat* dada por π, μ, *u*, *F*; así como la de *tenebat* de la mayoría de los manuscritos, a todas luces desangelada y fuera de feliz interpretación. Ya en César *(De Bell. Ciu.* III, 32) encontramos una expresión idéntica a esta de Nepote, con el mismo verbo *tegere* en su acepción

5 Dionisio le envió a Cartago, donde los cartagineses le encumbraron tanto cuanto nunca habían encumbrado a ningún griego hablante.

Venida de Platón a Tarento. Muerte de Dionisio el Viejo

2 Nada de esto le pasaba desapercibido a Dionisio, ya que se daba perfecta cuenta de la gloria que le acarreaban estas cosas.

2 Por eso solía ser complaciente al máximo sólo con él y le quería como si fuera un hijo. Cuando corrió la noticia en Sicilia de que Platón había llegado a Tarento[193], no pudo negarle al jovencito el hacerle venir a la corte, pues Dión ardía en deseos de verlo. Se lo concedió, pues, y en medio de gran boato
3 lo hizo conducir a Siracusa. Dión sintió por él tal admiración, encariñándose con él tanto, que se le entregó en cuerpo y alma. Y no menos placer experimentaba Platón en el trato con Dión. En efecto, a pesar de que el tirano Dionisio había maltratado cruelmente a Platón —había dado la orden de que se le vendiera como esclavo—, sin embargo, aquél, movido por las súplicas del propio Dión, volvió de nuevo allí.
4 Entretanto Dionisio cayó enfermo; habiéndose agravado, Dión les preguntó a los médicos qué tal se encontraba, pidiéndoles al mismo tiempo que, en caso de que la enfermedad fuera en aumento, no se lo ocultaran; y es que quería hablar con él acerca del reparto del reino, ya que estimaba que los hijos de su hermana, nacidos de Dionisio, tenían derecho a heredar parte del
5 reino. Los médicos no guardaron silencio sobre esto y le contaron a Dionisio el Joven la conversación. Éste,

---

de «justificar»: «... para cohonestar con tal título procedimiento tan ignominioso». Trad. de S. Mariner, *De Bell. Ciu.*, t. II, Edic. Alma Mater, Barcelona, 1961.

[193] Parece ser que Platón había ido a Sicilia con objeto de estudiar de cerca las evoluciones del volcán Etna.

impulsado por ello, y para evitar que Dión pudiera tratar (con Dionisio) obligó a los médicos a que le suministraran a su padre un somnífero. El enfermo, tras haberlo tomado, se quedó como adormecido y expiró.

Influencia de Platón sobre Dionisio el Joven

Fue entonces cuando comenzaron 3
las diferencias entre Dión y Dionisio, que fueron en aumento a causa de circunstancias de índole muy diversa. No obstante en un principio se mantuvo entre ambos una fingida amistad durante algún tiempo. Y como quiera que Dión no cejaba en suplicar a Dionisio para que hiciera volver de Atenas a Platón y se dejara aconsejar por él, Dionisio, que en cierta medida quería seguir la conducta de su padre, accedió a ello [194].

Por aquel entonces hizo que viniera de nuevo a Sira- 2
cusa el historiador Filisto [195], persona adicta más al régimen tiránico en general que al propio tirano. Pero sobre este personaje ya he dicho muchas cosas en el libro que escribí sobre los historiadores griegos [196].

Platón tuvo tanta influencia ante Dionisio [197], y el 3
influjo de su palabra fue tal, que llegó a convencerle de la necesidad de terminar con la tiranía y devolver la libertad al pueblo siracusano. La influencia de Filisto le apartó de esta decisión, con lo que comenzó a manifestarse un poco más cruel.

---

[194] Razonamiento pueril de Nepote. Plutarco dice que Dión, a base de citar frecuentemente el pensamiento filosófico de Platón en presencia de Dionisio, despertó en éste un vehemente deseo de conocer la doctrina platónica y que a instancia de la escuela pitagórica de la Magna Grecia, representada por Arquitas de Tarento, Platón volvió a Siracusa. Cf. PLUT., *Dión* XI.

[195] Había sido desterrado por Dionisio el Viejo.

[196] Obra perdida de Cornelio.

[197] El recibimiento que Dionisio hizo a Platón fue extraordinario, como si de un suceso próspero para él se tratase.

Destierro de Dión. Se refugia en el Peloponeso. Venganza de Dionisio corrompiendo al hijo de Dión

4 Viendo que Dión le aventajaba en talento, en influencia y en amor del pueblo, y temeroso de que, si permanecía a su lado, él mismo provocaría la ocasión de su ruina, le dio una trirreme, en la que fuera transportado a Corinto, haciéndole ver que esto lo hacía por el bien de los dos, pues así evitaba que, temiéndose como se temían mutuamente, alguno de los dos se deshiciera del otro.

2 Muchos se indignaron por esta medida y, provocando esta conducta una animadversión hacia el tirano, Dionisio mandó que se colocaran en unas naves todos los bienes muebles de Dión y se los envió. Con esto quería que todo el mundo pensara que no actuaba movido por odio hacia la persona, sino en aras de su propia seguridad.

3 Mas, cuando oyó decir que (Dión) había preparado un escuadrón en el Peloponeso y que trataba de atacarle [198], entregó por esposa a otro a Areté, la mujer de Dión, ordenando además que su hijo fuera educado de modo tal que, concediéndosele todo tipo de complacen-
4 cia, acabase dominado por las más viles pasiones. Por eso incluso antes de que llegara a la pubertad, se le llevaban prostitutas, se le cargaba de vino y de banquetes, con lo que sucedía que apenas si le quedaba tiempo para estar sobrio.

5 Tras la vuelta de su padre a la patria, fue tal el cambio con respecto a su vida pasada (pues se le habían puesto guardianes para que le apartaran de su anterior modo de vivir), que no pudo soportarlo, por lo

---

[198] Aquí Nepote parece invertir los términos, la causa por el efecto: pues, según Plutarco, Dión decidió hacer la guerra a Dionisio cuando se enteró de lo que éste había hecho con su mujer. Cf. PLUT., *Dión* XXI.

que se arrojó desde lo alto de la casa, muriendo de este modo[199]. Pero volvamos a lo anterior.

Dión se apodera de Sicilia y obliga a Dionisio a firmar una paz condicionada

Cuando Dión llegó a Corinto, don- 5
de se acogió también Heráclides[200],
expulsado igualmente por Dionisio y
que antes había sido jefe de caballe-
ría, ambos comenzaron a preparar la
guerra valiéndose de todo tipo de recursos. Pero no 2
progresaban gran cosa, pues el gobierno de la tira-
nía[201] venía ya de mucho tiempo atrás y en conse-
cuencia (tenía) una gran raigambre, por lo cual pocos
fueron los que se comprometieron a compartir el
riesgo.

Pero Dión, confiado más que en sus propias fuerzas 3
en el odio (que se le tenía) al tirano, con gran valor y
con dos naves de transporte se lanzó al ataque contra
un reino de cincuenta años y defendido por quinientas
naves de guerra, diez mil jinetes y cien mil infantes (co-
sa que a todos los pueblos les había producido gran ad-
miración), y lo desbarató con tal facilidad que, tres días
después de haber desembarcado en Sicilia, entró en Si-
racusa. De donde puede colegirse que no existe reino
seguro si no está cimentado en el amor (a los ciudada-
nos).

Por aquel entonces Dionisio se había ausentado y se 4
encontraba en Italia a la espera de la flota, ya que pen-

199 Discrepancia entre Plutarco y Nepote. Según aquél el motivo del suicidio del hijo de Dión fue intrascendente y pueril. Cf. PLUTARCO, *Dión* V.

200 Jefe de los mercenarios de Dionisio el Joven, y que fue rival de Dión en el Peloponeso.

201 Mi traducción «gobierno de la tiranía» no implica que acepte la corrección de Lambin *tyrannis* por *tyrannus*, que dan todos los códices. Para mí el término *tyrannus* está empleado por Nepote con el valor abstracto de «tiranía» como el que podría tener en una frase gnómica del tipo: nunca el tirano fue aceptado por el pueblo.

saba que ninguno de los enemigos se atrevería a atacarle sin contar con un gran número de tropas. Y en esto
5 se engañó, porque Dión, con la ayuda de los mismos que antes habían estado sometidos al poder del adversario, logró quebrantar los altivos sentimientos de la tiranía, apoderándose de toda la parte de Sicilia que había estado sometida al poder de Dionisio, así como de la ciudad de Siracusa[202], excepción hecha de la
6 acrópolis y la isla unida a la ciudad. El triunfo fue tal, que el tirano se vio obligado a firmar una paz bajo las siguientes condiciones: Dión sería dueño de Sicilia; Dionisio, de Italia; y de Siracusa, Apolócrates, en quien Dion⟨isio⟩[203] confiaba plenamente.

Disputas entre Dión y Heráclides

6 A esta prosperidad tan grande como imprevista le siguió un repentino cambio, pues la fortuna, por su innata versatilidad, comenzó a hundir a
2 quien poco antes había elevado. Primeramente descargó su crueldad contra el hijo, del que he hablado anteriormente. Pues, habiendo tomado de nuevo por esposa a la que Dionisio había entregado a otro, y, deseando que el hijo, apartándose del desenfre-

---

[202] Siracusa fue fundada en la isla de Ortigia. Cuando llegó a ser la ciudad más importante de Sicilia constaba, además de Ortigia, de otros cuatro barrios: Acradina, Tique, Neápolis y las Epípolas.

[203] Los comentaristas han creído que aquí hay una laguna, ya que es inadmisible pensar que Apolócrates fuera el hombre de confianza de Dión. Además ha parecido ilógico que Nepote prescindiera de un dato histórico tan importante como fue la toma de la acrópolis de Siracusa. Yo entiendo que en Nepote esto no es tan improbable. Por eso he creído conveniente admitir la lectura, dada por Lambin, *Dionisius*, que, por otra parte, es congruente con los datos históricos, pues sabido es que Apolócrates era el hijo primogénito de Dionisio. Creo, pues, que la lección *Dion* pudo ser un error de copista. La supuesta laguna sólo la abona la necesidad de explicar la presencia del término *Dion* con el que termina el párrafo.

no licencioso, tornara a la vida honesta, sufrió con la
muerte de su hijo la herida más dolorosa que, como pa-
dre, (podía recibir).

Luego se suscitó entre él y Heráclides una disen- 3
sión: éste, al no querer concederle a Dión la primacía,
creó su propio partido. Heráclides tenía bastante in-
fluencia ante la aristocracia [204], a cuya decisión debía
el estar al frente de la flota, mientras Dión mandaba
el ejército de tierra.

No lo llevó a bien Dión, y sacó a colación aquel ver- 4
so de Homero del canto segundo [205] en el que se dice:
«un estado no puede marchar bien cuando lo gobiernan
muchos». Estas palabras provocaron un gran descon-
tento, pues de ellas se deducía claramente que lo que
quería era acumular en sus manos todo el poder.

Pero él no procuró mitigar dicho descontento con 5
concesiones, sino que procuró reprimirlo mediante el
rigor y, cuando Heráclides llegó a Siracusa, se ocupó
de hacerlo asesinar.

La aristocracia se le enfrenta. Descontento del pueblo

Esto hizo que se apoderara de to- 7
dos un gran pánico [206]; nadie tenía
confianza en su propia seguridad tras
la muerte de aquél. Él, una vez quita-
do de en medio su rival, comenzó a
repartir entre los soldados, sin consideración alguna,
los bienes de aquellos que sabía abrigaban sentimien-

---

204 Según todos los testimonios, Heráclides, contra lo que dice Cornelio, era el caudillo del partido democrático siracusano. Cf. PLUTARCO, *Dión* XXXII.

205 El canto II de la *Ilíada*, concretamente el verso 204.

206 Ignoro en qué se funda Nepote para hablar de tal pánico: Dión dispuso que se le hicieran a Heráclito unos magníficos funerales, a los que acudió todo el ejército. Por otra parte, Plutarco dice que los siracusanos fingieron tan sólo sentir la muerte de Heráclides. Cf. PLUT., *Dión* LIII.

2 tos contrarios a los suyos. Repartidos estos bienes, y haciéndose todos los días gastos excesivos, pronto comenzó a faltar el dinero; no quedaba, pues, a dónde echar mano, si no era a las posesiones de los amigos. El procedimiento era tal que, si le granjeaba de nuevo la adhesión del ejército, le hacía perder la de la aristocracia.

3 La preocupación por todo esto le producía quebraderos de cabeza; desacostumbrado como estaba a oír hablar mal de él, no soportaba tranquilamente verse mal considerado precisamente por aquellos que poco antes, con sus alabanzas, lo habían puesto por las nubes. Por otro lado, como la disposición del ejército era hostil a su persona, el pueblo hablaba con bastante libertad, diciendo repetidamente que no se debía seguir tolerando a un tirano.

Calícrates conspira contra Dión

8 Considerando él todo esto y no sabiendo cómo mitigarlo, temeroso del rumbo que las cosas pudieran tomar, un tal Calícrates [207], ciudadano ateniense que había llegado con él desde el Peloponeso a Sicilia, hombre tan astuto como hábil para el engaño, carente de todo escrúpulo y lealtad, se
2 presentó a Dión diciéndole, que se encontraba en gran peligro a causa de la hostilidad del pueblo y del odio del ejército, lo que, según él, no podría evitar de ningún modo, salvo si le encomendaba a alguno de los suyos la misión de simular que era su enemigo personal; que, si encontraba a alguien a propósito, podría conocer fácilmente las disposiciones de todos, pudiendo deshacerse de ese modo de sus enemigos, ya que éstos abrirían

[207] El nombre de este personaje era Calipo, del que habla Platón, sin nombrarle por su propio nombre, en su carta séptima. Cf. Plut., *Dión* LIV.

de par en par sus intenciones a una persona que se había apartado de su amistad.

Aprobado tal proyecto, el propio Calícrates asumió 3
este papel, pertrechándose gracias a la imprudencia de Dión. Busca cómplices para matarlo, toma contacto con
los enemigos de Dión y consolida la conjura. Esta cons- 4
piración, por cuanto se había planeado con el conocimiento de muchos, llegó a oídos de Aristómaca, hermana de Dión, y de su esposa, Areté. Éstas, aterradas, van en busca de aquél, por el que tanto temían. Pero él les dice que Calícrates no está maquinando nada contra su persona, sino que todo lo que hacía era por orden suya. Las mujeres, no obstante, conducen a Calícrates al templo de Proserpina, y le obligan a jurar que Dión no ha de correr peligro alguno por parte de él. Este juramento no sólo no asustó a Calícrates, disuadiéndole de su empresa, sino que le sirvió de aliciente para darse prisa, temiendo que su propósito se descubriera antes de llevar a cabo el intento.

Asesinato de Dión

Con esta intención, el día de fiesta 9
siguiente [208], permanenciendo Dión en casa apartado de toda aglomeración, y cuando se encontraba reposando en una habitación elevada, (Calícrates) entregó a los cómplices de su conjuración los lugares mejor fortificados de la ciudad y, rodeando la casa de guardianes, escoge a hombres de su mayor confianza
para que custodien las entradas. Llena de hombres ar- 2
mados una trirreme y pone al mando de ella a su hermano Filóstrato, aconsejándole que navegue acá y allá por el puerto para dar la sensación de que está ejerci-

208 La fiesta a la que aquí parece aludir Nepote era las *Coreas*, en honor de Proserpina, que recibía el sobrenombre de *Cora* en Eleusis, y de aquí el nombre de *corea* que se le daba a la danza que se hacía en esta festividad.

tando a sus remeros, con la intención de, si por casualidad la suerte no le ayudaba en sus propósitos, poder
3 tener medios de huir y de salvarse. Después elige de entre los suyos a unos jóvenes oriundos de Zacinto, tan osados en extremo como extraordinariamente forzudos, y les encomienda que se presenten ante Dión desarmados para dar la sensación de que iban sólo en calidad de visitantes. Se les hizo pasar, ya que eran conoci-
4 dos [209]. Pero no bien entraron en la habitación, cerraron las puertas y, lanzándose sobre Dión, que estaba acostado, le maniataron: se produjo tal ruido que se podía oír desde fuera.

5 En situaciones tales —y ya se ha hablado de esto antes—, resulta [210] fácil para cualquiera comprender cuán odioso resulta el poder de un solo hombre y cuán digna de compasión es la vida de los que prefieren ser
6 temidos a ser amados. Pues aquellos mismos guardianes, de haber estado bien dispuestos en favor suyo [211], con haber echado abajo las puertas le hubieran podido salvar, siendo así que aquellos, desarmados, pedían armas a los de afuera y tenían a (Dión) vivo todavía.

---

[209] Fue precisamente en la isla de Zacinto donde Dión había preparado su expedición; de aquí que estos jóvenes hubieran sido incluso soldados suyos.

[210] No veo por qué Guillemin ha de sospechar la existencia de una laguna después de la expresión «y ya se ha hablado de esto antes». La frase es perfectamente comprensible, como puede deducir el lector. Lo único que puede justificar en cierta medida, a mi juicio, la susodicha laguna, situándola, no donde dice Guillemin, sino antes del párrafo sexto, sería el hecho de que Nepote habla de unos supuestos guardianes que da como conocidos por el lector, sin haber aparecido antes referencia alguna de los mismos.

[211] Acepto la lección de R *propitia*, que recoge Monginot, y no *propria*. No creo, como piensa Guillemin *(o. c.*, pág. 64), en la existencia de una laguna. A mi juicio el contexto queda claro: todo esto es consecuencia de lo que Nepote acaba de decir en el § 5.

Al no acudir nadie en su ayuda, un tal Licón, de Siracusa, logró pasar por la ventana una espada, con la que se le dio muerte a Dión.

Tumultos que siguen a su muerte. Duelo y pesar del pueblo

Una vez perpetrado el crimen, y 10
habiendo entrado un gran número de personas para ver (lo sucedido), algunos fueron asesinados por aquellos que ignoraban quiénes eran los responsables. Pues la noticia de que se había atentado contra la vida de Dión corrió rápidamente, acudiendo por ello al lugar muchos que estaban en contra de aquella felonía, los cuales, movidos por falsas sospechas, mataron a personas inocentes por culpables.

Cuando se hizo pública la notica de su muerte, el 2
pueblo cambió sus sentimientos, ya que, al que en vida le gritaban continuamente llamándole tirano, esos mismos le aclamaban ahora como al libertador de la patria y derrocador de la tiranía. Así fue como la compasión vino a sustituir al odio, hasta tal límite que, de haberles sido posible, lo hubiesen rescatado del Aqueronte [212] aun al precio de su propia vida.

Por ello en la ciudad y en el lugar más concurrido 3
se le levantó un mausoleo costeado por el pueblo. Murió casi a los cincuenta y cinco años, a los cuatro de su vuelta a Sicilia desde el Peloponeso.

---

[212] Aqueronte, el río que deben atravesar las almas hasta llegar al reino de los muertos.

XI

IFÍCRATES

SINOPSIS

1. Cualidades militares de Ifícrates. Reformas en el ejército. — 2. Guerra de Tracia. Manda las tropas mercenarias griegas del Rey persa contra Egipto. — 3. Cualidades personales de Ifícrates.

Cualidades militares de Ifícrates. Reformas en el ejército

1 Ifícrates, ateniense, se hizo famoso no tanto por sus grandes hechos cuanto por sus conocimientos en el arte de la guerra. Fue un caudillo de tales condiciones como para poderse comparar con los mejores de su tiempo, e incluso no encontrar a nadie de entre sus predecesores que le superara.

2 Durante gran parte de su vida se dedicó a la guerra; estuvo al frente del ejército muchas veces: nunca perdió una batalla por negligencia suya; sus victorias se debieron a su prudencia y habilidad; gracias a ellas fue tan bueno para la guerra que introdujo numerosas in-
3 novaciones y mejoras en el arte militar. Cambió el armamento de la infantería: antes de ser él jefe del ejército, ésta usaba escudos de gran tamaño, lanzas de corta

longitud y espadas pequeñas; él, por el contrario, sustituyó por la *pelta* o escudo de media luna el redondo (de aquí que a partir de entonces a los soldados de infantería se le llamó «peltastas»), con el objeto de que los movimientos resultaran menos embarazosos y el peso más ligero; duplicó la longitud de las lanzas, haciendo también más largas las espadas: cambió igualmente el tipo de corazas, usando las de tela en lugar de las de mallas de hilos de bronce: de esta manera conseguía más movilidad para sus soldados, ya que con la disminución del peso se conseguía proteger de igual modo el cuerpo al mismo tiempo que lo hacía más dúctil para moverse.

Guerra de Tracia. Manda las tropas mercenarias griegas del Rey persa contra Egipto

Luchó con los tracios [213]; restituyó **2**
el poder a Seutes, aliado de Atenas. En Corinto [214] mandó su ejército con tanta severidad que jamás en Grecia se vieron tropas más ejercitadas ni
más obedientes a los mandatos de su general. Les in- 2
fundió el hábito de, tan pronto como el general diera la orden de ataque, formar en filas sin necesidad de la voz de mando de cualquier otro oficial, y así daba la sensación de que su disposición era obra de la pericia de un general habilísimo.

Con un ejército así logró copar una división [215] de 3
soldados lacedemonios: esta hazaña fue muy celebrada en toda Grecia. En la misma guerra y en un segundo

[213] Se refiere sin duda a la guerra mantenida contra Anaxibio, caudillo espartano, que, según Jenofonte *(Hell.* IV 8, 34), había atacado las posesiones tracias de los atenienses.

[214] De la exposición de los hechos se infiere una vez más la falta de sentido crítico de Cornelio: la guerra de Corinto fue cuatro años anterior a la expedición de Tracia.

[215] La palabra *mora* significaba en Esparta un cuerpo armado, en cuyo número de soldados discrepan los historiadores; pero ello se debe a que el número debería ser variable, como sucedía en las legiones romanas, según las distintas épocas.

hecho de armas puso en fuga a todas las tropas de los lacedemonios, consiguiendo con esto una gran gloria.

4 Cuando Artajerjes quiso atacar al rey de Egipto, pidió a los atenienses como jefe a Ifícrates, para ponerlo al mando de un ejército mercenario que constaba de doce mil hombres; a estas tropas les infundió tal sentido de disciplina militar, que, así como en otros tiempos ciertos soldados romanos recibieron el apelativo de «soldados Fabianos»[216], de la misma manera en Grecia el nombre de «Ificratenses» implicaba un título de honor.

5 También fue él quien, tras haber prestado su ayuda a los lacedemonios, reprimió el ataque de Epaminondas, pues, de no haber sido porque su llegada era inminente, los tebanos no hubieran abandonado Esparta sin antes haberse apoderado de ella y haberla incendiado.

Cualidades personales de Ifícrates

3 Estuvo dotado de grandeza de alma y cuerpo, de unas cualidades físicas hechas para mandar y, con sólo mirarle, inspiraba a cualquiera admi-
2 ración hacia su persona. Si bien era indolente para el trabajo físico y poco sufrido, según nos dice Teopompo, pero buen ciudadano, y de gran lealtad. Y esto, que puso de manifiesto en otras muchas ocasiones, lo demostró más aún cuando tuvo que defender a los hijos del macedonio Amintas: Eurídice, madre de Perdicas y de Filipo, tras la muerte de Amintas, en unión de sus dos hijos, se refugió buscando ayuda en Ifícrates, quien la defendió con todas su fuerzas.

3 Su vida se prolongó hasta edad muy avanzada, disfrutando siempre de la simpatía de sus conciudadanos. Tan sólo una vez durante toda su vida tuvo necesidad

---

216 Los soldados de Quinto Fabio Máximo, vencedor de Aníbal en la segunda guerra púnica.

de defenderse de una acusación, que implicaba la pena de muerte, (y fue) en la guerra social junto con Timoteo, de cuya acusación salió absuelto[217].

Dejó un hijo, Menesteo, nacido de una mujer tracia, 4
hija del rey Cotis. Una vez se le preguntó a quién estimaba más, si a su padre o a su madre, y él contestó: «A mi madre». Sorprendidos todos por esta contestación, dijo: «y lo hago así con razón, pues mi padre, en lo que a él tocaba, me engendró tracio; por el contrario, mi madre, ateniense».

---

[217] Véanse los párrafos 3.° y 4.° de la *Vida de Timoteo* de nuestro autor.

XII

CABRIAS

SINOPSIS

1. Estratagema de Cabrias. Se le erige una estatua. — 2. Su carrera militar. — 3. Se solicita que comparezca ante el Gran Rey. Vive fuera de Atenas el mayor tiempo posible. — 4. Muerte de Cabrias durante la guerra social en el puerto de Quíos.

Estratagema de Cabrias. Se le erige una estatua

1 Cabrias, ateniense. He aquí uno de los caudillos que fue considerado también entre los más grandes y que realizó hazañas dignas de recordarse. De entre todas ellas sobresale su estratagema en una batalla cerca de Tebas, cuando había
2 acudido en auxilio de los beocios. En esta batalla, cuando la victoria parecía sonreír al general en jefe Agesilao, puestas en fuga las tropas mercenarias [......][218], Cabrias no permitió que el resto del ejército se moviera

[218] Tal vez exista en este pasaje una laguna, como conjetura Windstedt, pero, a mi juicio, con la corrección de Lambin, *fidente duce Agesilao* en lugar de *fidentem ducem Agesilaum* (que resultaría inconstructo, lo que obliga a Roth a suplir *retardauit)*, quedarían subsanados el texto y el contexto.

de su posición, y con el escudo apoyado sobre su rodi-
lla y blandiendo su lanza hacia adelante, los dispuso
a esperar de esta guisa el ataque del enemigo. Agesilao,
al observar esto, jamás visto, no se atrevió a avanzar,
y a toque de trompeta hizo que sus soldados retroce-
dieran cuando ya estaban atacando. Este hecho se hizo 3
célebre en toda Grecia, hasta el punto que el propio Ca-
brias quiso que la estatua que el pueblo ateniense le
levantó en la plaza pública le representara en esta pos-
tura. De aquí vino que desde entonces los atletas y de-
más artistas adoptaran, en las estatuas que se les había
de levantar, la postura correspondiente al momento en
que habían alcanzado la victoria.

Su carrera militar

Cabrias hizo muchas[219] guerras 2
en Europa mientras fue general en je-
fe de los atenienses; en Egipto dirigió
una por propia iniciativa; en efecto
trasladándose allí en ayuda de Necte-
nebis, lo consolidó en el trono. Hizo otro tanto en 2
Chipre, pero en esta ocasión como encargado oficial-
mente por los atenienses de que ayudara a Evágoras,
y no se marchó de allí hasta haber dominado por las
armas la isla entera, de lo que los atenienses obtuvie-
ron mucha gloria.

Mientras tanto estalló la guerra entre egipcios y per- 3
sas; precisamente por entonces los atenienses tenían
firmada una alianza con Artajerjes y los espartanos la
tenían con los egipcios, a costa de los cuales Agesilao,
su rey, venía obteniendo pingües beneficios. Cabrias se
dio cuenta de esto y, no queriendo ser menos que Agesi-
lao en ningún concepto, marchó por su cuenta en ayuda

219 Las acciones más importantes de Cabrias fueron: su victoria en Naxos, la expedición a Beocia, a Eubea y a las Cícladas, esta última en unión de Ifícrates, y su victoria sobre Esparta en Egina.

de los egipcios, poniéndose al frente de la flota egipcia y Agesilao del ejército de tierra.

Se solicita que comparezca ante el Gran Rey. Vive fuera de Atenas el mayor tiempo posible

3 Entonces los gobernadores del rey de Persia enviaron legados a Atenas para quejarse de que Cabrias luchaba contra el rey y a favor de los egipcios. Los atenienses señalaron un día[220] determinado para que Cabrias respondiera de la acusación, conminándole a que, si no se presentaba en su patria en dicha fecha, le condenarían a muerte. En vista de tal mensaje volvió a Atenas, pero
2 no permaneció allí más tiempo del necesario. No vivía a gusto entre sus conciudadanos, ya que estaba acostumbrado a una vida de boato y se permitía demasiados lujos como para poder eludir la envidia del pueblo.
3 Es éste el defecto común a todos los estados grandes y democráticos: que la envidia sea compañera de la gloria y en ellos el pueblo rebaja gustoso a los que ve sobresalir por encima de los demás: los pobres no toleran con ecuanimidad la suerte ajena [de los ricos].

De aquí que Cabrias, ya que podía, se ausentaba
4 muy frecuentemente. Y no era él solo el que abandonaba con gusto Atenas, dado que casi todos los hombres influyentes hicieron lo mismo, pues pensaban que estarían libres de la sospecha de sus conciudadanos en la medida en que se vieran también libres de sus miradas. Por este motivo Conón vivió largo tiempo en Chipre, Ifícrates en Tracia, Timoteo en Lesbos y Cares en Siges[221]; muy distinto de éstos fue, desde luego Cares,

---

220 «Los griegos designaban con la palabra *protesmia* el día que se fijaba para que alguien compareciera ante los tribunales» (MONGINOT, *ad. l.)*.

221 «Promontorio de Tróade, en la entrada misma del Helesponto. Cerca de dicho promontorio existía una pequeña ciudad, del mismo nombre, que había sido fundada por los de Mitilene» (MONGINOT).

tanto en su modo de obrar como en sus costumbres; pero entre los atenienses gozaba de estima e influencia.

Muerte de Cabrias durante la guerra social en el puerto de Quíos

Cabrias murió durante la guerra social, del siguiente modo: los atenienses atacaban Quíos y Cabrias se encontraba como integrante de la flota sin delegación oficial; pero su influencia era superior a la de todos los que tenían algún cargo y los soldados tenían sus miradas puestas en él más que en sus propios jefes. Esto precisamente ace- 4
leró su muerte: se empeñó en ser el primero en entrar en el puerto, ordenando al timonel que dirigiera hacia él la nave, siendo él mismo la causa de su perdición, ya que, si bien consiguió penetrar en él, no así el resto de las naves. Se vio, pues, acorralado de una multitud de enemigos por doquier y, aunque luchó bravamente, su nave, al ser golpeada por un espolón, comenzó a tocar fondo. 2

Él, aunque hubiera podido salvarse arrojándose al mar, ya que cerca de allí navegaba la flota ateniense, que sin duda hubiera podido recoger a los que fueran nadando, no obstante prefirió morir a arrojar sus armas y abandonar la nave [que lo había transportado][222]. Los demás no hicieron como él, prefiriendo ponerse a salvo nadando; pero él, pensando que más vale una muerte honrosa que una vida de vergüenza, fue muerto, luchando cuerpo a cuerpo, por los dardos enemigos. 3

[222] Que la frase, atetizada por Oudendorp, sea una glosa marginal, es posible; Monginot lo ha aceptado así, pero ve también posible que, al darla los manuscritos, sea auténtica de Nepote; de todos modos es innecesaria y casi fuera de lugar.

XIII

TIMOTEO

SINOPSIS

1. Hechos de armas de Timoteo. — 2. Supremacía marítima de Atenas. — 3. Es acusado de traición por Cares. Ingratitud. — 4. Jasón, tirano de Feres, visita a Timoteo en su casa.

Hechos de armas de Timoteo

1 Timoteo, hijo de Conón, ateniense. Este acrecentó con sus virtudes la gloria que había heredado de su padre; pues fue elocuente, ardoroso y perseverante en el trabajo; entendido en los asuntos militares y no menos en el gobierno del Estado.

2 Sus hechos famosos fueron muchos, pero entre ellos merecen especial mención estos: sometió Olinto y Bizancio, y conquistó Samos; en el ataque a esta ciudad, durante una guerra anterior [223], los atenienses habían invertido mil doscientos talentos, y él, sin ocasionar gasto público alguno, devolvió la plaza fuerte al pueblo

---

[223] Se trata de la guerra que llevó a cabo Pericles contra los milesios, al parecer decretada por insinuación y ruegos de Aspasia.

ateniense. Hizo la guerra a Cotis[224], que obtuvo un botín de mil doscientos talentos[225], que igualmente donó al erario público.

Libró a Cícico de un asedio. Acudió en ayuda de 3
Ariobarzanes en colaboración con Agesilao. Habiendo el lacedemonio recibido de Ariobarzanes[226] dinero contante, Timoteo prefirió que sus conciudadanos se engrandecieran con campos y ciudades a aceptar algo que, en parte, podría enriquecer su propia casa.

Por eso recibió Critote[227] y Sestos.

Supremacía marítima de Atenas

También, costeando el Peloponeso 2
en calidad de almirante de la flota, saqueó Lacedemonia, hizo huir a la flota espartana, sometió a Corcira bajo el dominio ateniense e hizo aliados de Atenas a los epirotas, los atamanos[228], los caonios[229] y todos los demás pueblos costeros de aquel mar.

Por eso los lacedemonios desistieron de una contien- 2
da que venía durando demasiado, y por propia voluntad cedieron la primacía del mar a los atenienses, firmando una paz en términos tales que hacía de los atenienses los dueños del mar. Esta victoria les produjo

---

224 No debe confundirse este Cotis, rey de Paflagonia, con Cotis, rey de Tracia.

225 El talento ateniense, moneda imaginaria para cálculos elevados, vendría a equivaler, más o menos, a unas seiscientas mil pesetas de 1983, en el supuesto de que se tratase del de plata, y no del de oro, menos usual.

226 Sátrapa de Frigia, que se levantó contra Artajerjes.

227 Ciudad del Helesponto ocupada por los atenienses en tiempo de Milcíades.

228 Habitantes del Epiro en la zona sur de la vertiente oeste del Pindo.

229 Los griegos habían dividido el Epiro en dos partes: el llamado Epiro griego, que comprendía las regiones de Atamania, Acarnania, el pueblo de los dólopes y el país de los molosos; y el Epiro no griego, constituido por Caonia y Tesprotia: cf. MONGINOT.

a los del Ática tal regocijo, que por pimera vez se levantaron altares a la diosa Paz en nombre del Estado y se instituyó en honor a la diosa el *almohadón*[230] de
3 adoración. Y para que el recuerdo de semejante gloria fuera imperecedero erigieron en la plaza pública una estatua a Timoteo, costeada por cuenta del Estado. Hasta ese momento, sólo a él se le tributó este honor, de manera que así como el pueblo había erigido una estatua a su padre, también se le erigía ahora al hijo. De esta manera la estatua del hijo, colocada junto a la de aquél, revivió el ya viejo recuerdo del padre.

Es acusado de traición por Cares. Ingratitud de Atenas

3 Siendo ya longevo y habiendo dejado de ejercer magistratura alguna, los atenienses comenzaron a verse asediados por todas partes: Samos había desertado, el Helesponto los había abandonado y [Filipo], el Macedonio, por entonces ya bastante crecido de fuerzas, tramaba múltiples amenazas; se envió a Cares contra él, pero poca seguridad ins-
2 piraba. Nombróse general a Menesteo, hijo de Ifícrates y yerno de Timoteo, y se decidió por decreto que emprendiera la guerra, dándosele como consejeros a dos hombres dotados de sabiduría y experiencia [y a ellos debería consultar]: su padre y su suegro, ya que ambos tenían tanta autoridad que se abrigaba la esperanza de poder recuperar por medio de ellos cuanto se había perdido.

3 Partieron, pues, rumbo a Samos; Cares, que se había enterado de su llegada, acudió allí con sus tropas para que no se pudiera decir que nada se había hecho sin

230 Almohada sobre la que se situaban las estatuas de los dioses en el templo, para su adoración; se colocaban en torno a una mesa, como si estos fueran a comer el llamado *lectisternio*. En la época del cristianismo se traduce esta costumbre pagana en los llamados banquetes fúnebres y religiosos.

su colaboración. Sucedió que, al acercarse a la isla, se
desencadenó una gran tempestad, que los dos viejos
generales creyeron útil evitar anclando la flota. Pero 4
Cares, haciendo gala de un comportamiento temerario
no cedió a la autoridad de los mayores en edad, como
si la suerte estuviera solamente en su propia mano. Lle-
gó a donde se había propuesto y envió un mensaje a
Timoteo e Ifícrates para que se reunieran con él. La
empresa salió mal y, tras haber perdido gran número
de naves, volvió al punto de partida, enviando después
a Atenas una nota oficial en la que decía que le hubiera
sido fácil apoderarse de Samos de no haber sido por-
que Timoteo e Ifícrates le habían abandonado. El pue- 5
blo, implacable, suspicaz, y por lo mismo voluble, dado
a la oposición, envidioso, los hizo venir a Atenas (tam-
bién los poderosos eran llamados a juicio) y se les acu-
sa de traidores [231]. En el proceso Timoteo es condena-
do, fijándose la multa en cien talentos. Movido por la
ira contra su desagradecida patria se retiró a Calcis.

Jasón, tirano de Feres, visita a Timoteo en su casa

Después de su muerte, y debido al 4
arrepentimiento del pueblo por la sentencia, se le redujo la multa a la décima parte, ordenándose que Conón, su hijo, pagara sólo diez talentos, destinándose esta cantidad a rehacer una parte de los muros. Aquí se echa de ver lo variable que es la fortuna, pues los mismos muros que Conón el Viejo había entregado a su patria, como botín obtenido del enemigo, son ahora los que el nieto, con gran ignominia

[231] Me aparto del texto reformado de Guillemin, aceptando sin reservas el texto dado por los manuscritos (cf. edic. de Guillemin, aparato crítico) por no estimar que haya necesidad alguna de reformarlo. El paréntesis bien pudiera ser una simple glosa. Mi traducción se conforma, por tanto, con el texto de los manuscritos; como puede apreciar el lector, resulta congruente y lógica.

para la familia, se ve obligado a reparar con el dinero de la herencia familiar.

2 Aunque de la vida moderada y sabia de Timoteo podemos aducir muchos testimonios, nos vamos a contentar con uno solo, del que fácilmente puede deducirse cuánto le querían los suyos: Siendo aún jovencito fue acusado ante los tribunales en Atenas y acudieron en su defensa no sólo sus amigos y huéspedes de la familia, sino también Jasón, tirano (de Tesalia) que a la sa-
3 zón era el más poderoso de todos ellos. Pese a que, incluso en su propia patria, no se sentía nunca seguro si no iba acompañado de su escolta, vino a Atenas sin protección alguna, ofreciéndole una prueba de hospitalidad tal, que prefirió arriesgar su propia vida a abandonar a Timoteo, que se debatía por la defensa de su honor. A pesar de esto, más tarde Timoteo luchó contra Jasón por obediencia a su pueblo, pensando que los derechos de la patria son más sagrados que los de la hospitalidad.

4 Aquí termina la era de los grandes generales atenienses, Ifícrates, Cabrias y Timoteo, ya que después de la muerte de éstos no hubo en Atenas ningún caudillo digno de mención.

5 Paso ahora a escribir de aquel valerosísimo varón, y que sobresalió entre todos los bárbaros por su gran inteligencia, con excepción de los dos cartagineses,
6 Amílcar y Aníbal. Sobre él escribiré largamente por cuanto la mayor parte de sus hazañas son desconocidas y porque sus victorias fueron producto no tanto de la magnitud de sus ejércitos cuanto de su prudencia y sagacidad, en las que superó a todos sus coetáneos; si se quiere que aparezcan con claridad sus obras, conveniente será exponerlas detalladamente.

XIV

DÁTAMES

SINOPSIS

1. Ascendencia y comienzos en la vida pública. — 2. La expedición de Paflagonia. — 3. Estratagema llevada a cabo con Tuis. — 4. Expedición de Cataonia. — 5. Conjura contra Dátames. Su retirada a Paflagonia. — 6. Expedición contra los pisidios. Traición de Mitrobarzanes. — 7. Sisinas, su hijo primogénito, le traiciona. — 8. Guerra contra Autofródates. — 9. Dátames escapa a todas las escaramuzas que le tiende el Rey persa. — 10. Mitrídates, hijo de Ariobarzanes, le traiciona. — 11. Muerte de Dátames. Mitrídates le tiende una trampa, en la que cae.

Ascendencia y comienzos en la vida pública

1 Dátames, cario[232] de origen, tuvo por padre a Camisares y por madre a Escitissa; en un principio perteneció al cuerpo de guardia del palacio real de Artajerjes. Su padre, Camisares, por su firmeza y resolución y por haberse acreditado en numerosas ocasiones fiel al rey, obtuvo el gobierno de la provincia de Cilicia por la parte que limita a Capadocia y que habitan los leucosirios[233]. Dátames, des- 2

[232] Caria, provincia del Asia Menor. Bordeada al E. por el Tauro, que la separa de la región de Pisidia, es limítrofe por el N. con Lidia y Frigia.

[233] Nombre dado por Estrabón a los sirios de piel blanca.

empeñando un cargo público militar, demostró por primera vez su valía en la guerra que el rey mantuvo contra los cadusios [234], en la que su colaboración fue de suma importancia. Puesto que su padre Camisares había muerto en esta guerra, se le entregó a él la provincia gobernada por su padre.

La expedición de Paflagonia

2 En lo sucesivo hizo gala de la misma valentía, cuando Autofródates atacó por orden del rey a los que se le habían sublevado. Y así, cuando los enemigos, tras haber dado muerte a muchos miles de soldados del rey, habían penetrado en el campamento, fueron totalmente abatidos gracias a él, salvándose el resto de las tropas [del rey]; este fue el punto de arranque para estar al frente de empresas de mucha mayor envergadura.

2 Había por aquel entonces un tal Tuis, reyezuelo de Paflagonia [235], de antigua estirpe, descendiente de aquel famoso Pilémenes, de quien Homero cuenta que murió en la guerra de Troya a manos de Patroclo [236].
3 Aquél se mostraba remiso a la obediencia al rey. Por ello éste decidió perseguirle y declararle la guerra, al frente de la cual puso a Dátames, pariente del de Paflagonia, pues el padre de uno de ellos y la madre del otro eran hermanos; por este motivo Dátames trató de evitar en principio una guerra entre ellos, procurando atraer a su pariente a la obediencia por otros medios. Le salió a su encuentro sin escolta alguna, ya que pensaba que por tratarse de una persona amiga no tenía

[234] Pueblo del Asia occidental a orillas del mar Caspio.

[235] Region del Asia Menor bañada por el Ponto Euxino y separada de él por el río Halis.

[236] Error craso de Nepote: Pilemenes muere en la guerra de Troya, pero no a manos de Patroclo, sino de Menelao, cf. *Ilía.* V 576 y sigs.

por qué temer, y estuvo a punto de morir, pues Tuis trató de matarle a traición.

Se encontraba con Dátames su madre, tía del de Pa- 4
flagonia; ella, sospechando lo que estaba tramando,
alertó a su hijo[237]. Logró eludir el peligro huyendo, y 5
declaró la guerra a Tuis. Aunque durante esta guerra
se vio abandonado por Ariobarzanes, gobernador de
Lidia, de Jonia y de toda la Frigia entera, no por eso
se acobardó, consiguiendo coger vivo a Tuis junto con
su mujer e hijos.

Estratagema llevada a cabo con Tuis

Dátames procuró que la noticia de 3
lo ocurrido no llegara a oídos del rey
antes de que él mismo llegara en persona a su presencia.

Así, sin que nadie lo supiera, se presentó donde se encontraba el Rey y al día siguiente
vistió con los mejores vestidos a Tuis, que era un hombre de gran corpulencia, de aspecto feroz por el color
negro de su piel y la longitud de sus cabellos y su prolífera barba, poniéndole el vestido que los sátrapas del
rey solían vestir[238]; le colocó un collar y brazaletes de
oro y demás adornos reales: él, por el contrario, iba 2
vestido con el doble manto de los campesinos, con una túnica de tosca tela, tocada su cabeza con un casco de cazador, en su diestra una clava[239] y en la mano izquierda una traílla, en la que llevaba atado a Tuis delante de él cual si condujera cautiva a una bestia salvaje.

[237] Observe el lector cómo, a pesar de lo trivial de este pasaje, Cornelio se deja llevar por su afán de anecdótico detallista parando mientes en hechos de poca importancia.

[238] Rico vestido de púrpura bordado en oro.

[239] La clava, a que alude aquí Nepote, no es sino un sencillo bastón nudoso: lo que nosotros llamamos un garrote; nada tiene que ver con la clava de los *éforos* de que se ha hablado en otra ocasión.

3 Todos centraban sus miradas en él por lo extravagante de su vestimenta y su aspecto de extranjero, formándose en torno suyo una gran aglomeración; pero al-
4 guien reconoció en él a Tuis y se lo contó al rey. Al principio éste no lo quiso creer, enviando por ello a Farnabazo para que se informara; cuando éste le descubrió lo que ocurría, al momento dio orden de que se le dejara entrar libremente, quedando gratamente sorprendido tanto por el hecho en sí cuanto por el lujo con que se le presentaba, sobre todo porque un rey tan importante había caído en su poder de manera tan inesperada.

5 Por ello envió a Dátames, no sin antes premiarle pródigamente, al ejército que por entonces se estaba preparando bajo el caudillaje de Farnabazo y Titraustes para la guerra contra Egipto, ordenando concederle el mismo mando que a éstos. Después, cuando el rey hizo venir a Farnabazo, le traspasó a él el mando supremo del ejército.

Expedición de Cataonia

4 Preparaba con el mayor cuidado al ejército y se disponía a partir a Egipto, cuando le llegó de parte del rey una carta en la que le decía que atacara a Aspis, que era dueño de Cataonia, región situada más allá de Cilicia en los confines
2 de Capadocia. Porque Aspis, que habitaba una región llena de bosques y pastizales y bien fortificada, no sólo no se sometía a la obediencia del rey, sino que incluso saqueaba las zonas vecinas y se apoderaba con frecuencia de cuanto estaba destinado para los tributos del
3 rey. Dátames, aunque se encontraba lejos de aquellas regiones y se veía apartado de un asunto de mayor importancia, pensó que debía condescender con los deseos del rey. En consecuencia, embarcó con unos pocos pero valerosos hombres, pensando —lo que sucedió— que era mejor atacar con un pequeño ejército al enemi-

go, cogiéndole desprevenido, que hacerlo cuando estuviera alertado, aunque fuera con ejército numeroso.

Cuando llegó a Cilicia desembarcó y, caminando día 4
y noche, cruzó el Tauro, llegando después a su meta. Investiga los lugares en los que pueda encontrarse Aspis, obteniendo como resultado de esta investigación que no andaba lejos de allí y que había salido de caza.

Mientras le espía, se descubre el motivo de su llegada. Aspis se apresta a resistir, valiéndose de los pisidios, unidos a aquellos que le acompañaban. Enterado 5
Dátames de esto, toma las armas y ordena a los suyos que le sigan; monta en su caballo y, espoleándole, se dirige contra su enemigo. Aspis, que desde lejos le ve venir hacia él, se echa a temblar y se entrega sin tan siquiera intentar resistírsele. Dátames lo encadena y se lo entrega a Mitrídates [240] para que lo lleve a presencia del rey.

Conjura contra Dátames. Su retirada a Paflagonia

Mientras esto sucedía, Artajerjes, **5**
dándose cuenta de que había apartado al mejor de sus generales de una guerra tan importante para encomendarle un asunto tan trivial, se enojó consigo mismo y envió un mensajero al ejército hasta Ace [241], creyendo que Dátames se encontraba aún allí, para que le dijera que no abandonara el ejército. No había llegado aún a su punto de destino cuando encontró en el camino a los que conducían a Aspis.

Habiendo conseguido Dátames por esta rapidez en 2
obrar una gran complacencia por parte del rey, también produjo una gran envidia en los cortesanos al ver éstos que él solo tenía más influencia que todos ellos juntos. Esto fue causa de que se confabularan para destruirlo. Pandantes, guardia del tesoro real y amigo de 3

---

240 El tal Mitrídates era hijo de Ariobarzano, sátrapa de Frigia.

241 Hoy San Juan de Acre.

Dátames, le informó por escrito de que se iba a encontrar en un gran peligro si durante su mandato ocurría
4 en Egipto algún fracaso. Pues era costumbre de los reyes atribuir la responsabilidad de los sucesos desdichados a los hombres y hacer producto de su buena estrella los sucesos felices, por lo cual fácilmente se veían inclinados a provocar la ruina de aquellos bajo cuyo mandato se les dice que ha acaecido algún desastre; y que en consecuencia Dátames se vería expuesto a un riesgo tanto mayor cuanto que tenía como enemigos precisamente a aquellos en los que el rey tenía mayor confianza.

5 Aquél, una vez leída la carta, y a pesar de que había llegado ya al ejército en Acre, vio que lo que se le decía en ella era verdad y decidió apartarse del servicio del rey; pero no por eso hizo nada que fuese indigno de su fidelidad.

6 Y así puso al frente del ejército a Mandrocles de Magnesia; él se retira a Capadocia con los suyos, instalándose en Paflagonia, limítrofe con Capadocia, ocultando sus sentimientos respecto al rey. En secreto entabla amistad con Ariobarzanes; prepara un ejército y entrega las ciudades fortificadas a los suyos para que las defiendan.

Expedición contra los pisidios. Traición de Mitrobarzanes

6 Pero todas estas precauciones no avanzaban con la debida prosperidad a causa del tiempo invernal.

Oye decir que los pisidios [242] están preparando tropas contra él. Envía allá a su hijo Arsideo con su ejército: pero el joven muere en el combate. El padre se dirige allí con un gru-

[242] Habitantes de Pisidia, muy dados al bandidaje. País montañoso que supo mantener su independencia contra los persas y contra el mismo Alejandro de Macedonia. No fue sometido hasta la época romana.

po poco numeroso, ocultando la grave herida que ha recibido, porque deseaba llegar donde el enemigo estaba antes de que los suyos se enteraran de la derrota, no fuera que al conocerse la muerte de su hijo los soldados se desanimaran.

Llega a su destino y sitúa su campamento en un lu- 2
gar tal que la multitud de enemigos no lo pudieran rodear y de manera que su ejército no encontrara dificul-
tad de movimiento en la lucha[243]. Se hallaba con él 3
Mitrobarzanes, su suegro, jefe de la caballería, quien, al ver que su yerno lo tenía todo perdido, desertó al bando enemigo. Cuando Dátames se enteró de esto sintió la sensación de que, si se difundía entre la soldadesca la noticia de que un hombre tan allegado a él le había abandonado, sin duda los demás seguirían el ejem-
plo. Declaró públicamente que Mitrobarzanes había 4
marchado como tránsfuga por orden suya, para que, una vez llegado allí, exterminara más fácilmente al enemigo; y que por esta razón no sería justo abandonarle, sino seguirle todos lo más rápidamente posible. Si se esforzaban en cumplir esto, sus enemigos no podrían resistir, al verse atacados tanto dentro como fuera de
la fortificación. Habiéndose aceptado como bueno este 5
relato, pone en marcha al ejército y va en persecución de Mitrobarzanes [.....][244] y Dátames ordena que se ataque sólo cuando él haya llegado cerca del enemigo.

Los pisidios, impresionados por este extraño ardid, 6
creyeron que los desertores obraban de mala fe y con el propósito preconcebido de, una vez que hubieren sido recibidos, inferirles un desastre de mayores proporciones; es a ellos, pues, a quienes atacan primero. Ellos, al no saber qué pasaba ni por qué ocurría, se vieron

[243] Por razones evidentes no acepto la lección de Guillemin *dimicandam* y sí *dimicandum* de Monginot.

[244] Pasaje a todas luces corrupto o con lagunas.

obligados a luchar contra aquellos a cuyo bando se habían pasado y a estar por el contrario a favor de los que habían abandonado [245]; al sobrevenirles el ataque por ambos lados, murieron en un momento [246].

7 Dátames ataca a los demás pisidios que le ofrecieron resistencia arrojándolos de su posición al primer choque; persigue a los fugitivos; mata a muchos y se apodera del campamento enemigo.

8 Con una operación tal, al mismo tiempo castigó a los traidores y venció al enemigo: lo que se había tramado en perdición suya lo convirtió en su salvación.

Jamás hemos leído de general alguno estratagema tan sagaz ni en ningún sitio hazaña realizada con tanta rapidez [247].

Sisinas, su hijo primogénito, le traciona

7 A pesar de todo, Sisinas [248], su primogénito, le abandonó, pasándose al bando del rey, al tiempo que le informaba de la deserción de su padre. Artajerjes, conmovido por esta noticia —pues pensaba que tenía que habérselas con un hombre bravo y resuelto, que tenía por costumbre meditar bien antes de intentar algo y cuando lo había pensado bien no dudaba en llevarlo a efecto—, envió a Autofrádates a Capadocia.

2 Para impedir que éste entrara, Dátames procuró ocupar antes el desfiladero que sirve de entrada a Cili-
3 cia. Pero no pudo reclutar sus tropas todo lo rápida-

---

[245] Diodoro dice que Mitrobarzanes, al verse cogido entre dos frentes, decide luchar contra los dos enemigos.

[246] Frontino relata esto de manera muy diferente. Cf. FRONT., II 7, 9.

[247] Esto mismo ya lo ha repetido Nepote en más de una ocasión y seguirá repitiéndolo siempre que quiera ensalzar algún hecho famoso. En definitiva, un caso más de su tendencia a la exageración y de su falta de sentido crítico.

[248] Los manuscritos dan aquí una variada gama de nombres: Sisinas, Sismas, Escismas, Escisinas.

mente que las circunstancias exigían. Fracasó en su empeño; con la tropa que había reclutado escoge un lugar tal que el enemigo no le pudiera rodear ni éste pudiera pasar sin verse acosado por delante y por la espalda y, en caso de que quisiera luchar con él, la multitud enemiga no pudiera perjudicar demasiado a sus escasas tropas.

Guerra contra Autofródates

Autofródates, aunque era consciente de todo esto, estimó preferible la lucha a batirse en retirada con un ejército tan numeroso o a permanecer demasiado tiempo en el mismo lugar. 8
Contaba con veinte mil jinetes bárbaros, y cien mil infantes, a los que los persas llaman *cardacas*, tres mil honderos de la misma nacionalidad, ocho mil capadocios, diez mil armenios, cinco mil paflagonios, cinco mil frigios, otros tantos lidios, alrededor de unos tres mil arpendios y pisidios, dos mil cilicios y otros tantos captianos [249] y tres mil mercenarios traídos de Grecia; la tropa de armadura ligera era numerosísima. 2

Para hacer frente a todas estas tropas Dátames tenía puesta su esperanza en sí mismo y en la naturaleza del lugar, ya que no contaba ni con la vigésima parte de los soldados de aquél. Confiado en estas dos cosas entabló combate, destrozando a miles de enemigos y sufriendo por su parte no más de mil bajas; por eso al día siguiente mandó erigir un trofeo en el mismo lugar en que se había dado la batalla. Levantó de allí su campamento y, aunque siempre inferior en el número de tropas, terminaba siempre venciendo, ya que nunca entablaba un combate si no era en un lugar en el que pu- 3 4

249 No aparece ningún tratado de geografía antiguo que haga mención a semejante país. Por ello parece verdaderamente misterioso que los manuscritos hayan conservado esta variante. Podría pensarse en una mala grafía de los copistas y que fuera, como sugiere Schott, caspianos, habitantes de la ribera del mar Caspio.

diera atrapar al enemigo, cosa que no le resultaba difícil de conseguir dado su perfecto conocimiento del terreno y su sagacidad para planear el combate.

5 Autofródates, viendo que la guerra se alargaba produciendo la ruina del rey más que la de sus enemigos, convenció a Dátames para que firmara con el rey un tratado de paz y amistad y se reconciliara con él.

6 Aunque creía que no debía tener fe alguna en este pacto, sin embargo lo aceptó, diciendo que enviaría legados a Artajerjes. Así terminó la guerra que el rey había desencadenado contra Dátames. Autofródates se retiró a Frigia.

Dátames escapa a todas las escaramuzas que le tiende el rey persa

9 Pero el rey, que había concebido un odio implacable contra Dátames, viendo que la guerra no le brindaba un medio suficiente para dominarle, trató de asesinarlo a traición; pero Dátames logró escapar a un gran número de escaramu-
2 zas. Como cuando se le dijo que algunos de los que consideraba amigos suyos le estaban traicionando (él, no obstante, como se lo habían descubierto unos que le eran enemigos, pensó que no debía prestar crédito a estas habladurías, si bien tampoco debería dejarlas pasar por alto), trató de enterarse personalmente si lo que le contaban era cierto o no.

3 Emprendió el viaje en el que se le había dicho iba a sufrir tales maquinaciones. Pero escogió a uno que por su aspecto corporal y su estatura se le pareciera lo más posible; le puso sus propios vestidos, ordenándole que se pusiera en el mismo lugar en el que él solía situarse en la marcha; mientras tanto él comenzó a caminar en medio de su guardia personal, con el equipo
4 y vestimenta de un soldado. Entonces los traidores, una vez que la comitiva llegó al lugar prefijado, engañados por la posición que ocupaba en la marcha y por el modo con que iba vestido, se lanzaron contra el que

había tomado su sitio. El propio Dátames les había dicho a los que le acompañaban que estuvieran preparados para hacer lo que vieran que (hacía) él. Cuando vio a los traidores que se le acercaban, comenzó a asaetearles, cosa que hicieron todos, y, sin haberse acercado los traidores al que querían herir, murieron todos a flechazos.

Mitrídates, hijo de Ariobarzanes, le traiciona

Sin embargo, un hombre tan astuto al final fue víctima de la maldad de Mitrídates, hijo de Ariobarzanes, quien hizo al rey la promesa de matarle si el rey a su vez le permitía hacer impunemente lo que quisiera y si le hacía promesa de ello con su mano derecha[250], cual era costumbre entre los persas.

Habiendo recibido esta garantía de parte del rey, 2
prepara sus tropas y establece a distancia un pacto de amistad con Dátames; saquea las provincias del rey, conquista sus plazas fuertes, recogiendo un gran botín, parte del cual lo distribuye entre sus soldados y parte se lo envía a Dátames, entregándole igualmente muchas de las plazas fuertes. Repitiendo esta operación 3
muchas veces, convence a Dátames de que había declarado la guerra sin cuartel al Rey, pero para no despertar en él sospecha alguna de traición procura no hablar con él cara a cara, evitando una entrevista entre ambos. A distancia mantenía una entente amistosa con objeto de dar la sensación de que lo que les mantenía unidos no eran los beneficios mutuos, sino el odio común que sentían contra el Rey.

---

250 No está claro en qué pudiera consistir este modo de juramento. De las acepciones e interpretaciones más congruentes estimo que se trata de algún regalo que representara alguna mano, como era usual entre los romanos; el término *missam* ('enviada') que aparece a renglón seguido parece abogar por esta interpretación.

11 *Muerte de Dátames: Mitrídates le tiende una trampa en la que cae*

Cuando creyó que todos los cabos estaban bien atados, informó a Dátames de que había llegado el momento de preparar un ejército más numeroso y afrontar una guerra abierta contra el propio rey y que, si le parecía bien, eligiera un lugar que estimara oportuno para reunirse a tratar de este asunto. Aceptada esta propuesta, se eligen el momento y el lugar para la entrevista.

2 Llegó, pues, Mitrídates al lugar, acompañado tan sólo de un hombre de su máxima confianza, unos días antes, y esconde espadas en distintos lugares espaciados, señalando cuidadosamente dichos lugares. El mismo día destinado a la entrevista, uno y otro enviaron exploradores para que investigaran el lugar y cachearan a los dos generales; luego se entrevistaron ellos personal-
3 mente. Mantuvieron una conversación durante algún tiempo; se separaron cada uno por su lado y, cuando Dátames se encontraba ya a cierta distancia, Mitrídates, antes de reunirse con los suyos, para evitar toda sospecha, volvió de nuevo al mismo lugar y, sentándose en el suelo al lado de donde se encontraba enterrada una espada, fingiendo que estaba cansado y quería descansar, volvió a llamar a Dátames, dándole a entender que se le había olvidado decirle algo.

4 Mientras Dátames acudía, arrancó la espada, que estaba oculta, la desenvainó, y la escondió después bajo su vestido. Al acercársele Dátames, le dijo que en el momento de separarse había observado cierto lugar, que se veía desde allí, y que le parecía muy adecuado para
5 acampar en él. En el instante en que le señalaba con el dedo el citado lugar, y (Dátames) volvía su mirada hacia él, le atravesó con la espada, matándole antes de que diera tiempo a que alguien viniera en su auxilio. Fue así como aquel gran hombre, que había logrado vencer a muchos con su sagacidad, pero jamás valiéndose de la perfidia, fue víctima de una falsa amistad.

XV

EPAMINONDAS

SINOPSIS

1. Nepote insiste en ciertas observaciones ya expuestas en el prefacio de la obra. — 2. Educación de Epaminondas y sus cualidades. — 3. Cualidades morales. — 4. Diomedonte de Cízico intenta corromper a Epaminondas. — 5. Epaminondas orador: sus célebras respuestas a Meneclides. — 6. Defensa que hace Epaminondas de su patria. — 7. Su capacidad para olvidar afrentas. Sus campañas militares. — 8. Epaminondas es acusado por no obedecer una ley tebana. Sale absuelto de la acusación. — 9. Muerte de Epaminondas en Mantinea. — 10. Algunas anécdotas ingeniosas de Epaminondas. Con él muere la gloria de Tebas.

Nepote insiste en ciertas observaciones ya expuestas en el prefacio de la obra

Epaminondas, hijo de Polimnio, tebano. 1 Antes de escribir nada sobre éste, me parece que debo advertir a los lectores que no juzguen las costumbres extranjeras con el mismo criterio que las suyas propias, ni crean que lo que para sí mismos estiman intrascendente lo fuera también para ellos [251]. Todos sabemos, por ejemplo, que de acuerdo 2

[251] Insiste Nepote aquí en la misma idea que vierte en el prefacio de la obra. Esta advertencia, reiterada ahora en el proemio a la

con nuestras costumbres[252] la dedicación a la música es impropia de un hombre importante y cómo la danza está considerada como una profesión pecaminosa, cosas estas que en Grecia[253] las consideran estimables y
3 dignas de alabanza. Y puesto que quiero dar una imagen exacta de las costumbres y modo de vivir de Epaminondas, creo que no debo omitir detalle alguno que pueda aportar datos para una perfecta exposición de su
4 vida. En consecuencia empezaré hablando primeramente de su ascendencia; a renglón seguido, de su formación cultural y de quiénes se la dieron; después, de sus costumbres, su talento y de cuanto sea digno de traer a colación, para terminar hablando de sus hazañas, que para la mayoría deben anteponerse a las virtudes de su alma.

Educación de Epaminondas y sus cualidades

2 Su padre, del que ya hemos hecho mención, era de una familia honrada y pobre desde hacía ya bastante tiempo; recibió una formación cultural cual ningún otro tebano. Así, sabía tocar la cítara, cantaba haciéndose acompañar de instrumentos de cuerda, cosas estas que le había enseñado Dionisio[254], que entre los músicos gozó de una fama

---

vida de Epaminondas, debe ser interpretada, a mi juicio, como un deseo de justificar tanto la formación humana de Epaminondas como los posibles yerros de su vida, lo que hace de este relato un verdadero panegírico o *laudatio*.

[252] Los romanos subestimaron el ejercicio de las artes en general, y concretamente la dedicación a la música, que era normalmente oficio de esclavos. Ya Tácito *(Ann.* XIV, 14) recrimina la tendencia de Nerón a cantar y a tocar la cítara, tan ridícula y fea como su afición al comer. No obstante en la época imperial nos encontramos con emperadores, como Marco Aurelio, que estaban bastante instruidos en todas estas artes.

[253] Por lo que respecta a la música en concreto, Aristóteles en su *Politica* dice que puede ser de gran utilidad en la educación de los niños. Cf. Arist., *Polit.* VIII 2.

[254] Era un célebre músico de Tebas.

como la de Damón[255] y Lampro, personajes de gran renombre; Olimpiodoro, por su parte, le enseñó a tocar
la flauta y Califrón la danza. Como maestro de filosofía 2
tuvo a Lisis de Tarento, pitagórico, con quien intimó de tal manera que ya desde su adolescencia prefería el trato con este anciano serio y severo a la compañía de los jóvenes de su edad; y no abandonó su escuela hasta que llegó a superar en el conocimiento de esta doctrina a todos sus condiscípulos, de donde podía colegirse que de igual modo les superaría a todos en las demás disci-
plinas. Todo esto entre nosotros se considera intrans- 3
cendente y, más aún, menospreciable; pero en Grecia, sobre todo en tiempos remotos, era muy alabado.

Cuando llegó a la pubertad y comenzó a ejercitarse 4
en los juegos corporales prestó más interés en adquirir agilidad que fuerza: creía que la segunda era muy importante para el ejercicio atlético, mientras la primera
la consideraba más útil para la guerra. Consecuente 5
con esto, hacía mucho ejercicio de carrera y luchas, graduando sus esfuerzos hasta permanecer siempre en pie[256] de manera que pudiera estar en condiciones de abrazar (a su contrincante) y continuar la lucha. Pero la mayor parte del tiempo la pasaba dedicado a la práctica de las armas.

Cualidades morales

A este endurecimiento físico de su 3
cuerpo se sumaba mayor número aún de cualidades espirituales. Era en efecto hombre de gran modestia, previsor, serio, y que sabía sacar partido de las circunstancias; ducho en el arte de la guerra, va-

[255] Músico muy famoso de Atenas, que, al parecer, había sido maestro de Pericles en este arte. De Lampro nos dice Plutarco que era el más diestro en el manejo de la lira.

[256] Aquí Nepote alude a la «lucha en pie»: ésta duraba hasta que uno de los contendientes caía; cuando la caída era por tercera vez, la lucha terminaba.

leroso, y de gran entereza de espíritu; tan amante de
2 la verdad que nunca mentía ni aun en broma. Sabía re-
primir bien sus pasiones; bondadoso y sufrido hasta el
punto de producir admiración; tolerante con las afren-
tas que tanto el pueblo como sus amigos le inferían;
ante todo nunca revelaba un secreto y, cosa no menos
útil a veces que el ser elocuente, sabía escuchar, pues,
3 según él, así se aprendía más fácilmente. Siempre que
acudía a una reunión, en la que se debatían problemas
políticos o se hablaba de filosofía, jamás la abandonaba
4 antes de que la discusión hubiera llegado a su fin. Su
pobreza no le produjo sufrimiento alguno, por lo que
del Estado no recibió otra cosa que la gloria, no necesi-
tando de la protección de sus amigos para subvenir a
sus necesidades. En cambio, tratándose de ayudar a
otros les infundía tal confianza [257] que podía pensarse
que todo era propiedad común de él y de sus amigos.
5 Así, cuando alguno de sus conciudadanos se encon-
traba en manos de su enemigo, o la hija de un amigo,
casadera, no podía ser dotada a causa de su pobreza,
se reunía con sus amigos y decidía qué cantidad debe-
6 ría donar cada uno según sus posibilidades. Cuando ha-
bía conseguido reunir la cantidad necesaria, en lugar
de hacerse él cargo del dinero, solía llevar a quien lo
había solicitado a la reunión para que fuesen los mis-
mos que lo habían dado quienes se lo entregasen; de
este modo aquel que recibía el dinero sabía cuánto de-
bía a cada uno.

---

[257] No veo la necesidad de aceptar la conjetura de Nipperdey, como trata de justificar Guillemin (pág. 88, nota), corrigiendo *fide* de todos los libros por *eidem*. El argumento de Guillemin, de que *fide* resulta difícil de explicar en el texto, me parece poco fiable: lo justifica el régimen de *usus est* y por otra parte el valor que tiene aquí el término *fides* es puramente pasivo: no quiere decir «confiar en otro» sino «ser uno objeto de confianza», es decir, 'inspirar confianza', y en este sentido aparece en mi traducción.

Diomedonte de Cízico intenta corromper a Epaminondas

Su moderación fue sometida a prueba por Diomedonte de Cízico, cuando éste, a ruegos del rey Artajerjes, se había ofrecido a corromper a Epaminodas con dinero. Diomedonte vino a Tebas con una gran cantidad de dinero y sobornó con cinco talentos a un jovencito llamado Micitas [258], a quien Epaminondas quería sobremanera. Micitas se reunió con Epaminondas y le descubrió la causa de la llegada de Diomedonte. 4

Pero aquel gran hombre, presentándose ante el pro- 2
pio Diomedonte, le dijo: «Ninguna necesidad hay de dinero; pero si el rey quiere algo que sea útil a los tebanos, estoy dispuesto a hacerlo gratuitamente; si, por el contrario, sus deseos son contrarios (al interés de) mi patria, no tiene oro ni plata suficiente (para hacérmelos cumplir). Porque prefiero el amor a mi patria a todo
el dinero del mundo. Pero tú, precisamente porque no 3
me conoces, has tratado de tentarme, pensando que yo era como tú; no me admiro y te perdono; pero sal de aquí inmediatamente, no sea que trates de corromper a otros, al no haber podido corromperme a mí. Y por lo que a ti toca, Micitas, devuelve el dinero a éste, pues, si no lo haces ahora mismo, te entregaré a los magistrados».

Diomedonte le pidió que al salir no le ocurriera na- 4
da y le permitiera llevarse las cosas que eran suyas y que había llevado consigo: «Así lo haré, le dijo, pero no en atención a ti, sino a mí mismo, no sea que alguien te robe el dinero y diga que ha llegado a mis manos tras haberlo robado, siendo así que lo rechacé voluntariamente cuando se me ofreció».

Habiéndole preguntado a dónde quería que se le 5
condujera, él respondió que a Atenas: dióle una escolta

[258] No se sabe en qué fuente histórica haya leído Nepote tal nombre.

para que llegara allí sin sufrir daño. Y no se contentó con darle esta garantía, sino que, para que embarcara sin ser molestado, se sirvió de Cabrias, ateniense, de quien ya hemos hablado antes.

6 Esto será testimonio suficiente de su honestidad. Podríamos aducir otros muchos [259], pero necesario es no extenderse demasiado, porque tendremos que tratar en un solo volumen la vida de muchos varones ilustres, a cuyas hazañas por separado una gran parte de escritores anteriores a mí les dedicaron una gran cantidad de líneas.

Epaminondas orador: sus célebres respuestas a Meneclides

5 Tuvo tal facilidad de palabra que ningún tebano le igualó en elocuencia, y tan concreto en sus respuestas como hábil para los exornos en sus
2 discursos. Su detractor fue un tal Meneclides [260], como él, de Tebas; enemigo suyo en asuntos de Estado, muy ducho en el arte de la oratoria, demasiado para ser tebano, ya que la gente de Tebas tiene
3 más fuerza física que inteligencia. Éste, viendo que Epaminondas debía su prestigio a sus condiciones óptimas para la guerra, intentaba convencer a los tebanos de que prefirieran la paz a la guerra, para que de este modo no tuvieran necesidad de este general. Epaminondas le dijo: «Con tus palabras engañas a tus conciudadanos, tratando de apartarles de la guerra; bajo la apa-
4 riencia de paz les estás preparando la esclavitud. Pues la paz se consigue mediante la guerra; así, quienes quie-

[259] Ya Jasón, tirano de Feres, había tratado de sobornar a Epaminondas, al quererle entregar dos mil piezas de oro, siendo fuertemente recriminado por el propio Epaminondas.

[260] Plutarco nos habla de este personaje en la vida de Pelópidas (cap. XXV) y dice que era un hombre dado a la calumnia y envidioso. Debió ser persona importante en Tebas, por más que nuestro autor le designe con la denominación un tanto despectiva de *quidam* ('un tal, un cualquiera').

ran disfrutar de una paz duradera, deben estar preparados para la guerra. Y, si queréis ser el pueblo más importante de Grecia, debéis procuraros un campamento y no la *palestra*».

Echándole en cara el tal Meneclides que no tenía hi- 5
jos y el no haberse casado y sobre todo su arrogancia al afirmar que había alcanzado en la guerra la misma gloria que alcanzara el propio Agamenón, él le respondió: «Deja, Meneclides, de reprocharme lo de la esposa pues tú serías el último hombre a quien se me ocurriría consultar en esta cuestión (se sospechaba que Meneclides era adúltero). Y respecto a lo que dices, de que tra- 6
to de emular las hazañas de Agamenón [261], te engañas; pues mientras él, valiéndose de Grecia entera, necesitó casi diez años para conquistar una sola ciudad, yo, contando tan sólo con la ayuda de una sola ciudad, la nuestra, he conseguido en un solo día liberar a toda Grecia, haciendo que los lacedemonios huyeran» [262].

Defensa que hace Epaminondas de su patria

Se presentó en una asamblea de 6
arcadios, pidiéndoles que firmaran un tratado de amistad con los tebanos y argivos, mientras que, por el contrario, Calístrato, legado de los atenienses, que por aquel entonces era el mejor orador, les solicitaba que más bien lo pactasen con los de Ática y en su discurso había lanzado múltiples invectivas contra los tebanos y argivos; entre otras las siguientes: Que 2
los arcadios deberían tomar buena nota de qué clase de ciudadanos había producido una y otra ciudad, para que de ellos pudiera emitirse un juicio sobre los demás;

---

261 Agamenón, rey de Argos, casado con Clitemestra, hermana de Helena, esposa de Menelao; personaje central de la *Ilíada*, jefe supremo de las tropas argivas en la guerra de Troya.

262 Referencia a la batalla de Leuctra.

que los argivos Orestes[263] y Alcmeón[264] habían sido matricidas; que en Tebas había nacido Edipo[265], que había engendrado hijos de su propia madre, tras haber
3 matado a su padre. En su contestación, Epaminondas, después de hablar de las demás acusaciones, pasó a responder a las dos últimas diciendo que estaba ciertamente sorprendido de la insensatez del orador ateniense al no tener en cuenta que todos aquéllos, cuando nacieron en su patria, nacieron sin culpa alguna, y después de haber cometido su delito fueron expulsados de su patria, encontrando asilo precisamente en Atenas.
4 Pero donde brilló más su elocuencia fue en Esparta [como legado antes de la batalla de Leuctra]. Allí se habían reunido legaciones de todos los aliados, y ante una asamblea[266] muy concurrida de éstos atacó la tiranía espartana con tanta violencia, que bien (puede decirse

[263] Hijo de Agamenón y de Clitemestra. Su madre había abandonado a Agamenón, entregándose a Egisto. En la edad viril Apolo le ordenó que vengara la afrenta infligida a su padre, por lo cual mata a Egisto y a su propia madre, siendo desde ese momento perseguido por las Furias.

[264] Hijo del adivino Anfiarao y de Erifila. Su padre tuvo que marchar a la guerra contra Tebas, obligado por su mujer, aunque, debido a su don profético, sabía que moriría en ella. Le encomendó a su hijo Alcmeón que matara a su propia madre y emprendiera una expedición contra Tebas.

[265] Héroe de Tebas, nacido de Layo, rey de Tebas, y de Yocasta. Un oráculo había predicho a Layo que su hijo le mataría, casándose más tarde con su propia madre. Gracias a haber sabido responder a la Esfinge, dándole contestación al enigma que ésta solía poner a los caminantes, la Esfinge murió, por lo que los tebanos le erigieron rey de Tebas, casándose con su propia madre.

[266] En esta asamblea el legado de Esparta fue Agesilao, y por parte de Beocia, Epaminondas. La tiranía a que se alude no fue sino el predominio de Esparta sobre toda Grecia, conseguido en principio tras la victoria de Egospótamos y restablecida más tarde por el tratado de Antálcidas en el año 387 a. C., por el que Grecia quedaba repartida del siguiente modo: la Grecia europea para Esparta y la asiática para el rey persa.

que) deshizo el poder de Esparta tanto con su discurso como en la batalla de Leuctra. Fue entonces cuando consiguió algo que más tarde quedaría patente: que [Esparta] se viera desamparada de la ayuda de sus aliados.

Su capacidad para olvidar afrentas. Campañas militares

De que fue paciente y tolerante 7
con las afrentas de sus conciudadanos, pues pensaba que odiar a la patria era un sacrilegio, tenemos los siguientes testimonios: Cuando sus conciudadanos se negaron por envidia a ponerle al mando del ejército[267] y eligieron en su lugar a una persona inexperta en la guerra[268], por cuyos errores las cosas llegaron a tal gravedad que todos temían por sus vidas; al verse asediados por el enemigo en las estrecheces de un desfiladero, se echó por primera vez de menos la pericia de Epaminondas; se encontraba él entonces en
el ejército en calidad de soldado raso. Pidieron, pues, 2
su colaboración, y sin hacer mención alguna de los ultrajes sufridos, logró sacar de aquel atolladero al ejército, llevándolo sano y libre a su patria.

Y esto no lo hizo una sola vez sino muchas más. Fue 3
en efecto más célebre su hazaña en aquella ocasión en que condujo su ejército al Peloponeso contra Esparta, y compartía el mando con otros dos colegas, de los cuales uno era Pelópidas, varón valeroso y dinámico. Los tres habían sido víctimas de la envidia de sus adversa-

---

[267] La verdadera causa de esta retirada de poderes no fue en realidad la envidia de nadie, sino el hecho de que Epaminondas en la batalla cerca de Corinto, en la que había vencido a los espartanos, no quiso matar a ninguno de ellos, por lo que se le acusó de querer perdonar a Esparta.

[268] Se trata de la guerra mantenida por Tebas contra Alejandro, tirano de Feres, para la que los tebanos habían elegido no a uno, sino a dos generales: Cleomenes e Hipatos. Pausanias *(Beocia* 15) dice que Epaminondas servía a la sazón como soldado raso, lo que es coincidente con el testimonio de Nepote.

rios, teniendo que soportar el descontento de todos, por lo que se les privó del mando, que fue entregado a otros
4 generales. Epaminondas se negó a obedecer el decreto del pueblo; convenció a sus colegas de que hicieran lo mismo, y siguió la guerra que se le había confiado. Sabía bien que, de no llevarla a efecto, todo su ejército estaba destinado a morir por la incapacidad y absoluto desconocimiento del arte de la guerra por parte de
5 aquellos generales. En Tebas había una ley que castigaba con la pena de muerte a aquel que mantenía en sus manos el poder por más tiempo que el que la ley le concedía. Viendo Epaminondas que esta ley no tenía otro objeto que el de servir a la salvación del Estado, no quiso que en esta ocasión fuera ella la causa de la perdición del mismo, y prolongó su mando en el ejército hasta cuatro meses más de lo que el pueblo le había determinado.

Epaminondas es acusado por no obedecer una ley tebana. Sale absuelto

8 Al volver a Tebas sus dos colegas fueron acusados por el incumplimiento de esta ley. Les persuade para que carguen sobre él toda la responsabilidad y aseguren que el no obedecer a la ley lo habían hecho por culpa suya. Ellos se libraron de esta acusación gracias a esa defensa, por lo que nadie pensaba que Epaminondas tratara de replicar, ya
2 que no contaba con argumentos para ello. No obstante se presentó en el juicio y no negó nada de lo que sus adversarios habían aducido en el tribunal; antes bien ratificó con sus palabras las alegaciones de sus colegas, aceptando por su parte el castigo que la ley le impusiera; sólo pidió al tribunal una cosa: que en la sentencia
3 se hiciera constar lo siguiente: «Epaminondas ha sido condenado a muerte por los tebanos por haberlos obligado a vencer en Leuctra[269] a los lacedemonios, a

[269] Parece raro que esto lo pudiera decir Epaminondas, siendo así que de lo que tenía que responder era de cuanto había hecho durante

quienes antes de que él mandara las tropas ningún otro beocio se había atrevido a mirarlos cara a cara en el campo de batalla, y por no sólo haber librado de la 4
muerte en un único combate a Tebas, sino también por llevar la libertad a toda la Grecia y hacer que las cosas llegaran a tal situación para ambos bandos, que los tebanos pudieran entablar la guerra contra Esparta y los lacedemonios se considerasen bien parados con haber podido librarse de caer en sus manos: y por no haber abandonado la lucha hasta que, recuperada Mesenia, si- 5
tió a Esparta». Cuando terminó de hablar todos comenzaron a reír a carcajadas y ni uno solo de los jueces se atrevió a votar en contra. De esta manera hasta de una petición de pena capital Epaminondas logró una gran gloria.

Muerte de Epaminondas en Mantinea

Cuando en sus últimos días, man- 9
dando las tropas en Mantinea, formado el ejército en línea de combate, atacaba al enemigo con audacia inusitada, los espartanos reconocieron que la salvación de su patria dependía sólo de que éste pereciera; atacaron, pues, todos a una y no abandonaron la lucha hasta que, tras haber causado la muerte a un gran número, vieron al propio Epaminondas, que en esos momentos estaba luchando ardorosamente, caer herido por un dardo que se le había lanzado desde lejos. Al verle caer, los beocios se vinieron un poco abajo, 2
pero no abandonaron el combate hasta haber derrotado totalmente al enemigo.

Epaminondas notó enseguida que la herida que ha- 3
bía recibido era mortal, y sabiendo que, si se le sacaba la parte de hierro que, separada de la empuñadura de madera [270], tenía clavada en su cuerpo, moriría al ins-

la prolongación de su mandato y la batalla de Leuctros había tenido lugar hacía ya dos años.

[270] Pausanias *(Beocia* VIII 11) dice que Epaminondas mantuvo durante algún tiempo la mano colocada sobre la herida, mirando a los

tante, se negó a que lo extrajeran hasta que se anunció
4 definitivamente que los beocios habían vencido. Cuando, por fin, se enteró de la victoria, dijo: «Ya he vivido lo suficiente, pues muero invicto». Entonces se sacó el hierro y murió al momento.

Algunas anécdotas ingeniosas de Epaminondas. Con él muere la gloria de Tebas

10 Epaminondas no se casó nunca. Como le recriminase en este sentido Pelópidas —que, por cierto, tenía un hijo de bastante mala fama—, diciéndole que no obraba bien para con su patria al no tener hijos, le contestó: «Procura no sea
2 que le hagas más daño tú con un hijo así como el que le vas a dejar. Pero es que yo también le dejo descendencia; le dejo como hijo la batalla de Leuctra, que no sólo seguirá perenne después de mi muerte, sino que su memoria no se borrará jamás.»

3 Durante el tiempo en que, siendo general Pelópidas, los desterrados tebanos volvieron a ocupar su ciudad y arrojaron a las tropas de guarnición espartanas de la acrópolis, Epaminondas, mientras duró la matanza de los ciudadanos, no quiso salir de casa, pues no quería luchar ni en contra ni a favor de los sublevados, para que sus manos no se mancharan con la sangre de sus propios conciudadanos; toda victoria obtenida en una guerra civil era para él motivo de tristeza. En cambio, durante el combate mantenido contra los lacedemonios en la ciudadela de Tebas, la Cadmea[271], se mantuvo en primera fila.

---

combatientes desde un lugar determinado, que más tarde recibiría el nombre de *Scope*, y que, una vez terminado el combate, apartó la mano de la herida, muriendo al momento. Los demás historiadores coinciden con la exposición de Nepote.

[271] No parece que Epaminondas luchara en este combate mantenido por los tebanos contra los lacedemonios. De cualquier modo el vocablo *Cadmea* es una conjetura de Fleckeisen, ya que todos los ma-

Se habrá hablado de sus virtudes y de su vida lo suficiente, cuando haya añadido una sola cosa: que nadie debe dudar de que el estado tebano, antes del nacimiento de Epaminondas y después de su muerte, siempre estuvo sometido a un poder extranjero, mientras que, por el contrario, durante el tiempo en que aquel gran hombre estuvo al frente del gobierno de Tebas, ésta fue la cabeza de toda la Grecia. Esto demuestra que un solo hombre pudo valer más que todo un Estado entero. 4

---

nuscritos dan *Achademiam*, vocablo totalmente inaceptable; como mal menor, podría aceptarse la corrección de Fleckeisen.

XVI

PELÓPIDAS

SINOPSIS

1. Los espartanos se apoderan de la «Cadmea». Su destierro. — 2. Su refugio en Atenas. Intentos de liberar a su patria. — 3. Matanza de los magistrados tebanos por los exiliados al mando de Pelópidas. — 4. Nepote atribuye a Pelópidas la gloria de haber salvado a Tebas. — 5. Arresto de Pelópidas. Le libra Epaminondas. Su muerte.

Los espartanos se apoderan de la «Cadmea». Su destierro

1 Pelópidas, tebano, fue conocido más por los historiadores que por el pueblo.

No sé cómo relatar sus hechos, porque, si entro en detalles nimios, me temo que pueda dar la sensación de contar no tanto su vida como la historia (de su pueblo)[272]; pero, por otra parte, si hago un relato superficial, posiblemente

[272] No sé hasta qué punto la observación, hecha por Guillemin *(ed. cit.*, pág. 95, nota), de que con estas palabras Cornelio quiera significar su intención de ser considerado como simple biógrafo y no como un puro historiador, deba tenerse en cuenta. Pudiera ser que, no siendo Pelópidas el auténtico protagonista de los hechos que se van a narrar, si Nepote lo hiciera con detalles, su personaje quedaría velado y oculto (cf. MONGINOT, *o. c.*, pág. 192).

para los que no conocen bien los escritos de los griegos, no va a quedar bien claro cuánto significó la vida de aquel gran hombre. Así pues trataré de atender ambos aspectos, en lo que me fuere posible, evitando saturar a los lectores con excesivos detalles, e informarles insuficientemente.

Cuando el lacedemonio Fébidas condujo su ejército 2
a Olinto[273], pasando por territorio tebano, e incitado por unos cuantos tebanos[274] —que, para oponer mayor resistencia al bando contrario[275], hacían ostentación de ser simpatizantes con Esparta—, se apoderó de la acrópolis de la ciudad, llamada Cadmea, y lo hizo por iniciativa propia y no por determinación del
Estado. Por ello los lacedemonios apartaron a Fébidas 3
del mando del ejército, condenándolo a pagar una multa, pero no devolvieron la acrópolis a los tebanos, alegando que, una vez rotas las hostilidades entre ellos, era mejor hacer que se sintieran oprimidos y no libres. Pues desde la guerra del Peloponeso y tras la derrota ateniense sabían que su enfrentamiento sería con los tebanos, y que tan sólo ellos eran los que se atreverían
a ofrecerles resistencia. Con esta idea entregaron los 4
más altos poderes a sus amigos y decidieron acabar con los personajes más influyentes del partido contrario, matando a unos y desterrando a otros; entre estos últimos se encontraba Pelópidas, del que acabo de empezar a escribir, quien, a causa de su destierro, se había constituido en apátrida.

---

273 Ciudad macedónica, que el rey Perdicas había colonizado en el año 433 a. C. con unos emigrantes atenienses.

274 Filipo, Arquías y Leóntidas, que eran partidarios de la oligarquía.

275 Andreclides, Epaminondas, Ismenias, Pelópidas y Ferenico.

2

Su refugio en Atenas. Intentos de liberar a su patria

Casi todos ellos se habían refugiado en Atenas, no con ánimo de permanecer inactivos, sino para, cuando se les presentara la primera ocasión,
2 intentar recuperar su patria. Así pues, cuando les pareció que había llegado el momento de actuar, en connivencia con aquellos que abrigaban sentimientos afines y se encontraban en Tebas, escogieron el día para atacar a sus enemigos y liberar a la ciudad, día que coincidió con aquel en que los sumos magistrados solían reunirse para celebrar un banquete.

3 A veces grandes hazañas se realizan con muy escasos recursos, pero en verdad que jamás unas fuerzas tan enormes se vieron abatidas con tan elementales medios. Pues sólo doce jóvenes, de entre los que habían sido condenados al destierro —siendo así que no eran entre todos más de cien— se prestaron a arriesgarse a un peligro tan grande. Sin embargo, con tan escasa fuerza el poder de Lacedemonia sufrió un serio revés.
4 Ellos hicieron la guerra no tanto al partido de sus adversarios cuanto a los propios espartanos y precisamente en un momento en que éstos eran dueños y señores de toda Grecia; y la suprema arrogancia de su poder, tras el golpe recibido por ellos, acabaría derrumbándose totalmente poco después en la batalla de Leuctra.

5 Aquellos famosos doce, cuyo caudillo era Pelópidas, dejaron Atenas de día para poder llegar a Tebas al atardecer; [salieron] llevando consigo perros de caza y redes, vestidos de campesinos, para no suscitar sospechas en su viaje. Llegaron en el momento en que tenían previsto y se hospedaron en casa de Carón [276], que era el que había precisado el día y la hora.

---

[276] Rico y poderoso tebano que había ofrecido su casa para refugio de los conjurados, por lo que el orador Meneclidas trataría de atribuirle toda la gloria de la batalla de Leuctra.

Matanza de los magistrados tebanos por los exiliados al mando de Pelópidas

Al llegar a este punto me parece bien hacer una digresión aunque me aparte de mi propósito, sobre cuán peligroso y perjudicial suele resultar un exceso de confianza. 3

Había llegado a oídos de los magistrados tebanos que los exiliados habían vuelto a la ciudad. Pero ellos, totalmente absortos en comer y en beber, tomaron esto en tan poca consideración que ni siquiera intentaron investigar sobre un asunto de tanta trascendencia [277].

A esto vino a sumarse algo que acabó por poner de 2
manifiesto su necedad. Se recibió una carta de Atenas [...] por Arquino, uno de aquellos [...] a Arquias [278], que ostentaba por entonces el sumo poder en Tebas, en que se hacía expresa mención con todo detalle sobre la marcha de éstos. Cuando se le entregó (al que iba destinada) y que en aquel momento estaba reclinado para el banquete, la puso bajo su almohadón, sin tan siquiera quitarle el sello, y dijo: «Yo dejo para mañana los asuntos serios».

Todos, cuando ya la noche se había echado encima, 3
borrachos, fueron asesinados por los exiliados que mandaba Pelópidas. Consumados estos hechos, el pueblo se levantó en armas en busca de su libertad y acudieron no sólo los que estaban en la ciudad sino los campesinos de todos los lugares, expulsando de la acrópolis a la guarnición lacedemonia, consiguiendo liberar del dominio (de los tiranos) a su patria; cuantos habían sido los causantes de la ocupación de la Cadmea, fueron muertos unos o desterrados otros.

---

277 Al parecer no fue así, pues Plutarco dice que Arquías y Leóntidas trataron de sonsacar a Carón para que les pusiera al corriente de lo que sucedía. Cf. PLUT., *Pelópidas* X y sig.

278 Este pasaje está evidentemente corrupto y sólo los nombres de Arquino y Arquías están justificados documentalmente.

4

Nepote atribuye a Pelópidas la gloria de haber salvado a Tebas

Durante el tiempo que duró esta situación tan agitada, como he dicho antes, Epaminondas, mientras la lucha fue contra sus conciudadanos, permaneció en casa, tranquilo. Por lo tanto la gloria de la liberación de Tebas hay que concedérsela toda ella a Pelópidas, si bien las demás, casi todas, las deben compartir entre sí Pelópidas y Epami-
2 nondas. Así en la batalla de Leuctra, aunque el general en jefe del ejército era Epaminondas, Pelópidas era el que mandaba un grupo escogido de soldados que fue
3 el primero en derrotar a la falange lacedemonia. En todas las demás acciones de guerra que entrañaban peligro, su concurso se hizo patente (así, en el ataque a Esparta, él estuvo al frente de una de las alas del ejército), marchando luego como embajador a Persia para acelerar la restauración de Mesenia. En fin, desempeñó el segundo gran papel en Tebas; el segundo, pero tan importante que estuvo muy parejo con el desempeñado por Epaminondas.

5

Arresto de Pelópidas. Le libra Epaminondas. Su muerte

Pero luchó contra una fortuna adversa. Como ya hemos dicho, sus comienzos fueron precisamente un exilio, que le convirtió en apátrida, y, cuando quiso someter al poder de Tebas la Tesalia, pensando que la inmunidad que entrañaba el ser embajador sería para él suficiente protección, ya que todos los pueblos hacían de ella un deber sagrado, fue hecho prisionero junto con Ismenias por el tira-
2 no Alejandro de Feres, que le encerró en prisión. Epaminondas le sacó de la prisión durante la guerra mantenida contra Alejandro. Después de esto nunca perdonó a quien de tal forma le había infligido aquella afrenta. Por ello convenció a los tebanos de que ayudaran a Tesalia y expulsaran de ella a los tiranos.

Se le encomendó el mando absoluto de la guerra, 3
y tan pronto como el enemigo se dejó ver, dio comienzo
el combate. En el ardor del mismo vio a Alejandro, y, 4
movido por la ira, espoleó a su caballo, lanzándolo con-
tra él y, separado como estaba de los suyos, cayó heri-
do por los dardos, que le habían lanzado en gran núme-
ro. Y esto fue a suceder precisamente cuando se canta-
ba ya la victoria, pues las tropas de los tiranos habían
sido ya prácticamente vencidas.

Tras su muerte todos los estados de Tesalia decreta- 5
ron la donación de coronas de oro y estatuas de bronce
a Pelópidas ya muerto, entregando también a sus hijos
gran cantidad de tierras.

XVII

AGESILAO

SINOPSIS

1. Disputas sobre el trono. — 2. Expedición a Asia. Guerra contra el Gran Rey. — 3. Agesilao asola Frigia. Maniobras y estratagemas en la guerra contra Tisafernes. — 4. Su retorno a Esparta. Derrota a beocios y atenienses en Coronea. Su respeto a los templos. — 5. Guerra de Corinto. — 6. Salva a Esparta de Epaminondas. — 7. Se alía con los extranjeros para salvar a Esparta. Su espíritu de pobreza. — 8. Contraste entre su físico y sus cualidades morales. Su muerte.

Disputas sobre el trono

1 Agesilao, lacedemonio, fue muy encomiado por los demás escritores, sobre todo por Jenofonte, el discípulo de Sócrates; entre ambos existían unos vínculos de amistad muy fuertes.

2 En principio mantuvo una gran disputa con Leotíquides, hijo de un hermano suyo, a causa de la sucesión al trono. Entre los lacedemonios es una tradición el tener dos reyes, que más que efectivos lo eran tan sólo nominales [279], y que procedieran de dos familias, la de

[279] Plutarco en la *Vida de Agesilao* dice otro tanto, al afirmar que la suma autoridad de la República la ostentaban efectivamente los éforos y los ancianos, por lo que los reyes solían estar con éstos en continuas disensiones. Cf. PLUT., *Agesilao* IV.

Proclo y la de Eurístenes[280], a su vez los primeros que reinaron en Esparta, descendientes de la estirpe de Hércules[281]. Nigún miembro de una de estas familias 3
podía ocupar el puesto de otro descendiente de la otra familia, por lo que cada una de ellas conservaba el suyo propio según el orden establecido. Se tenía como primer mérito, dentro de la jerarquía de los mismos, el derecho de primogenitura por parte del hijo mayor del que muriera durante su reinado; pero, si el muerto no había dejado hijo varón, entonces era elegido el pariente más próximo del rey muerto.

Pues bien, el rey Agis, hermano de Agesilao, al mo- 4
rir, había dejado un hijo, Leotíquides. Pero es el caso que Agis no lo reconoció como hijo suyo en el momento de nacer y sí cuando estaba a punto de morir; por eso el tal (Leotíquides) entabló pleito sobre la sucesión con su tío Agesilao, si bien no consiguió nada de lo que pretendía. Merced a Lisandro, hombre, según ya he di- 5
cho antes, muy conflictivo y que, además, por aquel tiempo ejercía un gran poder, se prefirió la elección de Agesilao.

Expedición a Asia. Guerra contra el Gran Rey

Tan pronto como Agesilao se vio 2
en el trono, convenció a los lacedemonios para que le enviaran con un ejército a Asia e hicieran la guerra al rey, haciéndoles ver que era mejor la guerra en Asia que en Europa. Se había extendido la noticia de que Artajerjes tenía dispuesta una armada y un

---

[280] Hijos los dos de Aristodemo, que invadió el Peloponeso en una de las invasiones de los dorios.

[281] Se alude aquí al hecho de la expulsión de los heráclidas del Peloponeso por Euristeo, hermano de Hércules. La primera invasión de los dorios la efectuó Hilo, hijo mayor de Hércules, sin resultado favorable. Hacia la primera mitad del siglo XII antes de Cristo, Cresfonte, Temenes y Aristodemo invadieron el Peloponeso y se apoderaron de la Argólida, Laconia y Mesenia, expulsando a los aqueos, que tuvieron que refugiarse en Egialia, desde entonces llamada Acaya.

ejército de tierra, destinados ambos a luchar contra
2 Grecia. Se le concedió lo que quería[282] y actuó con
tanta celeridad que llegó a Asia con sus tropas antes
de que los sátrapas del rey conocieran la noticia de su
partida, sorprendiéndolos a todos desprevenidos y sin
3 haberles dado tiempo de reunir su ejército. Cuando se
enteró de esto Tisafernes, que a la sazón ostentaba el
más alto poder sobre los gobernadores reales, solicitó
de Agesilao una tregua, pretextando que lo que quería
era establecer un pacto entre el rey y los lacedemo-
nios; pero la verdad era que necesitaba tiempo para
preparar sus tropas; consiguió una tregua de tres
4 meses. Tanto Agesilao como Tisafernes juraron cumplir
esta tregua con toda lealtad. Agesilao cumplió lealmen-
te el pacto, pero no así Tisafernes, quien no hizo duran-
5 te la tregua otra cosa que preparar sus tropas. Aunque
el lacedemonio se daba perfecta cuenta de esto, sin em-
bargo seguía guardando el juramento, pues decía que
así sacaba gran partido por cuanto el perjurio de Tisa-
fernes implicaría el alejamiento de los hombres de su
causa y la ira de los dioses, mientras que él, al cumplir
la palabra dada, se ganaba al ejército, cuando éste vie-
ra que los dioses le eran propicios y que los hombres
le mostraban más afecto, ya que éstos sienten mayor
afecto y protegen a los que ven que guardan fidelidad
a la palabra dada.

---

282 Las peticiones de Agesilao fueron que se le diera un consejo de treinta lacedemonios y dos mil neodamodas, es decir, hilotas que habían obtenido recientemente el derecho de ciudadanía; con el grueso de las demás tropas alcanzó un número de 10.000 hombres.

Agesilao asola Frigia. Maniobras y estratagemas en la guerra contra Tisafernes

Cuando se cumplió el día en que finalizaba la tregua, Tisafernes, seguro de que, por tener él el mayor número de posesiones en Caria y ser esta región por entonces reputada como la más rica, sería ella la primera que el enemigo atacara, reunió allí todas sus tropas. Pero Agesilao dirigió 3
2
su rumbo hacia Frigia, devastándola antes de que Tisafernes hubiera podido ni siquiera moverse. Enriquecidos sus soldados con un gran botín, llevó a su ejército a Éfeso para pasar el invierno[283], donde creó fábricas de construcción de armas, desarrollando una febril actividad para preparar la guerra. Y para que las armas se construyeran con el mayor esmero y arte, prometió recompensas a quienes sobresalieran más por su habilidad en un asunto tan importante. Hizo lo mismo para 3
cualquier otro tipo de ejercicios, concediendo grandes regalos a quienes hubieran mostrado diligencia y afición en ellos. De este modo consiguió hacerse con un ejército, el mejor equipado y ejercitado.

Cuando creyó que había llegado el momento de reti- 4
rar sus tropas de los cuarteles de invierno, pensó que, si divulgaba a dónde tenía intención de dirigir sus pasos, el enemigo no iba a creerlo, antes bien estaría seguro de que haría lo contrario de lo que había dicho, por lo que, sin duda, tratarían de ocupar con sus tropas de refuerzo otras regiones. Por eso cuando dijo que iba 5
a dirigirse contra Sardes, Tisafernes pensó que lo que se debía defender era Caria. Pero en esta ocasión se equivocó y fue vencido por la astucia (de Agesilao), pues llegó tarde a prestar socorro a los suyos. En efec-

---

[283] Según Plutarco (*Ages.* IX) la razón de haberse marchado a Éfeso fue porque, al hacer un sacrificio, encontró que a uno de los hígados de las víctimas le faltaba uno de los lóbulos. La verdad era que temía porque su caballería era inferior en número a la del enemigo. Diodoro da como causa que se acercaba el otoño.

to, cuando llegó allí, ya Agesilao se había apoderado de
6 muchos lugares, llevándose consigo un gran botín. Pero el lacedemonio, viendo que el enemigo era superior en la caballería, no consintió librar batalla en campo abierto, haciéndolo por el contrario en aquellos lugares en los que las tropas de a pie llevaban ventaja. De esta manera, cuantas veces entabló batalla, rechazó a un número de tropas enemigas mucho mayor, comportándose en la guerra en Asia de tal manera que, en opinión de todos, siempre salió vencedor.

Su retorno a Esparta. Derrota a beocios y atenienses en Coronea. Su respeto a los templos

4 Estaba ya maquinando una expedición contra los persas e incluso atacar al propio rey, cuando recibió de su patria un mensaje de parte de los *éforos* (en el que se le decía) que los atenienses y los beocios habían declarado la guerra a Esparta y que en consecuencia no
2 dudara en regresar. Y con motivo de esto hay que admirar no menos el amor[284] a su patria que su valor como militar, ya que, estando al frente como estaba de un ejército victorioso, y abrigando la esperanza de apoderarse del reino de los persas, obedeció con tanta humildad a las órdenes de unos magistrados, que se encontraban tan lejos, como si se tratara de un ciudadano particular en una asamblea en Esparta. Ojalá que su ejemplo lo hubieran querido seguir nuestros genera-
3 les[285]. Pero volvamos al punto de partida. Agesilao

---

[284] Quiero resaltar el feliz uso que Nepote hace del término *pietas*, que Guillemin traduce por «amor a su patria». Monginot (nota al pasaje) aduce que Cicerón *(De Inuen.* II, 22) define la *pietas* como «lo que nos impele a guardar y cumplir nuestras obligaciones para con la patria, los padres y para con cualquier otro con quien nos unan vínculos de familiaridad».

[285] Posible alusión a Julio César, que, al no obedecer las órdenes del Senado, retiene su ejército, desencadenando la guerra civil.

prefirió una buena reputación a un reino, el más rico
de todos, y consideró mayor gloria el haber obedecido
a las leyes de su patria que el vencer a Asia en la gue-
rra. Por ello hizo que sus tropas atravesaran el Heles- 4
ponto y lo hizo con tanta celeridad que consiguió reco-
rrer en sólo treinta días un camino en el que Jerjes ha-
bía invertido un año entero[286].

Se encontraba ya muy cerca del Peloponeso cuando 5
los atenienses y beocios y demás aliados[287] suyos in-
tentaron ofrecerle resistencia en Coronea; a todos les
infligió una seria derrota. Lo más digno de alabarse en 6
esta batalla fue que, en la huida, la mayor parte se ha-
bían refugiado en el templo de Minerva[288] y, pregun-
tándosele qué quería que se hiciese con ellos, él, aun-
que había recibido algunas heridas en el combate y pa-
recía airado contra quienes habían luchado contra su
patria, anteponiendo el respeto por el lugar sagrado a
su rencor, impidió que se les atacara. Y esto de respe- 7
tar el templo como lugar sagrado de los dioses no lo
hizo solamente en Grecia, sino también en los países
bárbaros respetó con el mayor escrúpulo religioso las
imágenes y los altares. Por eso solía decir en público 8
que se maravillaba de que no se les considerara como
sacrílegos a aquellos que se habían atrevido a hacer da-
ño a los que se postraban suplicantes ante los dioses,
y no se les castigara con mayores penas a quienes aten-
taban contra los lugares sagrados que a aquellos que
robaban los templos.

---

[286] Nepote se contradice, pues en la vida de Temístocles habla de seis meses y no de un año (cf. Temist. V).

[287] Se trata de los enianos, ebeos, corintios y locrios.

[288] El templo de Minerva Itonia, en el que se solían celebrar las asambleas de los tebanos. Minerva Itonia era la defensora de la confederación beocia.

Guerra de Corinto

5 Tras este combate, toda la guerra se centró en torno a Corinto, por lo que se la llamó «guerra de Corin-
2 to»[289]. En Corinto, siendo el caudillo del ejército Agesilao, habían caído diez mil enemigos, con lo que las tropas adversarias parecían muy debilitadas, y no por eso se dejó llevar de la insolencia que la gloria lleva consigo, sino que sintió conmiseración de la suerte de Grecia, porque habían caído, vencidos por él, muchos por culpa de sus adversarios: con una tropa tan numerosa, de haber habido sensatez, Grecia habría podido vengarse de los persas.
3 Del mismo modo, cuando tenía encerrados a sus enemigos en las murallas y exhortándole muchos a que sitiara a Corinto, él se opuso, diciendo que una cosa así no era digna de su valor: él, dijo, debía hacer que todos los que habían obrado mal tornaran al cumplimiento de su obligación en lugar de tratar de conquistar con las armas a las ciudades más nobles de la
4 Grecia. «Pues», decía, «si lo que queremos es destruir a los que junto con nosotros estuvieron siempre en pie de guerra contra los bárbaros, lo que conseguiremos es destruirnos mutuamente mientras ellos permanecen tranquilos; con esto ellos sin riesgo alguno nos destrozarían a nosotros cuando les viniere en gana».

---

289 De esta guerra habla Plutarco *(Ages.* XXI) y, aunque, como dice nuestro autor, el caudillo era Agesilao, del relato de Plutarco parece deducirse que su actuación en ella fue poco digna de mención.

Salva a Esparta de Epaminondas

Mientras tanto tuvo lugar aquel desastre de los lacedemonios en Leuctra. No quiso salir a esta expedición por más que la mayoría le instaran a ello, como si ya adivinara el resulta do[290] [...] se negó 〈a salir〉. 6

Cuando Epaminondas asediaba a Esparta, que se encontraba a la sazón sin murallas[291], hizo gala de unas dotes de mando tales, que en ese momento, de no haber existido un hombre así, todos sabían que Esparta no
hubiera subsistido. En estas circunstancias críticas, en 2
efecto, fue su rapidez de decisión la que salvó a todos. Pues, como quiera que unos jóvenes, aterrados por la llegada de los enemigos, quisieran huir al bando tebano y habían ocupado un lugar preeminente[292] fuera de la ciudad, Agesilao, que sabía bien que lo peor que podía ocurrir era que se notara que alguno intentaba pasarse al enemigo, llegó allí con sus soldados y, fingiendo que creía que lo habían hecho de buena fe, alabó su resolución por haber ocupado aquel lugar, diciéndoles que él
también comprendía que aquello era un acierto[293]. De 3
esta manera fingiendo que con ello los alababa, se captó a los jóvenes, con los que dejó a algunos de sus compañeros, abandonando después el lugar ya seguro. Así

290 Pasaje evidentemente lagunoso; ninguna crítica ha sido suficiente para desentrañarlo. El verbo *exire* ('salir') es una adición de los libros.

291 Hay en Nepote una aparente contradicción en esto: usa el término *oppidum*, que de por sí significa una ciudad fortificada, siendo así que por aquel entonces la ciudad no estaba amurallada. Monginot (nota a este pasaje) señala que Nepote tiende a usar *oppidum* para designar las ciudades importantes, como Siracusa, Tebas, Atenas, Esparta.

292 El Isorio, donde se encuentra el templo de Diana, lugar casi inexpugnable.

293 Este relato difiere de lo narrado por Plutarco en el capítulo XXXII de la *Vida de Agesilao*.

los jóvenes, al verse acompañados por los otros, que no estaban al corriente de sus intenciones, no osaron moverse de allí mostrándose tanto más contentos cuanto que estimaban que sus intenciones permanecían ocultas.

Se alía con los extranjeros para salvar a Esparta. Su espíritu de pobreza

7 No hay duda que, tras la batalla de Leuctra, los lacedemonios no levantaron cabeza ni consiguieron recuperar su anterior dominio, y no por ello Agesilao cejó en su empeño en la
2 medida de sus fuerzas de ayudar a su patria. Así, cuando los lacedemonios estaban faltos de recursos económicos, él acudía en ayuda de cuantos se habían sublevado contra el rey; con las grandes sumas de dinero que éstos le entregaban alivió la situación de su patria.[294].

3 Y respecto a esto hay que alabar aquel admirable hecho: siendo así que los reyes, los príncipes y los Estados le solían dar grandes regalos, él no se guardó nunca nada de ellos para sus atenciones personales y de su casa, y no introdujo cambio alguno en su modo de vivir
4 ni en la forma de vestir a la manera espartana. Se contentó con la misma casa que habitó Eurístenes, el primero de los de su generación; el que entraba en ella no podía ver ningún signo de lujo ni nada que fuera sintomático de placer: por el contrario, la mayor parte de las cosas que en ella se podían ver reflejaban su capacidad de sufrimiento y su austeridad. Estaba amueblada de tal modo que en nada se podía diferenciar de la de cualquier ciudadano pobre.

[294] Lo que Nepote parece elogiar aquí es muy criticado por Plutarco cuando dice, que no le parecía digno de un hombre, considerado como el más importante de Grecia, entregar su persona a un bárbaro (Taco) rebelde a su Rey y vender por dinero su nombre y gloria. Cf. PLUT., *Agesilao* XXXV.

Contraste entre su físico y sus cualidades morales. Su muerte

Pero aquel hombre tan maravilloso, si bien la naturaleza había sido pródiga a la hora de dotarle de grandes virtudes del alma, no logró que fuera así de benévola a la hora de modelar su cuerpo; pues era de pequeña estatura y de escasa corpulencia y cojo de uno de los pies. Esto le daba cierto aspecto de fealdad, y los que no le conocían, cuando veían su aspecto externo, le menospreciaban, pero los que sabían de sus virtudes no se cansaban de 8
admirarlo. Esto fue lo que le ocurrió cuando, a la edad 2
de ochenta años, llegó a Egipto a prestar ayuda a Taco: estaba a la mesa con sus amigos en la playa sin cubrir su cuerpo con abrigo alguno; sobre la arena se extendía una especie de alfombra hecha de paja y recubierta con una sencilla piel, como también sus compañeros yacían con vestidos muy sencillos y ya desgastados por el uso; al verlos y observar sus atuendos nadie diría que entre ellos había un rey y, es más, cualquiera podría sospechar que se trataba de hombres de condición humilde.
Cuando llegó a los oficiales del rey la noticia de la lle- 3
gada de Agesilao, al momento se le llevaron regalos de todo tipo. Al preguntar por Agesilao, trabajo les costó creer que era uno de los que estaban sentados a la me-
sa. Cuando éstos le entregaron, en nombre del rey, lo 4
que llevaban, él, salvo la ternera y algún que otro plato de comida, que las circunstancias exigían, no quiso nada; los perfumes, las coronas y los postres los repartió entre sus esclavos, ordenando que los demás se lo lleva-
ran de nuevo. Tal actitud hizo que los bárbaros le des- 5
preciaran más aún, pues pensaban que había preferido elegir aquellas cosas porque no sabía apreciar la calidad de los buenos manjares.

A su partida de Egipto, Nectenebis [295] le entregó doscientos veinte talentos que él debería encargarse de

[295] Nectenebis o Nectenebo II, rey de Egipto en el 361 a. C.

entregar a su patria, y, cuando llegó al puerto que se llama Menelai [296], que se encuentra entre Cirene y Egipto, cayó enfermo y murió. Entonces sus amigos, para transportar mejor su cadáver a Esparta, al no tener miel [297], le cubrieron de cera y de esta manera lo devolvieron a su patria [298].

---

[296] Plutarco le llama «de Menelao» y dice que era un lugar desierto de África. Cf. PLUT., *Agesilao* XL.

[297] Era costumbre ente los antiguos cubrir el cadáver con miel para poderlo transportar.

[298] Cuando un ciudadano particular moría se le enterraba en el mismo lugar en que había muerto, mientras que los reyes, al morir, eran llevados a Esparta.

XVIII

EUMENES

SINOPSIS

1. Eumenes, secretario de Filipo y Alejandro. — 2. Es nombrado gobernador de Capadocia. — 3. Se enfrenta con los enemigos de Perdicas. — 4. Victoria sobre Ptolomeo. — 5. Eumenes se refugia en la fortaleza de Mora. — 6. Consejos de Eumenes a Olimpias, madre de Alejandro Magno. — 7. Trata de evitar la envidia de los macedonios. — 8. Victoria sobre Antígono. — 9. Estratagema contra el ataque de Antígono. — 10. Prisión de Eumenes. — 11. Trata de provocar su propia muerte ante Antígono. — 12. Muerte de Eumenes. — 13. Elogios a su persona.

Eumenes, secretario de Filipo y Alejandro

Eumenes, cardiano[299]. Si este 1
hombre hubiera tenido tanta suerte como valor, no por eso hubiera sido más grande pero sí más conocido y considerado, ya que en nuestra opinión los hombres son grandes no por la suerte que han tenido, sino por su valor y virtudes.

Su vida coincidió con los tiempos en que Macedonia 2
se encontraba en su mayor apogeo. Mucho le perjudicó

---

299 Cardia, ciudad del Quersoneso, en la Tracia, situada sobre la Propóntide, en el mar de Mármara.

aunque vivía en Macedonia, el no ser macedonio, pues su único defecto fue no pertenecer a aquella aristocra-
3 cia. Aunque sí procedía de muy noble estirpe cardiana[300], los macedonios no veían con buenos ojos que en ocasiones se le antepusiera a ellos, si bien lo venían aceptando así, pues era superior a todos en diligencia, en vigilancia, en capacidad de sufrimiento y en habilidad y rapidez mental.

4 Era muy joven[301] todavía cuando logró la amistad de Filipo, hijo de Amintas, y no tardó mucho en familiarizarse íntimamente con él; se vislumbraban ya en el jovencito las cualidades innatas de sus virtudes.

5 Lo empleó como secretario suyo particular, función ésta que entre los griegos[302] es mucho más honrosa que entre los romanos[303], pues entre nosotros —en realidad no son otra cosa— se les considera a los tales secretarios como personas a sueldo; en cambio entre los griegos, por el contrario, no se admite en calidad de secretario sino a quien procede de una familia honorable, y es de reconocida confianza y capacidad de trabajo, cosas todas estas necesarias, pues se le hace partí-
6 cipe de todas las decisiones. Esta amistad con Filipo duró siete años y, tras la muerte de éste, gozó de la misma consideración con Alejandro durante trece. Al final estuvo al frente de una de las dos alas de caballe-

---

300 Aunque Duris, citado por Plutarco, dice que su padre había sido muy pobre, teniendo que ejercer el oficio de carretero. Para corroborar, sin embargo, la afirmación de Nepote, cf. PLUT., *Eumenes* I.

301 Plutarco cuenta que, yendo Filipo de viaje, se detuvo a ver cómo jugaban algunos niños cardianos, y al ver a Eumenes se lo llevó consigo. Cf. PLUT., *Eumenes* I.

302 No debe generalizar Nepote y hablar de toda la Grecia, pues es sabido que en Atenas el oficio de secretario era poco considerado, como ocurría en Roma.

303 En Roma hay que distinguir dos tipos de escribas o secretarios: los privados y los públicos, que incluso tenían acceso a las magistraturas, aunque raras veces.

ría, la llamada *Hetairike*[304]. Fue siempre consejero de uno y otro rey y tomó parte en todos sus asuntos.

Es nombrado gobernador de Capadocia

Muerto Alejandro en Babilonia, 2
sus reinos se repartieron entre cada uno de sus íntimos amigos, entregándose el mando supremo a Perdicas, a quien Alejandro al morir le había do-
nado su anillo. (De esto todos dedujeron que le enco- 2
mendaba el gobierno, hasta que sus hijos hubieran pasado la edad de estar en manos de tutores, ya que ni Crátero ni Antípatro, que parecían tener derechos preferentes, se encontraban allí; había muerto Hefestión[305], a quien Alejandro, y esto era muy notorio, prefería a todos los demás); en este tiempo se le dio a Eumenes la Capadocia o, por mejor decir, se le asignó, pues se encontraba por aquel entonces en manos del enemigo.

Perdicas se había procurado, con gran interés, la confianza de Eumenes, porque veía en él una fidelidad y habilidad grandes, no dudando de que, si se lo ganaba, le habría de ser de gran utilidad para sus propósitos. Y es que en su mente abrigaba la idea que todos tienen en los grandes estados: reunir todas las provin-
cias del reino y unirlas en un Estado único. Y no fue él 4
sólo el que hizo esto, sino también todos los demás que habían sido amigos de Alejandro. Primeramente Leonato intentó apoderarse de Macedonia. Hizo a Eumenes innumerables e importantes promesas para persuadirle de que abandonara a Perdicas y se aliara con él. Al no poder conseguir su propósito, trató de matarlo, y lo hu-

---

[304] Esta ala de caballería la había formado Filipo con los jóvenes de la más alta aristocracia de Macedonia.

[305] Fue el más íntimo amigo de Alejandro hasta el punto que el propio Rey le llamaba «el otro Alejandro».

biera realizado, de no haber sido porque aquél logró escapar de sus guardias durante la noche.

Eumenes se enfrenta con los enemigos de Perdicas

3 Mientras tanto se desencadenaron todas las guerras [306], que, después de la muerte de Alejandro, tuvieron lugar hasta el exterminio, lanzándose todos a una contra Perdicas para destruirle. Aunque Eumenes le veía demasiado débil, ya que se veía obligado a resistir él solo a todos los demás, no quiso, sin embargo, abandonar a un amigo, anteponiendo el ser fiel a su palabra a sus propios intereses.
2 Perdicas le había puesto al frente del gobierno de aquella parte de Asia que se extiende entre el Tauro y el Helesponto, y le había enfrentado a él solo contra sus enemigos de Europa; Perdicas había marchado personalmente a Egipto para luchar contra Ptolomeo.
3 Eumenes no tenía un ejército numeroso y muy fuerte, ya que estaba poco ejercitado por haber sido formado hacía poco, y además se venía diciendo que Antípatro y Crátero, hombres muy prestigiosos tanto por su fama como por su conocimiento y práctica guerrera, iban avanzando progresivamente y habían conseguido pasar
4 ya el Helesponto. (Los soldados macedonios gozaban de la misma reputación de la que en la actualidad gozan los soldados romanos, pues siempre se han considerado como los más valerosos aquellos pueblos que han conseguido el dominio del mundo). Eumenes estaba convencido de que, si sus tropas conocían contra quiénes estaban destinados a luchar, no sólo se negarían a hacerlo, sino que el solo conocimiento de esto sería sufi-

[306] Las famosas guerras que tuvieron lugar poco después de la muerte de Alejandro y que terminaron con la muerte de Seleuco. El propio Alejandro había dicho un tanto proféticamente que celebrarían sus funerales con sangrientas batallas. Cf. Quinto Curcio, *Vida de Alejandro* X, 5.

ciente para que se dispersaran. Le pareció que lo más 5
prudente era llevar a sus soldados por caminos desviados en los que no les fuera posible enterarse de la verdad, y convencerles de que iban a luchar contra unos
bárbaros cualesquiera[307]. Mantuvo su plan hasta tal 6
punto, que consiguió formar a su ejército en pie de guerra y dar comienzo a la batalla, antes de que sus soldados se dieran cuenta de con quién se estaban enfrentando. Al mismo tiempo consiguió anticiparse en la elección del terreno, entablando el combate con la caballería, de la que estaba bien pertrechado, y no con las tropas de a pie, en las que era muy inferior.

Victoria sobre Ptolomeo

La lucha duró gran parte del día, 4
combatiéndose a base de impetuosísimos ataques, cayendo en ella el general Crátero y Neoptólemo, que le seguía inmediatamente después en orden de importancia en el mando. Con éste hubo de
enfrentarse personalmente Eumenes. Los dos, abraza- 2
dos cuerpo a cuerpo, vinieron a caer de sus caballos a tierra y puesto que, como puede colegirse fácilmente, lo que les incitaba a la lucha era el odio personal, pues había en ellos más impulso de alma que fuerza del cuerpo, no permitieron separarse hasta que uno de los dos muriera. Neoptólemo produjo heridas a Eumenes, pero éste no abandonó por eso la lucha, antes bien ata-
có con mayor dureza a su enemigo. Entonces, al ver a 3
la caballería totalmente deshecha, al general Crátero muerto, cautivos a un gran número de los más nobles, la infantería, puesto que estaba indefensa en un lugar tal que no podía escapar sin que Eumenes lo permitiera, solicitó una tregua. Eumenes la concedió, pero ellos

[307] La realidad era muy otra: contra quien iban a luchar era contra Neoptólemo, que había sido escudero mayor de Alejandro.

no la respetaron y tan pronto como pudieron marcharon junto a Antípatro.

4 Eumenes, que había visto cómo se llevaban del campo de batalla a Crátero todavía vivo, trató de reanimarle; no lo pudo conseguir, y en virtud de la alta dignidad de Crátero y por la vieja amistad que les había unido en otro tiempo (en vida de Alejandro habían sido íntimos amigos) le honró con unos magnifícos funerales[308], haciendo que sus huesos fueran llevados a Macedonia y entregados a su mujer e hijos.

Se refugia en la fortaleza de Nora

5 Mientras todo esto sucedía en el Helesponto, Seleuco y Antígenes dieron muerte a Perdicas a orillas del Nilo, pasando así el mando supremo a manos de Antípatro. Cuantos habían desertado de él, son condenados a muerte, mediante el voto del ejército, aunque estaban ausentes; entre éstos se encontraba Eumenes. Dolido por este golpe, no se desanimó ni por ello abandonó la guerra. Pero la escasez de sus recursos, aunque no dio al traste con su
2 entereza de ánimo, sí la menguó. Antígono lo perseguía constantemente y, puesto que sus tropas eran muy numerosas, le acosaba en los caminos, pero no conseguía nunca aproximarse a él para entablar batalla, a no ser en aquellos lugares en los que era posible que unos pocos pudieran ofrecer resistencia a un ejército numeroso.

3 Por fin, aunque ninguna de sus estratagemas le pudo alcanzar, se vio copado por la gran multitud. Logró salir libre de esto no sin antes haber perdido gran número de los suyos, refugiándose en una fortaleza de
4 Frigia llamada Nora. Encerrado en ella y temeroso de

---

308 He preferido la lección dada por los manuscritos *A, RM, funere* y no *munere* aceptada por Guillemin.

que, al hallarse inmóvil en un lugar único, podría echar
a perder sus caballos de guerra, al no tener éstos facili-
dad de movimiento, concibió una ingeniosa idea de ma-
nera que, aunque los animales siguieran parados, se pu-
dieran calentar y hacer ejercicio, con lo que comerían
con más apetito y podrían seguir moviéndose. Les ata- 5
ba la cabeza con una correa de modo tal que no pudie-
ran tocar firmemente la tierra con las patas delanteras
y luego después a latigazos les obligaba a saltar y a lan-
zar sus patas hacia atrás, movimiento éste que les pro-
ducía tanto sudor como si estuvieran corriendo en cam-
po abierto. De este modo consiguió, con la admiración 6
de todo el mundo, sacar de la fortaleza a sus caballos
con tan buen aspecto, a pesar de haberlos tenido ence-
rrados durante muchos meses, como si hubieran estado
paciendo en praderas al aire libre.

Durante este encierro, cuantas veces le fue posible, 7
quemó los bagajes y fortificaciones de Antígono, des-
truyendo otras. Permaneció inmóvil durante todo el
tiempo que duró el invierno, ya que no había podido
establecer su campamento al aire libre. Se acercaba ya
la primavera cuando, simulando que se rendía, y en el
momento en que se trataban las condiciones de la ren-
dición, engañó a los gobernadores de Antígono, logran-
do sacar a todos los suyos sin que sufrieran daño
alguno [309].

Consejos de Eumenes a Olimpias, madre de Alejandro Magno

Olimpias [310], la que había sido ma- **6**
dre de Alejandro, le envió al Asia una
carta y mensajeros para consultarle
si debería venir a Macedonia a recla-
mar (el trono) —ella vivía entonces en
el Epiro— y apoderarse de él. Eumenes le aconsejó an- 2

---

309 Todo el relato de Nepote diverge no poco del de Plutarco (*Eumenes* XII) y Justino (XIV 2).

310 Hija de Neoptólemo, rey de los molosos, esposa de Filipo y madre de Alejandro. Ella fue la que conspiró contra su propio esposo haciendo que muriera a manos de Pausanias.

te todo que no se moviera de allí y esperara a que el hijo de Alejandro[311] se hiciese con el reino; pero que, si se veía impulsada por un deseo irrefrenable de volver a Macedonia, le convenía olvidar todas las injurias
3 y no tratar de dominar a nadie con demasía; pero ella no hizo caso de estos consejos y marchó a Macedonia, donde dio muestras de una gran crueldad. Pidió, eso sí, a Eumenes, que continuaba ausente, que no permitiera que los enemigos más terribles de la casa y dinastía de Filipo aniquilasen incluso su descendencia, y
4 ayudara a los hijos de Alejandro. Si accedía a su petición, debería lo antes posible preparar ejércitos con que prestarle ayuda. Y para que pudiera realizar esto más fácilmente, ella había enviado a todos los gobernadores, que hasta el momento habían sido fieles, una carta en la que les daba la orden de que le obedecieran y siguieran sus consejos.

5 Eumenes quedó turbado por todo esto y pensó que, si este era su destino, preferible era morir en reconocimiento a los que tanto bien le habían hecho, a seguir viviendo como un desagradecido.

Eumenes trata de evitar la envidia de los macedonios

7 Reunió, pues, a su ejército y se dispuso a preparar la guerra contra Antígono. Contaba en su armada con una gran cantidad de macedonios nobles, entre los que se encontraba Peucestes, que había sido de la guardia personal de Alejandro y que por entonces mandaba en Persia, y Antígenes, jefe de la falange macedónica[312].

[311] Alejandro IV Aigos, hijo póstumo de Alejandro Magno y de Roxana, hija del sátrapa de Bactriana, Oxiartes. El otro hijo del macedonio, llamado Hércules, se criaba en Pérgamo.

[312] Sus componentes se denominaban los «argiráspides», por los escudos de plata que portaban. Eran en general hombres de gran vigor físico y no menor altura; durante el imperio macedónico, el mejor instrumento de su ejército.

Temeroso de despertar la envidia en ellos (envidia que por cierto no pudo evitar) al ver que él, un extranjero, desempeñaba el mando supremo en lugar de los otros macedonios, de los que allí había un gran número, lo primero que hizo fue levantar en el cuartel gene- 2
ral una tienda a la que le dio el nombre de Alejandro, ordenando que en ella se pusiera el trono de oro, el cetro y la diadema real y a ella debían acudir todos los días los generales para deliberar en asamblea sobre las decisiones a tomar, pensando que de esta manera los recelos se disiparían en parte, si daba la sensación de que la guerra la hacía ostentando el poder en nombre de Alejandro. Y consiguió su objetivo. Pues no era en 3
el cuartel general de Eumenes sino en el del rey donde se reunían y se deliberaba, y en cierta medida él se mantenía en el anonimato, si bien todo se hacía sólo por decisión suya.

Victoria sobre Antígono

En Paretacene [313] luchó contra An- 8
tígono no en una batalla formal sino durante una marcha, y fuertemente maltratado le obligó a volver a Media, donde tuvo que pasar el invierno. También él repartió sus tropas por una región cercana a Persia para invernar, y esto no porque él lo quiso sino por voluntad de sus soldados. En efecto aquella célebre 2
falange de Alejandro Magno, que había recorrido Asia y vencido a los persas, desde tanto tiempo tan indisciplinada como famosa, quería no obedecer a sus jefes sino ser ella la que mandara, como ocurre hoy día con nuestros veteranos [314]. Así se corre el peligro de que

---

313 Región muy montañosa, como su etimología indica, situada entre Persia y Media.

314 De todos es conocida la insolencia y orgullo de los veteranos de las legiones romanas. Cicerón en sus «Filípicas» (segunda) critica el orgullo de los veteranos de César, que, tras la muerte del general, pretendían imponer sus leyes. El propio Augusto se vio obligado llevar

hagan lo que aquellos hicieron: echarlo todo a perder por su intemperancia y excesiva indisciplina y (destruir) más incluso a sus partidarios que a su enemigos.
3 Y si hay alguno que lea la historia de aquellos veteranos, reconocerá que la de los nuestros es igual y juzgará que la única diferencia que existe es la época.

Pero volvamos a aquéllos. Habían elegido sus cuarteles de invierno no con miras a las necesidades de la guerra, sino para satisfacer sus propias pasiones, per-
4 maneciendo los unos muy apartados de los otros. Cuando Antígono se enteró de esto, percatado de que era inferior en fuerzas a sus enemigos, si estaban bien preparados, decidió que debía tomar una determinación insospechada. Había dos caminos por los que se podía llegar a los cuarteles de invierno de los enemigos desde
5 Media, donde él estaba pasando el invierno. El más corto discurría a través de lugares desiertos y que nadie habitaba por la escasez de agua y, por otra parte, se necesitaban para recorrerlo casi diez días; el otro, por el contrario, que era el que todos solían seguir, tenía un rodeo que lo hacía el doble de largo, pero en cambio
6 era rico y abundante en todo. Si tomaba este camino, comprendía que sus enemigos se enterarían de su llegada antes de haber recorrido la tercera parte de él; si, por el contrario, tomaba el de los lugares desérticos, tenía esperanzas de poder sorprender al enemigo y ven-
7 cerle. Con tal fin dispuso que se preparara el mayor número posible de odres y sacos de cuero [315], luego,

a efecto las célebres confiscaciones de los bienes de muchos ciudadanos romanos para entregárselos a sus veteranos.

315 Los *cúleos* eran unos sacos de cuero en los que se cosía a los parricidas antes de ser arrojados al mar y en los que se metían al mismo tiempo con el condenado un perro, un gato, un mono, un gallo y una víbora. Los que aquí se mencionan servían como recipientes para transportar vino y otros víveres.

forraje y, además, alimentos cocidos[316] para diez días, con el fin de encender el menor fuego posible en el campamento. No dice ni una palabra a nadie sobre el itinerario que iba a emprender y así preparado se dispuso a marchar por el camino que había elegido.

Estratagema contra el ataque de Antígono

Había recorrido ya casi la mitad 9
del camino, cuando una humareda
que se levantaba desde su campamen-
to le hizo sospechar a Eumenes que
el enemigo se acercaba. Reúnense los
jefes y se delibera sobre lo que debía hacerse. Veían
muy bien todos que no podrían reunir sus tropas con
la misma rapidez con que les parecía que Antígono iba
a presentarse. En ese momento, cuando todos vacilaban 2
y estaban totalmente desesperados, Eumenes les asegu-
ró que, si querían darse prisa y poner en práctica sus
órdenes, cosa que antes no habían hecho, él resolvería
la situación. Pues, si el enemigo podía llegar en cinco
días, él lograría que se retrasaran al menos otros cinco
días más; en consecuencia, que salieran en derredor y
que cada cual reuniera sus tropas.

Y para frenar el ímpetu de Antígono forjó el siguien- 3
te plan: envió a unos hombres de confianza a las faldas
de los montes[317], que interceptaban el camino de los
enemigos, dándoles la orden de que a primeras horas
de la noche encendiesen hogueras lo más grandes posi-
ble y en una extensión igualmente lo más amplia posi-
ble, y ya en la segunda vigilia[318] disminuyeran la
intensidad de las mismas; y hacia la tercera vigilia las 4

---

[316] La expresión *cibaria cocta* podría también entenderse como alimentos crudos, es decir que no tienen necesidad de ser cocidos.

[317] En contra de Plutarco y Diodoro, quienes dicen que los situó en un lugar elevado. Cf. Plut., *Eumenes* XV; Diodoro, XIX 38.

[318] Cornelio sigue aquí la división que los griegos hacían de la noche en tres vigilias y no la división de los romanos en cuatro vigilias.

dejaran casi apagadas y, tratando de imitar de este modo lo que suele ocurrir en los campamentos, infundirían la sospecha al enemigo de que su campamento estaba situado en aquellos lugares y que en consecuencia estaban al corriente de su llegada; que a la noche si-
5 guiente hicieran otro tanto. Ellos cuidan de cumplir con toda diligencia lo que se les había ordenado. Antígono, al caer la noche, divisa el fuego; piensa que su llegada ha sido descubierta, y que sus enemigos tienen
6 acampadas allí sus tropas. Altera su plan y, puesto que no puede sorprenderlos con su ataque, cambia su rumbo tomando el otro camino más largo por el rodeo, pero más abundante. Allí se entretiene un día para que descansen sus soldados y los animales recuperen fuerzas, para de este modo luchar con un ejército más descansado.

Prisión de Eumenes

10 De esta manera Eumenes venció con su prudencia a un general astuto y frenó su rapidez, si bien esta victo-
2 ria de poco le valió. Pues por la envidia de los generales que le acompañaban, y la maldad de los veteranos macedonios, a pesar de la victoria obtenida, fue entregado a Antígono, aunque su ejército en tres ocasiones distintas le había jurado que le defendería siempre y que no le abandonaría. Pero era tal la envidia de algunos que prefirieron quebrantar el juramento a dejar de aniquilarle.

3 Pero Antígono, a pesar de que había sido su enemigo más encarnizado, estaba dispuesto a perdonarle la vida, en caso de que los suyos se lo permitieran, ya que sabía que nadie le podría ser más útil en todos los sucesos que veía se le avecinaban. Le amenazaban, en efecto, Seleuco, Lisímaco y Ptolomeo, terribles por su poder
4 y con quienes tenía que luchar por la primacía. Pero sus consejeros no se lo permitieron, pues veían que tras la reconciliación de Eumenes, todos los demás iban a

suponer poca cosa comparados con él. Por otro lado el propio Antígono estaba tan airado que no podía aplacarse sino con una gran esperanza de las mayores ambiciones.

Trata de provocar su propia muerte ante Antígono

Encerró a Eumenes en la cárcel y 11
a la pregunta del jefe de los guardianes sobre cómo quería que se le vigilara, él contestó: «Como al más fiero de los leones y al más terrible de los elefantes». En efecto, todavía no había decidido si salvarle la vida o no.

Acudían a visitar a Eumenes dos clases diferentes 2
de personas: los que a causa del odio que le tenían querían disfrutar viendo su desgracia, y los que por la vieja amistad que les unía a él, deseaban dialogar con él y consolarle; había también no pocos que querían conocerle y saber cómo era una persona que había sido temida tanto y durante tanto tiempo, y en cuya muerte tenían puestas todas sus esperanzas de victoria. Pero 3
Eumenes, al ver que permanecía ya bastante tiempo en prisión, le dijo a Onomarco, máximo responsable de su vigilancia, que estaba extrañado de que fuera ya el tercer día que permanecía detenido, añadiendo que no era propio de la sabiduría de Antígono tratar[319] de tal manera a un vencido; que debería ordenar que le matasen o dejarle libre. Pareciéndole a Onomarco esta ma- 4
nera de hablar excesivamente altanera, le dijo: «¿A qué viene esto? si tenías tanto orgullo, ¿por qué no preferiste morir en el combate antes que venir a parar a manos de tu enemigo?». Eumenes le respondió: «¡Ojalá hubie- 5
ra ocurrido eso!, pero no sucedió así porque nunca tuve

---

319 El verbo usado por Cornelio constituye sin duda alguna un *hápax;* en efecto, el verbo *deutor* no aparece nunca en ningún otro autor de la literatura latina. Las posibles correcciones de los manuscritos cree Monginot (nota al pasaje) que no deben admitirse, pues todos dan la lectura *deuteretur.*

la ocasión de enfrentarme en combate con nadie más fuerte que yo; pues jamás luché con nadie que no sucumbiera ante mí». Y esto era la pura verdad; su muerte no fue obra del valor de sus enemigos sino de la perfidia de sus amigos[320]... Su porte externo reflejaba su origen noble y estaba dotado de una gran fortaleza corporal para tolerar la fatiga, y su estatura no era tan grande como la belleza de sus rasgos.

Muerte de Eumenes

12 Antígono no se atrevió a decidir por sí solo sobre la suerte de Eumenes, por lo que lo sometió a la consideración de su consejo. Todos quedaron de momento impresionados admirándose de que aún no se hubiera decretado la muerte de un hombre tal que durante tantos años les había causado tantos males, hasta el punto de haberlos puesto muchas veces al borde de la desesperación y que ha-
2 bía matado a sus mejores generales; en definitiva, un hombre tal que sólo en él se daban tales circunstancias que podía decirse que mientras él viviera no podrían sentirse nunca seguros, mientras que muerto, se les acabarían todas las preocupaciones: finalmente, si decidía dejarle libre, [le preguntaban] ¿qué amigos creía iba a tener a partir de ese momento?, pues ellos no iban a estar a su lado, si estaba también Eumenes.
3 Él, una vez conocida la voluntad de su consejo, sin embargo se tomó siete días para llegar a una decisión. Pero a partir de ese momento empezó a temer por una sublevación del ejército, por lo que dio la orden de que nadie se le acercara y de que se le retirara el alimento

---

320 O existe en este pasaje una laguna, lo que tal vez no resulte viable admitir, o en su defecto es que se ha producido una interpolación o mejor aún un desplazamiento, respecto al párrafo siguiente. Lo cierto es que fácilmente se aprecia una distorsión argumental en el contexto de estos párrafos.

diario; decía, en efecto, que no estaba dispuesto a matar violentamente a quien otrora había sido su amigo.
Al preso, debilitado por el hambre padecida durante 4
dos días, en el instante en que se levantaba el campamento, los guardianes lo degollaron, sin que se enterara Antígono.

Elogios sobre Eumenes

Fue así como Eumenes a los cua- 13
renta y cinco años de edad, tras haber estado desde los veinte, como he dicho antes, durante siete siempre al lado de Filipo, y ocupando el mismo puesto durante trece al lado de Alejandro, ostentando el mando de un ala de la caballería durante un año y, tras la muerte de Alejandro Magno, ejerciendo el mando supremo del ejército, habiendo luchado con grandes generales, rechazando a unos y matando a otros, tuvo tal fin de su vida, no por el valor de Antígono sino por la deslealtad de los macedonios.

En qué consideración le tuvieron todos los que, des- 2
pués de la muerte de Alejandro Magno, fueron denominados reyes, puede deducirse del hecho de que en vida de Eumenes nadie se atrevió a llamarse rey, sino gober-
nador. En cambio, muerto Eumenes, esos mismos se 3
apresuraron a tomar el nombre y los atributos reales y, lo que antes habían promulgado a voces, esto es, que ellos trataban de conservar el reino para los hijos de Alejandro, no quisieron llevarlo a la práctica, dejando bien al descubierto, una vez desaparecido el único que se les podía enfrentar, cuáles eran sus verdaderos sentimientos. Los principales fautores de este delito fueron Antígono, Ptolomeo, Seleuco, Lisímaco y Casandro.

Antígono, no obstante, entregó a la familia de Eume- 4
nes su cuerpo para que lo enterraran. Sus parientes le honraron con unas exequias dignas de un soldado y gloriosas, con acompañamiento de todo el ejército, y cuidaron de que sus restos fueran llevados a Capadocia, a su madre, a su esposa e hijos.

XIX

FOCIÓN

SINOPSIS

1. Virtudes de Foción. — 2. Demóstenes defiende a Foción y éste le traiciona. Caída en desgracia de Foción. — 3. El destierro. Su vuelta a Atenas para ser juzgado por el pueblo. — 4. Su condena. Los ciudadanos se niegan a darle sepultura.

Virtudes de Foción

1 Foción, ateniense, aunque estuvo muchas veces al frente del ejército [321] y desempeñó los más altos cargos, fue no obstante mucho más conocido por su honestidad de vida que por sus hazañas de guerra. Así apenas si perdura el recuerdo de éstas, mientras que la fama de aquélla es grande, de
2 donde le vino el sobrenombre de el «Bueno». Fue toda su vida pobre [322], siendo así que pudo haber sido muy

[321] Según Plutarco fue elegido cuarenta y cinco veces general. Cf. PLUT., *Foción* VII.

[322] A propósito de su pobreza, consulte el lector la anécdota, narrada por Plutarco *(Foci.* XVIII), sobre lo ocurrido a la mujer de Foción en una sesión de teatro, que es sin duda la más significativa de la pobreza en que vivió toda su vida.

rico a causa de los muchos cargos que desempeñó y de
las más elevadas magistraturas que el pueblo le asignó.
Rechazó, de parte del rey Filipo [323], una gran cantidad 3
de dinero que éste le había entregado a título de regalo;
y como los mensajeros le instaran a que la aceptara,
aconsejándole al mismo tiempo que, aunque él podía
pasar muy bien sin este dinero, debía considerar que
tenía hijos que lo podían necesitar, y a quienes les tenía
que resultar difícil desenvolverse honestamente en me-
dio de una gloria tan grande como era la de su padre,
viviendo en la mayor de las pobrezas, él les contestó:
«si quieren parecerse a mí, este pequeño campo, que 4
me ha sido suficiente para alcanzar la posición que ocu-
pó, les será a ellos suficiente para alimentarse; pero
si, por el contrario, no han de parecerse a su padre,
no quiero a mis expensas ni alimentar ni aumentar sus
lujos.»

Demóstenes defiende a Foción y éste le traiciona. Caída en desgracia de Foción

Después de haber vivido durante **2**
ochenta años protegido por una bue-
na suerte, al final de su vida incurrió
en un gran odio de sus conciudada-
nos; primeramente por haber conveni- 2
do con Demades en entregar la ciudad a Antípatro y
por haber conseguido un decreto del pueblo para en-
viar al destierro a Demóstenes y a cuantos con él se
sabía que habían hecho méritos en bien del Estado. En
este sentido no sólo había errado porque había hecho
un mal servicio a su patria, sino porque además había
quebrantado la fidelidad que se debe a un amigo [324].

---

323 Evidentemente no se trata aquí de Filipo padre de Alejandro Magno, sino de un hermano de éste, que fue nombrado rey tras la muerte de Alejandro.

324 Se ignora de dónde haya sacado Cornelio esa amistad supuesta por él entre Foción y Demóstenes, siendo así que todos los historiadores los presentan como, si no enemigos encarnizados, sí al menos como de ideas opuestas: Demóstenes propugnaba la guerra inexorable con Macedonia y Foción era amigo de la paz.

3 Pues sólo por la promoción y la colaboración que le había prestado Demóstenes [325] había alcanzado ocupar el lugar al que había ascendido, consiguiendo suplantar a Cares; también Demóstenes consiguió librarle de la condena cuantas veces aquél tuvo que defenderse de alguna acusación que implicaba la condena a muerte. Mas él no sólo no defendió a Demóstenes cuando éste
4 se encontraba en peligro, sino que lo traicionó. Pero lo que motivó su caída más que nada fue el error cometido cuando, ostentando el sumo poder del Estado ateniense, Dercilo le puso al corriente de que Nicanor, gobernador de Casandro, se disponía a atacar el Pireo —sin el que Atenas no puede subsistir—, rogándole al mismo tiempo que tratara por todos los medios de que la ciudad no se viera privada de los víveres indispensables; a lo que Foción, en presencia de todo el pueblo, le contestó que no había peligro alguno y que de lo que
5 pudiera ocurrir él se haría responsable. Pero Nicanor no tardó mucho tiempo en apoderarse del Pireo. El pueblo se reunió armado para reconquistarlo, pero él no sólo no secundó este movimiento armado, sino que ni siquiera quiso ponerse al frente de él [326].

---

[325] Sabido es que el más famoso de los oradores griegos había sido también el más acérrimo y encarnizado enemigo de la dominación macedónica. Recuerde el lector sus famosísimas «Filípicas», terribles diatribas contra Filipo de Macedonia.

[326] No parece convenir esta afirmación de Nepote con lo que dice Plutarco de que Foción fue presa de una gran desesperación y quiso lanzar a los atenienses al combate. Cf. Plut., *Foción* XXXI.

El destierro. Su vuelta a Atenas para ser juzgado por el pueblo

Por aquel entonces existían en Atenas dos partidos: uno, el partido popular[327], y el otro, el de los aristócratas[328]. A éste último pertenecía Foción y Demetrio Falereo[329]. Uno y otro partido buscaban su apoyo en Macedonia, pues los del partido popular estaban a favor de Poliperconte[330], mientras los aristócratas lo estaban de Casandro. Mientras tanto, Casandro fue expulsado de Mace- 2
donia por Poliperconte. Con esto el partido del pueblo logró el poder e inmediatamente después expulsó de su patria a los jefes del partido contrario, tras haber conseguido una sentencia de muerte contra ellos; entre los condenados se encontraban Foción y Demetrio Falereo; se enviaron legados a Poliperconte en solicitud de que confirmara la sentencia del pueblo. Foción acudió también a éste. Tan pronto como llegó se le ordenó 3
comparecer en juicio para defenderse nominalmente ante el rey Filipo, en realidad ante Poliperconte, pues era éste quien ejercía el mando en todos los asuntos del reino. Había sido acusado por Arnón de haber en- 4
tregado el Pireo a Nicanor y el consejo decidió su prisión, por lo que fue llevado a Atenas para ser allí juzgado según la ley.

3 (margin, beside first line)

[327] El jefe de este partido era precisamente el orador Demóstenes.

[328] Era el partido de la oligarquía, que guardaba buenas relaciones con los macedonios.

[329] Amigo y discípulo de Teofrasto, amigo también de la dominación macedónica, que llegaría a ser gobernador de Atenas durante diez años, del 318 al 308 a. C.

[330] General de Macedonia a quien Antípatro le había confiado el gobierno de Macedonia y Grecia. Murió en el 303 a. C.

Su condena

4 Al llegar a Atenas, y no pudiendo casi andar por sus muchos años, fue llevado en un carro, acudiendo en torno suyo una gran multitud, pues unos, ante el recuerdo de su prístina gloria, sentían piedad de su vejez, pero los más estaban irritados por la sospecha que pesaba sobre él de haber entregado [el Pireo], y sobre todo porque ya en
2 su vejez había traicionado los intereses del pueblo. Por ello se le impidió incluso pronunciar un discurso [y defenderse]. Luego, cumplidas ciertas formalidades legales, fue condenado y entregado a los *Once*, a quienes, según las leyes atenienses, compete poner en práctica el cumplimiento de la pena de muerte contra los condenados políticos.

3 Cuando se le llevaba al suplicio, le salió a su encuentro Eufileto, que había sido un gran amigo suyo, quien, llorando, le dijo: «¡Oh, cuantas iniquidades estás sufriendo, Foción!». Éste le contestó: «Pero no inesperadas, pues éste fue el final que tuvieron la mayoría de los personajes ilustres en Atenas».

4 El pueblo había descargado sobre él tal odio que ningún hombre libre osó darle sepultura, por lo que tuvieron que ser esclavos [331] los que lo hicieran.

---

[331] Un tal Conopión, que se dedicaba a estos menesteres, fue el que tomó el cuerpo de Foción, lo llevó a Eleusine, y lo incineró, encendiendo el fuego en tierra de Megara.

XX

TIMOLEÓN

SINOPSIS

1. Timoleón mata a su hermano Timófanes. — 2. Expedición a Sicilia. Victoria sobre los cartagineses y Mamerco. — 3. Repoblación y colonización de Siracusa. Afecto de los siracusanos. — 4. Su respeto a los dioses. Erige un santuario a la diosa Fortuna. — 5. Muerte y sepultura.

Timoleón mata a su hermano Timófanes

Timoleón [332], de Corinto. Sin duda la estima que de este hombre tuvo todo el mundo fue muy grande. En efecto, solo él —no sé si algún otro [333]— acumuló la gloria de liberar del yugo de la tiranía a la patria que le había visto nacer; a los siracusanos, que venían soportando de antiguo la esclavitud [334] y en cuya ayuda había sido envia- 1

[332] Hijo de Tiomodemo y de Demarista.

[333] Supongo al lector acostumbrado a este tipo de exageraciones en Nepote. Expresiones hiperbólicas de esta naturaleza las ha repetido ya nuestro autor muchas veces.

[334] Véase cuanto en este sentido se ha dicho en la vida de Dión. La tiranía de los dos Dionisios duró más de sesenta años.

do, los libró de la misma; igualmente con su llegada hizo que Sicilia, durante tantos años oprimida por la guerra y sometida al poder de los bárbaros, tornara a
2 su situación primitiva. Pero en todas estas hazañas la suerte con la que tuvo que luchar fue muy variada y, algo que se considera más difícil, fue más prudente cuando ésta le sonreía que cuando le era adversa.

3 Cuando su hermano Timófanes, elegido caudillo por los corintios, se hizo con un poder tiránico por medio de sus soldados mercenarios, pudiendo él tomar parte del mando se mantuvo lejos de confabularse con tan reprobable acción, y prefirió la libertad de sus conciudadanos a la vida de su hermano, inclinándose más por la obediencia a las leyes que por ostentar el poder
4 en su patria. Con esta idea, por medio de un *arúspice*[335] y de un pariente político[336] tanto suyo como de su hermano, pues estaba casado con una hermana de los dos por parte de padre y madre, procuró la muerte de su hermano el tirano. Pero él no sólo no quiso tomar parte activa en la muerte[337] sino que ni miró la sangre de su hermano. Durante el tiempo de la ejecución permaneció apartado del lugar y vigilante por si algún soldado de la guardia personal de palacio pudiera acudir a impedir la ejecución.

5 No todos interpretaron este hecho del mismo modo; algunos opinaban que había cometido un delito de lesa piedad fraterna e impulsados por la envidia trataban de rebajar la gloria de la heroica acción. Después de esto su madre no quiso admitirle en casa y no hubo vez que pusiera sus ojos en él que no le llamara, detes-

---

[335] Un tal Sátiro según Teopompo, dice Plutarco, u Ortágoras, según Éforo. Cf. PLUT., *Timoleón* IV.

[336] Esquilo, que era hermano de la mujer de Timófanes. Cf. MONGINOT, *o. c.*, pág. 259.

[337] Según Diodoro de Sicilia fue el propio Timoleón el que dio muerte a su hermano Timófanes. Cf. DIODORO, *Biblioteca histórica* XVI 65, 4.

tándolo, impío y fratricida. Todo esto produjo en él tal 6
conmoción, que más de una vez intentó quitarse la vida y perder de vista por medio de la muerte a todos aquellos hombres desagradecidos.

Expedición a Sicilia. Victoria sobre los cartagineses y Mamerco

Entretanto, muerto Dión [en Siracusa] Dionisio volvió a adueñarse de Siracusa. Los enemigos de Dionisio pidieron ayuda a los corintios al mismo tiempo que les solicitaban un jefe que les dirigiera en la guerra (contra el tirano). Le enviaron a Timoleón quien con increíble buena suerte ex- 2
pulsó de toda Sicilia [338] a Dionisio. Aunque pudo ma- 2
tarlo no lo hizo, y, es más, procuró que llegara a Corinto sin riesgo alguno, ya que los dos Dionisios habían prestado su ayuda a los corintios muchas veces, por lo que quería que se guardara recuerdo de este beneficio, y además le guiaba en esto la idea de que la victoria más brillante es aquella en la que se deja apreciar más la clemencia que la venganza cruel y, por último, que los hombres pudieran saber no sólo de oídas sino por haberlo visto con sus propios ojos a quién y desde qué poder tan elevado había hecho caer hasta llegar a una situación tal.

Después que Dionisio partió de Sicilia, luchó con Hi- 3
cetas, que otrora fuera enemigo de Dionisio; las disensiones entre ambos no fueron producto de su odio a la tiranía, sino de su ambición, y buena señal de ello fue el hecho de que, una vez expulsado Dionisio, aquél se negó a renunciar al poder absoluto. Habiendo conseguido quitarse de en medio a este enemigo, Timoleón hizo huir a un numeroso ejército cartaginés junto al río Crimisos, haciendo que se sintieran suficientemente satisfechos con poseer África quienes habían sido dueños

[338] Hay aquí una inexactitud de Nepote por cuanto Dionisio no era dueño de toda Sicilia, sino tan sólo de Siracusa.

de Sicilia durante tantos años. Hizo prisionero también a Mamerco, caudillo itálico, hombre muy belicoso y poderoso que había venido a Sicilia en socorro de los tiranos.

Repoblación y colonización de Siracusa. Afecto de los siracusanos

3 Tras estos hechos, viendo que una guerra tan prolija había hecho tanto de los campos de Sicilia como de sus ciudades un verdadero desierto, en principio reunió a cuantos sicilianos le fue posible, marchando después a Corinto en busca de colonos, ya que fueron ellos, los corintios, los que
2 habían fundado Siracusa. A los antiguos ciudadanos les devolvió sus bienes y cuantas otras cosas la guerra había dejado libres las distribuyó entre los nuevos habitantes; reconstruyó los muros de las ciudades que habían sido destruidos, así como los templos derruidos; a las ciudades les devolvió sus leyes y su libertad; tras una guerra tan grande trajo a toda la isla una paz tal, que fue considerado como el verdadero fundador de aquellas ciudades en lugar de aquellos que habían sido
3 los primeros en colonizarlas. De la acrópolis de Siracusa, que Dionisio había mandado fortificar para el asedio de la ciudad, no dejó piedra sobre piedra, demoliendo también cuantas defensas fortificadas había de tiempos de la tiranía, procurando que quedaran en pie el menor número de vestigios que recordaran la esclavitud.

4 A pesar de que su poder fue más que suficiente como para ejercer un dominio absoluto, incluso contra la voluntad de sus subordinados, y de que, por otro lado, le querían [339] tanto todos los sicilianos que no había

[339] La expresión de Nepote resulta un tanto ambigua. Todo depende de lo que sea el genitivo *omnium Siculorum;* es decir, si se entiende como genitivo objetivo o subjetivo; en el segundo caso habría que entender que eran los sicilianos los que le querían, y en el primero, el amor que Timoleón les profesaba. Me he inclinado a creer que se trata de un genitivo subjetivo.

Revuelta de los mercenarios

Cuando llegó a Cartago descubrió 2
que la situación en que se encontraba
era muy otra de la que él se había
imaginado. Y es que la larga duración
de los desastres venidos del exterior
provocó una guerra interna tal, que nunca Cartago se
vio envuelta en un peligro igual salvo en el momento
de su destrucción. Para empezar, los soldados mercena- 2
rios que habían luchado contra los romanos, y que eran
veinte mil, desertaron. Éstos levantaron en armas a to-
da África, atacando incluso a la propia Cartago. Los 3
cartagineses se sintieron tan aterrados por todo esto,
que hasta llegaron a pedir tropas auxiliares a Roma,
que ésta les entregó. Y ya en última instancia, a punto
de llegar a perder toda esperanza, nombraron general a
Amílcar. Éste no sólo consiguió que el enemigo abando- 4
nara los muros de Cartago, a pesar de ser nada menos
que más de cien mil hombres armados, sino que los en-
cerró en un terreno tan angosto que fueron más los que
murieron por hambre que por las armas. Todas las ciu-
dades que se habían sublevado, entre ellas Utica e Hi-
pona, las más poderosas de toda el África, las devolvió
a su patria. Y no contento con esto, extendió los límites 5
de sus fronteras, llevando a toda el África tal paz, que
daba la sensación de que en ella no había tenido lugar
una guerra desde hacía ya muchos años.

La guerra en España

Realizadas todas estas hazañas fe- 3
lizmente, muy animado y movido por
el odio a los romanos, para buscar un
pretexto para luchar consiguió que se
le nombrara general del ejército con-
tra España, donde llevó consigo a su hijo Aníbal [352],
que tenía a la sazón nueve años. Además le acompaña- 2

[352] Hasta ese momento el mando de la guerra lo había ostentado Hannón.

sin contar con la voluntad de los dioses, pensaba él; esto fue lo que le movió a erigir en su propia casa un santuario a la diosa Fortuna[342] y venerarla con grandes sentimientos de piedad.

Muerte y sepultura

5 A la extraordinaria bondad de este hombre vinieron a sumarse admirables sucesos debidos al azar. En efecto, los combates más importantes los realizó todos coincidiendo con el día de su cumpleaños, lo que hizo que en toda Sicilia se
2 celebrara el día de su nacimiento como festivo. Un tal Lafistios, hombre desvergonzado e ingrato, quiso que compareciera ante la justicia, pues decía que tenía un pleito contra él; acudió un gran número de personas que estaban dispuestas a reprimir la audacia de aquel sujeto de una manera expeditiva, pero Timoleón les rogó que no hicieran tal cosa. Pues él había afrontado los más grandes trabajos y peligros precisamente para que Lafistios y cualquier otro ciudadano pudieran hacer esto; éste era el tipo de libertad auténtica: que cada uno pudiera hacer valer sus derechos en aquello que creye-
3 ra conveniente. Del mismo modo, cuando otro individuo de la misma catadura que Lafistios, llamado Demeneto, ante la asamblea del pueblo se puso a menospreciar sus hazañas y a atacar a Timoleón, dijo por toda respuesta que por fin había conseguido sus propósitos, pues siempre les había pedido a los dioses inmortales que le permitieran volver a darles a los siracusanos una libertad tal que cada ciudadano pudiera hablar impunemente de lo que creyera conveniente.

4 Cuando murió, los siracusanos le dieron sepultura a costa del erario público[343] en el gimnasio llamado de Timoleón, y acudió al sepelio toda Sicilia entera.

---

[342] He traducido «diosa Fortuna», pues el término griego *automatía* es equivalente al latino *fortuna.*

[343] El pueblo siracusano dio doscientas minas para el entierro de Timoleón.

XXI

LOS REYES[344]

SINOPSIS

1. Ciro, Darío, Jerjes y los dos Artajerjes. — 2. Filipo, Alejandro Magno, Dionisio y Pirro. — 3. Antígono, Demetrio Poliorcetes, Lisímaco, Seleuco y Ptolomeo.

Ciro, Darío, Jerjes y los dos Artajerjes

Estos fueron poco más o menos los generales del pueblo griego, dignos de mención, con excepción de los reyes, de quienes no he querido hablar, pues sus hazañas todas han sido ya relatadas en otro lugar[345]. Sin embargo sólo hay de estos unos pocos. 1
El espartano Agesilao fue rey más de nombre que por su auténtico poder real, cual sucedió con los demás reyes de Esparta. 2

---

[344] Este título no se encuentra en los códices de Cornelio Nepote; los relatos aparecen sin solución de continuidad tras la vida de Timoleón.

[345] Esta afirmación de nuestro autor ha sido muy controvertida; podría interpretarse que él no ha querido hablar de todos estos reyes por cuanto ya lo habían hecho otros autores; pero lo que parece más probable es que se esté refiriendo a su primer libro del tratado general *Personajes ilustres* que llevaría el título *Reyes de naciones extranjeras.*

De entre los que en realidad tuvieron un poder ilimitado, hay que contar como los más notables, a mi juicio, a los reyes de Persia, Ciro [346] y Darío hijo de Histaspo, quienes, a pesar de ser ciudadanos particulares, alcanzaron, gracias a sus méritos, la categoría de reyes. El primero de ellos murió luchando contra los masagetas, mientras Darío murió ya de viejo.

3 Además de éstos hubo, de la misma nación, otros
tres: Jerjes, y los dos Artajerjes, denominados respectivamente Macroquir [347] y Mnemón [348]. El hecho más famoso de Jerjes fue que con el ejército más grande que recuerda la historia atacó por mar y por tierra a Gre-
4 cia. Macroquir, en cambio, fue famoso ante todo por
su corpulencia y esbeltez de cuerpo, a lo que había que añadir su gran valor para la guerra: fue de entre todos los persas el que tuvo más arrojo. Por lo que hace a Mnemón toda su gloria se la debía a su justicia. Así, tras haber perdido a su esposa a causa de criminales maquinaciones de su propia madre, la fuerza de su dolor no fue lo suficientemente fuerte como para anteponerlo a su amor filial. Los dos Artajerjes pagaron tributo a la naturaleza con la enfermedad; el tercero murió asesinado por el prefecto Artabano.

Filipo, Alejandro Magno, Dionisio y Pirro

2 De entre los reyes macedonios brillaron por encima de los demás por sus gloriosos hechos Filipo, hijo de Amintas, y Alejandro Magno. Éste murió de enfermedad en Babilonia; mientras Filipo, que había ido a Eges a ver los juegos, fue muerto por Pausanias cerca del teatro.

---

346 Ciro I, el nieto de Astiages.

347 Artajerjes Longímano. Según Plutarco, recibió este sobrenombre por tener la mano derecha más larga que la izquierda.

348 Así llamado por su extraordinaria memoria.

En Epiro, sólo (fue famoso) Pirro, que luchó contra 2
el pueblo romano. Cuando se encontraba en la conquista de Argos, en el Peloponeso, murió a consecuencia de una pedrada.

Del mismo modo, en Sicilia sólo (hubo) un (rey) famoso, Dionisio el Viejo. Éste fue valeroso, perito en el arte de la guerra y, cosa que difícilmente se puede encontrar en un tirano, nada voluptuoso, poco apegado al lujo y a la avaricia, y lo único que ambicionó fue detentar el poder supremo, que fue precisamente lo que hizo de él una persona cruel; sus esfuerzos fueron encaminados a afianzar ese poder, hasta el punto que nunca perdonó la vida a quien había atentado contra
él. El gobierno de su tiranía, que había obtenido por 3
sus grandes cualidades, lo retuvo gracias a su gran buena suerte. Murió en pleno auge de su reinado a la edad de más de sesenta años y, a pesar de haber vivido durante tantos años, no tuvo que llorar la muerte de ninguno de sus descendientes, siendo así que tuvo hijos de sus tres esposas e innumerables nietos.

Antígono, Demetrio Poliorcetes, Lisímaco, Seleuco, Ptolomeo

Hubo también muchos reyes de 3
entre los amigos de Alejandro Magno que, tras la muerte de éste, asumieron el poder; entre ellos Antígono y su hijo Demetrio, Seleuco y Ptolomeo.

De éstos, Antígono murió violentamente cuando lu- 2
chaba contra Seleuco y Lisímaco. La misma muerte tuvo Lisímaco a manos de Seleuco cuando, rotas las hos-
tilidades entre ellos, se hicieron la guerra. Por lo que 3
hace a Demetrio, que había casado a su hija con Seleuco, lo que no hizo que pudiera haber una leal amistad entre ellos, murió de enfermedad durante el tiempo que su yerno le tuvo en prisión, después de haberlo cogido
prisionero en la guerra. Y no mucho después Seleuco 4
fue muerto a traición por Ptolomeo Ceraunos, a quien

el propio Seleuco, al ver que el padre de Ptolomeo le había expulsado de Alejandría, encontrándose sin protección de nadie, le había recibido en su casa. El propio Ptolomeo, que había renunciado en vida al poder en beneficio de su hijo, se dice que fue privado de la vida por su propio hijo.

5 Y como creo que ya he dicho lo suficiente de estos reyes, me parece el momento oportuno de no dejar en el olvido a Amílcar y a Aníbal, de los que es sabido por todos que, de los nacidos en África, ninguno les aventajó en grandeza de alma y en sagacidad.

XXII

AMÍLCAR

SINOPSIS

1. La campaña de Sicilia. — 2. Revuelta de los mercenarios. — 3. La guerra en España. — 4. Muerte de Amílcar.

La campaña de Sicilia

Amílcar, hijo de Aníbal [349], por sobrenombre Barca, cartaginés, durante la primera guerra púnica, ya en sus postrimerías, estuvo por primera vez al frente del ejército, siendo aún muy joven. 1

Antes [350] de su llegada los cartagineses sufrían derrota tras derrota tanto por mar como por tierra; pero, cuando él acudió, no cedió nunca ante ningún enemigo, 2

[349] De qué Aníbal hable aquí Nepote no se sabe con certeza. Valerio Máximo (VI 3) cita a un Aníbal, que él denomina «superior Hannibal», vencido por Duilio. Es posible que se trate de este Aníbal.

[350] He preferido, con Malcovati, la variante que dan la mayoría de los manuscritos, *ante aduentum*, y no *autem aduentu*, por ser más consecuente con la idea que sigue en el texto. El hecho, aducido por Guillemin, y que se refiere a los triunfos de carácter personal obtenidos por Aníbal, no parece concluyente para excluir la lección *ante aduentum*.

ni éste pudo causarle daño alguno, antes bien, a menudo, si se le presentó la ocasión propicia, le atacó, saliendo siempre victorioso. Cuando Cartago había perdido casi todas sus posesiones en Sicilia, él hizo la defensa de Érix tan perfectamente, que parecía que allí no se había llevado a efecto guerra alguna.

3 Mientras tanto, los cartagineses, que habían sufrido una derrota por mar cerca de las islas Égatas [351], infligida por el cónsul romano Gayo Lutacio, decidieron poner fin a la guerra, cosa que dejaron a la consideración de Amílcar. Él, aunque ardía en deseos de luchar, sin embargo creyó que hacía mayor servicio a su patria con la paz, pues comprendía que, exhausta como estaba de recursos, no podría soportar por más tiempo las ca-
4 lamidades de la guerra. Pero alimentaba continuamente en su pensamiento la idea de, tan pronto como la economía se saneara, renovar la guerra y perseguir sañudamente a los romanos con las armas hasta que ⟨los suyos⟩ vencieran definitivamente o, por el contrario, vencidos, confesar su derrota.

5 Con estas intenciones llevó a cabo las negociaciones de paz, poniendo en ello tan gran altanería que, cuando Cátulo decía que no pondría fin a la guerra si él y cuantos habían defendido Érix, tras haber entregado las armas, no abandonaban Sicilia, dijo que, aunque su patria sucumbiera, preferiría morir antes que tornar a su país con tal deshonor; que creía indigno de su valor entregar a los enemigos las armas que precisamente su patria le había entregado para luchar contra ellos. Cátulo cedió ante tal obstinación.

[351] Estaban en la costa occidental de Sicilia. Con esta batalla de las Égatas se pone fin a la primera guerra púnica en el 241 a. de C.

encontrado oposición por parte de ellos para obtener
el poder absoluto, prefirió que le amaran a que le te-
mieran. Así, tan pronto como le fue posible, renunció
al poder, viviendo durante el resto de su vida como un
ciudadano más en Siracusa. Y esto lo hizo sabiamente, 5
pues lo que los demás reyes consiguieron a base del
ejercicio de su poder, él lo consiguió con su bondad.
No le faltó ningún cargo y no se tomó determinación
alguna de carácter público en Siracusa sobre ningún
problema de estado sin conocerse antes la opinión de
Timoleón. No se antepuso el parecer de nadie al suyo y, 6
lo que es más, ni siquiera se sopesó el parecer de Timo-
león con el de cualquiera otro, no siendo la causa de
esto más el respeto (que sentían) por él que su propia
sabiduría.

Su respeto a los dioses. Erige un santuario a la Fortuna

Cuando llegó a avanzada edad, sin 4
tener enfermedad alguna se quedó
ciego [340]. Sufrió con tanta paciencia
esta desgracia, que nadie le oyó jamás
quejarse, no dejando por ello de inter-
venir en los asuntos tanto públicos como privados.
Siempre que se celebraba alguna asamblea del pueblo 2
acudía al teatro [341], teniéndosele que llevar en un ca-
rruaje por su estado de salud, y daba su opinión desde
su vehículo. Y ni siquiera esto a nadie se le ocurría atri-
buírselo a orgullo, ya que de su boca no salió jamás
nada que supiera a arrogancia ni a vanagloria. Siempre 3
que oía alabanzas hacia su persona lo único que se le
ocurría decir era que tenía que dar muchas gracias a
los dioses y estarles muy agradecido por haber querido
y preferido que fuera él el principal fautor de una nue-
va Sicilia. Pues nada humano podía llevarse a efecto

---

[340] Según Plutarco, parece que era una enfermedad de familia la causa de su ceguera. Cf. PLUT., *Timoleón* XXXVII.

[341] En Grecia el teatro solía ser lugar en el que se podían celebrar las asambleas del pueblo.

ba un joven famoso y elegante, Asdrúbal, del que se corría la voz que Amílcar sentía por él un amor más allá de lo conveniente [353]; la maledicencia no podía dejar de hostigar a un hombre tan importante. Siguióse de esto que el *prefecto de costumbres* [354] prohibió que Asdrúbal estuviera con él. Pero él le entregó a su hija en matrimonio pues, según las costumbres cartaginesas,
3 no se podía impedir al suegro vivir con su yerno. Si he citado aquí el nombre de Asdrúbal ha sido porque, una vez muerto Amílcar, fue él quien se hizo cargo de las riendas del ejército, realizó grandes hechos, y fue también él el que con sus donaciones de dinero hizo que los cartagineses se olvidaran de sus antiguas costumbres; después de su muerte el ejército encomendó el mando a Aníbal.

Muerte de Amílcar

4 Amílcar, después de haber atravesado el mar, llegó a España, donde realizó grandes hechos con buenos resultados; sometió pueblos muy poderosos y belicosos; enriqueció toda el
2 África con caballos, armas, hombres y dinero. Cuando tenía intención de llevar la guerra a Italia, a los ocho años de su llegada a España murió en un combate que
3 mantenía contra los vetones [355]. Fue su odio eterno a los romanos el que, al parecer, hizo que declarara la segunda guerra púnica, pues Aníbal, su hijo, ante las insistentes peticiones de su padre, optó por preferir la muerte a dejar de medir sus fuerzas contra los Romanos.

---

353 «Ni Polibio ni Apiano dicen nada de esta calumnia dirigida contra Amílcar», anota Monginot a este pasaje, después de advertir que sí se hizo luego eco de ella Livio (XXI 2 y 3).

354 Tal vez se trate de una magistratura cartaginesa más o menos semejante a la de censor en Roma.

355 Pueblo que habitaba una zona de la Lusitania comprendida entre el Duero y el Tajo, cuya capital era la actual Salamanca.

XXIII

ANÍBAL

SINOPSIS

1. Juventud de Aníbal. — 2. Infunde en Filipo el deseo de luchar contra Roma. Aníbal con Antíoco. Aníbal jura odio eterno a los romanos. — 3. La toma de Sagunto. El paso de los Alpes. — 4. Batallas de Tesino, Trebia y Trasimeno. — 5. Muerte de Sempronio Graco y Marcelo. — 6. Aníbal es llamado a Cartago. La derrota de Zama. — 7. Su destierro y luchas finales. — 8. Trata de sublevar a Cartago contra Roma. Muere Magón. Batalla contra los rodios. — 9. Se refugia en Creta. Estratagema para salvar sus tesoros. — 10. Aníbal con Prusias. — 11. La trampa de las serpientes en su lucha contra Eumenes. — 12. Muerte de Aníbal. — 13. Fecha de su muerte. Su deseo de cultura. Con él se acaba las «Vidas de los grandes generales de las naciones extranjeras».

Juventud de Aníbal

Aníbal, hijo de Amílcar, cartaginés. 1
Si es verdad, lo que nadie duda, [que el pueblo romano superó en valor a todos los pueblos], tampoco hay que dudar que Aníbal sobresalió por encima de los demás generales en talento militar tanto cuanto Roma aventajó en valor a todos los pueblos juntos. En efecto, cuantas veces luchó con él en Italia otras 2

tantas salió victorioso. Y, de no haber sido porque la envidia de sus propios conciudadanos[356] había resquebrajado su poder, se podía pensar que hubiera terminado por vencer definitivamente a los romanos. Pero la envidia de muchos terminó por vencer el valor de uno
3 solo. Mas él, que había guardado, como si de una herencia de su padre se tratara, odio a los romanos, lo conservó de tal manera que le duró hasta su muerte: así, expulsado de su patria, y teniendo que pedir ayuda extranjera, no abandonó nunca la idea de luchar contra los romanos.

Infunde en Filipo el deseo de luchar contra Roma. Aníbal con Antíoco. Su juramento de odio a Roma

2 Con excepción de Filipo[357], a quien —sin relación personal con él— convirtió en enemigo de los romanos, en aquel tiempo no hubo rey tan poderoso como Antíoco[358]. Infundió en él un deseo tan grande de lucha que intentó hacer la guerra a Italia desde el mar Rojo[359].
2 Habiendo llegado a él legados romanos con la intención de averiguar sus propósitos y lograr que, mediante secretas conversaciones Antíoco sospechase de Aníbal —cual si ellos lo habían sobornado—, logrando que cambiara de opinión, consiguieron lo que pretendían. Aníbal se enteró de todo y, habiéndose dado cuenta de que se le tenía al margen de las deliberaciones más re-
3 servadas, en un momento propicio acudió al rey y,

---

[356] Sin duda alude aquí Nepote a la rivalidad de Hannón contra Aníbal, quien trató de inutilizar todos los esfuerzos del general cartaginés contra Roma.

[357] Filipo III, padre de Perseo, que se alió con Aníbal tras la batalla de Cannas.

[358] Antíoco III el Grande.

[359] Tal vez no debamos entender concretamente lo que hoy se denomina con el nombre de «Mar rojo». Primitivamente se designaba con esta denominación toda la zona de mar que se extendía al sur de Asia hasta las costas africanas, abarcando por lo tanto el mar de la India, el golfo Pérsico y lo que hoy entendemos por mar Rojo.

recordándole las muchas pruebas de fidelidad y su odio
hacia los romanos, le dijo: «Mi padre Amílcar, cuando
era yo un niño de no más de nueve años, al salir de
Cartago para dirigirse a España como general, inmoló
víctimas a Júpiter Óptimo Máximo[360]; y, mientras ha- 4
cía estos sacrificios, me preguntó si quería ir con él a
la guerra. Al decirle yo que sí iba con mucho gusto y
rogarle que no dudara en llevarme, él me contestó: 'Es-
tá bien, irás, si me juras lo que te voy a pedir'. Al mo-
mento me llevó junto al altar ante el que estaba hacien-
do el sacrificio, y ordenando que se fueran los demás,
con la mano puesta sobre el mismo me hizo jurar que
jamás firmaría una paz con Roma. Este juramento, que 5
hice a mi padre, lo he venido guardando hasta el mo-
mento, por lo que nadie tiene derecho a dudar de que
no lo haya de seguir cumpliendo en el futuro. Por ello, 6
si abrigas en tu mente algún sentimiento de amistad ha-
cia los romanos, bueno sería, si me lo ocultaras; pero
si, por el contrario, tienes intención de atacarles, come-
terías un grave error si no me pusieres a mí al mando
de esta empresa».

La toma de Sagunto. El paso de los Alpes

Marchó, pues, a la edad que ya he 3
dicho antes, con su padre a España y,
a la muerte de éste, tomó el mando
supremo Asdrúbal, quedando él al
frente de toda la caballería. Después
del asesinato de Asdrúbal pasó a sus manos el mando
absoluto del ejército. Esto se comunicó a Cartago, sien-
do aprobado por decreto oficial. De este modo fue có- 2
mo Aníbal llegó a ser el jefe supremo sin haber cumpli-
do todavía los veinticinco años de edad, sometiendo en
los tres años siguientes a todos los pueblos de España:

[360] El tal Júpiter no es otra cosa que una transposición de la principal divinidad cartaginesa, el dios Baal, también llamado Moloc, en versión paralela con la principal de los romanos.

tomó por asalto a Sagunto[361], que era aliada de Roma,
3 y organizó tres potentísimos ejércitos. Uno de ellos lo envió a África, otro lo dejó en España con su hermano Asdrúbal y el tercero se lo llevó consigo a Italia. Atravesó los Pirineos. Por dondequiera que iba, luchó contra los habitantes del lugar, venciéndolos a todos.
4 Después de llegar al pie de los Alpes, montes que antes de él nadie[362] había conseguido atravesar, con excepción del Hércules griego (por lo que estos montes se llaman hoy «Montes Griegos»), y que separan a Italia de la Galia, destrozó a los pueblos alpinos que trataban de cerrarle el paso, abrió caminos, preparó rutas para conseguir pasar un elefante equipado por donde antes un solo hombre, incluso sin armas, no había podido pasar arrastrándose[363]. Logró hacer pasar a sus tropas por ahí hasta llegar a Italia.

Batallas de Tesino, Trebia y Trasimeno

4 Había luchado ya junto al Ródano con el cónsul Publio Cornelio Escipión, a quien había obligado a huir. Se enfrentó también con el mismo Cornelio en Clastidio[364], cerca del río
2 Po, de donde (Escipión) salió herido y fugitivo. Por tercera vez el mismo Escipión, en unión ahora de su cole-

[361] Mediante el tratado del Ebro, firmado por Roma con Asdrúbal, se garantizaba la independencia de la ciudad de Sagunto, de donde se infiere el quebrantamiento por parte de Aníbal de dicho tratado. La realidad era que Aníbal no desaprovechaba cualquier coyuntura que se le presentara para atacar a Roma.

[362] Sin duda nuestro autor una vez más exagera, si bien hay que admitir que esto ha sido siempre la teoría generalizada. Así Polibio (III, 48) dice que los galos habían atravesado los Alpes con gran número de soldados en sus expediciones contra Italia.

[363] En torno a esta hazaña, cf. Polibio, III 55 y sigs., y Tito Livio, XXI 36 y 37.

[364] Parece ser que Cornelio comete una vez más un error, ya que no es en la ciudad de Clastidio donde se da la batalla de Tesino, sino al norte del río Po.

ga T. Longo[365], se enfrentó con él junto a Trebia. Entabló combate con ambos y los venció. Después atravesó los Apeninos a través de Liguria, en dirección a Etruria.

3 Durante este trayecto se vio tan afectado de una enfermedad ocular, que desde ese momento no volvió a ver perfectamente con su ojo derecho. Seguía aún aquejado de esta dolencia en la vista, teniendo que ser llevado por ello en una litera, cuando dio muerte al cónsul G. Flaminio, que había quedado bloqueado por una trampa suya en Trasimeno junto con su ejército, y poco después hizo otro tanto con el pretor[366] G. Centenio, que con un numeroso ejército ocupaba el desfiladero.
Después se dirigió a Apulia. Allí salieron a su encuentro 4
los dos cónsules: Gayo Terencio y Lucio Paulo. En un solo combate[367] hizo huir a los ejércitos de ambos; fue muerto el cónsul Paulo y algunos otros consulares, entre los que se encontraba Gneo Servilio Gémino, que había sido cónsul el año anterior.

Muerte de Sempronio Graco y Marcelo

Tras esta batalla se dirigió a Roma 5
sin que nadie le opusiera resistencia alguna. Se detuvo en las montañas cercanas a la ciudad. Había establecido allí su campamento durante algunos días y se disponía a marchar de vuelta a Capua, cuando Quinto Fabio Máximo, dictador[368] romano, le
hizo frente en la llanura de Falerno. A pesar de encon- 2

---

365 Segun Tito Livio y Polibio, parece ser que Escipión no llegó a tomar parte en la batalla de Trebia, sino sólo Tiberio Sempronio Longo. (Cf. Tito Livio, XXII 12 y 13).

366 Tito Livio (XXII 8) dice que era propretor y no pretor, como quiere Cornelio.

367 La célebre batalla de Cannas.

368 Nótese el anacronismo en que incurre Cornelio: la dictadura se le concedió a Quinto Fabio con anterioridad a la batalla de Cannas.

trarse encerrado en un desfiladero, salió de allí durante la noche sin daño alguno para su ejército, engañando a Fabio, aun siendo un general tan astuto: amparado en la oscuridad de la noche prendió fuego a unos sarmientos previamente atados a los cuernos de unos novillos, soltando después una gran manada de éstos desparramados por todas partes. A la vista de este espectáculo repentino se produjo tal pánico en el ejército de los romanos que nadie se atrevió a salir de sus defensas.

3 Pocos días después de esta hazaña, obligó a huir a Marco Minucio Rufo —jefe de la caballería, dotado de un poder igual al del dictador— tras haberle obligado a entrar en combate con engaño. A Tiberio Sempronio Graco —cónsul por segunda vez—, en Lucina, sin que Aníbal se encontrara allí, le derrotó tras haberle hecho caer en una emboscada. A Marco Claudio Marcelo, cónsul por quinta vez, le mató de semejante manera cerca
4 de Venusia. Sería prolijo enumerar todas sus batallas. Bastará con aludir a una sola cosa, de la que fácilmente puede deducirse cuán grande fue aquel hombre: mientras permaneció en Italia no hubo quien se le resistiera en el campo de combate y, tras la batalla de Cannas, nadie osó colocar su campamento frente a él en terreno llano.

Es llamado a Cartago. La derrota de Zama

6 Después fue de nuevo llamado para defender a su patria sin haber sufrido hasta el momento derrota alguna: hizo la guerra contra P. Escipión, hijo de aquel Escipión a quien puso en fuga por primera vez cerca del Ródano, por segunda
2 vez en el Po y por tercera vez en Trebia. Encontrándose su patria exhausta, trató de conseguir por el momento una suspensión de las hostilidades con el fin de volver con más bríos al combate. Celebraron una entrevista
3 sin llegar a un acuerdo. Tras estas conversaciones fra-

casadas, pocos días después luchó con él en Zama: fue vencido y en dos días y dos noches (cosa increíble) llegó a Hadrumeto[369], distante de Zama casi trescientas millas. En esta huida los númidas, que junto con él habían 4
escapado del campo de batalla, tramaron contra él una emboscada, pero logró esquivarlos y, lo que es más, los derrotó. Congregó en Hadrumeto a los que le quedaban de la huida, reuniendo en pocos días con nuevas levas un gran número de hombres.

Su destierro y luchas finales

Cuando estaba totalmente entregado a los preparativos, los cartagineses 7
firmaron la paz con los romanos. Pero él, a pesar de ello, siguió en lo sucesivo al frente de su ejército y libró batallas en África [y otro tanto hizo su hermano Magón], guerra que duró hasta el consulado de P. Sulpicio y G. Aurelio. Durante la magistratura de éstos llegaron a 2
Roma legados cartagineses para mostrar al pueblo romano y al Senado su agradecimiento por haber firmado la paz con ellos, haciéndoles ofrenda de una corona de oro por este motivo y rogándoles al mismo tiempo que los rehenes cartagineses se quedaran en Fregelli, pero que los prisioneros se los devolvieran. A estas peticio- 3
nes se les respondió mediante un senadoconsulto: que agradecidos aceptaban el regalo; que los rehenes se quedarían donde ellos lo habían solicitado, pero que no pensaban devolver a los cautivos por cuanto que Aníbal, por cuya causa se había originado la guerra y que además era el peor de los enemigos de Roma, seguía ostentando el sumo poder de las tropas lo mismo que su hermano Magón. Cuando los cartagineses oyeron es- 4
ta respuesta hicieron venir a Cartago a Aníbal y a Magón. Cuando llegó allí fue nombrado rey después de ha-

[369] Ciudad al este de Zama y al sur de Cartago.

ber sido general[370] durante veintidós años; pues así como en Roma se nombraban dos cónsules cada año, en Cartago eran dos reyes[371] con poder anual.

5 En el ejercicio de esta magistratura Aníbal hizo gala de la misma capacidad de acción de que había hecho en la guerra. Así, imponiendo nuevos tributos, consiguió no solo que hubiera dinero suficiente para abonar a Roma el dinero que se le debía de los tratados de paz, sino que quedaran remanentes para subsanar en parte el erario público.

6 Luego, al año siguiente [de la pretura], siendo cónsules M. Claudio y L. Furio, llegaron de Roma a Cartago unos legados; Aníbal, pensando que había llegado con el fin de llevárselo, antes de que el senado los recibiera, embarcó a escondidas y se dirigió a Siria a refugiarse
7 junto a Antíoco. Cuando los cartagineses se enteraron de esto enviaron dos naves para detenerle, en caso de que les fuera posible darle alcance; procedieron a la confiscación de sus bienes y arrasaron su casa, considerándole desde entonces como un exiliado[372].

Trata de sublevar a Cartago contra Roma. Muere Magón. Batalla contra los rodios

8 Pero Aníbal, tres años después de haber huido de su patria, durante el consulado de L. Cornelio y Q. Minucio, llegó con cinco naves a África, cerca de Cirene, con la intención de hacer entrar a los cartagineses en la guerra, valiéndose de la confianza que les inspiraba Antíoco, a quien ya

[370] Justino afirma que había sido nombrado cónsul; no obstante la magistratura concedida debería ser de carácter civil más que militar; posiblemente una magistratura, la más elevada que se concediera en Cartago.

[371] Estos reyes recibían entre los cartagineses el nombre de *sufetas*.

[372] Supongo al lector ya habituado a ingratitudes de esta naturaleza: raro fue el general ateniense, espartano o beocio que no acabara soportando la acusación de ser traidor a su patria. No menos ocurría en Roma, y Cartago no iba a ser una excepción.

había convencido para que marchara con sus tropas contra Italia. Hizo que su hermano Magón se dirigiera 2
allí. Cuando los cartagineses se enteraron de esto, castigaron a Magón con la misma pena que a su hermano, pero en su ausencia. Ellos, ante una situación tan desesperada, se hicieron a la mar y, a velas desplegadas, Aníbal volvió con Antíoco. Hay dos versiones distintas sobre la muerte de Magón: unos escribieron que murió [373] en un naufragio, mientras otros que fue asesinado por sus propios esclavos.

Por lo que toca a Antíoco, si hubiera seguido los 3
consejos de Aníbal en la energía desplegada en la guerra como lo hizo a la hora de decidirse a emprenderla, hubiera luchado por el dominio absoluto más cerca del Tíber que de las Termópilas. Aunque Aníbal era consciente de que las empresas de Antíoco eran muchas veces insensatas, no obstante no lo abandonó en ninguna de ellas. Se puso al frente de unas pocas naves, que se 4
le había ordenado condujera de Siria a Asia, con las que entabló un combate contra la flota de los rodios en el mar de Panfilia. Aunque en él [374] los suyos se vieron superados por el gran número de enemigos, no obstante él, en el flanco en que luchó, salió victorioso.

Se refugia en Creta. Estratagema para salvar sus tesoros

Tras la huida de Antíoco, temeroso 9
Aníbal de ser entregado, cosa que con toda certeza hubiera sucedido, de haberse dejado sorprender, se dirigió a Creta, concretamente a Gortina, para
decidir allí dónde iba a refugiarse. Aquel hombre, el 2
más astuto de todos, se dio cuenta enseguida del riesgo

[373] El *zeugma* me ha obligado a sobreentender «murió en un naufragio», ya que el verbo *interfectum* no conviene nada más que al ablativo *a seruis*, pues la expresión *interfici naufragio* es inadmisible.

[374] No veo necesidad ninguna de la adición propuesta por Guillemin, *certamine*. La referencia del relativo *quo* es tan clara que Nepote no tenía por qué acompañarlo de ninguna determinación especial.

que correría si no tomaba precauciones contra la codicia de los cretenses; pues llevaba consigo gran cantidad de dinero y era conocedor de que la gente lo sabía. Por
3 ello decidió hacer lo siguiente: echó plomo en un gran número de ánforas y terminó de llenar la parte superior de ellas con oro y plata. Luego, en presencia de hombres importantes, las depositó en el templo de Diana [375], fingiendo que ponía todos su bienes bajo la tutela de todos aquéllos. Tras haberlos engañado, llenó unas estatuas de bronce, que llevaba consigo, con todas sus riquezas, colocándolas después en el patio de su casa.

4 Los de Gortina guardaban con mucho celo el templo, no tanto para impedir que los demás lo robaran, cuanto en evitación de que el propio Aníbal cogiera sin ellos saberlo el tesoro y se lo llevase.

Aníbal con Prusias

10 Habiendo conseguido salvar de esta manera sus bienes y burlarse de los cretenses todos, el cartaginés se dirigió al Ponto, refugiándose en la corte de Prusias. Ante éste se mostró con las mismas ideas e intenciones hacia Italia, no procurando sino que se armase y atacara a los romanos.
2 Viendo que éste no era lo suficientemente fuerte con sus recursos propios, se aliaba con los demás reyes y se ganaba para su causa a los pueblos más belicosos.

Se encontraba enfrentado con él Eumenes, rey de Pérgamo, que era gran amigo de los romanos, y lucha-
3 ban tanto por mar como por tierra. Pero en ambos frentes las fuerzas de Eumenes eran superiores gracias a su alianza con los romanos, por lo que el mayor deseo

---

375 Los templos solían servir en la antigüedad como lugares seguros en los que conservar, sin miedo a los ladrones, los tesoros y riquezas particulares.

de Aníbal era vencer a aquél, (pensando) que si conse-
guía hacerle desaparecer, las demás dificultades serían
de fácil solución. Para matarle maquinó lo siguiente:
a los pocos días se había de entablar una batalla naval; 4
(Eumenes) le aventajaba en el número de naves; tenía,
pues, que luchar a base de alguna estratagema dolosa,
ya que había desigualdad en las fuerzas. Dio orden de
que se hicieran con el mayor número de serpientes ve-
nenosas que pudieran coger vivas y las metieran en va-
sijas de barro. Habiendo reunido un gran número de 5
estas serpientes [376], el mismo día en que iba a tener
lugar el combate naval congrega a los soldados de su
flota y les da la orden de atacar todos a una sólo a la
nave del rey Eumenes, y en cuanto a las demás debe-
rían limitarse tan sólo a defenderse de ellas, lo que po-
drían conseguir con cierta facilidad gracias al gran nú-
mero de serpientes. Él les haría saber cuál era la nave 6
en la que estaba el rey; les promete recompensarlos con
esplendidez si lograban cogerle prisionero o matarle.

La trampa de las serpientes en su lucha contra Eumenes

Terminada su alocución a los sol- 11
dados, ambas flotas se aprestan al
combate. Dispuestas en orden de ba-
talla, y antes de darse la señal de lu-
cha, Aníbal, para que sus soldados pu-
dieran saber cuál era la nave en la que estaba Eume-
nes, envió a un mensajero en una barquilla portando
el «caduceo» [377]. Cuando se aproximó a las naves ene- 2
migas, les enseñó una carta y les dijo que quería ver
al rey, siendo al momento llevado a presencia de Eume-
nes, pues todos creían que en la carta se contenían pro-

[376] Si todos los manuscritos dan *harum*, como también Guillemin, no creo que el deíctico pueda referirse a *uasa fictilia*, que es neutro, sino a *serpentes*.

[377] El caduceo era como un bastón de madera con dos serpientes entrelazadas en su parte superior y constituía el símbolo de Mercurio.

posiciones de paz. El mensajero, una vez conseguido el propósito de descubrir a los suyos cuál era la nave del rey, tornó al lugar de donde había partido.

3 Eumenes, al abrir la carta, no encontró en ella otra cosa que no fuera sino ridículas burlas contra su persona. Aunque estaba asombrado porque no entendía ni encontraba los motivos de tales burlas, sin embargo no dudó en dar comienzo inmediato al combate.

4 Comenzada la batalla, los bitinios, conforme a las órdenes recibidas de Aníbal, se arrojaron todos juntos contra la nave de Eumenes. El rey, al no poder repeler la violencia de este ataque, trató de salvarse huyendo, cosa que no hubiera podido conseguir de no haberse refugiado en las defensas que tenía situadas en las pro-
5 ximidades de la costa. El resto de la flota pérgama estaba ya a punto de cerrar la salida a las naves enemigas, cuando de repente comenzaron a caer sobre las naves de Pérgamo una lluvia de vasos de barro, de los que antes he hablado; al principio esto provocó la hilaridad entre los marineros, pues no podían comprender a qué
6 venía aquello. Pero, cuando vieron que sus naves estaban plagadas de serpientes, aterrados por lo imprevisto del fenómeno, y al no saber de qué era de lo que tenían que defenderse en primer lugar, hicieron virar sus naves y se dirigieron hacia los diques.

7 De esta manera Aníbal, con su astucia, venció la supremacía de la flota de Pérgamo; y no sólo en esta ocasión, sino en otras muchas, valiéndose de semejantes estratagemas venció a sus enemigos con sus tropas de tierra.

Muerte de Aníbal

Mientras esto estaba sucediendo 12
en Asia, acaeció que por pura casualidad los embajadores de Prusias en Roma fueron invitados a cenar en casa de T. Quintio Flaminino [378], consular, y que durante la cena se hablara de Aníbal, diciendo uno de ellos que Aníbal se encontraba a la sazón
en el reino de Prusias. Al día siguiente Flaminino infor- 2
mó de esto al Senado. Los senadores, conscientes de que mientras viviera Aníbal jamás se verían libres de alguna estratagema suya, enviaron legados a Bitinia, entre los que se encontraba Flaminino, para pedir al rey que no retuviera consigo a un hombre, el más acé-
rrimo enemigo de Roma, y que se lo entregara. Prusias 3
no se atrevió a negárselo, pero se opuso a que le pidieran que fuera él mismo el que lo hiciera, ya que esto iba en contra del deber de hospitalidad: así, pues, deberían ser ellos mismos los que le prendieran, si es que podían: no les sería difícil encontrar el lugar en que vivía. Aníbal no tenía para vivir nada más que una casa, que era una fortaleza que el rey le había regalado y que él había reformado de modo tal, que había salidas libres por todas partes de la misma, pues temía que ocurriera lo que en realidad ocurrió.

Cuando los legados de los romanos llegaron a ella, 4
la rodearon con una gran cantidad de soldados; y un esclavo, que acechaba desde la puerta, le dijo a Aníbal que allí había más soldados armados de lo que era habitual. Aníbal le ordenó que fuera dándole la vuelta al edificio, inspeccionando todas las puertas, y le dijera inmediatamente si todas ellas se encontraban asedia-
das. Como el esclavo le dijera lo que sucedía y le hicie- 5

---

[378] Debe tratarse de un hermano de Tito Quintio Flaminino, el vencedor de Filipo en Cinoscéfalo y que fue precisamente, según todos los testimonios históricos, al que el Senado había enviado a Asia.

ra saber que todas las salidas estaban vigiladas. Aníbal entendió que aquello no era por casualidad, sino que iban en busca suya y que sus días parecían estar contados. No queriendo morir a manos de nadie, y teniendo presente en ese momento el recuerdo de su viejo valor, se tomó un veneno [379] que solía llevar siempre consigo.

Fecha de su muerte. Su deseo de cultura

13 De tal modo este hombre, el más valeroso de todos, tras haber sufrido innumerables y muy diversas penalidades, descansó al fin a los setenta años de edad. Durante qué consulado ocurrió su muerte no hay unidad de criterios. Ático dejó escrito en sus *Anales* que murió durante el consulado de M. Claudio Marcelo y Quinto Fabio Labeón, mientras que Polibio sitúa su muerte en el consulado de L. Emilio Paulo y Gneo Bebio Tánfilo, y, por último, Sulpicio [380] Blitón en el de Publio Cornelio Cetego y M. Bebio Tánfilo.

2 Y es el caso que este hombre tan grande, cuya vida estuvo encadenada a guerras tan importantes, tuvo aún tiempo para dedicarse al cultivo de las letras: hay en efecto algunos libros suyos, escritos en griego, entre ellos el dirigido a los rodios y que trata de las hazañas
3 de Gneo Manlio Volso en Asia. Sus hechos de armas los han contado muchos historiadores, entre ellos dos que fueron compañeros suyos en su campamento y vivieron con él durante el tiempo que su suerte se lo permitió, Sileno y el espartano Sósilo. Precisamente a este Sósilo le tuvo Aníbal como maestro de lengua griega.

---

379 Es sabido que este veneno solía llevarlo Aníbal escondido en un anillo.

380 Extraño personaje este tal Sulpicio y de difícil identificación. Podría tratarse de Sulpicio Galba, mencionado por Suetonio. Cicerón en su *Brutus* (XX) habla de otro Sulpicio Galo, orador.

Pero ya ha llegado el momento de terminar este libro y de exponer ahora la vida de los generales romanos, para, comparando los hechos de éstos con los de los generales extranjeros, poder juzgar más fácilmente a cuáles de ellos debemos dar nuestras preferencias. 4

EXTRACTO DEL LIBRO DE CORNELIO NEPOTE SOBRE LOS HISTORIADORES LATINOS

XXIV

CATÓN

SINOPSIS

1. Juventud de Catón. Las primeras magistraturas. — 2. Recibe el gobierno de la España Citerior. La censura de Catón. — 3. Elogio de Catón. Su cultura y obras literarias.

Juventud de Catón. Primeras magistraturas

1 Marco Catón, nacido en el municipio[381] de Túsculo[382], durante su juventud y antes de dedicarse a la carrera de las magistraturas vivió en Sabinia[383], pues tenía allí propiedades que le había dejado su padre. Desde Sabinia, por consejo de Lucio Valerio Flaco, que fue colega suyo en el consulado y en la censura —hecho al que solía aludir frecuentemente el antiguo censor M. Perpena—, pasó

381 Estos municipios tenían la facultad de gobernarse por sí mismos y sus habitantes gozaban del derecho de ciudadanía romana.

382 Ciudad del Lacio, situada al sudeste de esta región, famosa entre otras cosas por ser el lugar al que Cicerón se retiró tras la victoria de César, y en el que escribió sus célebres *Tusculanas*.

383 Región situada entre la Umbría y el Piceno, que ya desde los orígenes de Roma estuvo en luchas con los latinos.

a Roma, dando comienzo a su actividad política en el Foro.

2 Su primer servicio militar lo hizo a la edad de diecisiete años durante el consulado de Q. Fabio y Marco Claudio. Fue tribuno militar en Sicilia. De vuelta de Sicilia, acompañó en sus campañas militares a Gayo Claudio Nerón, siendo muy notoria su actuación en la batalla de Siena [384], en la que perdió la vida Asdrúbal,
3 hermano de Aníbal. La suerte quiso que su cuestura coincidiera con el consulado de Publio el Africano, y la convivencia entre ambos no fue como lo exigían las necesarias relaciones que debía haber entre ellos, ya que sus sistemas de vida estuvieron siempre en continua oposición [385]. Fue nombrado edil de la plebe [386]
4 junto con Gayo Helvio. Como pretor estuvo al frente de la provincia de Cerdeña, de donde, —al salir de África, en la que el año antes había sido cuestor—, había llevado consigo (a Roma) al poeta Quinto Ennio [387], hecho éste que estimamos fue de tanta importancia, a nuestro juicio, como podría haber sido cualquier gran triunfo obtenido en Cerdeña.

---

384 Esta batalla, dada por los cónsules Livio Salinator y Claudio Nerón, y que se libró en Siena, ciudad umbra, se conoce históricamente con el nombre de batalla del Metauro.

385 Es conocida la enemistad ancestral entre Escipión y el gran Censor: la austeridad y severidad del Censor chocaba continuamente con la vida un tanto licenciosa y despilfarradora de Escipión.

386 Los ediles de la plebe vinieron a descargar un poco a los tribunos de la plebe de sus muchas funciones: a su cargo estaba el cuidado de los edificios públicos, encargándose igualmente de la celebración de los juegos públicos. Venían a ser algo así como la policía municipal de nuestros días.

387 El más famoso de todos los poetas romanos de los siglos III y II antes de Cristo. No era romano ni tan siquiera latino; había nacido en Rudias, en la región de Mesapia o Yapigia, en la llamada «terra d'Otranto». Fue el primer poeta latino que usó el hexámetro dactílico. Tras su muerte, mereció ser enterrado en el mausoleo de los Escipiones.

Recibe el gobierno de la España Citerior. La censura de Catón

Desempeñó el consulado con Lucio 2
Valerio Flaco, tocándole en suerte la provincia de Hispania Citerior: su gestión en ella le valió la celebración de un triunfo. Publio Escipión el Afri- 2
cano, que a la sazón ostentaba el consulado por segunda vez, al ver que Catón, que había sido cuestor durante su primer consulado, permanecía allí demasiado tiempo, quiso expulsarlo de la provincia para ponerse él en su lugar, cosa que no pudo conseguir ni siquiera por medio del senado, a pesar de que Escipión desempeñaba uno de los principales papeles en la República; pero por entonces el gobierno del Estado se basaba no en el poder sino en la justicia. Esto desencadenó las iras de Escipión quien, una vez cumplido su consulado, se quedó en Roma como un ciudadano particular.

Catón, nombrado censor junto con Flaco, de quien 3
ya hemos hablado antes, ejerció esta magistratura con toda severidad. Así, tomó rigurosas medidas contra muchos personajes de la nobleza, introdujo muchas novedades en su edicto para reprimir el lujo [388] que empezaba ya a tomar incremento. Durante sus casi ochenta 4
años de vida, y ya desde su juventud, hasta los últimos momentos de su existencia, no dejó de sufrir muchas enemistades por la defensa de los intereses de la República. Sometido a proceso muchas veces, no sólo su estima no se vio mermada, sino que, mientras vivió, fue progresivamente creciendo la alabanza por sus virtudes.

---

[388] Fue famoso su discurso en defensa de la *Ley Opia*, contra el lujo de las matronas romanas y que provocó una de las primeras manifestaciones feministas de la historia.

Elogio de Catón. Su cultura y obras literarias

3 Desplegó una actividad sin igual en todas las facetas de la vida: fue un hábil labrador [389], político experimentado, un profundo conocedor del derecho, un gran general, un orador en-
2 comiable [390] y aficionadísimo a la literatura. Entregado, aunque ya en su vejez, al estudio de las letras, progresó en él tanto, que difícilmente podía encontrarse nada, referente bien a Grecia [391] o a Roma, que él ig-
3 norara. Ya desde su juventud escribió discursos. En su vejez se dedicó a escribir historias, de las que compuso siete libros: el primero narra la historia de los reyes de Roma, el segundo y el tercero el origen de todos los pueblos itálicos: de ahí parece que designó a su obra con el nombre de *Orígenes*. En el cuarto trata de la pri-
4 mera guerra púnica y en el quinto de la segunda. Todo se narra de una manera sucinta. El resto de las guerras las historió de igual modo hasta los tiempos de la pretura de Servio Galba, que fue el que saqueó la Lusitania; pero en todas estas guerras se abstuvo de dar los nombres de los generales, sino que narró los hechos sin dar nombre alguno.

En estos mismos libros de sus historias contó cuanto sucedió y cuanto creyó digno de admiración tanto en Italia como en España; demostró en toda su obra una gran capacidad de trabajo y gran esmero, pero no una gran cultura.

---

[389] Escribió un tratado de agricultura, que dedicó a su hijo.

[390] Cicerón lo considera como el mejor orador de su tiempo, atribuyéndole la friolera de más de ciento cincuenta discursos, algunos de los cuales los solía terminar con aquella expresión terrible de «Creo, padres de la patria, que Cartago debe ser destruida».

[391] A pesar de sus conocimientos de las letras griegas, como dice Nepote, conocida es de todos su tan controvertida y polémica helenofobia, que le llevó a exageraciones inadmisibles en un hombre de tal talante y prestigio.

Sobre su vida y modos de ser me extendí más ampliamente en aquel libro que sobre él escribí a ruegos de Tito Pomponio Ático; en consecuencia, a los que tengan afición a Catón, los remito a este libro.

XXV

ÁTICO

SINOPSIS

1. Ascendencia de Ático. Su educación. — 2. Se retira a vivir a Atenas. Su liberalidad para con los atenienses. — 3. Su mayor honor: haber nacido en Roma. — 4. Vuelta a Roma. — 5. Ático hereda de su tío Cecilio. Amistad con Cicerón y Hortensio. — 6. Se desentiende de los problemas políticos, así como de los honores que le ofrecen. — 7. Se abstiene de participar de ningún modo en la guerra civil. — 8. Rechaza las pretensiones de los asesinos de César. — 9. Generosidad de Ático con personajes importantes de Roma. — 10. Se libra de las proscripciones de Marco Antonio. — 11. Su generosidad hacia los proscritos. — 12. Matrimonio de Agripa con la hija de Ático. Sigue el relato de las ayudas prestadas por Ático. — 13. Relaciones y asuntos domésticos. La administración de la casa. — 14. Ático hace un buen uso de su fortuna. — 15. Su sentido de la responsabilidad y la fidelidad a sus promesas. — 16. Su amistad con Cicerón. — 17. Las relaciones de Ático con su madre y su hermana. — 18. Su actividad literaria. — 19. Su intimidad con César Octaviano. — 20. Relaciones íntimas con Augusto y Marco Antonio. — 21. Enfermedad. — 22. Muerte. Sus funerales.

Origen de Ático. Su educación

Tito Pomponio Ático, descendiente de la más rancia estirpe romana[392], ostentó de por vida la dignidad ecuestre heredada de sus antepasados. 1

Su padre fue un buen administrador de la hacienda familiar y rico —si se tienen en cuenta las circunstancias de su época—, y muy versado en el cultivo de las letras. En la medida que él era aficionado a las artes liberales, trató de instruir a su hijo en aquellas disciplinas a las que una persona debe dedicarse en su niñez. 2

Además el niño tenía de por sí facilidad para aprender y una gran suavidad en la pronunciación de las palabras y en el timbre de su voz, hasta el punto de que no sólo comprendía de momento lo que se le enseñaba, sino que, una vez aprendido, lo expresaba con perfecta dicción. Por lo que ya desde su niñez era famoso entre los niños de su misma edad, y sobresalía tanto como para que sus condiscípulos, de familias nobles, pudieran aceptarlo con ecuanimidad. 3

Por eso trataban de emularlo todos; en el número de sus émulos se encontraron Lucio Torcuato[393], Gayo Mario el hijo, y Marco Cicerón; a todos ellos los cautivó con su dulzura de modo tal, que ninguno de ellos tuvo durante su vida a nadie a quien quisieran tanto como a él. 4

---

392 Parece ser que el sobrenombre de Ático le sobrevino por su larga estancia en Atenas.

393 Debe referirse a Lucio Manlio Torcuato, que fue pretor el año 49 y partidario de Pompeyo.

2 *Se retira a vivir a Atenas. Su liberalidad para con los atenienses*

Su padre murió prematuramente. Él mismo, siendo aún jovencito, por su parentesco con Publio Sulpicio [394], que fue asesinado siendo tribuno de la plebe, no se vio libre de aquel peligro, pues Anicia, prima hermana de Pomponio, se había casado con Servio, hermano de Sulpicio.

2 Así, tras el asesinato de Sulpicio, cuando se dio cuenta de que la revuelta de Cinna [395] había provocado en Roma una gran perturbación y que no le iba a ser posible por su categoría de caballero romano vivir de acuerdo con la misma sin chocar con uno de los dos partidos, que habían llevado la desunión entre los ciudadanos, pues unos eran partidarios de Sila [396] y otros de Cinna, creyendo que era el momento oportuno para dedicarse de lleno a sus aficiones, marchó a Atenas. Ello no obstante, ayudó al joven Mario [397], que había sido declarado enemigo de la República, facilitándole dinero para su huida.

3 Para no causar con su ausencia detrimento alguno a su hacienda familiar, se llevó consigo gran parte de sus bienes.

Allí vivió rodeado del afecto de todos los atenienses,
4 que se ganó merecidamente. La causa de ese afecto estribaba no sólo en el conjunto de sus cualidades, que ya en su juventud eran numerosas, sino también en el hecho de ayudar con su dinero a la escasez de recursos

---

394 El célebre tribuno de la plebe, partidario de Mario, y que terminaría siendo uno de los proscritos por Sila.

395 Era suegro de César y defensor del partido demócrata. Murió durante un tumulto que se formó con motivo de los funerales de César.

396 Célebre dictador de Roma nacido el año 138 a. C., caudillo del partido aristocrático, opuesto al de los demócratas, capitaneados por Mario, a cuyas órdenes había luchado en la guerra de Jugurta.

397 Se trata de Mario, hijo adoptivo del gran Mario. Murió dejándose matar por uno de sus oficiales al ver que no podía defender contra Sila la ciudad de Preneste.

del erario de los atenienses. Cuando el Estado tenía necesidad de tomar dinero prestado a crédito y no encontraba quién se lo prestara en condiciones justas, él intercedía en la operación, de manera que jamás consintió en aceptar un interés excesivo ni demorar el vencimiento del préstamo más tiempo de lo que se había convenido.

Ambas cosas beneficiaban a los atenienses: pues, re- 5
clamando lo que se le debía a su tiempo, conseguía que la deuda no se fuera haciendo vieja, lo que hacía al mismo tiempo que ésta no fuera en aumento por la multiplicación de los intereses.

Y no fue éste el único servicio prestado, sino que 6
añadió otro rasgo de generosidad: entregó a todos trigo, de manera que cada uno recibiera seis modios, medida ésta que entre los atenienses recibe el nombre de *medimno*[398].

Su mayor honor: haber nacido en Roma

Su comportamiento le hacía apare- 3
cer humilde entre los más humildes y uno más entre los importantes. Por ello el Estado ateniense le otorgó todos los honores que podía, e incluso trató de concederle el derecho de ciudadanía ateniense, pero él no lo aceptó, porque podría interpretarse que se pierde la ciudadanía romana cuando se ha adquirido la de otra ciudad.

Durante el tiempo que permaneció en Atenas se opu- 2
so a que se le erigiera ninguna estatua, cosa que no pudo impedir cuando se marchó. Así se le erigieron a él y a Fidias[399] algunas en los lugares más sagrados. Le

[398] Medida griega para áridos equivalente a 52 litros y medio, o sea, seis modios romanos.

[399] No se tienen noticias de este tal Fidias. Tal vez podría pensarse que los manuscritos dieran equivocado *Phidiae* o *Fidiae* por *Piliae*, que como hace notar Monginot (*o. c.*, pág. 313, nota 4) era el nombre de la mujer de Ático, lo que, si bien es verdad entra dentro de cierta lógica, no por ello el problema quedaría resuelto: que los ate-

tuvieron, en efecto, como consejero y ejecutor en la dirección y administración de los asuntos públicos.

3 Entre todos los dones que le concedió la fortuna, ninguno tan apreciado como el de haber nacido en una ciudad en la que tenía su sede el poder dominador del orbe de la tierra; además, el ser ésta su patria y su lugar de residencia; (añádase) algo que significó un ejemplo de su prudencia: a pesar de haberse establecido en un Estado tal que estaba muy por encima de todos los demás por su antigüedad, su civilización y cultura, fue uno de los más queridos por los ciudadanos atenienses.

Vuelta a Roma

4 Cuando Sila llegó a Atenas, procedente de Asia, durante el tiempo que estuvo allí tuvo en su compañía a Pomponio, cautivado como quedó por las cualidades humanas y la cultura del joven: hablaba el griego tan bien que la gente creía que había nacido en Atenas; pronunciaba el latín con tanto encanto que de él bien podía deducirse que tal atractivo era innato y no algo estudiado. Del mismo modo recitaba versos, tanto en griego como en latín, tan perfectamente que no podía exigirse más.

2 Esto hizo que Sila no le dejara alejarse de su lado y ardiera en deseos de llevárselo consigo a Roma. Al tratar Sila de convencerle de ello, le dijo Pomponio: «No trates de llevarme, te lo suplico, a enfrentarme a aquellos [400], pues para no verme obligado a luchar

nienses erigieran estatuas a Ático es comprensible, pero a su mujer no parece lógico. Resulta elocuente, al menos para mí, que los códices coincidan todos en dar el nombre de Fidias, aunque con diferente grafía. Con el deseo tan sólo de salvar la lectura de los manuscritos, el sentido de la frase *ipsi et Phidiae* podría interpretarse como que los atenienses erigieron estatuas a Ático como (antes) lo habían hecho a Fidias, aunque no se me escapan las dificultades sintácticas para dar a *et* el valor comparativo en alternancia con *ac*.

400 Cinna y Carbón, nuevos jefes del partido de Mario tras la muerte de éste.

contra ti al lado de ellos me vi precisado a abandonar
Italia». Sila, tras haber alabado el sentido del deber del
joven, ordenó que todos los regalos que había recibido
en Atenas en el momento de su partida fueran llevados
a su casa. Permaneció aún en Atenas muchos años más, 3
preocupándose por su hacienda familiar cuanto convenía a un cuidadoso padre de familia, dedicando todo
el tiempo restante o al cultivo de las letras o a los asuntos de la política ateniense, sin olvidar por ello las obligaciones contraídas para con sus amigos de Roma. So- 4
lía en efecto asistir con frecuencia a los comicios en
los que ellos se presentaban candidatos, y jamás se desentendió si algún asunto de importancia se presentaba. Así mostró siempre una gran fidelidad a Cicerón en
cuantos peligros éste se vio envuelto; en efecto, cuando
éste tuvo que huir de su patria exiliado [401], le regaló
doscientos cincuenta mil sestercios.

Una vez que la situación política romana se tranqui- 5
zó, volvió a Roma —si no me equivoco, durante el consulado de Lucio Cota [402] y Lucio Torcuato—; el día de
su partida le acompañó toda la ciudad entera de Atenas, expresando con sus lágrimas la nostalgia en que
les iba a sumir su ausencia.

Ático hereda de su tío Cecilio. Amistad con Cicerón y Hortensio

Fue tío suyo Quinto Cecilio, caba- 5
llero romano, íntimo de Lucio Lúculo [403], personaje rico y de muy difícil
carácter; mostró tanto respeto por él,
a pesar de su mal carácter, que, aunque nadie podía soportarlo, gozó de sus simpatías hasta

[401] Alúdese aquí al destierro a que fue sometido Cicerón ante la propuesta del tribuno Clodio en el año 58 a. C.: Cicerón tuvo que marchar a Atenas.

[402] L. Cota, cónsul en el 65 a. C. y tío carnal de César; junto con Lucio Torcuato habrían de ser las primeras víctimas de la conjuración de Catilina.

[403] Famoso general romano cuya actuación en la tercera guerra

los últimos momentos de su avanzada edad, sin haber dado nunca lugar a enfrentamiento alguno por su parte. Con tal conducta recibió el premio al respeto que
2 le tuvo. Al morir, Cecilio le hizo hijo [404] adoptivo y en su testamento le dejó en herencia las tres cuartas partes de sus bienes; herencia que le procuró diez millones de sestercios.

3 Su hermana se había casado con Quinto Tulio Cicerón, boda que había sido preparada por Marco Cicerón, con el que desde sus tiempos de condiscípulos mantenía una gran amistad incluso superior a la que le unía a Quinto, lo que nos hace ver que tratándose de la amistad es más importante el que los caracteres congenien que los propios vínculos de familia.

4 Era igualmente íntimo amigo de Quinto Hortensio [405], que por aquel entonces era el más importante de los oradores, y la amistad con éste llegó a tal grado que no resultaba nada fácil dilucidar quién le quería más, si Cicerón u Hortensio. Y llegó a conseguir algo que era en verdad muy difícil de obtener, y fue que entre dos personas émulas entre sí de gloria, no hubiera animosidad mutua sino antes bien un fuerte vínculo de amistad.

Se desentiende de los problemas políticos, así como de los honores que se le ofrecen

6 En cuestiones políticas su comportamiento fue siempre encaminado no sólo a hacer ver que era del partido de los hombres de bien, sino también a que se le considerara como tal; pero no por eso se comprometía en los conflictos civiles,

---

mitridática fue muy sobresaliente, apoderándose de todas las ciudades del mar Negro; acumuló una inmensa fortuna, fruto de sus campañas bélicas.

404 Desde ese momento Ático decidió llamarse Quinto Cecilio Pomponio Ático.

405 El gran orador, rival de Cicerón en la tribuna; se enfrentaron por primera vez en el proceso contra Verres, haciéndolo Cicerón en defensa de los sicilianos y Hortensio en la de Verres.

pues sabía que aquellos que se habían dejado llevar de
tales conflictos no eran más dueños de su persona que
lo serían si se vieran arrastrados por las tempestades
del mar. No buscó los honores —aunque obtenerlos le 2
fuera fácil, bien por su prestigio personal, bien por su
calidad de caballero romano—, porque no podían ambi-
cionarse según la costumbre de los antepasados ni ob-
tenerlos sin transgredir las leyes, concediéndose como
se concedían con tanto derroche de sobornos, ni podían
ejercerse según el interés nacional sin exponerse a peli-
gros, dada la corrupción de costumbres de los ciudada-
nos. No tomó nunca parte en ninguna subasta públi- 3
ca [406]. Tampoco fue jamás aval ni adjudicatario de nin-
guna operación financiera. Nunca acusó a nadie en
nombre propio ni firmó ninguna acusación ajena. Ja-
más puso pleito alguno reivindicativo de sus bienes, ni
se vio envuelto en ningún juicio. Aceptó cargos de mu- 4
chos cónsules y pretores, pero con la condición de no
obligarse a seguirles a su provincia, conformándose
con el título y rechazando las ganancias que ellos le po-
drían aportar a su peculio familiar; por ello se negó a
acompañar incluso a Quinto Cicerón al Asia, aunque
junto a él podría haber llegado a ser lugarteniente su-
yo. Pues pensaba que no estaba bien ser ayudante de
un pretor, después de haber renunciado a aceptar la
pretura. De este modo no sólo beneficiaba su propia 5
dignidad sino también su paz y tranquilidad, evitando
incluso cualquier sospecha de delito. Por ello acaeció
que su comportamiento le hizo ser más apreciado por
todos, pues veían que este modo de comportarse se de-
bía no al temor o a la esperanza sino al sentido del
deber.

---

[406] Eran las subastas que se celebraban para poner en venta los bienes que se obtenían de las proscripciones, a las que las personas honestas no solían acudir para no hacerse cómplices de dichas proscripciones.

7 *Su abstención en la guerra civil*

Tenía Ático unos sesenta años cuando comenzó la guera civil provocada por César [407]. Se aprovechó de la exención que le permitía su edad [408], y permaneció sin moverse de Roma. Todo cuanto necesitaron sus amigos, cuando marcharon a unirse a Pompeyo, él se lo dio de sus propios bienes de familia. Pompeyo, aunque allegado, no
2 se sintió ofendido [409]. Pues Ático no le debía a él nada de su posición, como ocurría con los demás, que sí habían recibido de él los honores y riquezas y sin embargo parte de ellos le siguieron en la campaña muy a regañadientes y otros con grave ofensa hacia su persona se quedaron en Roma.

3 Pero la abstención por parte de Ático fue del agrado de César hasta tal punto que, una vez victorioso, cuando exigía impuestos a los ciudadanos particulares por medio de cartas, no le causó a él molestia alguna, y además logró que César perdonara al hijo de su hermana y a Quinto Cicerón el haber estado en el campamento de Pompeyo. Así, con tal género de vida a la antigua usanza, evitó los peligros propios de la época.

8 *Rechaza las pretensiones de los asesinos de César*

Siguió después la época posterior [a la muerte de César], en la que parecía que el gobierno se encontraba en manos de los Brutos [410] y de Casio y que toda Roma había seguido su par-
2 tido. Trataba con cierta intimidad a M. Bruto, y el

---

[407] Es conocida la causa directa e indirecta de esta guerra: el paso del Rubicón, límite fronterizo de las legiones de César. La guerra termina con la batalla de Farsalia en la que Pompeyo era derrotado.

[408] La ley eximía del servicio militar a partir de los cincuenta años y de ejercer la función senatorial desde los sesenta.

[409] Por lo que Pompeyo no se sintió ofendido fue porque Ático no tomara parte activa en la lucha a su favor.

[410] Marco Junio Bruto y Décimo Bruto: de aquí hablar de los Brutos.

joven aquel con nadie de su edad tuvo tanta amistad como con este anciano, a quien prefería no sólo a la hora de pedir consejos sino también como compañero en su vida.

Algunos tuvieron la idea de que los caballeros roma- 3
nos constituyeran un erario privado para los asesinos de César, pensando que era cosa fácil de conseguir, si los elementos más importantes de este orden aportaban su colaboración económica. Por ello G. Flavio[411], amigo de Bruto, apeló a Ático por si quería ser el que dirigiera esta colecta. Pero él, que se había mostrado siem- 4
pre dispuesto a prestar su ayuda a los amigos —pero sin tener en cuenta ideologías políticas de ningún tipo, ya que se había mantenido siempre al margen de posturas de esta naturaleza—, le respondió que, si Bruto deseaba hacer uso de sus propiedades, lo hiciera en la medida en que lo quisiera, pues para una cosa así sus arcas estaban abiertas de par en par, pero que por lo que a él hacía no estaba dispuesto a hablar ni a formar alianza con nadie. Así fue como aquella tropa de conjurados se vio deshecha por la oposición de este solo hombre.

Poco después la victoria comenzó a ponerse del lado 5
de Antonio, de manera que Bruto y Casio, encontrándose en desesperada situación las provincias[412] que el cónsul les había entregado para guardar las apariencias, marcharon al destierro.

Ático, que se había negado a alimentar la conjura, 6
aportando personalmente su dinero en colaboración con otros en un momento en que el partido estaba en pleno auge, abatido Bruto y a punto de partir de Italia

[411] Parece que se trata de un tal Flavio del que habla Plutarco en la vida de Bruto.

[412] No he aceptado la expresión *destituta tutela* que da el códice *H*, y que falta en los demás, por entender que el genitivo *prouinciarum* depende directamente del ablativo absoluto *desperatis rebus*.

le entregó cien mil sestercios en calidad de regalo; del mismo modo, cuando estaba en el Epiro, hizo que se le enviaran trescientos mil; nada de cuanto hizo Ático supuso adulación hacia Antonio victorioso y menos aún el abandono de los que se encontraban sumidos en la desesperación [413].

Generosidad de Ático con personajes importantes de Roma

9 A todo esto siguió la guerra de Módena [414]. Su actuación en ella, si la considero tan sólo prudente, seguro que diría de él menos de lo que debo, pues fue como un verdadero adivino, si por adivinación hay que entender cierta bondad natural que jamás se desmiente a sí misma, y que no se
2 deja perturbar ni disminuir por ningún suceso. Declarado Antonio enemigo público, había huido de Italia; no había esperanza alguna de rehabilitación. No sólo sus enemigos, que eran muchos y muy poderosos, sino también cuantos estaban sometidos a la voluntad de sus adversarios y abrigaban la esperanza de conseguir algún beneficio a costa de su perjuicio, perseguían a los familiares de Antonio; incluso ardían en deseos de despojar a su esposa Fulvia de sus bienes y, más aún,
3 estaban dispuestos a matar a sus hijos. Ático, a pesar de que le unía una amistad grande e íntima con Cicerón, y de ser muy amigo de Bruto, no sólo no secundó ninguna de las iniciativas de éstos con miras a acabar con Antonio, sino que, por el contrario, protegió a sus familiares en lo que le fue posible cuando éstos huían

---

413 No he creído necesario anteponer este último párrafo, como quiere Guillemin, pues todos los manuscritos lo dan con anterioridad al párrafo que comienza con: «Ático ... hizo que se le enviaran trescientos mil».

414 Cuando Antonio fue declarado enemigo público, Cicerón logró que se le concediera a Octavio el título de propretor, y éste, junto con las tropas de Hircio y de Pansa, venció a Antonio en Módena en el 43 a. C.

de Roma, prestándoles toda la ayuda que necesitaron.
La ayuda que le prestó a P. Volumnio fue tal, que ni 4
un padre pudiera haber hecho por él más. A la propia Fulvia, que se encontraba envuelta en continuos procesos y aterrada por el pánico, le prestó con tanto esmero sus buenos oficios, que jamás compareció ante los tribunales sin que Ático estuviera presente; [él fue el protector suyo en todas las causas]. Y es más, había ella 5
comprado una finca, cuando las cosas le iban bien, y la compra la hizo obligándose a pagar su importe a vencimiento fijo; no habiendo nadie que, dada su mala situación, se prestara a darle el dinero a rédito, él intervino, y se lo dio sin interés y sin que mediara contrato alguno, pensando que con ello se beneficiaba mucho más al hacer que todos vieran que no sólo no olvidaba los beneficios que otros le hicieran a él, sino que también sabía recompensarlos con hechos, demostrando al mismo tiempo que él era amigo no de la fortuna en sí misma sino de los hombres. Y, cuando se comportaba 6
de esta manera, nadie podía pensar que lo hacía movido por las circunstancias; pues nadie tenía motivos para pensar que Antonio acabara haciéndose con el poder.

Algunos de los personajes más principales le critica- 7
ban discretamente [415] su conducta, pues, obrando así, daba la sensación de no sentir la debida aversión hacia los hombres perversos. Pero él, siguiendo su propio modo de pensar, tenía más presente lo que en justicia debía hacerse que el que otros pudieran alabarle.

---

[415] Me aparto de Guillemin, que acepta la corrección de Bosio, *sensus eius*, mientras todos los manuscritos dan *sensin*. De igual manera he excluido de mi traducción el término *familiaribus*, que es una conjetura de Roth, aceptada por Guillemin y que no figura en los manuscritos. Cf. su aparato crítico.

Se libra de las proscripciones de Marco Antonio

10 Pero la suerte dio un viraje. Cuando Antonio volvió a Italia, nadie dudaba del gran peligro que se cernía sobre Ático, a causa de su gran amistad
2 con Cicerón y Bruto. Así, a la llegada de los triunviros [416] se había alejado de toda actividad del foro, temiendo las proscripciones, por lo que se mantenía oculto en casa de P. Volumnio, a quien, como ya he dicho, poco ha le había prestado su ayuda (tantos vaivenes experimentó la fortuna en aquellos tiempos que tanto los unos como los otros se encontraban ora en el culmen del poder, ora en graves peligros); estaba con él Quinto Gelio Cano, de su misma edad y de ideas
3 muy semejantes. Otro ejemplo de la bondad de carácter de Ático se puede ver en el hecho de haber vivido tan estrechamente unido con éste, a quien conocía ya de niño en la escuela, que la amistad entre ambos fue en aumento hasta el fin de la vida de ambos.

4 Antonio, aunque se dejaba llevar por un odio tan desmesurado hacia Cicerón que le hizo considerar enemigo personal no sólo a Cicerón sino a cuantos eran amigos de él, lanzando incluso proscripciones contra ellos, sin embargo ante el ruego de muchos [417] no olvidó los favores que había recibido de Ático y, cuando se enteró de su paradero, le escribió una carta autógrafa en la que le decía que no tenía nada que temer y que viniera inmediatamente junto a él, (añadiendo) que le había borrado de la lista de los proscritos como tam-
5 bién a Cano en consideración a él. Y para que no le ocurriera nada malo, pues se había hecho ya de noche,

---

416 He preferido traducir *imperatorum* por «triunviros», pues es a ellos a los que evidentemente se alude.

417 El ablativo absoluto *multis hortantibus* afecta, a mi juicio, a *memor fuit* y no a *uellet proscribere,* como parece deducirse de la traducción dada por Guillemin.

le preparó una escolta [418]. De este modo Ático, en medio de un peligro tan grande, fue no sólo su propia salvación sino también la de aquel a quien quería tanto: pues no solicitó de nadie protección sólo para su propia vida sino para los dos, demostrando con ello que no
querría correr ninguna suerte separada de la de su ami- 6
go. Y, si un timonel es sobremanera alabado cuando libra a su nave de una tempestad y de un mar lleno de escollos, ¿por qué no considerar como algo extraordinario y singular la prudencia de quien en medio de tantas y tan graves tormentas civiles supo llegar incólume?.

Su generosidad hacia los proscritos

Cuando se vio libre de todas estas 11
calamidades, se dedicó por entero a socorrer a todos en la medida de sus fuerzas. Cuando el pueblo, atraído por la recompensa prometida por los triunviros, iba en busca de los proscritos, ninguno de ellos llegó al Epiro [419] que no encontrara allí cuanto necesitaba; a todos les permitió permanecer allí para
siempre. Y es más, después de la batalla de Filipos, y 2
de la muerte de G. Casio y de Marco Bruto [420] se propuso defender a Lucio Julio Mocila, que había sido pretor, a su hijo y a Aulo Torcuato y a cuantos se veían afectados por la misma suerte, ordenando además que se les enviara desde el Epiro a Samotracia todo (lo que necesitaran).

---

418 Las proscripciones eran de tal crueldad, que incluso las personas inocentes se veían a veces afectadas por los terrores de las mismas; de ahí que Antonio no se fiara de que a Ático no le ocurriera nada, a pesar de haber sido borrado de la lista de los proscritos.

419 Ático había trasladado gran parte de su fortuna a Epiro.

420 Los dos cabecillas de la conjura contra César, que le había de costar la muerte en las idus (15) de marzo del año 44 a. C. Ambos fueron derrotados en Filipos el año 42 a. C. por Octavio y Antonio, con lo que el partido republicano quedaría definitivamente aniquilado.

3 Difícil sería hacer una exposición exhaustiva de todo máxime (si incluimos) las cosas que no son indispensables [421] (para nuestro propósito). Sólo una cosa quisiera que quedara bien clara: que su liberalidad no estaba condicionada a las circunstancias ni era interesa-
4 da. El tiempo y sus obras son suficiente argumento para demostrarlo; nunca trató de conquistarse la estima de los ricos y sí por el contrario protegió siempre a los afligidos: así, por ejemplo, a Servilia, la madre de Bruto, la ayudó tanto después de la muerte de éste como en los tiempos en que se encontraba en su esplendor.
5 Con este afán de servir a todos evitó toda enemistad, no hiriendo a nadie y prefiriendo olvidar a vengarse cuando recibía alguna injuria. Retenía imborrable el recuerdo de todos los beneficios que hubiera recibido; en cuanto a los que él había hecho los guardaba en su memoria sólo el tiempo que duraba el agradecimiento del
6 que los había recibido. Su conducta fue tal, que parecía hacer bueno aquel dicho: «El modo de vivir de cada uno es el que le modela su fortuna» [422]. No obstante él se modeló a sí mismo antes de forjarse su destino, ya que procuró que no se le pudiera echar nada en cara.

Matrimonio de Agripa con la hija de Ático. Sigue el relato de las ayudas prestadas por Ático

12 Esta conducta hizo que Marco Vipsanio Agripa, que mantenía una íntima amistad con el joven César, y a quien tanto por sus buenas relaciones sociales como por la influencia de César le hubiera sido posible contraer un matrimonio [423] ventajoso, eligió entrar en la familia de Ático, prefiriendo la hija de un caballero romano al

---

[421] Respeto *necessaria* que se encuentra en todos los manuscritos, menos en R.

[422] Recuerda este dicho el verso transmitido de Apio Claudio el Ciego: *Fabrum esse suae quemque fortunae.* Cf. Salust., *Fragm. a César.*

[423] Agripa, amigo de la infancia de Octavio y su compañero de estudios. Le fue siempre fiel. Se casó tres veces: la primera con Pom-

matrimonio con jóvenes patricias. Y quien arregló este 2
matrimonio (pues no hay por qué ocultarlo) fue M. Antonio, entonces triunviro para la constitución del Estado; y aunque por mediación de éste hubiera podido aumentar considerablemente su fortuna, él estaba tan lejos de la codicia de dinero, que si para algo hizo uso de esa influencia fue para librar a sus amigos de los peligros y desgracias.

Y esto se puso muy de manifiesto incluso durante 3
el tiempo de las proscripciones: así cuando los triunviros, a la manera como solían hacerse las cosas por aquel entonces, vendieron los bienes de Lucio Saufeyo, caballero romano, y de la misma edad que Ático, personaje que, llevado por su afición a los estudios de filosofía, vivía en Atenas y tenía en Italia una considerable fortuna, los esfuerzos y el talento de Ático hicieron que aquél se enterara por un mismo mensajero de que había perdido su fortuna y de que la había recuperado.
Otro tanto hizo con Lucio Julio Cálido, de quien, creo 4
no equivocarme si digo que fue el más delicado de los poetas de nuestro tiempo después de la muerte de Lucrecio y de Catulo [424], y hombre no menos honesto y versado en las artes: cuando estaban ya cerradas las listas de proscritos de los caballeros romanos, Publio Volumnio, prefecto de los talleres de armas de Antonio, le incluyó en la lista a causa de la gran fortuna que
tenía en África, y Ático le sacó del peligro. En la situa- 5
ción actual de los hechos, no resulta fácil decir si esta conducta le reportó más dificultades que gloria, ya que

---

ponia, hija de Ático; la segunda con Marcela, sobrina del emperador, y la tercera con Julia, hija de Augusto.

[424] Poeta veronés, máximo representante del círculo poético que lleva su nombre, al que pertenecían un grupo de poetas que el propio Cicerón había calificado con el apelativo de «poetas modernistas», no sin ciertos resabios de menosprecio. Fue íntimo amigo de Nepote, a quien le dedica sus famosos poemas.

se ha visto que sus amigos, tanto los que estaban fuera como los que estaban a su lado, con sus peligros le habían acarreado preocupaciones.

13 *Relaciones y asuntos domésticos. La administración de la casa*

Fue tan buen padre de familia como buen ciudadano. Y, aunque era hombre de dinero, fue menos dado a comprar y a edificar que nadie. A pesar de ello, su residencia era tan buena como la del que más y estaba dotada de todas las
2 máximas comodidades. En efecto, vivía en una casa en el Quirinal [425] en el lugar de los Tánfilos, que le había dejado en herencia su tío, cuyo encanto estaba, más que en el edificio en sí, en el parque que la rodeaba; la casa, que había sido edificada hacía mucho tiempo, había sido hecha más bien con gusto [426] que con suntuosidad, y no cambió nada de ella, salvo lo que el paso del tiempo había deteriorado.
3 Sus esclavos fueron muy buenos por lo que a sus servicios concierne, pero mediocres en cuanto a su belleza: entre ellos se encontraban personas muy ilustradas, muy buenos lectores [427] y gran número de copistas: incluso los mismos esclavos que tenían por oficio escoltarle podían hacer perfectamente ambas cosas. Del mismo modo todos los demás obreros manuales,
4 que suelen necesitarse en una casa, eran excelentes. Y

---

[425] Una de las siete colinas que circundaban a la Roma antigua, situada al norte del Palatino, en el que estaba enclavada la primitiva Roma, que recibiera el nombre de «urbe cuadrada». Estas colinas eran: Aventino, Celio, Palatino, Esquilino, Capitolino, Viminal y Quirinal.

[426] Pienso que el vocablo usado por Cornelio, *sal*, con la acepción del español «gracia» o «gusto» no es tan aberrante e insólito como algunos quieren (Monginot —nota al pasaje— lo apoya comparando con Lucrecio, IV 1158 y Cicerón, *A Ático*, XIII 29).

[427] Los *anagnostes* eran esclavos que estaban encargados de leerles a sus dueños, normalmente durante el tiempo en que éstos estaban reposando.

es más, todos sus esclavos habían nacido en su casa y se habían criado en ella, fenómeno éste exponente no sólo de su moderación sino también de su sentido de la economía. Pues saberse reprimir y contener los deseos de lo que ves que otros poseen debe juzgarse propio de una persona que sabe ser dueño de sí mismo; y procurarse (lo necesario) con el propio esfuerzo y no a base de gastar dinero no es pequeña señal de economía.

Era hombre de buen gusto pero no fastuoso, esplén- 5
dido, pero no derrochador; ponía su mayor empeño en la elegancia, pero no en el lujo. El mobiliario de su casa era modesto, [poco numeroso], de manera que no se hacía notar ni por un extremo ni por otro.

Y no voy a pasar por alto, aunque pienso que para 6
algunos ello sea cosa de poca monta, lo siguiente: siendo como era uno de los caballeros romanos más distinguidos y teniendo siempre su casa dispuesta para recibir en ella a toda clase de gentes con gran generosidad, se sabe que nunca necesitó más de tres mil ases [428] al mes, como puede desprenderse de su libro de contabilidad en el que aparecen sus gastos [429]. Y esto lo afirmo 7
no por haberlo oído decir a otros sino por propio conocimiento, pues por la amistad que con él me unía intervine en los asuntos de su casa.

---

428 No cabe duda que debe tratarse de un error o mejor de una corrupción de este pasaje, ya que con esta cantidad Ático no tendría ni para atender a sus necesidades particulares. Los tres mil ases equivaldrían aproximadamente a unas quince mil pesetas de 1983. Puede estar equivocada la moneda, es decir, que en lugar de ases se trate de sestercios, o bien la cantidad, debiendo leerse en lugar de tres mil, trescientos mil ases.

429 Los romanos eran muy dados a llevar la contabilidad de todos sus gastos.

14 *Ático hace un buen uso de su fortuna*

En sus banquetes no permitía que actuara ningún otro artista que no fuera un lector, lo que yo considero como lo más agradable; del mismo modo en sus cenas jamás faltó la lectura, con lo que conseguía que sus comensales se deleitaran no menos con las delicias espirituales que con las
2 de saciar su apetito. Pues invitaba a aquellos cuyos gustos eran afines a los suyos.

Cuando su fortuna hubo aumentado en tan gran medida, no alteró en nada sus cotidianas costumbres ni su género de vida, comportándose con tanta moderación que ni con su herencia paterna de dos millones de sestercios llevó una vida de tacaño, ni con diez millones de sestercios vivió con mayor opulencia de la que había usado antes, manteniendo el mismo nivel de vida
3 en ambas situaciones. No tuvo ningunos jardines ni casas de campo suntuosas en las afueras de la ciudad ni a orillas del mar, ni finca rústica en Italia, con excepción de Arretio [430] y de Nomento, y sus rentas todas procedían de las posesiones que tenía en el Epiro y en Roma. De todo esto se deduce que gastaba su dinero no en función de lo mucho que poseía, sino racionalmente.

15 *Su sentido de la responsabilidad y la fidelidad de sus promesas*

No decía mentira ni la podía tolerar. Así su cortesía no estaba exenta de cierta severidad y su seriedad tampoco lo estaba de cierta complacencia, y era muy difícil distinguir si sus amigos le tenían más respeto o, por el contrario, más cariño. Era escrupuloso en prometer lo que se le pedía, pues consideraba no generosidad, sino informalidad ac-

---

[430] Arretio era una ciudad de Etruria, coincidente hoy con la ciudad de Arezo. Nomento pertenecía a la Sabinia y se encontraba a unos quince kilómetros de Roma, a la que se llegaba precisamente por la vía llamada Nomentana.

ceder a lo que no se podía cumplir. De la misma mane- 2
ra, en el cumplimiento de lo que una vez había prometido ponía tanto empeño que daba la sensación de que lo hacía en beneficio propio y no en función de algo encomendado. Jamás abandonó nada que hubiera ya empezado, pues pensaba que en ello estaba en juego su reputación, que para él era lo más apreciable.

Este modo de ser le llevaba a afrontar por su cuenta 3
todos los asuntos de los (dos) Cicerones, de Catón, [Marco Q.][431], de Hortensio y de cualesquiera otros muchos caballeros romanos, con lo que venía a demostrar que su apartamiento de los problemas del Estado obedecía no a falta de interés por ellos sino a calculada prudencia.

Su amistad con Cicerón

De la dulzura de su carácter el ma- 16
yor testimonio que puedo aducir es el de que, a pesar de su juventud, era de sumo agrado al viejo Sila y, ya en su vejez, no lo fue menos del joven Marco Bruto, manteniendo al mismo tiempo unas relaciones tan amistosas con personas de su misma edad, como eran Quinto Hortensio y Marco Cicerón, que no era fácil saber cuál era la edad a la que su carácter se amoldaba con más facilidad.

Pero quien sintió una mayor predilección por él fue 2
Cicerón, que ni siquiera con su hermano Quinto tuvo unas relaciones de afecto y de amistad más grandes
que las que mantuvo con Ático. Prueba de esta predilec- 3
ción son tanto los libros en los que alude a Ático, y que ya han sido publicados, como también los dieciséis volúmenes de cartas que dirigió a Ático, y que van desde

[431] He preferido dejar el texto como lo juzga Guillemin, ya que las distintas variantes no aclaran mucho lo intrincado de este pasaje. Salvo la variante de *R*, que da *Ciceronis*, el resto nada aclara. Monginot une *Marci* con *Catonis* y la abreviatura «Q» con *Hortensii* sin dar más explicaciones.

su consulado hasta los últimos momentos de su vida. Quien las lea, seguro que no echará de menos una his-
4 toria proseguida de aquellos tiempos. En ellas se encuentra, en efecto, todo lo que se ha podido decir sobre las ambiciones de los principales, de los errores de los generales, de los cambios experimentados por el Estado romano de modo tal, que en ellas se halla todo relatado detalladamente, lo que hace que pueda pensarse con razón que la discreción sea en cierta medida una especie de adivinación. En efecto, Cicerón no sólo predijo que sucedería cuanto en efecto acaeció durante su vida, sino también profetizó, cual adivino, lo que ahora está sucediendo.

Sus relaciones con su madre y su hermana

17 Y de la piedad de Ático ¿qué más puedo traer al recuerdo? Yo mismo le vi enorgullecerse durante los funerales de su madre, a la que había perdido de edad de noventa años, de que durante sesenta y siete no había tenido necesidad de reconciliarse con ella y de no haber estado nunca en rivalidad con su hermana, que era casi de su misma
2 edad. Esto demuestra o que entre ellos nunca hubo ningún disgusto, o que fue tan indulgente con los suyos que llegara a pensar que era un sacrilegio dejarse llevar de la ira contra aquellos a quienes estaba obligado
3 a amar. Y este comportamiento no obedecía sólo a puros impulsos de la naturaleza, si bien todos en este sentido obedecemos a tales impulsos, sino por convicción, pues se asimiló las enseñanzas de los grandes maestros de la filosofía para que le sirvieran de norma de conducta en su vida y no por pura ostentación.

Su actividad literaria

Siguió siempre las costumbres de 18
sus antepasados y sintió gran afecto por la antigüedad, que conocía tan perfectamente que pudo exponerla toda entera en el libro en el que ensalzó
a los magistrados[432]. No hay ley, ni paz, ni guerra, ni 2
hecho famoso del pueblo romano del que no quede constancia en él en su momento oportuno, y, lo que es más difícil aún, insertó en su obra la genealogía de las familias tan perfectamente, que se pueden conocer con exactitud las ramas genealógicas de los varones ilustres.

El mismo tema lo trató en otras obras distintas, 3
pues a petición de Marco Bruto pasó revista a la familia Junia[433] desde sus orígenes hasta nuestros días, dando todos los detalles sobre los hijos, los padres, los cargos que desempeñaron y cuándo los desempeñaron.
Del mismo modo a petición de Marcelo Claudio hizo 4
otro tanto con la familia de los Marcelos, y a ruegos de Escipión Cornelio y de Fabio Máximo con la de los Fabios y la de los Emilios[434]. Los que sientan deseos de conocer la historia de los varones ilustres, pueden encontrar en estos libros la más agradable lectura.

Se dedicó también a la poesía, a mi entender, por 5
no querer privarse de la belleza que ella implica. Expuso en sus versos los nombres de aquellos que habían superado a los demás romanos por su dignidad y la magnificencia de sus hazañas. Y en no más de cuatro

---

432 Leo, siguiendo los manuscritos, *ornauit* y no *ordinauit*, pero no con la acepción que Bremi (cf. Monginot, *o. c.*, pág. 335) quiere darle, «dedicar», sino con la de «ensalzar».

433 La familia Junia se hacía oriunda de Junio, uno de los compañeros de Eneas.

434 Los Fabios se consideraban descendientes de Hércules, por parte de Fabio, hijo del héroe, mientras los Emilios lo eran, en opinión de Festo, de un tal Emilio, hijo de Numa, según Plutarco, *Vida de Fabio Máximo*, 1.

o cinco versos hizo una especie de pies de sus imágenes, dejando constancia de sus hechos y de sus magistraturas. Nadie podía pensar que en tan pocas líneas hubieran tenido cabida hechos tan importantes [435]. También escribió un libro en griego sobre el consulado de Cicerón [436].

Su intimidad con César Octaviano

19 Hasta aquí llega lo que en vida de Ático edité. Ahora, puesto que la fortuna ha querido que le sobreviviera, seguiré contando lo que resta y, en la medida de mis posibilidades, trataré de hacer ver a mis lectores, valiéndome de ejemplos sacados de la realidad, la verdad de aquello que ya dije antes: es la vida, que cada cual lleve, la que las más de las veces configura su fortuna.

2 Así él, que estuvo siempre satisfecho con la dignidad de caballero romano, que obtuvo por nacimiento, fue pariente por afinidad del emperador, hijo del Divinizado [437], siendo así que ya antes había logrado intimar con él gracias sólo a su elegancia de costumbres, la misma con la que había cautivado a otros personajes ilustres de Roma, de dignidad pareja a la del empera-
3 dor, pero con peor suerte que él: César, en efecto, consiguió una prosperidad tan grande, que la fortuna le concedió todo cuanto le había concedido antes a otros, reuniendo en su persona lo que hasta el momento actual no pudo conseguir ningún otro ciudadano romano.
4 Tuvo Ático una nieta, nacida de Agripa, con quien había contraído matrimonio una hija suya en primeras

---

435 Sorprendente e infantil alabanza que carece de todo fundamento crítico.

436 El propio Cicerón alude concretamente a este libro de Ático, cuando en una carta a este personaje (II 1) dice: «Un esclavo tuyo me ha hecho llegar una carta tuya y un comentario sobre mi consulado, escrito en griego». Cf. MONGINOT, *o. c.*, pág. 336.

437 Se refiere a Julio César, tío y padre adoptivo de Octavio César Augusto.

nupcias[438]. César[439] la había prometido en matrimonio, cuando apenas si tenía ella un año de edad, a Tiberio Claudio Nerón, hijo de Drusila e hijastro suyo. Tal vínculo ratificó la amistad de ambos, haciendo que su intimidad fuera en aumento.

Relaciones íntimas con Augusto y Marco Antonio

Aunque ya antes de estos esponsa- 20
les, cuando se ausentaba de Roma, jamás escribía una carta a ninguno de sus amigos sin que incluyera en su correspondencia otra dirigida a Ático (en la que le decía) a qué se dedicaba, cuáles eran sus lecturas preferidas, dónde se encontraba y el tiempo
que pensaba estarse allí. De igual modo, durante su es- 2
tancia en Roma, y aunque a causa de sus muchas ocupaciones no le fuera posible disfrutar del trato de Ático cuanto él deseaba, no dejó pasar voluntariamente ni un solo día sin escribirle unas letras, ora para preguntarle algo referente a los antiguos tiempos, ora para proponerle alguna cuestión referente a la poesía y a veces bromeando con él para hacer que le escribiera car-
tas más extensas. De esta manera se logró por consejo 3
de Ático que el César se ocupara de la reconstrucción del templo de Júpiter Feretrio[440], en el Capitolio, fundado por Rómulo y que a causa de su antigüedad y del descuido en que se encontraba, estaba ya sin techumbre y a punto de derrumbarse.

---

438 *Virginem* debe interpretarse en el sentido de que la hija de Ático no había contraído hasta ese momento matrimonio; de aquí mi traducción «en primeras nupcias». Cf. MONGINOT, *o. c.*, pág. 337.

439 A lo largo de todo el capítulo, este cognombre se refiere a Octavio Augusto en cuanto hijo adoptivo de Julio César.

440 En el Capitolio había un templo dedicado a Júpiter Feretrio, según la tradición atribuido a Rómulo, en el que se consagraban los *despojos opimos*, o sea las armas de todo jefe enemigo muerto por un romano. Rómulo fue el primero en consagrar dichos despojos, concretamente los del rey Acron.

4 Y no fue menos la correspondencia que mantuvo con Marco Antonio, cuando se encontraba alejado de Roma, en la que aquél, a pesar de estar en los últimos confines de la tierra, trataba de informar a Ático de
5 cuanto hacía. Cuán meritorio era todo aquello, podrá colegirlo con facilidad aquel que sea capaz de entender cuánta sabiduría y sagacidad se requiere para conservar la amistad y el afecto de aquellos que entre sí eran émulos de las más excelsas hazañas y por añadidura existía entre ellos una encarnizada enemistad, como fue la que inexorablemente tenía que existir entre César y Antonio, pues uno y otro trataban de ser el dueño absoluto no sólo de Roma sino del orbe entero.

Enfermedad

21 Así a la edad de setenta y siete años vio cómo iba en aumento hasta los últimos momentos de su avanzada senectud no menos su dignidad personal que su estima y sus riquezas (había conseguido una gran herencia gracias tan sólo a su bondad). Del mismo modo disfrutó siempre de tan buena salud que durante treinta años no había necesitado
2 cuidados médicos. Cayó por fin enfermo, pero ni él ni sus médicos estimaron en principio la enfermedad de consideración, pues pensaron que se trataba del *tenes-*
3 *mo* [441], cuya cura era fácil y rápida. Tras permanecer durante tres meses con esta enfermedad, sin sufrir dolor alguno, salvo los propios de las curas que tenían que hacérsele, de repente la enfermedad le atacó violentamente en el recto hasta que al fin por la región lumbar las fístulas le supuraban pus.
4 Antes de que le ocurriera esto, y cuando se empezó a dar cuenta de que los dolores iban en aumento de

[441] Cierta enfermedad dolorosa acompañada de irritaciones en el esfínter anal: posiblemente lo que llamamos «pujos» o bien hemorroides o quizá una simple disentería.

día en día y que la fiebre le subía, hizo venir a su yerno
Agripa y junto con él a Lucio Cornelio Balbo y Sexto
Peduceo.

Cuando los vio junto a sí, apoyándose en el codo, 5
dijo: «No es necesario que os recuerde con demasiadas
palabras, pues vosotros habéis sido testigos de ello, el
cuidado tan grande que he prestado a la conservación
de mi salud en estos últimos tiempos. Ya que, según
creo, os he probado que no he dejado por hacer nada
de cuanto era conveniente para curarme, ahora no me
resta sino cuidarme de mí mismo. No he querido ocul-
tároslo; acabo de decidir dejar de alimentar mi propia
enfermedad. Pues durante estos días todo el alimento 6
que tomé no hizo sino prolongar mi vida y con ello
aumentar mis dolores sin esperanza de salvación. Por
eso os suplico que aceptéis mi decisión y que no me
obliguéis con vuestros consejos a que desista de ella».

Muerte. Sus funerales

Tras estas palabras, que pronun- 22
ció con tanta energía de voz y sereno
semblante que más bien daba la sen-
sación de que se mudaba de domicilio
que de que iba a morir, Agripa, llo- 2
rando y besándole, le suplicaba y le rogaba que no tra-
tase de acelerar él por su cuenta lo que ya la naturaleza
se encargaría de hacer por la suya*** y que, puesto que
aún era posible que superara la enfermedad, se conser-
vase para sí y para los suyos; pero él lo dejó abatido
con su obstinado silencio ante las súplicas.

Dejó, pues, de tomar alimento durante dos días, con 3
lo que la fiebre descendió repentinamente y la grave-
dad de la enfermedad disminuyó. Sin embargo no por
eso desistió de su propósito y así a los cinco días de
haber empezado a seguir aquel plan, el día antes de las
calendas de abril, durante el consulado de Gneo Domi-
cio y Gayo Sosio, dejó de existir. Su cuerpo fue llevado 4

en una pequeña litera, tal y como él lo había pedido, sin ninguna pompa fúnebre, en compañía de todos los hombres de buena familia y de una inmensa muchedumbre popular. Se le sepultó junto a la vía Apia [442], al lado de la quinta piedra miliar, en el mausoleo de Quinto Cecilio, tío suyo.

---

442 Una de las vías romanas más famosa y que debe su nombre al cónsul Apio Claudio el Ciego, que fue el que la construyó en el año 311 a. C. A uno y otro lado de la misma existían numerosas tumbas hasta una distancia de varios kilómetros de Roma.

FRAGMENTOS[443]

[443] No me he hecho eco del resto de los fragmentos que se atribuyen a Cornelio Nepote y que fueron recopilados por primera vez por SCHOTT en su edición de 1608. La razón de ello ha sido de carácter eminentemente crítico. Sin dudar, por supuesto, de la autenticidad y paternidad nepotiana de dichos fragmentos, los he excluido al encontrarse todos ellos en los testimonios de los autores latinos en estilo indirecto, lo que obviamente implica que en ellos conozcamos el pensamiento de Nepote, pero en manera alguna se reproduzcan sus propias palabras. En consecuencia sólo he recogido en mi traducción aquellos fragmentos que se encuentran de manera explícita en estilo directo, concretamente, los admitidos en la edición de Guillemin.

1

EXTRACTO DE LA CARTA DE CORNELIA, MADRE DE LOS GRACOS, SACADO DEL TRATADO DE CORNELIO NEPOTE SOBRE LOS HISTORIADORES LATINOS

Me dirás que es bello vengarse de nuestros enemigos; pues bien, yo misma estoy plenamente convencida de que esa venganza es lo más grande y más hermoso que existe, pero a condición de que el consumarla no implique comprometer al Estado. Pero, habida cuenta de que tal condición es irrealizable, es preferible que nuestros particulares enemigos sigan vivos durante mucho tiempo y donde quiera que sea, y que conserven su situación antes de ver que el Estado se vea herido y muera.

2

OTRO PASAJE DE LA MISMA CARTA

Me atrevería a jurar con toda solemnidad que, con excepción de los asesinos de Tiberio Graco, no ha habido enemigo que me haya causado tanto malestar y sufrimiento como tú con todas estas cosas, siendo así que era obligación tuya ocupar el lugar de todos los hijos que he traído al mundo anteriormente, y poner el mayor empeño en que mi vejez transcurra lo más libre posible de preocupaciones y por el contrario procurar que todos tus actos me sirvieran de felicidad, considerando además como un acto de impiedad obrar en contra de mi voluntad, sobre todo tratándose de asuntos de gran importancia y encontrándome ya como me encuentro al borde mismo de la muerte. ¿Ni siquiera saber que me resta tan corto tiempo de vida te impide seguir siendo un enemigo mío y una ruina para el Estado? ¿Cuándo se pondrá fin a todo esto? ¿Cuándo se acabará este delirio en nuestra familia? ¿Llegará alguna vez el día en que se ponga freno a esta demencia? ¿Dejaremos alguna vez de tener y provocar rencillas? ¿Llegaremos alguna vez a sentir vergüenza de involucrar al Estado en todo tipo de perturbaciones? Mas si no te es posible evitar todo esto, una vez que yo haya muerto, trata de obtener el tribunado; por mí podrás hacer lo que te parezca, cuando yo no tenga ya capacidad para sentir. Cuando hubiere muerto, me sacrificarás como a uno de tus *manes* e invocarás al dios de nuestra estirpe. Entonces no te avergonzarás

de pedir protección en calidad de dioses a aquellos que en vida y cuando los tenías a tu lado los dejaste solos y abandonados.

¡No permita Júpiter que sigas por estos derroteros y haga que tu alma no se vea envuelta en una demencia tan grande! Si sigues por ese camino, mucho me temo que por tu propia culpa sufras durante toda tu vida tanto que no puedas vivir ni siquiera en paz contigo mismo.

3

CORNELIO NEPOTE EN SU OBRA SOBRE LOS HISTORIADORES LATINOS, EN LA QUE HACE UNA ALABANZA DE CICERÓN[444]

No debes ignorar que, en el ámbito de las letras latinas, es éste el único género que hasta el momento no puede sostener una comparación con la literatura griega, puesto que fue abandonado del todo rudo y novel tras la muerte de Cicerón. Él, en efecto, fue el único que habría podido e incluso debido expresar la historia con una voz verdaderamente digna, él que, habiendo recibido de nuestros antepasados la elocuencia en estado aún embrionario y tosco, consiguió llevarla a la perfección e hizo latina con su estilo la filosofía, que antes de él estaba sin cultivar. Por ello no sé si es el propio Estado o la historia la que tiene que llorar más su muerte.

---

[444] Los fragmentos 3 y 4 los descubrió HEUSINGER, publicándolos bajo el nombre de Cornelio Nepote. KLOTZ negó la autenticidad de los mismos; a pesar de esta negativa de autenticidad por parte de KLOTZ, hoy los recogen todas las ediciones, otorgándoles una paternidad nepotiana a todas luces indiscutible.

4

SOBRE EL MISMO

La naturaleza, rica y divina, para infundir mayor admiración sobre sí misma y para distribuir con más equidad sus beneficios, no quiso ni darle todos sus dones a uno solo ni tampoco negárselos todos.

5

CORNELIO NEPOTE ESCRIBE ASÍ A CICERÓN [445]

Lejos está de mí pensar que la filosofía sea la maestra de la vida como que pueda darnos una perfecta vida feliz; por el contrario creo que nadie hay que necesite más aprender a vivir que la mayoría de aquellos que se dedican a disquisiciones de tipo filosófico. Me doy perfecta cuenta, en efecto, de que gran parte de los que en las escuelas con gran sutileza de argumentos aconsejan la honestidad y la continencia, son precisamente los que viven dominados por el desenfreno de todo tipo de pasiones.

---

445 Este fragmento de Nepote nos ha llegado gracias a LACTANCIO (*Institut.* III 15), que lo reproduce literalmente. Corresponde al epistolario de Nepote con Cicerón.

ÍNDICE DE NOMBRES

ACARNANIA: *Temís.* 1,2.
ACE: *Dat.* 5,1,5.
ADIMANTO: *Alcib.* 7,1.
ADMETO: *Temís.* 8,3.
ÁFRICA: *Lis.* 3,3; *Timol.* 2,3 y sigs.; 4,1; *Reyes* 3,5; *Amílc.* 2,2,4 y sigs.; 4,1; *Aníb.* 3,3; 7,1; 8,1; *Cat* 1,4.
AFRICANO, El: véase CORNELIO ESCIPIÓN EMILIANO (P.)
AFRICANOS: *Lis.* 3,2
AGAMENÓN: *Epa.* 5,7 y sigs.
AGESILAO: *Con.* 2,2 y sigs.; *Cabr.* 1,2; 2,3; *Timot.* 1,3; *Ages.* 1,1 y sigs.; *Los Reyes* 1,2.
AGIS: *Ages.* 1,4.
AGNÓN: *Foc.* 3,4.
AGRIPA: véase VIPSANIO.
ALCIBÍADES: *Alcib.* 1,1 y sigs.; *Tras.* 1,3.
ALCMEÓN: *Epam.* 6,2.
ALEJANDRÍA: *Los Reyes* 3,4.
ALEJANDRO DE FERES: *Pelóp.* 5,1 y sigs.; 4.
ALEJANDRO MAGNO: *Eum.* 1,6; 2,1 y sigs.; 8,2; 13,1; *Los Reyes* 2,1; 3,1.
ALPES: *Aníb.* 3,4.
AMÍLCAR: *Timot.* 4,5; *Los Reyes* 3,5; *Amílc.* 1,1 y sigs.; *Aníb.* 1,1; 2,3.
AMINTAS: *Ific.* 3,2; *Eum.* 1,4; *Los Reyes* 2,1.
ANDÓCIDES: *Alcib.* 3,2.
ANFÍPOLIS: *Cim.* 2,2.
ANÍBAL (padre de Amílcar Barca): *Amílc.* 1,1.
ANÍBAL (hijo de Amílcar Barca): *Timot.* 4,5; *Los Reyes,* 3,5; *Amílc.* 3,1; 4,3; *Aníb.* 1,1 y sigs.; *Cat.* 1,2.
ANICIA: *Át.* 2,1.
ANTÍGENES: *Eum.* 5,1; 7,1.
ANTÍGONO: *Eum.* 5,2,7; 7,1; 8,1,4; 9,1,3,5; 10,2,4; 11,3; 12,1,4; 13,1,3 y sigs.; *Los Reyes* 3,1 y sigs.
ANTÍOCO: *Aníb.* 2,1; 7,6; 8,1; 9,1.
ANTÍPATRO: *Eum.* 2,2; 3,3; 4,3; 5,1; *Foc.* 2,3.
ANTONIO (MARCO): *Át.* 8,5; 9,2 y sigs.; 10,1,4; 12,2,4; 20,4 y sigs.
APOLO: *Milc.* 1,2; *Temís.* 2,7; *Paus.* 1,3.
APOLÓCRATES: *Dión* 5,6.
APIA, vía: *Át.* 22,4.
APULIA: *Aníb.* 4,4.
AQUERONTE: *Dión* 10,2.

ARCADIOS: *Epam.* 6,1.
ARCADIA: *Alcib.* 10,5.
ARETÉ: *Dión* 1,1; 4,3; 8,4.
ARGILOS: *Paus.* 4,1; 5,1.
ARGIVOS: *Epam.* 6,1.
ARGOS: *Temís.* 8,1,3; *Los Reyes* 2,2.
ARIOBARZANES: *Timot.* 1,3; *Dát.* 2,5; 5,6; 10,1.
ARÍSTIDES: *Aríst.* 1,1 y sigs.
ARISTÓMACA: *Dión* 1,1; 8,4.
ARMENIOS: *Dát.* 8,2.
ARQUÍAS: *Pelóp.* 3,2.
ARQUINO: *Pelóp.* 3,2.
ARRETIO: *Át.* 14,3.
ARSIDEO: *Dát.* 6,1.
ARTABANO: *Los Reyes* 1,5.
ARTABAZO: *Paus.* 2,5; 4,1.
ARTAFERNES: *Milc.* 4,1.
ARTAJERJES MACROQUIR: *Temís.* 9,1; 10,2; *Los Reyes* 1,3.
ARTAJERJES MNEMÓN: *Con.* 2,2; 3,1; *Ific.* 2,4; *Cabr.* 2,3; *Dát.* 1,1; 5,1; 7,1; 8,6; *Epam.* 4,1; *Ages.* 2,1; *Los Reyes* 1,3 y sigs.
ARTEMISIO: *Temís.* 3,2,4.
ASDRÚBAL: *Amílc.* 3,2; *Aníb.* 3,1; *Cat.* 1,2.
ASDRÚBAL (hermano de Aníbal): *Aníb.* 3,3; *Cat.* 1,2.
ASIA: *Milc.* 3,1; 4,1 y sigs.; *Temís.* 5,1; 9,1; 10,2; *Lis.* 2,2; *Alcib.* 5,6; 9,3; 10,1; *Con.* 2,2; 4,4; *Ages.* 2,1 y sigs.; 3,6; 4,3; *Eum.* 3,2; 6,1; 8,2; *Aníb.* 8,4; 12,1; 13,2; *Át.* 4,1; 6,4.
ASPENDIOS: *Dát.* 8,2.
ASPIS: *Dát.* 4,1; 5,1.
ATAMANES: *Timot.* 2,1.
ATENAS: *Milc.* 1,5; 3,6; 6,3; 7,4; *Temís.* 3,4; 6,4; 7,3; 7,6; 8,2; *Arís.* 3,1,3; *Cim.* 2,5; *Alcib.* 3,2; 4,7; 5,7; 9,4; 10,1; 11,2; *Tras.* 1,5; *Con.* 4,5; *Dión* 3,1; *Cabr.* 3,1,4; *Timot.* 3,4; 4,2,4; *Epam.* 4,5; *Pelóp.* 1,3; 2,1,5; 3,2; *Foc.* 2,5; 3,1,4; *Át.* 2,3,6; 4,2; 12,3.
ATENIENSE: *Pref.* 4; *Milc.* 1,1,4; 2, 3,5; 4,1,3; 5,1 y sigs.; 6,2,7,1; 8,1; *Temís.* 1,1; 2,3,6; 3,2; 6,1,3,5; 7,4; 8,3,5 y sigs.; *Aríst.* 1,1; 2,1,3; *Cim.* 1,1 y sigs.; 2,2; 3,1 y sigs.; 4,1; *Lis.* 1,1 y sigs.; 2,2; *Alcib.* 1,1; 3,1,6; 4,7; 5,3; 8,1 y sigs.; 9, 1; 10,1; *Tras.* 1,1; *Con.* 1,1,3; 2,2,4; *Dión* 8,1; *Ific.* 1,1; 2,4; 3,4; *Cabr.* 1,1,3; 2,1,3; 3,1; 4,1,3; *Át.* 2,3; 4,3,5; *Timot.* 1,1 y sigs.; 2,1 y sigs.; 3,1; *Epam.* 4,5; 6,1,3; *Afes.* 4,1,5; *Foc.* 1,1; 2,4; 4,2 y sigs.
ÁTICA: *Milc.* 4,2; *Temís.* 10, 5; *Alci.* 4,7; *Tras.* 2,1; *Timot.* 2,2; *Epam.* 6,3.
ÁTICO: *Át.* 1,1 y sigs.
AURELIO COTA (G.), cónsul en 220: *Aníb.* 7,1.
AURELIO COTA (L.): *Át.* 4,5.
AUTOFRÓDATES: *Dát.* 2,1; 7,1; 8,1.

BABILONIA: *Eum.* 2,1; *Los Reyes* 2,1.
BAGEO: *Alcib.* 10,3.
BALBO: véase CORNELIO.
BARCA: *Aníb.* 1,1.
BEBIO TÁNFILO (GNEO): *Aníb.* 13,1.
BEBIO TÁNFILO (MARCO): *Aníb.* 13,1.
BEOCIOS: *Alcib.* 11,3; *Con.* 2,4; *Cabr.* 1,1; *Epam.* 8,3; 9,2; *Ages.* 4,1.
BITINIA: *Aníb.* 12,2.
BITINIOS: *Aníb.* 11,4.
BIZANCIO: *Alcib.* 7,4; *Paus.* 2,2.

BLITÓN: véase SULPICIO.
BRUTO: véase JUNIO.

CABRIAS: *Cabr.* 1,1 y sigs.
CADMEA: *Epam.* 10,3; *Pelóp.* 1,2.
CADUSIOS: *Dát.* 1,2.
CALCIS: *Timot.* 3,5.
CALIAS: *Cim.* 1,3 y sigs.
CALÍCRATES: *Dión* 8,1 y sigs.
CALIFRÓN: *Epam.* 2,1.
CALÍSTRATO: *Epam.* 6,1.
CAMISARES: *Dát.* 1,1 y sigs.
CANNAS, cannense: *Aníb.* 5,4.
CANO: véase GELIO.
CAPITOLIO: *Át.* 20,3.
CAPADOCIA: *Dát.* 1,1; 4,1; 5,6; 7,1; *Eum.* 2,2: 13,2.
CAPADOCIOS: *Dát.* 8,2.
CAPCIANOS: *Dát.* 8,2.
CAPUA: *Aníb.* 5,1.
CARDACAS: *Dát.* 8,2.
CARDIANO: *Eum.* 1,1.
CARES: *Cabr.* 3,4; *Timot.* 3,1.
CARIA: *Ages.* 3,1,5.
CARÓN: *Pelóp.* 2,5.
CARTAGINÉS: *Dión* 1,5; *Timot.* 4,5; *Timol.* 2,4; *Amílc.* 1,1,3; *Aníb.* 1,1; 7,1 y sigs.; 8,1.
CARTAGO: *Amílc.* 2,1 y sigs.; *Aníb.* 2,3; 3,1; 7,4,6.
CASANDRO: *Eum* 13,3; *Foc.* 2,4; 3,1 y sigs.
CASIO (G.): *Át.* 8,1,5; 11,2.
CATAONIA: *Dát.* 4,1.
CATÓN: véase PORCIO.
CATULO (GAYO VALERIO): *Átic.* 12, 4.
CÁTULO (LUTACIO), cónsul: *Amílc.* 1,3,5.
CECILIO (QUINTO): *Át.* 5,1 y sigs.; 22, 4.
CENTENIO (G.): *Aníb.* 4,3.
CÉSAR: véase JULIO.
CETEGO: véase CORNELIO.
CICERÓN: véase TULIO.
CÍCICO: *Timot.* 1,3.
CÍCLADAS: *Milc.* 2,5.
CILICIA: *Tras.* 4,4; *Dát.* 1,1; 4,1,4.
CILICIA (PUERTAS DE): *Dát.* 7,2.
CIME: *Alcib.* 7,1 y sigs.
CIMÓN, padre de Milcíades: *Milc.* 1,1.
CIMÓN, hijo de Milcíades: *Pref.* 4; *Cim.* 1,1 y sigs.
CINNA: *Át.* 2,2.
CIRENE: *Ages.* 8,6.
CIRO (el MAYOR): *Los Reyes* 1,2.
CIRO (el MENOR): *Alcib.* 9,5; *Con.* 3,1.
CITIO: *Cim.* 3,4.
CLASTIDIO: *Aníb.* 4,1.
CLAUDIO MARCELO (G.): *Át.* 18,4.
CLAUDIO MARCELO (M.), cónsul por quinta vez: *Aníb.* 5,3; *Cát.* 1,2.
CLAUDIO MARCELO (M.), cónsul en 196 y 183: *Aníb.* 7,6; 13,1.
CLAUDIO NERÓN (G.): *Cát.* 1,2.
CLAUDIO NERÓN (TI.): *Át.* 19,4.
CLEÓN DE HALICARNASO: *Lis.* 3,5.
CLINIAS: *Alcib.* 1,1.
CNIDO: *Con.* 4,4; 5,2.
COLONAS: *Paus.* 3,3.
CONÓN (el VIEJO): *Con.* 1,1 y sigs.; *Cabr.* 3,4; *Timot.* 1,1; 4,1.
CONÓN, hijo: *Timot.* 4,1.
CORCIRA: *Temís.* 8,3; *Timot.* 2,1.
CORINTO: *Dión* 4,1; 5,1; *Ific.* 2,1; *Ages.* 5,1,3; *Timol.* 2,2; 3,1.
CORINTO, guerra de: *Ages.* 5,1.
CORNELIA, madre de los GRACOS: *Fragm.* 1-2.

CORNELIO BALBO (L.): *Át.* 21,4.
CORNELIO CETEGO (P.): *Aníb.* 13,1.
CORNELIO ESCIPIÓN (P.), cónsul en 218: *Aníb.* 4,1 y sigs.; 6,1.
CORNELIO ESCIPIÓN (Q. METELO), cónsul 52: *Át.* 18,4.
CORNELIO ESCIPIÓN EMILIANO (P.) (El Africano, el Mayor): *Aníb.* 6,1; *Cat.* 1,3; 2,2.
CORNELIO MÉRULA (L.): *Aníb.* 8,1.
CORNELIO SULA (P.): *Át.* 4,1; 16,1.
CORONEA: *Ages.* 4,5.
CORTINA: *Ages.* 9,1,4.
COTA: véase AURELIO.
COTIS: *Timot.* 1,2.
COTO: *Ifi.* 3,4; *Timot.* 1,2.
CRÁTERO: *Eum.* 2,2; 3,3; 4,1 y sigs.
CRETA: *Pref.* 4; *Aníb.* 9,1.
CRETENSES: *Aníb.* 9,2; 10,1.
CRINISO: *Timol.* 2,4.
CRITIAS: *Alcib.* 10,1; *Tras.* 2,7.
CRITOTE: *Timot.* 1,3.

DAMÓN: *Epa.* 2,1.
DARÍO I, hijo de HISTASPO: *Milc.* 3,1 y sigs.; 4,1; *Los Reyes* 1,2.
DARÍO II: *Alcib.* 5,2.
DÁTAMES: *Dát.* 1,1 y sigs.
DATIS: *Milc.* 4,1; 5,4.
DECELIA: *Alcib.* 4,7.
DELFOS: *Milc.* 1,2; *Temís.* 2,6; *Paus.* 1,3.
DELFOS (oráculo de): *Lis.* 3,2.
DELOS: *Aríst.* 3,1.
DEMADES: *Foc.* 2,2.
DEMENETO: *Timol.* 5,3.
DEMETRIO FALEREO: *Milc.* 6,4; *Foc.* 3,1 y sigs.
DEMETRIO POLIORCETES: *Los Reyes* 3,1,3.
DEMÓSTENES: *Foc.* 2,2 y sigs.
DERCILO: *Foc.* 2,4.
DIANA: *Aníb.* 9,3.
DINÓN, historiador: *Con.* 5,4.
DIOMEDONTE: *Epam.* 4,1 y sigs.
DIÓN: *Dión* 1,1 y sigs.; *Timol.* 2,1.
DIONISIO el JOVEN: *Dión* 1,1; 2,5; 3,1,3; 4,2; 5,1 y sigs.; *Timol.* 2,1; 3,3.
DIONISIO el VIEJO: *Dión* 1,1,3,5; 2,1,4; *Timol.* 2,2; *Los Reyes* 2,2.
DIONISIO, músico: *Epam.* 2,1.
DODONA: *Lis.* 3,2.
DOLOPES: *Cim.* 2,5.
DOMICIO (GN.): *Át.* 22, 3.
DRUSILA: *Át.* 19,4.

EDIPO: *Epam.* 6,2.
ÉFESO: *Temís.* 8,7; *Ages.* 3,2.
ÉGATAS, islas: *Amílc.* 1,3.
EGES: *Los Reyes* 2,1.
EGIPTO: *Cabr.* 2,1; *Dát.* 4,1; 5,3; *Ages.* 8,2,6; *Eum.* 3,2.
EGOS, río: *Lis.* 1,4; *Alcib.* 8,1; *Con.* 1,2.
ELIDA: *Alcib.* 4,4.
ELPINICE: *Cim.* 1,2,4.
EMILIO PAULO (LUCIO), cónsul 216: *Aníb.* 4,4.
EMILIO PAULO (LUCIO), cónsul 182: *Aníb.* 13,1.
EMILIOS: ÁT. 18,4.
ENNIO (Q.): *Cat.* 1,4.
EOLIA: *Con.* 5,2.
EPAMINONDAS: *pref.* 1; *Ific.* 2,5; *Epam.* 1,1 y sigs.; *Pelóp.* 4,1 y sigs.; 5,2; *Ages.* 6,1.

EPIRO: *Eum.* 6,1; *Át.* 8,6; 11,1 y sigs.
ERETRIA: *Milc.* 4,2.
ERIX: *Amílc.* 1,2,5.
ESCIPIÓN: véase CORNELIO ESCIPIÓN.
ESCIRO: *Cim.* 2,5.
ESCITAS: *Milc.* 3,1,3.
ESCITISSA: *Dát.* 1,1.
ESPAÑA: *Amílc.* 3,1; 4,1; *Aníb.* 2,3; 3,1,3.
ESPAÑA (citerior): *Cat.* 2,1.
ESPARTA: *Paus.* 2,3 y sigs.; 3,3; *Ific.* 2,5; *Epam.* 6,4; 8,4; *Pelóp.* 4,3; *Ages.* 1,2; 4,2; 6,1; 8,7.
ESTESÁGORAS: *Milc.* 7,5.
ESTRIMÓN: *Cim.* 2,2.
ETRURIA: *Aníb.* 4,2.
EUBEA: *Milc.* 4,2; *Temís.* 3,2.
EUFILETO: *Foc.* 4,3.
EUMENES (CARDIANO), general de Alejandro Magno: *Eum.* 1,1 y sigs.
EUMENES, rey de Pérgamo: *Aníb.* 10,2; 11,1.
EUMÓLPIDAS, sacerdotes: *Alcib.* 4,5; 6,5.
EURIBIADES: *Temís.* 4,2.
EURÍDICE: *Ific.* 3,2.
EURÍSTENES: *Ages.* 1,2; 7,4.
EUROPA: *Milc.* 3,1; 4,1; *Temís.* 2,4; 5,3; *Cabr.* 2,1; *Ages.* 2,1.
EVÁGORAS: *Cabr.* 2,2.

FABIO LABEÓN, cónsul 183: *Aníb.* 13,1.
FABIO MÁXIMO (Q.), dictador: *Aníb.* 5,1; *Cat.* 1,2.
FABIO MÁXIMO (Q.), cónsul 45: *Át.* 18,4.
FABIOS: *Át.* 18,4.
FALERE: véase DEMETRIO.
FALERNO (Campo de): *Aníb.* 5,1.
FARNABAZO: *Lis.* 4,1,3; *Alcib.* 9,3; 10,1 y sigs.; *Con.* 2,1 y sigs.; 3,2; 4,1 y sigs.; *Dát.* 3,4 y sigs.
FÉBIDAS: *Pelóp.* 1,2.
FECILE: *Milc.* 6,3.
FERES: *Con.* 1,2.
FERETRIO: *Át.* 20,3.
FIDIAS: *Át.* 3,2.
FIDIPO: *Milc.* 4,3.
FILE: *Tras.* 2,1.
FILIPO, hijo de Amintas: *Ific.* 3,2; *Timot.* 3,1; *Eum.* 1,4; 6,3; 13,1; *Foc.* 1,3; *Los Reyes* 2,1.
FILIPO V, rey de Macedonia: *Aníb.* 2,1.
FILISTO: *Dión* 3,2.
FILOCLES: *Alcib.* 8,1,4.
FILÓSTRATO: *Dión* 9,2.
FLACO: véase VALERIO.
FLAMININO: véase QUINTIO.
FLAMINIO (G.): *Aníb.* 4,3.
FLAVIO (G.) *Át.* 8,3.
FOCIÓN: *Foc.* 1,1 y sigs.
FORTUNA, diosa: *Timol.* 4,4.
FREGELLI: *Aníb.* 7,2.
FRIGIA: *Alcib.* 9,3; 10,3; *Dát.* 2,5; 8,6; *Ages.* 3,2; *Eum.* 5,3.
FULVIA: *Át.* 9,2,4.
FURIO (L.): *Aníb.* 7,6.

GALBA: véase SULPICIO.
GALIA: *Aníb.* 3,4.
GELIO CANO (Q.): *Át.* 10,2.
GÉMINO: véase SERVILIO.
GONGILO: *Paus.* 2,2.
GRACO: véase SEMPRONIO.
GRECIA: *Pref.* 5,7; *Milc.* 3,3; 4,1; 6,3; *Temís.* 2,4,6; 3,2; 4,5; 5,3; 7,4,6; 8,2; 9,4; 10,4; *Arís.* 1,5; 2,2 y sigs.

Paus. 1,2; 2,4; *Lis.* 1,3; *Alcib.* 9,3; *Con.* 4,4; 5,2; *Ific.* 2,1,3; *Cabr.* 1,3; *Dát.* 8,2; *Epam.* 2,3; 5,4,6; 8,4; 10,4; *Pelóp.* 2,4; *Ages.* 2,1; 4,7; 5,2 y sigs.; *Los Reyes* 1,3; *Fragm.* 4.

GRIEGO: *Milc.* 3,4; *Paus.* 4,4; *Alcib.* 2,2; *Ific.* 2,4; *Epam.* 1,2; *Pref.* 3; *Temís.* 9,2; *Alcib.* 7,4; *Eum.* 1,5; *Aníb.* 3,4.

GRINIO: *Alcib.* 9,3.

HADRUMETO, *Aníb.* 6,3.

HALIARTO: *Lis.* 3,4.

HALICARNASO: *Lis.* 3,5.

HEFESTIÓN: *Eum.* 2,2.

HELESPONTO: *Temís.* 5,1; 9,3; *Paus.* 2,1; *Alcib.* 5,6; *Timot.* 3,1; *Ages.* 4,4; *Eum.* 3,2 y sigs.; 5,1.

HELVIO (GAYO): *Cat.* 1,3.

HERÁCLIDES: *Dión* 5,1; 6,3,5.

HÉRCULES: *Ages.* 1,2; *Aníb.* 3,4.

HERMES: *Alcib.* 3,2.

HICETAS: *Timol.* 2,3.

HIPARINO, hijo de Dionisio: *Dión* 1,1.

HIPARINO, padre de Dión: *Dión* 1,1.

HIPONA: *Amílc.* 2,4

HIPONICO: *Alcib.* 2,1.

HISTASPO: *Los Reyes* 1,2.

HISTIEO: *Milc.* 3,5.

HISTRO: *Milc.* 3,1.

HOMERO: *Dión* 6,4; *Dát.* 2,2.

HORTENSIO (Q.): *Át.* 5,4; 15,3; 16,1.

IFÍCRATES: *Ific.* 1,1 y sigs.; *Cabr.* 4,3; *Timot.* 3,2; 4,4.

ISMENIAS: *Pelóp.* 5,1.

ITALIA: *Alcib.* 4,4; *Dión* 5,4; *Amílc.* 4,2; *Aníb.* 1,2; 2,1; 3,3 y sigs.; 5,4; 8,1; 10,1; *Cat.* 3,4; *Át.* 4,2; 8,6; 9,2; 10,1; 14,3.

JASÓN: *Timot.* 4,2.

JENOFONTE: *Ages.* 1,1.

JERJES: *Temís.* 2,4; 4,1; 9,1; *Arís.* 1,5; *Paus.* 2,2; *Ages.* 4,4; *Los Reyes* 1,3 y sigs.

JONIA: *Milc.* 3,1; *Alcib.* 4,7; 5,6; *Con.* 2,1; 5,2; *Dát.* 2,5.

JONIOS: *Milc.* 4,1.

JULIO CÁLIDO (L.): *Át.* 12,4.

JULIO CÉSAR (G.): *Át.* 7,3; 8,1.

JULIO CÉSAR OCTAVIANO (G.): *Át.* 12,1; 19,2,4; 20,3,5.

JULIO MOCILA (L.): *Át.* 11,2.

JUNIO BRUTO (M.): *Át.* 8,1,5; 9,3; 10,1; 11,2,4; 16,1; 18,3.

JUNIO BRUTO ALBINO (D.): *Át.* 8,1.

JÚPITER: *Lis.* 3,2; *Aníb.* 2,3; *Át.* 20,3.

LABEÓN: véase FABIO.

LACEDEMONIA-LACEDEMONIOS: *Pref.* 4; *Milc.* 4,3; 5,4; *Temís.* 3,1; 4,2; 6,2 y sigs.; 7,2 y sigs.; 8,2 y sigs.; *Aríst.* 2,2 y sigs.; *Paus.* 1,1,4; 2,6; 3,4,6; 4,3; 5,1; *Cim.* 3,2 y sigs.; *Lis.* 1,1 y sigs.; 3,1,5; *Alcib.* 4,7; 5,3,5; 6,2; 8,1 y sigs.; 9,3 y sigs.; 10,2; 11,4; *Tras.* 1,5; 3,1; *Con.* 2,2,4; 4,1 y sigs.; *Ific.* 2,3,5; *Cabr.* 2,3; *Timot.* 2,2; *Epam.* 5,6; 6,4; 7,3; 8,3 y sigs.; 9,1; 10,3; *Pelóp.* 1,2 y sigs.; 2,3; 3,3; *Ages.* 1,1 y sigs.; 2,1,3; 4,1; 6,1; 7,1 y sigs.; *Los Reyes,* 1,2; *Aníb.* 13,3.

LAFISTIOS: *Timol.* 5,2,3.

LÁMACO: *Alcib.* 3,1.

LAMPRO: *Epam.* 2,1.

LAMPSACO: *Temís.* 10,1.
LEMNOS: *Milc.* 1,4 y sigs.; 2,4 y sigs.
LÉNTULO: véase CORNELIO.
LEONATO: *Eum.* 2,4.
LEÓNIDAS: *Temís.* 3,1.
LEOTÍQUIDES: *Ages,* 1,2,4.
LESBOS: *Cabr.* 3,4.
LEUCOSIRIOS: *Dát.* 1,1.
LEUCTRA: *Epam.* 8,3; *Ages.* 6,1.
LEUCTRA (batalla de): *Epam.* 6,4; 10,2; *Pelóp.* 2,4; 4,2; *Ages.* 7,1.
LICINIO LÚCULO (L.),cónsul 74: *Át.* 5,1.
LICO: *Alcib.* 5,4; *Tras.* 1,1.
LICÓN: *Dión* 9,6.
LIDIA: *Con.* 2,1; *Dát.* 2,5.
LIDIOS: *Aníb.* 8,2.
LIGURIA: *Aníb.* 4,2.
LISANDRO: *Lis.* 1,1 y sigs.; *Alcib.* 8,1; 10,1; *Con.* 1,1,2; 4,5.
LISÍMACO, padre de Arístides: *Arís.* 1,1.
LISÍMACO, rey de Tracia: *Eum.* 10,3; 13,3; *Los Reyes* 3,1.
LISIS: *Epam.* 2,2.
LONGO: véase SEMPRONIO LONGO (T.)
LUCIO LÚCULO: *Át.* 5,1.

MACEDONIA, MACEDÓN: *Ific.* 3,1; *Eum.* 1,2 y sigs.; 2,4; 3,3 y sigs.; 4,4; 6,1; 7,1; 10,2; 13,1; *Foc.* 3,2; 3,3; *Los Reyes,* 2,1.
MACROQUIR: véase ARTAJERJES.
MAGNESIA: *Temís.* 10,2,4; *Dát.* 5,6.
MAGÓN: *Aníb.* 7,1,3 y sigs.; 8,1.
MAMERCO: *Timol.* 2,4.
MANDROCLES: *Dát.* 5,6.
MANLIO TORCUATO (A.): *Át.* 11,2.
MANLIO TORCUATO (L.): *Át.* 1,4; 4,5.
MANLIO VOLSO (GN.): *Aníb.* 13,2.
MANTINEA: *Epam.* 9,1.
MARATÓN: *Milc.* 4,2.
MARATÓN (batalla de): *Milc.* 6,2; *Temís.* 2,6.
MARATÓN (victoria de), *Temís.* 6,3.
MARCELO: véase CLAUDIO.
MARCELOS: *Át.* 18,4.
MARDONIO: *Arís.* 2,1; *Paus.* 1,2.
MARIO (G.), hijo: *Át.* 1,4; 2,2.
MASAGETAS: *Los Reyes* 1,2.
MÁXIMO: véase FABIO.
MEDIA: *Eum.* 8,1.
MENECLIDES: *Epam.* 5,2,5.
MENELAI, puerto: *Ages.* 8,6.
MENESTEO: *Ifíg.* 3,4; *Timot.* 3,2.
MERCURIO: *Alcib.* 3,2.
MESENIA: *Pelóp.* 4,3; *Epam.* 8,5.
MICALA: *Cim.* 2,2.
MICITAS: *Epam.* 4,1,3.
MILCÍADES: *Milc.* 1,1 y sigs.; *Temís.* 8,2. *Cim.* 1,4.
MILETO: *Epam.* 4,1,3.
MINERVA: *Paus.* 5,2; *Ages.* 4,2.
MINUCIO (Q.): *Aníb.* 8,1.
MINUCIO RUFO (M.): *Aníb.* 5,3.
MITRÍDATES: *Dát.* 4,5; 10,1 y sigs. 11,2 y sigs.
MITROBARZANES: *Dát.* 6,3,5.
MIUNTE: *Temís.* 10,3.
MNEMON: véase ARTAJERJES.
MÓDENA: *Át.* 9,1.
MOLOSO: *Temís.* 8,3.
MUNIQUIA: *Tras.* 2,5.

NAXOS: *Temís.* 8,6.
NECTENEBIS: *Cabr.* 2,1; *Ages.* 8,6.
NEOCLES: *Temís.* 1,1.
NEONTICOS: *Alcib.* 7,4.
NEOPTÓLEMO: *Eum.* 4,1.
NEPTUNO: *Paus.* 4,4.

NERÓN: véase CLAUDIO NERÓN.
NICANOR: *Foc.* 2,4; 3,4.
NICIAS: *Alcib.* 3,1.
NILO: *Eum.* 5,1.
NISEO: *Dión* 1,1.
NOMENTO: *Át.* 14,3.
NORA: *Eum.* 5,3.
NÚMIDAS: *Aníb.* 6,4.

OLIMPÍADA: *Pref.* 5; *Alcib.* 6,3.
OLIMPIAS: *Eum.* 6,1.
OLIMPIODORO: *Epam.* 2,1.
OLINTO: *Pelóp.* 2.1.
ONOMARCO: *Eum.* 11,3.
ORCOMENOS: *Lis.* 3,4.
ORESTES: *Epam.* 6,2.
ORNOS: *Alcib.* 7,4.

PACTIE: *Alcib.* 7,4.
PAG, diosa: *Timot.* 2,2.
PANDANTES: *Dát.* 5,3.
PANFILIA (mar de): *Aníb.* 8,4.
PAFLAGONIA: *Dát.* 2,2; 5,6.
PARETACENE: *Eum.* 8,1.
PAROS: *Milc.* 7,2.
PAROS (crimen de): *Milc.* 8,1.
PATROCLO: *Dát.* 2,2.
PAULO: véase EMILIO.
PAUSANIAS, caudillo de Esparta: *Aríst.* 2,2 y sigs.; *Paus* 1,1 y sigs.
PAUSANIAS, rey de Esparta: *Paus.* 1,1 y sigs.; *Arís.* 2,2; *Tras.* 3,1.
PAUSANIAS (el macedonio): *Reyes,* 2,1.
PEDUCEO (SEXTO): *Át.* 21,4.
PELÓPIDAS: *Epam.* 7,3; 10,1,3; *Pelóp.* 1,1 y sigs.
PELOPONESO: *Lis.* 1,1; *Con.* 5,1; *Temís.* 6,2; *Dión* 4,3; 8,1; 10,3; *Timot.* 2,1; *Epam.* 7,3; *Ages.* 4,5; *Los Reyes,* 2,2.
PELOPONESO (guerra del): *Alcib.* 3,1; *Tras.* 1,3; *Con.* 1,1; *Pelóp.* 1,3.
PERDICAS, rey de Esparta: *Ific.* 3,2.
PERDICAS, tutor de reyes: *Eum.* 2,1; 3,1 y sigs.; 5,1.
PÉRGAMO: *Aníb.* 10,2; 11,7.
PERICLES: *Alcib.* 2,1.
PERPENA (M.): *Cat.* 1,1.
PERSAS: *Milc.* 3,1 y sigs.; 5,5; *Temís.* 10,1; *Paus.* 1,2,4; 2,2; 3,2; *Alcib.* 11,5; *Con.* 3,2; *Cabr.* 2,3; *Dát.* 10,1; *Pelóp.* 4,3; *Ages.* 4,1 y sigs.; 5,2; *Eum.* 8,2; *Los Reyes* 1,2,4.
PÉRSICA (guerra): *Temís.* 2,4.
PEUCESTES: *Eum.* 7,1.
PIDNA: *Temís.* 8,5.
PILÉMENES: *Dát.* 2,2.
PIREO: *Temís.* 6,1; *Alcib.* 6,1,3; *Tras.* 2,5; Con. 4,5; *Foc.* 2,4; 3,4; 4,1.
PIRINEOS: *Aníb.* 3,3.
PIRRO: *Los Reyes* 2,2.
PISANDRO, de Atenas: *Alcib.* 5,3.
PISANDRO, de Esparta: *Con.* 4,4.
PISIDIOS: *Dát.* 4,4; 6,1; 8,2.
PISISTRATO: *Milc.* 8,1.
PITACO: *Tras.* 4,2.
PITIA: *Milcí.* 1,3; *Temís.* 2,6.
PLATEA: *Arís.* 2,1; *Paus.* 1,2.
PLATÓN: *Alcib.* 2,2; *Dión* 2,2; 3,3.
PO: *Aníb.* 7,4.
POLIBIO: *Aníb.* 13,1.
POLIMNIO: *Epam.* 1,1.
POLIPERCONTE: *Foc.* 3,1,2,3.
POMPEYO (Gn.): *Át.* 7,1,3.
POMPONIO ÁTICO (TITO): *Pref.* 1; *Aníb.* 13,1; *Cat.* 3,5; *Át.* 1,1 y sigs.

PONTO: *Aníb.* 10,1.
PORCIO CATÓN (M.) (el Censor): *Cat.* 1,1 y sigs.
PORCIO CATÓN (M.) (el Uticense): *Cat.* 1,1 y sigs.; *Át.* 15,3.
PROCLES: *Ages.* 1,2.
PROPÓNTIDE: *Alcib.* 9,1.
PROSÉRPINA: *Dión* 8,5.
PRUSIAS: *Aníb.* 10,1; 12,1.
PTOLOMEO: *Eum.* 3,2; 10,3; 13,3; *Los Reyes* 3,1.
PTOLOMEO CERAUNOS: *Los Reyes* 3,4.

QUERSONESO: *Milc.* 1,1,4,6; 2,4; 3,6; 8,3.
QUINTIO FLAMININO (T.): *Aníb.* 12,1.
QUIOS: *Cabr.* 4,1.
QUIRINAL, colina: *Át.* 13,2.

RÓDANO: *Aníb.* 4,1; 6,1.
RODIOS: *Aníb.* 8,4; 13,1.
ROMA, ROMANO: *Pref.* 6; *Ific.* 2,4; *Eum.* 1,5; 3,4; *Amílc.* 1,3; 2,2; 3,1; 4,3; *Aníb.* 1,2 y sigs.; 2,1 y sigs.; 5,1 y sigs.; 7,1,2,5; 10,1,3; 12,1,4; 13,4; *Át.* 4,4; 19,3; *Milc.* 6,2; *Reyes* 2,2; *Cat.* 1,1; 3,3.
RÓMULO: *Át.* 20,3.
ROJO (mar): *Aníb.* 2,1.
RUFO: véase MINUCIO.

SABINIA *Cat.* 1,1.
SAGUNTO: *Aníb.* 3,2.
SALAMINA: *Temís.* 2,8; 3,4; 5,3; 9,3; *Arís.* 2.1.
SALAMINA (victoria de): *Temís.* 6,3.
SAMOS: *Alcib.* 5,3; *Timot.* 1,2; 3,1.
SAMOTRACIA: *Át.* 11,2.
SARDES: *Milc.* 4,1; *Con.* 5,3; *Ages.* 3,5.
SAUFEYO (L.): *Át.* 12,3.
SELEUCO: *Eum.* 5,1; 10,3; 13,3; *Los Reyes* 3,1,4.
SEMPRONIO GRACO (Ti.), cónsul en 215: *Aníb.* 5,3.
SEMPRONIO GRACO (T.), tribuno de la plebe: *Frag.* 2.
SEMPRONIO LONGO (T.): *Aníb.* 4,2.
SERVILIA: *Át.* 11,4.
SERVILIO GÉMINO (Gn.): *Aníb.* 4,4.
SESTO: *Timot.* 1,3.
SEUTES: *Alcib.* 8,3; *Ific.* 2,1.
SICILIA: *Alcib.* 4,3; 5,3; 6,2; *Dión* 2,2; 5,3; 8,1; 10,3; *Timol.* 1,1; 2,1; 4,3; 5,1; *Amílc.* 1,1 y sigs.; *Cat.* 1,2.
SIENA: *Cat.* 1,2.
SIGEO: *Cabr.* 3,4.
SILENO: *Aníb.* 13,3.
SIRACUSA: *Dión* 2,2; 3,2; 5,3 y sigs.; 6,5; *Timol.* 2,1; 3,1 y sigs.
SIRACUSANO: *Alcib.* 3,1; *Dión* 1,1; 3,3; 9,6; *Timol.* 1,1; 5,3 y sigs.
SIRIA: *Aníb.* 7,6; 8,5.
SISINAS: *Dát.* 7,1.
SÓCRATES: *Alcib.* 2,1 y sigs.
SOFROSINE: *Dión* 1,1.
SÓSILO: *Aníb.* 13,3.
SOSIO (G.): *Át.* 22,3.
SULA: véase CORNELIO.
SULPICIO (P.) (cónsul 200): *Aníb.* 7,1.
SULPICIO BLITON: *Aníb.* 13,1.
SULPICIO GALBA (SERV.): *Cat.* 3,4.
SULPICIO RUFO (P.), tribuno de la plebe: *Át.* 2,1 y sigs.
SULPICIO RUFO (SERV.): *Át.* 2,1.
SUSAMITRES: *Alcib.* 10,3.

TACO: *Ages.* 8,2.
TÁNFILO: véase BEBIO.
TARENTO: *Dión* 2,2.

TASOS: *Lis.* 2,2.
TAURO: *Con.* 2,3; *Dát.* 4,4; *Eum.* 3,2.
TEBAS: *Alcib.* 4,4; 11,3; *Cabr.* 1,1; *Epam.* 4,1; 5,2; 6,2; 7,5; 8,4; 10,3; *Pelóp.* 1,2; 2,2; 3,2; 4,1,3.
TEMÍSTOCLES: *Temís.* 1,1 y sigs.; *Arís.* 1,1 y sigs.; 3,3.
TENARO: *Paus.* 4,4.
TEOPOMPO: *Alcib.* 11,1; *Ific.* 3,2.
TERAMENES: *Alcib.* 5,4; 6,3.
TERENCIO (GAYO): *Aníb.* 4,4.
TERMÓPILAS: *Temís.* 3,1; 4,1; *Aníb.* 8,3.
TESALIA: *Timot.* 4,2; *Pelóp.* 5,1 y sigs.
TÍBER: *Aníb.* 8,3.
TIMEO: *Alcib.* 11,2.
TIMÓFANES: *Timol.* 1,2.
TIMOLEÓN: *Timol.* 1,1 y sigs.
TIMOTEO: *Ific.* 3,3; *Cabr.* 3,4; *Timot.* 1,1 y sigs.
TIRIBAZO: *Con.* 5,3.
TISAFERNES: *Alcib.* 5,2; *Con.* 2,2; 3,1; 4,1; *Ages.* 2,3; 3,2,5.
TITRAUSTES: *Con.* 3,2; *Dát.* 3,5.
TORCUATO: véase MANLIO.
TRACIA: *Alcib.* 7,4; 9,1; *Cabr.* 3,4.
TRASÍBULO: *Alcib.* 5,4; 6,3; 7,1; *Tras.* 1,1 y sigs.
TRASIMENO: *Aníb.* 4,3.
TREBIA: *Aníb.* 4,2; 6,1.
TRECENE: *Temís.* 2,8.
TUCÍDIDES: *Temís.* 1,4; 9,1; 10,4; *Paus.* 2,2; *Alcib.* 11,1.
TUIS: *Dát.* 2,2; 3,1.
TULIO CICERÓN (M.): *Át.* 1,4; 4,4; 5,3; 9,3; 10,1,4; 15,3; 16,1 y sigs.; 18,6.
TULIO CICERÓN (Q.): *Át.* 5,3; 6,4; 7,3; 15,3; 16,2.
TÚSCULO: *Cat.* 1,1.

ÚTICA: *Amílc.* 2,4.

VALERIO FLACO (L.): *Cat.* 1,1; 2,1,3.
VENUSIA: *Aníb.* 5,3.
VETONES: *Amílc.* 4,2.
VIPSANIO AGRIPA (M.): *Át.* 12,1; 19,4; 21,4; 22,2.
VOLSO: véase MANLIO.
VOLUMNIO (P.): *Át.* 9,4; 10,2; 12,4.

ZACINTO: *Dión* 9,3.
ZAMA: *Aníb.* 6,3.

ÍNDICE GENERAL

	Págs.
INTRODUCCIÓN	7
1. Reseña biográfica	7
2. Producción literaria	10
3. La biografía nepotiana y su valor crítico e histórico	14
4. LA tradición manuscrita del texto	16
5. Fuentes	18
6. Ediciones y traducciones	21
BIBLIOGRAFÍA	23
VARIANTES EN LAS QUE DISCREPAMOS DE LA EDICIÓN DE GUILLEMIN	24
TRATADO DE CORNELIO NEPOTE SOBRE LOS GENERALES FAMOSOS DE LAS NACIONES EXTRANJERAS	
Prefacio	29
I. Milcíades	33
II. Temístocles	45
III. Arístides	59
IV. Pausanias	63
V. Cimón	70

		Págs.
VI.	Lisandro	75
VII.	Alcibíades	80
VIII.	Trasíbulo	97
IX.	Conón	102
X.	Dión	108
XI.	Ifícrates	120
XII.	Cabrias	124
XIII.	Timoteo	128
XIV.	Dátames	133
XV.	Epaminondas	145
XVI.	Pelópidas	158
XVII.	Agesilao	164
XVIII.	Eumenes	175
XIX.	Foción	190
XX.	Timoleón	195
XXI.	Los reyes	201
XXII.	Amílcar	205
XXIII.	Aníbal	209

EXTRACTO DEL LIBRO DE CORNELIO NEPOTE SOBRE LOS HISTORIADORES LATINOS

XXIV.	Catón	227
XXV.	Ático	232

FRAGMENTOS

1. Extracto de la carta de Cornelia, madre de los Gracos, sacado del tratado de Cornelio Nepote sobre los historiadores latinos 261
2. Otro pasaje de la misma carta 262

Págs.

3. Cornelio Nepote en su obra sobre los historiadores latinos, en la que hace una alabanza de Cicerón 264
4. Sobre el mismo 265
5. Cornelio Nepote escribe así a Cicerón 266

ÍNDICE DE NOMBRES 267